La tragedia de
[M]AXIMILIANO
y CARLOTA

por Egon Corti



[Ed]ición completa en 302 páginas

[J]OAQUIN GIL = EDITOR = BUENOS AIRE[S]

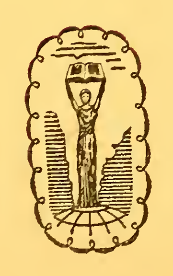


DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO PARA EL
CONTINENTE AMERICANO,
LIBRERIA "EL ATENEO" - BUENOS AIRES

EGON CORTI

MAXIMILIANO
Y
CARLOTA

Vida y Tragedia



JOAQUIN GIL - EDITOR - BUENOS AIRES

Nueva edición revisada, Febrero de 1944
Traducción del alemán, por JAIME BOFILL y FERRO
Queda hecho el depósito tal como previene la ley 11.723

Impreso en la Argentina

Printed in Argentine

ESTE LIBRO FUE IMPRESO EN BUENOS AIRES, EN LOS TALLERES GRAFICOS DE ENRIQUE L. FRIGERIO e HIJO

TABLA DE MATERIAS

Pág.

Prólogo 9
I. — En la Corte imperial de París 11
II. — Sobre sus propios pies y en la agitada Italia 26
III. — En el aquelarre de Méjico 39
IV. — Una mujer se mezcla en la política 48
V. — La aventura guerrera de Méjico 60
VI. — Seducciones, lisonjas, intrigas y castillos en el aire .. 69
VII. — Despedida de la patria 83
VIII. — Primeras impresiones del lejano país 97
IX. — Luchas, cuitas e ilusiones 116
X. — Comienza el hundimiento 133
XI. — De crisis en crisis 147
XII. — Napoleón falta a su palabra 162
XIII. — Las acusaciones de cobardía 176
XIV. — Desengaños de Carlota en París 196
XV. — Ilusiones peligrosas 215
XVI. — Locura en Roma 222
XVII. — Los últimos estertores del Imperio 242
XVIII. — La catástrofe 261
XIX. — Ultimo paso de Maximiliano 277
XX. — Tinieblas mentales 294
Iconografía 303

PRÓLOGO

El presente trabajo está basado en mi obra, aparecida en 1924, *Maximiliano y Carlota, en Méjico.* Y a esta obra sirvió de fundamento el archivo secreto mejicano, casi completamente desconocido hasta entonces, que fué salvado y recogido en Viena. Mi trabajo tiene en cuenta también los materiales recientemente hallados en el Archivo de la ciudad de Viena, así como las cartas de Herrmann Hartwig von Düring, que vivió en Méjico durante el gobierno de Maximiliano y que conoció personalmente al Emperador, cartas puestas a mi disposición por su hija, la señora Katharina Kippenberg. He utilizado también las obras publicadas desde entonces, que abren nuevas fuentes históricas, especialmente el libro de la condesa H. de Reinach-Foussemagne, *Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique*, París, 1925, libro lleno de interés desde el punto de vista documental; así también he consultado: Barón C. Buffin, *La tragedie mexicaine*, Bruselas; Louis Sonolet, *L'agonie de l'Empire du Mexique*, en la *Revue de Paris* del 1º y 15 de agosto 1927; la notable publicación mejicana de Alfonso Junco, *La traición de Querétaro*, Méjico, 1930, y el artículo del doctor Fritz Reinöhls en el *Neuen Wiener Tageblatt* del 1º de agosto 1925, *Napoleón und Eugenie.*

En los documentos y cartas he acortado algunos pasajes e introducido en otros ligeras modificaciones, que no afectan en nada a la verdad histórica ni deforman el texto. Quien estudie este drama histórico con fines científicos puede aprovecharse de la obra en dos volúmenes anteriormente mencionada. Contiene el conjunto de la correspondencia que se cruzó entre los emperadores de Francia y de Méjico en su texto original. Esta obra se encuentra en traducción inglesa y francesa.

El autor

Capítulo Primero

En la Corte imperial de París

Madrid, en el año cuarenta del siglo diecinueve. Rica y ostentosa rumorea la vida mundana en los círculos cortesanos de la capital de España, y en esta vida de alta sociedad desempeña un importante papel la casa del Conde Manuel de Teba y Montijo. Pero nadie sospechaba entonces que este antiguo nombre nobiliario había de brillar sobre todo el mundo con nuevo y apenas imaginable esplendor. Procedía la esposa del Conde de una noble familia escocesa que, completamente arruinada, había emigrado a Málaga. Su padre abrió en esta ciudad, para procurar sustento a la esposa y la hija, una botillería, a la que el conde de Teba, ya un tanto entrado en años y con un ojo de menos, solía concurrir.

Como partidario ardiente del primer Napoleón, luchó este grande de España bajo las banderas del Emperador hasta el año 1814 y, aun después de la catástrofe de la Casa imperial, mantuvo su entusiasmo por el gran corso. Durante la guerra, faltóle tiempo para pensar en casarse. Regresado a la patria tras la caída de Napoleón, en la pequeña ciudad provinciana, encontraba el conde de Teba especialmente insoportable aquel vivir casi en soledad. Y fué entonces cuando el hombre maduro enamoróse de la bella y ambiciosa hija del botillero de noble alcurnia, y ésta supo de tal suerte encadenarle, que la hizo su esposa a pesar de la oposición de la familia del Conde.

La joven dama se halló muy a su gusto en el nuevo papel. Su morada no tardó en ser una de las más distinguidas y hospitalarias de Málaga. La sociedad olvida el pasado y llena los salones de la bella condesa, que posee sensibilidad e ingenio y consigue, por lo tanto, influir en aquellas personas que pueden serle de utilidad para subir. Lentamente, progresivamente, va obteniendo todos sus fines y hace presente de hijos, tan deseados, a su marido. A poco una de otra, les nacen dos hijas; la menor, Eugenia, el 5 de mayo de 1826, o sea el mismo día en el cual, cinco años antes, Napoleón I cerrara sus ojos para siempre en Santa Elena.

En la casa de los Teba reina un verdadero culto a Napoleón, y pronto la esposa es convertida, por influencia del esposo, en adoradora del Emperador, y se siente atraída por cualquier cosa que le recuerde aquella gigantesca figura y la recoge amorosamente. Crecen, pues, las jovencitas en un ambiente de fervorosa admiración hacia el gran corso. Al morir el Conde en 1839, la Condesa, con sus dos hijas educadas en el Sacré Coeur de París, se traslada al palacio de los Teba en Madrid, donde, a pesar de su origen modesto, supo mantener en la Corte y en la alta sociedad la eminente situación que correspondía al antiguo e ilustre nombre de su esposo.

Por aquel entonces, sonrió la ventura a la familia de la Condesa. La hija mayor se casa con el Duque de Alba, uno de los grandes señores más distinguidos y acaudalados de España; la menor, la graciosa Eugenia, en uno de los viajes que realizaba a menudo con su madre, conoció al príncipe Luis Napoleón, que a poco tenía que elevarse, de un insignificante y casi risible pretendiente al trono, a ser uno de los más poderosos jerarcas de la Europa de entonces.

Floreció en Eugenia una belleza fuera de lo común. Grandes ojos azules resplandecían en un armonioso rostro del más delicado color; pesadas trenzas de su pelo, tirando a rojo, arrollábanse alrededor de la cabeza. Su figura, de finos miembros, era de proporciones impecables, e irradiaba de toda su persona un encanto, que aun el propio Winterhalter, durante tanto tiempo el pintor favorito de las más bellas damas, no alcanzó a fijar sobre el lienzo, de modo que apenas ninguno de los numerosos retratos de Eugenia nos procura una idea cabal de su belleza.

Sin duda era una mujer bien dotada, aunque no justamente importante. No heredó, ciertamente, la sensibilidad de la madre: en las intrigas de amor mantúvose siempre algo superficial. Al contrario, la violenta ambición materna pasó a la hija, que prefería expulsar al contrincante, como fuese, del codiciado objetivo, antes que quedar rezagada.

Eugenia unió la gracia femenina a cualidades acusadamente masculinas. Impasible y temeraria, por ejemplo, en el montar a caballo, nada existe que menosprecie tanto como la cobardía; es enérgica y tenaz, mas sin falsedad y con limpieza. La música no le dice nada; pero, por otra parte, se complace en extremo con la literatura selecta, y especialmente con la Historia. Ya de pequeña tuvo una apasionada preferencia por los asuntos históricos, que, siendo más tarde emperatriz, elemento activo en la Historia, no la abandonó.

A menudo confundía con sus conocimientos históricos a las gentes cortesanas, básicamente incultas, como también las dejaba maravilladas de sus conocimientos lingüísticos, que le permitían expresarse con soltura en los cuatro idiomas principales de Occidente.

Así era la mujer a la cual se dirigió, en 1852, Luis Napoleón, entonces aún príncipe-presidente de Francia. Muy corto tiempo le separaba ya de la dignidad imperial, que pronto había de ser públicamente propugnada; ya se oía, en las paradas militares y por las calles, a su paso, el antiguo *Vive l'Empereur!* de los tiempos heroicos. El invencible hechizo del nombre del primer Napoleón colocó la diadema imperial sobre las sienes del sobrino.

Si es forzoso atribuir a ese nombre una parte principal en el éxito del sobrino, no pueden, sin embargo, regatearse a Luis Napoleón ciertas cualidades que desempeñaron también su papel; era, principalmente, un personaje convencido de su predestinación histórica, fortalecida, en aquel príncipe un tanto supersticioso, por una profecía casual recogida con una receptividad apasionada. En vano intentara por dos veces ponerse a la cabeza de Francia. Claro en la manera de expresarse, amable y cortés, sabía uncir los hombres al carro de su ventura.

En su aspecto exterior, apenas si tenía nada de su egregio tío; la frente un tanto deprimida, la expresión general del rostro, lo indicaban todo menos espiritualidad y fuerza y dureza de voluntad. Su manera de ser lo llevaba a quedarse apartado del vulgo, como si intentara despreciar la ocasión que su nombre le traía a las manos. En sus comienzos, sonrióle la fortuna, y, mientras el primer Napoleón dirigió siempre el timón con mano firme, el tercero dejóse conducir por las olas, que un día habían de precipitar en el torbellino una nave tan vacilante.

Luis Napoleón fué un gran admirador del mundo femenino y lo demostró cumplidamente, aun con anterioridad a su ascensión al trono imperial. Con la misma Eugenia de Montijo, no tenía al principio propósitos de mucha seriedad; pero la altiva española, por otra parte muy dueña de sus sentidos, no podía prestarse a ligeras aventuras. Napoleón III enamoróse seriamente de la joven y pensó en hacerla su esposa. Ciertamente, después de haber recibido vergonzosas negativas de varias princesas de las antiguas dinastías de Europa. Decidióse, pues, a casarse con Eugenia de Montijo, poco después del 1º de diciembre de 1852, en que recogió públicamente y en atención al nombre que llevaba, la herencia de su glorioso tío. Y en

este matrimonio, de acuerdo con las ideas democráticas del nuevo emperador, iba a ser de más peso en la elección de esposa el amor que cualquier otra consideración. Eugenia fué su esposa el 29 de enero de 1853. La Condesa y su hija alcanzan la cumbre de sus ambiciosos sueños, y entonces sólo les queda ya la encomienda, harto penosa, de representar con éxito un papel tan brillante como difícil.

En América, especialmente en el norte, la ascensión al poder de Luis Napoleón fué recibida con actitudes contradictorias, ya que con el establecimiento del Imperio desaparecía de la escena una República, o sea una forma de Estado que Norteamérica deseaba ver extendida por todo el mundo. Justamente habían demostrado los norteamericanos gran simpatía por el alzamiento de 1848 y 1849 en Europa y habían recibido con delirante entusiasmo al revolucionario húngaro Luis Kossuth cuando, desterrado, se acogió al Nuevo Continente. El golpe de Estado del año 1852 fué observado con visible desagrado, tanto por el representante en París del Gobierno yanqui como por la prensa, considerándolo como algo que atentaba al concepto de libertad.

Napoleón III, muy preocupado por el reconocimiento de su usurpado poder, conocía muy bien estas cosas. Era justamente en los comienzos del año 1856 cuando, habiendo terminado felizmente para las potencias occidentales la campaña de Rusia, la primera gran empresa militar del tercer Napoleón, satisfacción acrecentada por el nacimiento de un heredero, el "hijo de Francia", se anunció en París la visita de un príncipe que estableció los fundamentos de unas relaciones de capital importancia en lo venidero. El archiduque de Austria Fernando Maximiliano, hermano del emperador Francisco José, que contaba unos veinticuatro años, cumplía el encargo de saludar al victorioso napoleónida.

Este Príncipe imperial había nacido el 6 de julio del año 1832, como hijo segundo de la pareja archiducal de Carlos y Sofía de Austria, en el palacio de Schönbrunn, cerca de Viena. Era, por lo tanto, solamente, dos años más joven que su hermano Francisco José, que subió al trono de Austria. Ambos muchachos habían estudiado con los mismos preceptores y bajo el mismo plan; los respectivos progresos eran, empero, sensiblemente diferentes. Mientras Francisco José aprendía trabajosamente, Fernando Max lo hacía con mucho mayor rapidez. Aun en la educación física, en los deportes, aventajaba sin duda a su hermano mayor. Mientras éste, siendo muy joven, montaba a caballo de mala gana, Fernando Max encontraba gran placer en la

equitación. Cuanto más aprisa y más locamente, más le seducía. "El paso es la muerte, el trote la vida, el galope tendido la felicidad —escribía una vez el Archiduque en sus recuerdos—; no me es posible cabalgar al paso". Pero el volar sobre la tierra en arrebatado galope no le bastaba ya. Quiere ascender a lo alto, al aire azul, a las nubes. "Del volar aguardo cosas extraordinarias —opinaba en 1854—, y si algún día llega a realidad la teoría del globo aerostático, me dedicaré a volar para encontrar en ello concentrado el mayor placer".

Tras el ejercicio corporal al aire libre, vuelve a sus graves actividades con mayor gusto. Durante algún tiempo, ocupóse el Archiduque en el modelado y en la pintura; pero su mayor talento lo tuvo para escribir. En el estudio de las artes y de las ciencias, según él mismo dice, halló durante toda la vida "un manantial inagotable de todo consuelo".

Una cierta timidez, que a los comienzos era una de sus características, le abandonó bien pronto; especialmente con personas que gozaban de su particular amistad llegaba a ser de una cordialidad atractiva, agradable, divertida, en forma que más de una vez el éxito que acompañaba a su presencia personal había sido una bendición para su hermano mayor, más frío y más reservado.

Fernando Max era de constitución fina y delicada, rubio claro, con ojos azules muy admirados ante el mundo, y el mentón algo hundido, cubierto más luego de una barba rubia, cuidada con meticuloso esmero y partida en su mitad, que el Archiduque tenía la costumbre de mesar a menudo. Más bien de rostro pálido, en 1856 nos ofrece, con todo, una agraciada figura juvenil, en la cual predominan los trazos delicados, casi femeninos. Así como en la emperatriz Eugenia encontramos características masculinas en cantidad que las pone bien de manifiesto, sin que el conjunto de aquella personalidad femenina sufra en lo más mínimo, en Maximiliano encontramos casi con predominio aquellos trazos especialmente característicos de las mujeres. El corazón desempeña en él un papel importante. Puede ser un amigo como no se hallaría un segundo, y corresponder a una amistad sincera, o insincera, que se le ofrezca, con un corazón lleno de agradecimiento y de ternura. Su ánimo, sorprendentemente rico en sentimientos, no conoce la falsedad. Y esta misma sensibilidad lo conduce a ser débil en las acciones, ya que la energía y la fuerza no son sus más eminentes cualidades; a lo más puede atribuírsele cierta tenacidad. En ocasiones, especialmente si llega a percatarse de que se le tiene por débil, demuestra fases de súbita energía, que las más

veces le conducen a medidas impremeditadas, de las que más tarde se arrepiente.

Fernando Max tiende a lo romántico y fantástico, gózase en la Naturaleza, en animales, plantas, flores y frutas. Por otra parte, tenía el sentido del honor y el orgullo de familia desarrollados hasta el último extremo; animado por un ardiente afán de honores, siéntese cabalmente hombre, y este sentido de la propia excelencia no le abandonó durante toda la ruta de su vida. No dejó, no obstante, de ofrecer, en su temperamento un poco superficial, algo característicamente austríaco de ligereza y amabilidad, siempre unido, empero, a la simplicidad y la honradez. El archiduque Max, como abreviando se le llamaba, era un verdadero vienés, con todas las cualidades y defectos de éstos. En el grupo de su confianza, o en aquellos otros medios que se complacía en frecuentar, aparece como un conversador lleno de ingeniosa soltura y un tanto irónico, y goza del favor de los salones. En el fondo no se encuentra a su gusto en el gran mundo; él mismo confiesa que, al contrario de tantos y tantos que se divierten fumando y charlando entre numeroso concurso y que se aburren en la soledad, pertenece ocasionalmente al número de los pocos que se sienten solitarios en las diversiones y a quienes sólo la soledad satisface. Pero "ocasionalmente", en verdad. Expresión que puede ser aplicada a otras muchas particularidades de este príncipe imperial.

Por otra parte es un carácter extremoso. Si distingue a alguien con su confianza, llega demasiado lejos. Le abre todo su corazón, vierte todos sus pensamientos ante el amigo; a menudo es engañado y también a menudo cae en completa dependencia de tales personas.

Un detalle altamente característico de la manera de ser de Fernando Max lo encontramos en una pequeña hoja de cartón sobre la cual escribiera las reglas de vida que quería aplicarse. Siempre la llevaba consigo y, como las demostrativas señales de un uso frecuente nos enseñan, a menudo le pedía consejo. Los excelentes preceptos expuestos allí culminan en la afirmación de que el espíritu ha de dominar al cuerpo y ha de mantenerle en moderación y buenas costumbres. Se propone no decir nunca una palabra mendaz, ser cordial y justo con todos, hacer las mejores suposiciones de los que le rodean, confiando, empero, en pocos. No ha de caer en supersticiones, en malignas murmuraciones, en juicios demasiado duros sobre las faltas de los demás. Si no mantiene siempre estas reglas llenas de sabiduría —como en sus frecuentes olvidos del punto 12: "teniendo razón, demostrar con todos una férrea energía"— no obstante, el

hecho revela en sí que Fernando Max se preocupó de reunir veintisiete normas de vida, que se afanaba en trabajar en la mejora de sí mismo, para convertirse, en lo posible, en un hombre cabal.

Era característico en el Archiduque, desde su juventud, un acusado gusto por el trabajo. "El bienestar sólo en la actividad se encuentra", escribe, y es de opinión que a la gente joven, demasiado inclinada a los honores, habían de confiársele, tan pronto como fuera posible, negocios capaces de brillante desarrollo, para canalizar y valorar aquella tendencia en una dirección útil. Afirmaba que en esta pasión de los honores acontecía como en los globos: "Ascender hasta determinada altura, es bello e interesante; se alcanza la visión de un extenso y claro panorama; si queremos subir más arriba, la cabeza nos da vueltas, la lejanía se esfuma, se confunde, tórnase el aire demasiado sutil, viene finalmente el hundimiento y nos rompemos la cabeza".

Maximiliano tiene estas razones ante los ojos, pero un fuego interno le consume. No puede contemplar sin cierto sentimiento de envidia el poderoso campo de actividad que ha sido reservado a su hermano Francisco José desde su ascensión al trono en 1848. Querría colaborar, ser oído, prestar ayuda, pero no andan por este camino los deseos de Francisco José. En muy buena amistad, pero en el fondo, rehusando con mucha cortesía, no permite el monarca la colaboración que tanto desea el hermano. No puede consentir un segundo junto a sí, y menos un familiar tan próximo.

Son rechazadas de plano repetidas observaciones de Fernando Max. Esto le hiere profundamente, porque se percata claramente de que se le quiere confinar a un círculo de acción simplemente lateral y más representativo que otra cosa, a fin de tenerle alejado de la capital y, con ello, de toda posibilidad de una acción directa sobre los negocios de gobierno. Tales circunstancias despertaban en el joven Archiduque una profunda amargura y el deseo de abandonar el país para procurar alimento a su espíritu ansioso de saber y a su impulso hacia una vida activa, mediante largos viajes por desconocidos países.

Pronto apareció en aquel joven el interés por el mar; en un país de montaña —por muy bello que pueda ser—, donde las alturas limitan la vista, no se sentía muy a su sabor. Aquellos montes le oprimían el alma, deseosa de amplias lejanías. Sólo le seduce el mar, ilimitado, de rostro siempre mudable, que ora nos procura una imagen de paz serena, ora una pavorosa visión de mugientes olas. Así, pues, se propone ingresar en la Marina, y su plan es excelentemente acogido, pues satisface, por mil razones, a su imperial hermano. Así,

de una manera natural y fácil, puede alejar de Viena a Fernando Max. El Emperador nombra, en 1854, a su hermano de veintidós años jefe supremo de la Marina de guerra, y el Archiduque emprende largos viajes por el Mediterráneo.

En ocasión de pasar por España, Fernando Max expresó el deseo de conocer a Andalucía y Granada, para visitar los recuerdos de sus antepasados españoles, y con ocasión de todo ello aconteció un característico episodio. Los que le rodeaban querían disuadirle del proyecto, pero se estrellaron contra su voluntad. "Si las gentes son tenaces y reacias a abandonar su propósito —escribe entonces el Archiduque en su Diario—, yo soy aún más tenaz y más renuente en abandonar el mío".

Saca adelante su proyecto y emprende el viaje. Esta característica de aferrarse a sus deseos, le acompañó durante toda la vida. Había de ser su fatalidad.

Ante las tumbas reales de Granada, ante las sepulturas de los Habsburgos españoles, deleitábase en el altivo sentimiento del antiguo honor y excelencia de su Casa. Sentíase legítimo pariente de aquellos muertos, más cercano a ellos que los propios príncipes y princesas de la España de entonces, y reconoce el sentimiento que despierta el parentesco aun después de siglos. He aquí las insignias imperiales. "Afanoso, lleno de orgullo, pero también de melancolía, alargaba mis manos —así habla el Archiduque— a la diadema de oro y a la espada, tan poderosa antaño. Para un nieto de los Habsburgos españoles, sería un sueño bello y resplandeciente blandir ésta para alcanzar la diadema imperial".

De un golpe se revela el pensamiento íntimo: que es puramente un azar que ciña la corona de Austria la frente de su hermano, un azar que éste naciera primero. ¿No es una injusticia del Destino, que él, Fernando Max, del mismo tronco y de igual nobleza, sólo porque es dos años más joven, tenga que pasar por el mundo sin corona? El resplandor lleno de seducción de la realeza atrae y embelesa al joven; no piensa en las espinas, sólo ve la felicidad de la elevada empresa de aplicar su personalidad y su vida al bienestar de un pueblo.

Pero todo ello son pasajeras imágenes momentáneas que la austera cotidianidad borra en seguida y torna de nuevo al Príncipe en sus brazos.

De la continuada monotonía de su existencia entre las tareas de la Marina, a las cuales se dedica con pasión, le sacó una orden del

Emperador enviándolo a París para examinar el ambiente y la situación en la Corte napoleónica.

Con gran placer acepta el joven Archiduque aquella encomienda: el 17 de mayo de 1856, llega a París. Se dispone a cumplir el encargo, lleno de curiosidad, pues ha oído relatar maravillas de aquella dinastía de advenedizos y de toda su Corte subida de la nada. En la convicción de pertenecer a una de las estirpes reales más antiguas de Europa y a una de las cortes más refinadas del mundo, llega a la capital de Francia en una actitud de antemano irónica, sarcástica casi. Todos sus informes revelan semejante tendencia.

Este tono comienza ya a su llegada a la estación. "En mis numerosos viajes —relata—, he conocido un poco a los franceses del siglo XIX, y sé que hay que hacer con ellos un poco de comedia; me aderecé, pues, con mucho oro y relucientes galones, con una coraza de la Orden, y en mi pecho colgaba, como una campana, un toisón, sobre el que brillaban y despedían centellas, como en un fuego de artificio, los diamantes: yo era algo digno de ser visto, como el caballo de un trineo en un alegre día de Carnaval. Así convenía para la Corte de aquel *Imperator*".

El archiduque Fernando Max pisó el andén de la estación, fantásticamente adornada, no sin cierto temor. Nunca habíale sido encomendada una misión tan importante y todo en derredor suyo le parecía extraño e insólito. Cuando el primo del Emperador, Jerónimo Napoleón, vistiendo uniforme con muy poca prestancia militar, con su adiposa barriga y sus largos cabellos desmelenados, le saludó de una manera indescriptiblemente familiar y poco digna, que le recordaba a un bajo enronquecido en una ópera italiana de feria, se disipó por entero su timidez y el príncipe de rancio abolengo salió imperturbable al encuentro de aquellos "también príncipes". Cuando se dispusieron a subir a los carruajes, resultó que habían sido enviados a otra estación. Con una sonrisa irónica ante una organización que tan mal funcionaba, el Archiduque tuvo que resignarse a esperar.

Y prosiguieron la ruta hasta el castillo de Saint-Cloud, donde la pareja imperial le aguardaba. Se condujo al Archiduque por un magnífico vestíbulo a las amplias y ricas escaleras de mármol del palacio. Y conoció al hombre que significaba para él todo un destino.

"Contemplé la magnífica y brillante escalera a la romana —informaba a su imperial hermano en Viena— y distinguí en lo alto, en un atrio de columnas, orlado por los abundosos pliegues de purpúreos cortinajes, entre dos gigantescos soldados de su guardia perso-

nal, rodeado de los grandes de su Corte, el destino de Francia, el conductor de Europa, el jerarca ante el cual se postraban los príncipes de Oriente y de Occidente, el hombre del instante, Luis Napoleón Bonaparte, elegido por la nación como Napoleón III, emperador de los franceses. He aquí el gran momento, que fué el más interesante y dilecto en mis viajes por Europa. ¿Cuál fué mi primera impresión ante la imagen del grande hombre que por vez primera se presentaba a mi alma a través de los oídos y de los ojos? Fué algo así como cuando el corazón, tras largas privaciones, aguijoneado por los apetitos, delira por una copa de *champagne frappé à la glace*, y al tomar el primero sorbo del cáliz de cristal lo sentimos descender por la garganta tibio y desabrido. Es un ser que pesa, que oprime, y, he de confesarlo al orgullo de mi alma, una *desilusión*.

"Recibí una impresión de flaqueza y de desagrado: Helo allí, en lo alto de aquella montaña de peldaños, el hombrecillo ancho de espaldas, corto de piernas y de voluminosa cabeza, que gesticula mirando confuso hacia abajo con sus ojos mates en constante pesquisa, y luego avanza y viene hacia mí con sus charreteras de oro, sus brillantes bujerías colgadas sobre el pecho, con el toisón de España en diamantes, las piernas en forma de O en unos pantalones de soldado, anchos sin moderación, de un rojo pálido, estrechándose por abajo. Sacude con su mano temblorosa, ancha, pesada y velluda la diestra del huésped, murmura una profusión de incomprensibles palabras. ¡Singular contraste!... Aquella visión no tenía nada de imperial. Y, sin embargo, qué eminentes cualidades ha de poseer este hombre que, a pesar de su desdichado exterior, de su tipo de francés vulgar, en su trato cotidiano es tan encantador, tan convincente, que uno, y no temo decirlo, se despide de él siendo su amigo y su admirador. Es que tiene momentos de entusiasmo, de exaltación, en los cuales aun su aspecto exterior resulta mejorado de manera extraordinaria, en que humedécense y chispean sus ojos mates, en que la figura encorvada y vacilante adquiere gallardía y una sonrisa seductora y espiritual, un tanto burlona y astuta, y también algo benevolente y amable, se dibuja en los finos ángulos de la boca. Su exterior y su interior llevan el cuño de la variedad, de la polivalencia, que es lo que le presta cualidades para dominar; por él circula la ardorosa sangre de Francia y de Italia, enfriada y moderada por el elemento holandés y la educación inglesa y alemana. Sus facciones acusadas, su gran nariz aguileña, son italianas, así como la voluminosa cabeza, su mirar oblicuo que despide de vez en cuando un fulminante des-

tello, la boca bien dibujada y la artería de su sonrisa. La cortedad de piernas es francesa; el azul apagado de los ojos, la piel descolorida y mate, las anchas manos, son holandeses; la expresión más bien cordial, el carácter franco y honrado, alemanes; pero es de educación inglesa la manera de ser a veces fría, reposada, comedida, hermética y a la vez llena de energía. En su trato, posee todo lo agradable de estos pueblos: el ingenio ligero y burlón de los franceses; la delicadeza y el gusto de las aventuras, pero también de las supersticiones, de los italianos; la cálida intimidad y el saber valorar un carácter abierto y justo, de los alemanes; la liberalidad y el *confort* en el vivir, de los ingleses. Ha escuchado y aprendido mucho y se ha adaptado algo a todos los grandes países.

"Su torpe confusión el día de mi llegada me causó pena y traté de animarle con una conversación animada; pero fué todo en vano: le duró hasta la mañana siguiente, día de nuestro primer diálogo extenso e íntimo.

"Luego me presentó a la Emperatriz. Aquí también experimenté, de momento, casi una decepción. Era un instante desfavorable para aquella hermosa mujer; extenuada por su reciente parto, tan difícil, descansaba en una otomana, en el salón a media luz, solamente iluminado por la mancha de luz cruda de una lámpara. Llevaba peinado hacia un lado su pelo de un rojo de oro, y tras su pequeña oreja lucía con desenvoltura, según costumbre española, una rosa. Una nube de seda azul de cielo y de ricos encajes le envolvía el cuerpo; en su mano izquierda, el abanico, el arma indispensable de la coquetería española. Avanzaba el cuerpo tímidamente de su trono de nubes, y yo tomé con fervor su bella y alargada mano derecha, de una delicadeza, extremada, para besarla. Aquello pareció complacerle, como si en su modestia no hubiese aguardado tal homenaje. Tuve ocasión de observar a menudo en ella y en su imperial esposo aquel aire de humildad; un tacto sutil, y ciertamente encantador, que les daba aquel aire de excusa por su repentino encumbramiento. Sonriendo, hizo notar durante la conversación que me había visto el año 51 en Cádiz, siendo aún condesa de Teba: *C'était encore avant mon avancement* (1).

"Cuando, algunos días después, pude admirarla, bajo una profusión de diamantes, la resplandeciente diadema en los dorados cabellos, la crinolina ondulando etérea alrededor de su bellísima figura,

(1) Fué antes de mi elevación. (En francés en el original).

penetrar en el brillante salón, con una tardanza muy de reina, un verdadero sol, aparecióseme entonces como una auténtica emperatriz, una gran dama de pies a cabeza, una visión tan llena de seducción y de dignidad como muy raramente puede verse. Tenía de común con nuestra emperatriz que la diginidad le era consubstancial, no adquirida artificialmente. Además, poseía un rostro como no habríais encontrado otro en parte alguna del mundo. El magnífico cabello, rubio dorado con reflejos rojos; los ojos, de un azul encendido y apasionado; la piel, de un blanco deslumbrante, procedían de Albión; las facciones finas, recortadas delicadamente, como las de un camafeo; la boca, pequeña y bellamente dibujada, con sus dientes perlinos; el cuello, alto y esbelto; el ondulante caminar, eran auténticamente andaluces. Aquella perla de un mundo de fantasía, el más bello y más codiciado adorno de la corona de Napoleón, surgió de la confluencia del frescor y la luminosidad nórdicas con la venustidad y el hechizo del Sur. Tal como la visión de Eugenia ennoblecía y purificaba toda aquella Corte, asimismo, por sus cualidades internas, por la ternura de su carácter, por su religiosidad y su inclinación a difundir el bien, constituía el único ángel protector, el principio de concordia en las altas esferas de Francia. Lo que hacía irresistible su cara, lo que determinaba en todos una profunda impresión, era el trazo de melancolía que llegaba al corazón, que circundaba sus ojos y se manifestaba también en la curvatura de sus cejas; era lo que prestaba a su rostro aquella expresión de dulce tristeza que aparejábase extrañamente con la gozosa serenidad de los otros rasgos fisonómicos".

La primera impresión que el archiduque Fernando Max recibió de la pareja imperial francesa, fué profundizándose y precisándose en lo sucesivo. En la noche del día de la llegada, tuvo lugar una cena de gala tan magnífica e imponente como fué posible. La mesa, en un solemne comedor tapizado de verde obscuro, resplandecía de luces, de gigantescos adornos, de pesados candelabros de plata, y la cubrían suculentos y bien aderezados manjares, según la costumbre francesa, en fuentes calentadas. Todo brillaba y centelleaba, pero no escapó al ojo perspicaz del Archiduque que el magnífico servicio de plata procedía de la casa del señor Christofle, el famoso fabricante de vajillas de orfebrería. Durante la comida, el Emperador mostróse increíblemente desconcertado. Parecíale al Archiduque, tan seguro de su jerarquía en aquellos instantes, como si el Emperador se encontrase *mal à son aise* (1) ante un príncipe de antiguo abolengo. "Cuando aquella cor-

(1) Desazonado. (En francés en el original).

tedad le abandona —opina el Archiduque—, da muestras de un ánimo franco y abierto, y cuando más de cerca le trato, tanto más parece fortalecerse la confianza que en mí ha puesto. En conjunto, se observa muy buena voluntad en dar a la Corte un nivel decoroso, pero no consiguen aún que todo aquel mecanismo funcione aceptablemente. A través de la soltura que todos afectan en la Corte, trasparéntase por todas partes la etiqueta del advenedizo. Hasta ahora tengo la impresión de que el Emperador de los franceses es respetado por muchos, pero querido por muy pocos. La ciudad de París, a pesar de su grandiosidad, no me causó ninguna impresión agradable. Es una ciudad muy universal, sin ningún carácter específico del país, como tienen Roma u otras grandes capitales. En Viena, más pequeña, ciertamente, encontramos un verdadero aire imperial, de que París carece en absoluto".

No obstante, el Archiduque encontró imponentes las transformaciones que, en breve tiempo, había realizado Napoleón en su capital. A fuerza de grandiosos dispendios, construyéronse bajo su gobierno nuevas calles, nuevos bulevares, innumerables edificios de gigantescas proporciones. En verdad que todo ello no fué animado por la sola idea del embellecimiento de la ciudad, sino que influyó también la de combatir los tumultos callejeros, tan frecuentes en París. Así, pues, Napoleón señalaba al Archiduque el *Palais de l'Industrie* como un excelente punto de reunión para las tropas, y notaba que el macadam de las calles, sobre el que resultaba tan agradable caminar, no podía ser fácilmente empleado, como los antiguos adoquines, para construir barricadas.

Maravillábase el Archiduque de que en su recorrido de París nunca le acompañase el Emperador; y llegó a imaginar que la causa de ello era la frialdad con que era acogido en todas partes. Era cosa cierta que parecía como si aquel monarca se avergonzase de poner como testigo a su huésped de semejante indiferencia popular. Cuanto más tiempo, empero, permanecía el Archiduque en París, tanto más amigo sentíase de Napoleón. "Almuerzo cada día con el Emperador y la Emperatriz —informaba a Viena—; el Emperador es uno de aquellos hombres cuya personalidad de buenas a primeras no tiene gran cosa de atractivo, pero que a la larga desarrolla una favorable eficiencia por la simplicidad y la serenidad de su carácter. Merece ser notada la falta de miramientos con que se expresa ante el servicio; en presencia de los criados, salen a lo mejor de su boca las más increíbles afirmaciones; ello me parece característico del advenedizo,

al cual falta aquel espíritu de cuerpo que evita manifestarse tal cual uno es ante los subordinados. La jovialidad, la ingenua vivacidad de la Emperatriz, parecen no ser muy del agrado de su imperial esposo, que le dirige más de una vez reprensivas miradas".

Durante las comidas, es cuando la Emperatriz se muestra más locuaz y expansiva; su tema favorito es María Antonieta. Se interesa vivamente por cuanto se refiere a la desventurada reina, y reúne con verdadera pasión libros y objetos que la recuerdan. Aquel príncipe acostumbrado al exclusivismo y al ceremonial de la Corte de Viena encuentra baja de nivel la sociedad que rodea a la pareja imperial; las maneras de las damas de la Corte, irrespetuosas en extremo. El conjunto le causa el efecto de una compañía de cómicos aficionados, que simulan una corte con el poco tacto de actores que no son del oficio. No cabe allí hablar de un buen tono, o de un mal tono, porque en aquella Corte falta cualquier suerte de tono.

Pero interesa a Fernando Max aparecer en París, ante la pareja imperial, bajo una luz favorable. En las inevitables paradas militares, que ofrece para el Archiduque la novedad de que las tropas desfilan con estentóreos *Vive l'Empereur!*, insinúa una observación llena de prudente cálculo: "Sire; es magnánimo hacer la paz cuando se posee tan bello ejército".

Frases semejantes satisfacían y adulaban al Emperador. Cuando Napoleón III cabalga con el Archiduque hacia el palacio, el príncipe austríaco, comparando al Emperador actual con Napoleón I, suelta, como por azar, estas palabras: "Napoleón I tenía genio, Napoleón III espíritu: el genio arrastra, pero el espíritu gobierna".

Tales lisonjas, diestramente colocadas, no dejaban de ejercer su acción sobre el Emperador. A poco quedó ello bien patente en el baile de gala que tuvo lugar en Saint- Cloud. El Emperador distinguió al Archiduque especialmente y a la vista de todos. Pero esta preferencia no fué óbice para que Fernando Max contemplase el baile con mirada escéptica.

"La fiesta comenzó —así informa a su imperial hermano de Viena— con un desfile de los invitados ante las altas jerarquías, lo que me produjo un irresistible efecto cómico. Aquella sociedad, mezclada desde todos los conceptos, sobresalía por sus detestables vestidos y por sus maneras desprovistas de tacto. Era un hormiguear de aventureros, trazo característico de esta Corte, y llama la atención el incesante mariposear del Emperador alrededor de las bellas damas; que dice muy poco en favor del prestigio real".

He aquí las primeras impresiones de la visita del Archiduque a París. Cuantos más días pasaban —en conjunto su estancia no duró más que doce días—, tanto más aumentaba la comprensión entre los dos príncipes. La manera de ser cordial, amable, abierta, del Archiduque, resultó para Napoleón III de una tan real simpatía, que fué borrando, poco a poco, la reserva de los primeros días que Fernando Max atribuyera a encogimiento y determinó su rendición ante las dotes de gentileza del huésped. A este cambio respondió al punto el Archiduque, tan delicadamente sensible. Cuando Napoleón se despidió de él, le dice: "Me parece como si fuésemos amigos de largos años", y está sinceramente emocionado. La otra parte experimenta lo mismo. La emperatriz Eugenia, que por lo demás no es fácil de entusiasmar, encuentra también al Archiduque —cuyas adulaciones a ella y a su marido cayeron en terreno abonado— un personaje alegre, encantador, lleno de simpatía. Y así fué que se separaron en una total armonía.

Capítulo II

Sobre sus propios pies y en la agitada Italia

Luego de su brillante visita a París, tan llena de interés, fué enviado el archiduque Fernando Max a la Corte, ciertamente mucho más modesta, de Bruselas. Allí reinaba el decano de los monarcas europeos, el rey Leopoldo I de Bélgica, con sus sesenta y seis años, el fundador de aquel poder de la Casa de Coburgo, que daba la vuelta al mundo. Este rey logró erigir su imperio entre Francia e Inglaterra, y llevarlo a un gran florecimiento, precisamente a causa de las rivalidades de estas dos naciones en lo tocante a los asuntos belgas.

Tuvo la habilidad de enlazar íntimamente a casi todas las Cortes de Europa con su familia mediante casamientos, y puso sus manos en todos los grandes problemas de la política europea de aquel entonces.

Pero ante todo es forzoso que se mencione el éxito que tuvo al intentar (era viudo de Carlota, heredera del trono de Inglaterra, fallecida prematuramente) enlazar a su sobrina Victoria con el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo. Desde aquel punto, la influencia del rey de los belgas en Europa se acrecentó infinitamente, porque era creencia general que aquel matrimonio le otorgaba un decisivo influjo sobre la marcha de los asuntos ingleses. Con ello sobreestimaban, sin duda, el poder de Leopoldo.

La visita a Bruselas del archiduque Fernando Max, el hermano del emperador de Austria, venía a significar por aquel entonces un homenaje a la elevada situación del rey de los belgas en Europa, por más que tuvo también otra significación secreta y circunstancial: dar ocasión al joven Habsburgo para elegir novia.

En la Corte de Bruselas reinaba, en lugar de la aburrida vida ceremoniosa, una cordialidad agradable y muy de su gusto. Acertaban a organizar allá las cosas de tal forma, que los huéspedes veían transcurrir deliciosamente las horas. No obstante, el acentuado espíritu crítico del joven archiduque hizo más de una objeción, especialmente

de la propia persona del Rey. El tono casi docente de superioridad y de suficiencia con que el Monarca exponía en todo momento que él venía a ser el Néstor y el viviente ejemplo de todos los reyes, exasperaba los nervios del joven Archiduque. Reconoce, en verdad, que en todas las conversaciones que con él tuvo dió muestras el Rey de su tan encarecido conocimiento de los hombres, de un equilibrio sereno, benevolente, que de la experiencia obtuvo, y de una seguridad que la prudencia engendrara; por otra parte, empero, el *phraseur* (1) asomaba por todas partes y el estribillo de que todos deberían aprender de él terminaba por hacerse irresistible. El Archiduque, fiel a su principio de responder a las gentes de la misma manera como a él se dirigiesen, contestaba a las frases del Rey con otras equivalentes, y tenía, además, la impresión de que el Monarca se esforzaba en representar el papel de algo así como un papa político, ante cuyas exigencias era forzoso que se doblegasen todos los soberanos de Europa. Opinaba que, en cuanto hacía y hablaba Leopoldo de Bélgica, el zorro aparecía inequívocamente. Hechas estas salvedades, sentíase muy a gusto en la atmósfera de la Corte belga. Las cosas tenían allí bastante más dignidad que en París.

El Archiduque reconocía que el Rey había sabido procurar el bienestar y prosperidad a su pueblo, y que, desde este punto de vista, era ciertamente digno de ejemplo. Empero, las concesiones que el Rey había tenido que hacer de su propia condición, ya que era soberano constitucional, concesiones que contradecían los principios de la monarquía austríaca, entonces aún enteramente absoluta, excitaban el espíritu burlón del Archiduque. Un baile de Corte, al cual eran invitados el compadre sastre y el compadre zapatero, constituía para Fernando Max una fuente inagotable de regocijo.

En aquella Corte, conoció el Archiduque a la hija del Rey, a la princesa Carlota, que contaba entonces dieciséis años. La encontró espiritualmente avanzada de manera increíble por su edad y le causó la impresión de que con el desarrollo convertiríase en una belleza. Fernando Max comunicó esta impresión al satisfecho padre, que le contestó de muy buen talante: "Espero que llegará a ser la más bella princesa de Europa; ojalá que ello le reporte la felicidad".

La madre de ella, la reina Luisa, hija del rey Luis Felipe de Francia, fallecida ya en aquella sazón, tuvo con su esposo la noble delicadeza de poner a su propia hija el nombre de Carlota, nombre

(1) Conceptuoso. (En francés en el original).

también de la primera esposa del Rey tan prematuramente muerta y a quien Leopoldo quiso tan sinceramente. La princesita creció en la Corte de su padre alegremente y libre de cuitas, y pronto reveló a sus familiares y a sus maestros que había heredado de su padre determinadas particularidades, como eran, una prudencia severa y un sentido realista, todo ello unido a una ambición y orgullo personal sin límites, aunque probablemente, y era una cualidad central, con una concepción muy inteligente de la vida.

Por más que el corazón y la sensibilidad alzaban en ella menos la voz de lo que suelen hacerlo en las mujeres, sufrió también de impulsos apasionados que, a pesar de toda reflexión, lanzaron por la borda su clarividencia, su sentido realista y su gravedad de juicio. A todos quería y era querida por todos, con una sola excepción: no se avenía con Leopoldo, su hermano, heredero del trono y más tarde segundo rey de este nombre. El carácter del joven resultaba desagradable para Carlota, y lo que más le excitaba los nervios era que se diera continuamente importancia por su condición de heredero del trono, importancia que hacía sentir a todos, incluso a su propia hermana. Esta era esbelta y elegante, de rostro suavemente ovalado y de trazos finos, donde brillaban unos bellos ojos pardos; los cabellos se arrollaban pesadamente alrededor de su cabeza como una corona.

El rey Leopoldo, que tantos casamientos urdiera, miraba con evidente complacencia la visita del Archiduque; el casar su hija con el hermano del emperador de Austria encajaba perfectamente en sus ambiciosos planes y veía con gusto que los dos jóvenes no se desagradaban.

La Princesa estaba encantada del porte y buen aire del Archiduque. Era, en verdad, cosa muy distinta de su primer pretendiente, el rey Pedro V de Portugal, el galán que la reina Victoria le destinara y sobre el que prefería sin duda uno de los "innumerables archiduques", como ella decía, pues no le había gustado a Carlota el regio pretendiente, y aun los que la rodeaban lucharon con todos los medios contra aquel proyecto. La Baronesa d'Hulst, institutriz y dama de honor de la princesa, sabía muy bien por qué se atrevía a decir ante su discípula aquella grotesca frase: "Perdonad, alteza, los portugueses son justamente una especie de orangutanes". Nunca hubiese osado proferir palabras semejantes si hubiese creído que su rey y señor deseaba aquella unión.

También Fernando Max estuvo cierta vez a punto de prometerse. Fué con la princesa María, hija de la emperatriz del Brasil, la

hija de Pedro I. La novia murió de temprana edad, a los veintidós años, de una enfermedad pulmonar, y fué un desventurado final de aquellas relaciones, que causó una profunda impresión en el Archiduque. No se había borrado aún del todo el recuerdo y por eso permanecía en un tono de frialdad, aunque indudablemente experimentaba una simpatía muy viva por la princesa Carlota.

A poco, abandona a Bélgica el Archiduque y hace otras visitas a diferentes Cortes, pero ninguna de las jóvenes princesas que va conociendo logra eclipsar a Carlota. Pronto, animado por la benévola mediación del rey de los belgas, se dirigió a la Princesa. Pero no tardó en verse asaltado por preocupaciones y vacilaciones, cuando se dió cuenta de que, tras la condescendencia del Rey, escondíase una jugada en el tablero político. Parece que exteriorizó tales preocupaciones y que sus palabras llegaron pronto a oídos de Leopoldo de Bélgica, quien le escribía, el 31 de octubre de 1856: "Su Serenísima Alteza me considera, así lo creo, un consumado diplomático, que en toda ocasión sólo tiene en cuenta las razones políticas. Y en verdad que no es éste el caso, pues habíais ganado toda mi confianza y preferencia ya en mayo, sin que mediase absolutamente ninguna segunda intención política. No tardé en percatarme de que mi pequeña era del mismo parecer, pero era un deber mío proceder con tacto y delicadeza. Ahora se ha alcanzado ya el resultado magnífico de que mi hija se incline a este enlace, que prefiero a cuantas otras ocasiones se le ofrecieron, y eso hace que yo acoja con alegría su elección".

En diciembre de 1856, el archiduque Fernando Max se dirige a Bélgica para desposarse formalmente. El enlace, que se iba concretando, era ciertamente una conveniencia dinástica; pero con tan real simpatía e inclinación en ambos contrayentes, que el matrimonio se convirtió en amor.

Este enlace fué del agrado del propio Leopoldo, el heredero del trono, por aquel entonces en la Corte un dominador espíritu de contradicción. El mismo contrajo matrimonio con una archiduquesa austríaca, y el que su hermana se casase con el hermano del Emperador no podía sino tener ventajas para él y para su porvenir.

En aquella petición de mano, suscitóse al punto una pequeña batalla tras los bastidores. El Archiduque llevó consigo un hábil diplomático, el Barón de Pont, encargado de discutir con los representantes del Rey la parte material, los capítulos matrimoniales. Fernando Max aspiraba a que Leopoldo le entregase, además de la dotación matrimonial votada por las Cámaras, una dote particular, a lo que

Leopoldo se negó al principio. Hubo una encarnizada lucha al establecer los fundamentos económicos de aquel matrimonio, pues ambos contendientes eran tenaces en defender sus opiniones.

Cuando el Archiduque venció finalmente la resistencia del Rey y hubo obtenido una promesa favorable, escribió al emperador Francisco José: "Estoy verdaderamente envanecido de haber arrancado al viejo remolón algo de lo que más le llega al alma".

Mientras, el rey de los belgas había obtenido del emperador de Austria, que concediera a su yerno, en el marco de la monarquía, un cargo que fuese digno de su alcurnia y que, al mismo tiempo, le ofreciese un campo de abundante y adecuada actividad. La elección fué muy difícil para el Emperador. La situación en las provincias imperiales del norte de Italia prometían tantos peligros, que algo se había de emprender para acercarlas al Imperio austríaco, y especialmente a la Casa de Habsburgo.

Decidióse, pues, Francisco José a nombrar gobernador general de la Lombardía y el Véneto a su hermano Fernando Maximiliano, sin que con ello quedase ni un punto, ni en ninguna forma, mermada su soberanía. De muy otra manera interpretó las cosas el nuevo gobernador. Con ardiente celo se puso a la obra; creyó hallar en ello la ocasión de llevar a efectividad sus ideas sobre el bienestar del pueblo y de procurar alimento a su encendido afán de actividad. De buen principio, se produjeron las condiciones previas para una divergencia, y, en verdad, ésta no dejó de surgir.

En los últimos días de mayo del 1857, a poco del viaje del emperador Francisco José al norte de Italia, tuvo lugar el nombramiento oficial de Fernando Max, y, el 19 de abril del mismo año, el joven gobernador celebró su entrada solemne en Milán. En ambas provincias, la gente acogió la nueva con diversas maneras de sentir. Unos aguardaban una inmediata mejora de la situación del pueblo, ya que el Príncipe tenía fama de liberal; otros dejábanse seducir por su aspecto simpático y su amabilidad; en conjunto, empero, la población italiana tenía por ideal la eliminación completa del dominio austríaco y la libertad y la unión de la nación italiana, y todo ello, por muy buena voluntad que le animase, un príncipe Habsburgo no podía procurarlo. En general el recibimiento que se le hizo no careció de cordialidad, a lo que sin duda contribuyeron algunas disposiciones conciliadoras que ordenó de buen principio. Pero no dejaron de estallar muy pronto desórdenes que nada bueno presagiaban.

En junio, el archiduque Fernando Max realizó, como nuevo

gobernador, la visita oficial al papa Pío IX en Pésaro. El príncipe imperial quedó muy conmovido porque se le permitiera asistir a la misa privada del Pontífice, favor que jamás se había concedido a ningún soberano; la acogida papal fué afectuosa en extremo, y Fernando Max encontró al Papa "siempre tan fiel a la Cruz y de tan buen aspecto". Después del almuerzo, que tuvo lugar en la intimidad con el Padre Santo, le confirió éste la Orden de Pío. Opinaba el Archiduque que aquella Orden no tenía en sí gran valor en el mundo, pero que era una cosa santa porque procedía del Padre Santo. "Será para mí como una reliquia", añadía. "Más tarde fuí a la catedral acompañado por el Papa, entre una muchedumbre glacial, en unos carruajes antediluvianos llenos de abolladuras, los sirvientes con unas variadas libreas de teatro".

Allí recibió, según refiere, la impresión molesta de unos religiosos de muy desenfadadas maneras que no paraban de charlar y tomar rapé.

"Después del oficio —comunica Fernando Max a Viena—, siguió una conferencia con el Sumo Pontífice, hasta que, alrededor de la una, la presencia de cuatro cardenales hizo más alegre la conversación. Con éstos tomé parte en la comida del Papa, unos horribles manjares de parroquia rural servidos por *monsignori* los sirvientes de cámara, pero amenizados por el chispeante humor de los bien alimentados Padres de la Iglesia; la falta de ceremonia del Papa fué tan allá, que él mismo llegó a servirme los dulces y el café. Después de la comida y de una animada conversación, me despedí del Papa después de las genuflexiones y de besarle el pie. Desde las siete de la mañana a las cuatro de la tarde, había vivido todo el tiempo en plena exhibición, luciendo el collar de la Orden y vestido de uniforme, y, cuando subí al coche para proseguir el viaje, estaba medio muerto. En conjunto, tenía motivos para estar satisfecho de la acogida que el Papa me había dispensado".

A poco de ello, recibió el Archiduque una invitación de la reina Victoria para visitar a Londres, seguramente agenciada por el rey Leopoldo. Fernando Max quedó sobrecogido de lo que vió en Londres. Encuentra la Corte de una magnificencia imponente, y a la Soberana, como encarnación de las dignas y antiguas tradiciones de la Corte inglesa, "rodeada por todas partes de cierta aureola y despertando veneración". Todas las cosas en aquella Corte llevan el sello del histórico esplendor de muchos siglos de grandeza. En el banquete, estuvo sentado a la derecha de la Reina, y relata con entusiasmo cuán

maternalmente la Soberana se preocupaba de él. Aquellos cortesanos se mostraron al principio algo reservados, pero, luego, "al contrario de lo que sucede en la cortesía francesa", de una franqueza cordial.

Una buena impresión suele ser siempre recíproca; el Archiduque había ganado sin reservas el ánimo de la Reina. Escribe a Bruselas una carta llena de entusiasmo a su tío, el rey Leopoldo, y envía sus felicitaciones por la buena elección de su hija. Esta impresión tuvo sus consecuencias. Reinaba en los medios políticos el criterio de que las ideas de Maximiliano eran muy liberales y comprensivas, y, cuando más tarde hubo dificultades con Austria y Hungría, gobernadas con un autocratismo excesivo, los círculos gubernamentales ingleses sugirieron la idea de entronizar al archiduque Maximiliano en Hungría "con un libre e independiente sistema representativo". Esta propuesta fué rechazada fríamente por Austria.

En verdad que parecían existir todas las condiciones para una humana ventura; el 27 de julio de 1857, tuvo lugar la boda del archiduque Fernando Max con la hija del rey de Bélgica, y a las pocas semanas realizaba la joven pareja su solemne entrada en Milán.

Ahora parecían anunciarse unos dorados tiempos. Cuando menos, la joven Archiduquesa se halla poseída del mayor entusiasmo. "Feliz en mi hogar, tanto como se pueda ser, feliz de habitar este país, donde todo me es simpático y me llega al alma, ciertamente, no sé cómo dar gracias a Dios que me lo ha concedido todo", escribe a su querida institutriz. Ni una mancha logra hallar en aquella pintura, y, no obstante, se dice angustiada que no es posible que todo sea siempre tan de color de rosa. Y así fué en verdad. El deseo del rey Leopoldo de ver a su yerno en un cargo importante, no parece, de momento, realizarse en Italia, pues se va viendo muy presto que las circunstancias son muy críticas en este país, que las tendencias nacionalistas están ya demasiado avanzadas para que tal destino pueda llevar implicado un gran porvenir. No puede dejar de considerarse que la joven pareja habrá de vivir allí tiempos muy difíciles, tanto más, cuanto que la situación política del mundo no parece tranquilizadora. La cuestión de la unidad de Italia, planteada por Cavour, no parece calmarse. Este genial ministro, ayudado por la belleza de su agente político, la Condesa de Castiglione, y por la bomba de Orsini, parecen haber ganado a Napoleón a la causa de Italia. La envidia y el temor intervinieron sin duda. Las provincias italianas de Austria gobernadas por el archiduque Fernando Max comenzaron a sentir que sus luchas por la libertad tenían en Francia un protector poderoso.

El Archiduque está, por otra parte, en abierta oposición contra su imperial hermano de Viena en lo que atañe a la manera de administrar aquellas provincias. Se esfuerza en promover agitación en Viena contra el desdichado ministro de Negocios Extranjeros Buol; pero en vano. Nada consigue de su hermano Francisco José, envidioso de sus prerrogativas y, al contrario, le toca expiar en Milán las culpas de Viena. Ciertamente, la administración más solícita, la severidad o la blandura más extremadas, no habrían podido modificar en nada el curso de las cosas. El Gobierno austríaco, sólo con una medida habría tenido la total aprobación de la población italiana: con la de eliminarse; en una palabra: si hubiese dejado totalmente libres aquellas provincias.

El Archiduque no había logrado comprender del todo cuán difundida se hallaba esta opinión, y creyó que las cosas podían ser fundamentalmente mejoradas. Para ello concedía gran importancia a la simpatía personal de que él y su joven esposa indudablemente gozaban, por sus excelentes intenciones, en amplios círculos de la sociedad italiana. Aunque este hecho no pudo evitar que muchas familias, nobles o burguesas, se mantuviesen por patriotismo alejadas de las ceremonias y actos de la Corte; que, incidentalmente, fuese un día afrentada la Archiduquesa en Venecia; que se organizasen manifestaciones patrióticas en todo el país, y que apenas se tomase en consideración el que, por personal disposición del Emperador, el 16 de julio de 1858, fuesen perdonados los impuestos o se otorgasen las concesiones que siguieron. Así, pues, la situación del gobernador general era por instantes más crítica, y semejante a la de un ejército en país enemigo. En las cartas a su madre, la archiduquesa Sofía, Fernando Max vertía de su corazón todas estas amarguras.

"Ahora es una única voz, la de la indignación y el descontento, la que resuena por todo el país, frente a la cual estoy yo, solitario y sin fuerza; no es que tenga miedo, que no es costumbre de los Habsburgos tenerlo, pero me avergüenzo y callo ... Pues si las cosas prosiguen como hasta ahora, pronto me será forzoso enviar a Carlota a Bruselas con su padre; donde existe peligro, nada tienen que ir a buscar las mujeres jóvenes y sin experiencia ... Actualmente, vivimos en un completo caos, y sólo la perfecta impasibilidad, de la que procuro dar muestras a pesar de mis veintiséis años, va sosteniendo las cosas entre sacudidas y crujidos; a mi alrededor todos han perdido ya la cabeza y el ánimo; y de vez en cuando llego a preguntarme si he de permitir a mi conciencia que obedezca ciegamente las órdenes de Viena".

El Archiduque presiente la tempestad, y, a comienzos del invierno del 1858-59, envía su mujer a Bruselas con su padre, empaqueta sus cosas y las remite fuera de Italia. "Estoy aquí desterrado y solitario —escribe a su madre—, tal como un ermitaño, en este amplio e inclemente caserón del palacio de Milán. Soy el burlado profeta que ha de sufrir, pieza a pieza, lo que palabra por palabra anunciara a los sordos oídos: los males; y, para que se olviden las causas, procuran hoy atolondrar a la gente repitiendo que fueron mi engañosa blandura o mi bondad dulzona las concitadoras de tantos males. A pesar de las burlas, esperadas por lo demás, y de todas las calumnias, me mantengo sereno en mi cargo. Ni tan sólo vuelvo la cabeza a los peligros. Dos motivos me obligan a contenerme: el deber de no abandonar en los momentos difíciles el lugar que me ha sido confiado y el evitar en lo posible las reacciones violentas engendradas por la angustia y la nerviosidad. Lo que haré, si alcanzo tiempos más sosegados, queda en mí guardado; mientras, si hay fuego en algún lugar, presto auxilio hasta el último instante, y, si es preciso, penetraré por entre las llamas. Pero cuando consigo que arranque el carro de la moderación, me enganchan otros caballos".

El Archiduque había escrito estas cosas a su madre desde el fondo de su corazón; así aparece todo en el interior del joven príncipe, y los juicios que sobre él mismo expresa quedan plenamente confirmados en su vida ulterior.

Sentimientos de amargura embargaban cada vez más el ánimo del joven gobernador. "Ver destruídas en embrión —así escribe luego— las obras que más fatigas costaron; no saber ningún día cómo acabará, sitiado por parásitos hostiles; siempre dudando de si lo que se decide será aprobado por el centro (Viena), siempre en la angustia de saber a la esposa afrentada o disgustada, ignorando siempre si seremos silbados en el teatro y si volveremos con vida del paseo. Una terrible situación".

Mientras, se había agravado la situación en tal forma, que fué menester enviar grandes refuerzos de tropas a Italia. El emperador Francisco José aprovecha esta ocasión para alejar a su fantástico hermano, aferrado siempre con pasión a sus propias opiniones. Confiere al Conde Gyulay el poder civil y militar en Italia; queda para el Archiduque, como él dice, el mando de "cuatro o cinco miserables barcos en Venecia". Desesperado, se dirige Fernando Max al emperador Francisco José suplicándole que por lo menos quiera salvar el "buen nombre" y el decoro de un archiduque. Entretanto, Napoleón

intervenía abiertamente en los asuntos de Cerdeña. En una reunión secreta que tuvo lugar en Plombières. Cavour y el emperador de los franceses decidieron el destino de Italia, resolviéronse a la guerra y reglamentaron las cuestiones territoriales.

Entonces comenzó la campaña de 1859. Napoleón y los sardos vencieron a los mal dirigidos austríacos. Inmediatamente después de la batalla de Solferino, llegóse a la paz, ya que ambas partes, a causa de Prusia, tenían vivo interés en un rápido acabamiento de la guerra. Napoleón, porque sentíase amenazado en el Rin; Francisco José, porque quería evitar que Prusia apareciese como salvadora y como juez.

El Archiduque fué siguiendo con pena los acontecimientos militares. La victoria del enemigo le dió de nuevo ocasión para cantar unas "verdades" a su hermano Francisco José; pero no aguardaba, en verdad, que diesen ningún resultado. La simpatía por Napoleón III había sufrido un rudo golpe. "Es triste —opinaba Fernando Max— ver cómo nuestra bella y antes tan poderosa monarquía va hundiéndose cada vez más y más por el cúmulo de incapacidades". Ve con terror cómo sus profecías van acertando y tiene una sombría visión del porvenir. De buen grado se retiraría ahora a la vida privada y anhela la terminación del magnífico palacio de Miramar, que, en el año 1854, mandó comenzar a poca distancia de Trieste, en una peña contra la cual en una tempestad estuvo a punto de estrellarse su navío.

No faltaba ya mucho para que quedara listo. El Archiduque eligió aquel refugio porque le permitía vivir relativamente lejos de Viena y porque adoraba el mar sobre todas las cosas.

El palacio, de blanca piedra caliza, construído en una pequeña península, sobre una peña que se adentraba en el mar, ofrece una visión llena de encanto. La tierra para el jardín fué transportada de muy lejos; pero no tardaron en crecer allí olivos y adelfas; mirtos y laureles. El granito para la terraza vino del Tirol; ante ésta se ofrecen la visión del mar y el anfiteatro de la ciudad de Trieste. El interior del palacio está decorado esplendorosamente siguiendo el gusto personal del Archiduque. Su cámara de trabajo produce la sensación de la cámara del Almirante en la fragata de guerra *Novara*, y los salones anuncian también las aficiones del dueño: tapizados de azul celeste y con áncoras como perpetuo motivo ornamental. El palacio lleva el nombre español de *Miramar*, en memoria de un *túsculum* (1) igual-

(1) Casa de campo, por alusión a Tusculano, villa de Cicerón en Túsculum.

mente encantador que el Archiduque conociera en sus viajes por España y que llevaba tal nombre.

El segundo hogar del Archiduque, como paisaje aún más bello que el primero, se hallaba en la pequeña isla de Lacroma, maravillosamente situada frente a las antiguas fortificaciones de Ragusa, surgiendo como una visión de ensueño de las azules aguas del Adriático; en un rincón de tierra bendecido por Dios, de una tan intensa poesía, que colma al visitante de admiración y maravilla.

Tras los sucesos que por aquel entonces se desarrollaron en Italia, comienza el Archiduque a temer por la seguridad de estos dos palacios situados en el Adriático. Como toda la costa de Istria, están expuestos al ataque del enemigo italiano. El archiduque atisba densos nubarrones en el porvenir, y la preocupación por sus propiedades particulares le asalta. Ya, una vez, el haber sido precavido le fué útil: cuando estaba a punto de tener que salir de Italia de un día a otro. Por otra parte, el Barón de Pont, el joven diplomático que ya conocemos por su intervención en las negociaciones del contrato matrimonial, le transmite desde Viena noticias en extremo desfavorables. Le informa del descubrimiento de grandes depredaciones en los abastecimientos militares, le habla del estado de la opinión vienesa, que murmura de todo y que esconde su mal humor en chistes malévolos. Le cuenta, por ejemplo, que se suele preguntar por qué el Emperador lleva, en su imagen de las monedas, una corona de laurel, y, si el interrogado responde: "No lo sé", se le contesta: "Pues yo tampoco". Puras chanzas, ciertamente, pero que no sonaban bien en los oídos del imperial hermano a quien iban dirigidas. Cólera, repugnancia casi, ante la situación de su país, asaltaban al Archiduque, y decidió evadirse por un tiempo de todos aquellos cuidados y zozobras para entregarse al mar que tanto quería y visitar tierras lejanas, en busca de un alejamiento de las continuas cuitas y los sombríos cuadros de su patria.

En tanto, avecinábase el invierno, y el frío era el más encarnizado enemigo del Archiduque, quien tuvo siempre preferencia por los países tropicales, especialmente cuando en los otros impera un diciembre frío y cruel. Fernando Max deja a su esposa, que teme los viajes demasiado largos, en la maravillosa y floreciente isla de Madera, y emprende su viaje por el océano Atlántico con rumbo a los nuevos países de Sudamérica.

En el Brasil, donde su camino primero le conduce, halla la ocasión de ampliar considerablemente sus puntos de vista y sus ex-

periencias. No obstante, todo lo ve aún desde la privilegiada situación de un príncipe imperial; en todas partes es acogido espléndidamente y atendido con fastuosidad; todos tienen su visita por un esclarecido honor y, aun en una granja, entre los bosques vírgenes, encuentra una instalación refinada y perfecta. Ciertamente, él va buscando lo contrario, y, cuando el granjero le habla de las luchas con los indios, que con frecuencia asaltan su propiedad, exáltase su fantasía, tal como él mismo nos refiere en su *Placer de las Aventuras.*

Lleno de todas aquellas singulares vivencias, colmada aún su cabeza de recientes impresiones, con el gusto de las aventuras en su ánimo, agitado por un violento deseo de actividad, que se engendrara en los prolongados ocios de los grandes viajes por mar, andando la primavera del 1860, regresa a su patria. Allí no encuentra mejorada la situación; al contrario, la halla empeorada. En abril (1860), desde Lacroma, hace un corto viaje a Viena y regresa con el ánimo deprimido.

"Encuentro la situación de nuestro pobre país —escribe a su suegro— tal como aguardaba: confusa y tenebrosa. La indolencia por una parte y la agitación por otra, se perciben cada vez más marcadas y angustiosas. Como en los tiempos de Luis XVI, hay carencia de criterio y de tacto; no se comprende ni se quiere comprender la situación: de todas partes llega una urgencia, una amenaza de asalto, y los ojos y los oídos continúan cerrados... Quizá veo las cosas demasiado negras, pero en mis asuntos privados voy a preparar las cosas pensando en una posible crisis".

Tal era el estado de ánimo del Archiduque cuando por vez primera se le habló seriamente de Méjico. Sin propiamente un destino preciso, pues el mando de la Marina parecía apartársele; no en muy buenos términos con su hermano el Emperador, después de sus experiencias como gobernador de Italia, después de la guerra que le había costado a Austria la Lombardía; animado, no obstante, por un gusto juvenil de las aventuras y por un poderoso impulso de actividad, recibe las primeras noticias e informes de una vacilante corona en un lejano y poderoso país inmensamente rico.

Acontece también, por otra parte, que la archiduquesa Carlota no se halla muy satisfecha de su situación en la Corte de Viena. En la familia del Emperador, no ha encontrado mucha simpatía, y son especialmente críticas sus relaciones con la emperatriz Isabel. Con sus anhelos y lamentaciones, aumenta el descontento del marido. Es que en Carlota encontramos como característica un ilimitado dinamismo,

que alimentaban el afán de honores heredado del padre y el orgullo materno de los Orleáns.

La cosa queda harto manifiesta: el obligado ocio entre aquellos contornos maravillosamente idílicos no va a prolongarse mucho. "Llegará el día —escribe, en el verano del 1860, a su antigua institutriz— que el Archiduque sea colocado otra vez en un elevado destino, o sea en cualquier lugar donde pueda gobernar, ya que ha sido creado para ello y dotado por la Providencia de cuantos dones son menester para hacer felices a los pueblos". He aquí bien preparado el terreno para que pueda sembrarse en él la semilla de ideas llenas de peligros.

Capítulo III

En el aquelarre de Méjico

Los acontecimientos militares de Italia habían desviado temporalmente la atención de Francia y de los elementos europeos de cuanto acontecía en los países ultramarinos. Por otra parte, la lentitud y penuria de los medios de que se disponía en aquella época para comunicar noticias contribuyó y no poco, a que sólo se tuviese un escaso conocimiento de la oposición que entre el Norte y el Sur existía en los Estados Unidos, y de los desórdenes y luchas en Méjico. Anteriormente habían sido los españoles dueños absolutos de este país, durante siglos, desde la conquista del poderoso imperio de Moctezuma, el año 1520.

Aunque fué su conquistador Hernán Cortés, quien con fuerzas pequeñísimas, provistas de armas de fuego, realizó semejante empresa, aprovechando, además, muy bien a favor suyo las supersticiones de los indios.

Según la leyenda, había morado entre aquellos pueblos un Dios que, por su justicia, su bondad y su benevolencia, había logrado hacer de Méjico tal paraíso sobre la Tierra, que se tuvo por eterna aquella edad de oro. La paz y el bienestar dignificaban a los pueblos; en copiosa abundancia, ofrecía la Naturaleza los más bellos frutos; reinaba la felicidad entre los hombres. Pero, de improviso, otro dios, más siniestro, pero más poderoso expulsó al justiciero monarca, quien, embarcándose en un navío, huyó hacia Occidente. Sobrevivía su memoria, en el recuerdo de las gentes, como la visión de un ser alto y corpulento, blanco de piel y con barba rubia, y nunca abandonaron los aztecas la esperanza de que volviese algún día entre ellos aquel amable dios y les procurase de nuevo unos tiempos dorados. Esta tradición pasaba de padres a hijos; y, cuando se difundió la nueva del arribo de los españoles de Cortés a las costas del país, creyó Moctezuma que había vuelto, y, a pesar de sus dudas y vacilaciones, aquella superstición paralizó su voluntad y hubo de sucumbir a la dura e implacable energía de Cortés.

El osado aventurero conquistó todo el país y por el Occidente alcanzó el llamado posteriormente océano Pacífico. Los españoles convirtiéronse en la clase dominante, y repartieron aquel inmenso territorio en grandiosos lotes que pasaron a manos de las gentes de Cortés. Así fué instaurado el dominio español en Centroamérica y se creó un formidable imperio colonial que recibió el nombre de Nueva España y permaneció por más de tres siglos, gobernada por virreyes, bajo la soberanía de España.

La población indígena estaba sumida en la ignorancia. Todas las riquezas, todos los tesoros, todos los productos de la tierra, quedaban reservados exclusivamente para la Metrópoli. Además, los dominios del virrey eran de una desmesurada extensión; ocupaban una superficie como casi la mitad de Europa, atravesaban el Continente de Occidente a Oriente y permitían comerciar en el Atlántico y en el Pacífico. Sin contar la variedad y la exuberancia de la vegetación. Subiendo de las costas, cálidas y llanas, se llega a la altiplanicie del interior, un triángulo limitado por las cordilleras, en cuyo centro se halla situada la capital, y se van recorriendo todos los climas del mundo, desde el extremadamente cálido del Sur con su vegetación tropical, pasando por el más templado, donde se cultivan los cereales, al de las vertientes de las elevadas montañas, con su escaso mundo vegetal, al de la nieve y los hielos de las cimas. Y por ello crece en aquel país, en una u otra parte, cuanto pueda hallarse en cualquier otra zona del mundo. Después vienen los ricos yacimientos de metales nobles, especialmente de plata, aunque también de oro. No faltan ni hierro ni carbón. ¡Con tales condiciones previas, qué país no hubiese podido ser aquél! Se trabajaba por métodos depredatorios: las terribles diferencias sociales aventaban el odio contra todo, y poco a poco fueron sedimentándose los fundamentos del carácter de los mejicanos, que condicionó su porvenir político. A comienzos del siglo XIX, solamente habitaban unos seis millones de hombres el inmenso territorio de Méjico.

La forma en que vivía la mayor parte del pueblo, la gran diferencia de la manera de vivir de los habitantes nacidos en España, puesta en parangón con la de los criollos, de los mestizos y de la población indígena, fueron causas que llegaron a crear una atmósfera tempestuosa. La centella incendiaria no se hizo aguardar. Nada fué bastante a detener las nuevas de acaecimientos tan trascendentales como la separación e independencia de las colonias inglesas de Norteamérica y la Revolución francesa, con sus enormes conmociones.

A todo ello hay que añadir la debilitación de España, el país que dominaba a Méjico, durante los tiempos napoleónicos. La ocupación de Madrid por las tropas de Napoleón, la caída de la dinastía borbónica, el nombramiento del hermano de Napoleón para rey de España, todos estos hechos causaron una profunda impresión en la colonia. Desde aquel punto, empezaron las luchas por la independencia, que, a causa de los antagonismos acumulados durante siglos y que urgaban bajo la superficie, engendraron encarnizados y crueles combates.

Un eclesiástico llamado Hidalgo levantó la bandera del alzamiento por la libertad, en la que campeaba la imagen de la Virgen de Guadalupe. Pero sus tropas fueron derrotadas y él fusilado. Un segundo cabecilla, el párroco Morelos, sufrió la misma suerte. Quiso el azar que fuese un oficial español, infiel a su patria, don Agustín Iturbide, soldado de gran inteligencia, pero de ánimo levantisco, quien hubiera de alcanzar la libertad de Méjico. Iturbide supo adivinar, por la forma tenaz y resuelta del alzamiento y por el fanático orgullo con que iban a la muerte los sublevados contra el dominio español, exclamando frases de odio, que se trataba de un simple movimiento popular, y decidió colocarse a la cabeza de los que luchaban por la libertad. Triunfó la revolución, hundióse el poderío español, e Iturbide proclamó, el 24 de febrero de 1821, la independencia de Méjico.

Con ello, empero, comenzóse, ciertamente, la serie de luchas de partidos para alcanzar el predominio en el Estado que han continuado hasta hoy día sin debilitar su furor. Consintió Iturbide en ser proclamado emperador. Al punto levantóse contra él una violenta oposición, fué obligado a huir de Méjico, y, cuando, como Napoleón, quiso volver a su imperio, fué encarcelado y fusilado luego.

Así finalizó el primer ensayo de levantar un imperio mejicano semejante al de Moctezuma.

Los españoles quisieron aprovechar estas luchas políticas para establecer de nuevo su poder sobre la antigua colonia. Pero el vencedor de Iturbide, Santa Ana, hijo de un acaudalado plantador, luchó con éxito contra los españoles y con cuantas naciones se opusieron a sus fines; Méjico fué una república y Santa Ana seis veces su presidente.

En aquel punto parecía abierto a los mejicanos el camino hacia la libertad, la igualdad y la fraternidad. Se hubiese podido crear entonces un estado de cosas en el cual hubiesen tenido exactamente los

mismos derechos españoles y criollos, mestizos e indígenas. Pero se produjo aquí también aquel hecho, que vemos tan a menudo, o sea, que el grito de libertad y de progreso social, las más veces, no es otra cosa que un cartel de reclamo para seducir a la gran masa. Aprovecharon los esfuerzos de los españoles en reconquistar el país, para expulsar a todos los nacidos en España. Los criollos, hasta entonces apartados de los cargos públicos, indisciplinados políticamente y de cultura escasa, ocuparon el lugar de aquéllos, pero no pensaron ni por un momento en conceder igualdad de derechos a los mestizos y a los indios, mucho más numerosos. Cualquiera que tuviese un poco de talento militar o buen número de secuaces podía alcanzar la presidencia. Como consecuencia estallaron feroces contiendas partidistas; los conservadores, entre los cuales solían figurar eclesiásticos y militares que propugnaban un mando único y enérgico, luchaban contra los federalistas, que pretendían una organización del Estado menos trabada. Entre los primeros encontrábanse algunos partidarios aislados del restablecimiento de una monarquía en Méjico. Fueron siempre un escaso número y no pudieron emprender nada importante, a pesar de los esfuerzos de su jefe, don José María Gutiérrez de Estrada.

Este hombre, descendiente de una antigua familia de criollos, había nacido en Méjico, en 1800. En cierta ocasión, había ofrecido la corona de Méjico al archiduque Carlos, el vencedor de Aspern, y llegó a ser ministro del Exterior. Era un personaje de ideas marcadamente religiosas, conservador hasta los huesos, intemperante e impermeable a cualquier opinión que no fuese la suya.

Gutiérrez estaba convencido, en lo más profundo de su ánimo, que, para dar en su patria la batalla a la anarquía, no quedaba otra solución que la monarquía absoluta y el predominio de la Iglesia Católica. En este sentido, publicó un folleto, en 1840, donde afirmaba que el caos reinante entonces era mucho más confuso que el de la dominación española. Recomendó la forma monárquica del Estado con un príncipe de sangre real y quiso poner ante los ojos de los mejicanos, que, si no lo hacían antes de transcurrir los veinte años desde la liberación, ondearía la bandera norteamericana en el palacio nacional de Méjico.

Este folleto excitó una apasionada indignación en los partidos, que se veían amenazados en su existencia y en su ejercicio del poder. Peligraron la vida y los bienes de Gutiérrez, a quien fué forzoso expatriarse. Teniendo en cuenta sus antiguas relaciones, decidió

zarpar para Europa. No había de volver a pisar jamás la tierra patria y, no obstante, había de ejercer sobre ella una influencia de azarosas consecuencias en el futuro.

El continuo cambio de gobiernos en Méjico y la imperante anarquía determinaron que dilatadas provincias del Imperio lindantes con los Estados Unidos del Norte de América comenzasen a experimentar el deseo de separarse de Méjico. En 1836, el estado de Texas, no sin una eficaz ayuda de los Estados Unidos, erigióse en república independiente. El gobierno mejicano aprestó un ejército para luchar contra los de Texas, pero Santa Ana no estuvo feliz en su empresa: fué derrotado y hecho prisionero. Compartió su mala suerte con el coronel mejicano Juan Nepomuceno Almonte, que le siguiera en aquella campaña. Decíase que este personaje era hijo del párroco Morelos, que tuvo un final tan trágico como heroico en la guerra de la Independencia. Su nombre parecía proceder de la circunstancia de que su padre, que nombró coronel al hijo siendo un niño, lo escondía en seguridad en los montes (al monte), siempre que el batallador párroco había de salir a guerrear.

El continuo cambio en los partidos gobernantes y en los jefes de los partidos condujo a dificultades con las potencias extranjeras. Cuando la provincia mejicana de Texas quiso separarse, tendiendo hacia la gran Unión del Norte de América, se llegó, en 1846, hasta declarar la guerra a esta nación. Vuelve Santa Ana a la lucha, pero es derrotado completamente. Los norteamericanos penetran en 1848 hasta la capital, el corazón de Méjico. La República ha de pagar aquella guerra con grandes pérdidas de territorios; le fueron arrancados Texas, Nueva Méjico y California, más de una tercera parte de las tierras del Imperio, algo así como la sexta parte de Europa. En el resto que a la República quedaba, vivían en aquel tiempo unos ocho millones y medio de hombres, de los cuales un millón eran blancos, tres millones mestizos y cuatro indios puros.

Tan terriblemente hallan castigo la discordia y el furor partidista. Ciertamente, los países separados sentíanse felices de haber escapado a la anarquía. Y es comprensible que en la Unión fuese ganando terreno la idea de extender su poderío hasta el istmo de Panamá, donde había de construirse el gran canal que hoy admiramos... y que comenzase a mirar con avidez e insistencia los acontecimientos en el país vecino, dando muestras de desconfianza y mal humor por los pasos de cualquier otra potencia frente al débil país mejicano, deshecho por las luchas de partido. He aquí la situación

de las cosas andando la mitad del siglo, cuando empezaba a elevarse en Francia la estrella del tercer Napoleón.

A la derrota de Méjico en la guerra contra los Estados Unidos, y a la expatriación de Santa Ana que aquélla trajo como consecuencia, siguió una anarquía que parecía sin remedio. Y, para alcanzar una situación algo estable, los directores de los partidos se refugiaron de nuevo en Santa Ana.

En febrero de 1853, fué llamado a la presidencia aquel hombre que parecía no agotarse nunca.

Pero fueron apareciendo resistencias; toda suerte de ambiciones se levantaron contra él y amenazaron de nuevo su gestión presidencial. Al sentirse con el agua al cuello, se acordó, a finales de 1854, de aquel Gutiérrez de Estrada que un día huyera a Europa, y se le ocurrió encomendarle que trabajase cerca de las potencias europeas en el sentido de establecer en Méjico una monarquía. Santa Ana imagina al monarca extranjero como una figura puramente decorativa, a la sombra de cuya soberanía, y con el favor de los militares, él, Santa Ana, sería otra vez señor absoluto en el país.

Aun sin esta autorización que Santa Ana le confería, abrigaba Gutiérrez el propósito de erigir en Méjico una monarquía con un príncipe extranjero a la cabeza y hundir con ello el poder de la izquierda demócrata y radical, y trabajaba ardientemente a favor de su idea. Se le vió en todos los ministerios del Exterior de las grandes potencias, donde depositaba sus prolijas requisitorias en favor de su idea. Gutiérrez no halla el fin, cuando comienza a escribir. Redacta, en un tono hinchado y altisonante, cartas de treinta y más páginas, cuyo contenido hubiese podido ser condensado, con mayor claridad y elegancia, en dos hojas solamente. Su tono de predicador ungido, con sus constantes imprecaciones a Dios y a todos los santos, cargado en exceso de superlativos, podría creerse que, en general, resultase molesto. Pero el hecho fué que ganó muchos partidarios a su causa. En la exposición enviada a Metternich, hace repetidamente hincapié en que los principios monárquicos y conservadores de Europa han de ser fortalecidos en América. Gutiérrez es de opinión que no debe apoyarse el señorío y preponderancia en que sueña sin comedimiento la ambiciosa república norteamericana. Si las potencias europeas gastan aún consideraciones "con las susceptibilidades de aquel coloso agresivo, de aquel gigante que aun se tiene por niño", ¿cómo podrán defenderse andando el tiempo de las exigencias del comercio y la industria americanas en aumento de día en día? Ha de esforzarse,

pues, Europa sin demora en prepararse al otro lado del Atlántico un porvenir lleno de posibilidades favorables.

Pero los años revolucionarios de 1848-49 y sus consecuencias procuran a los estadistas europeos otras preocupaciones. Al principio fueron infructuosos, por lo tanto, los esfuerzos de Gutiérrez. Después, pudo apoyarse en el encargo oficial del presidente Santa Ana. Si hasta entonces se le había prestado oído, era solamente como a un distinguido personaje particular. Con renovado celo impulsó ahora su proyecto, tan querido, y eligió como auxiliar en su ingente tarea al secretario de la embajada mejicana en Madrid, don José Manuel Hidalgo, un apasionado también de la solución monárquica. De exterior agradable, esbelto y elegante, dotado de un carácter más bien débil, era un personaje de una noble familia española, muy bien acogido en todas partes, especialmente por las damas. Su calidad de diplomático abrióle las puertas de la alta sociedad de Madrid, y así llegó a frecuentar también la casa de la condesa de Teba, la joven y acaudalada viuda que, a pesar de sus hijas, ya unas muchachas, de buen grado se dejaba aún hacer la corte. La condesa se complacía en tratar aquel amable y discreto joven mejicano, que aparecía tan a menudo por la casa de los Montijo, como si hubiese sido uno de sus parientes. Naturalmente, el caballero mejicano trató también a las dos hijas. Cuando Eugenia fué elevada a emperatriz de Francia, la continuó tratando como antiguo amigo de la casa.

Para el papel de luchador en la batalla de establecer la monarquía en Méjico, parece contar con muchas condiciones. Su padre pertenece al partido conservador de Méjico, en el cual sólo algunos miembros aislados desean la monarquía, y cuenta con amistades e influencias en Madrid.

Gutiérrez e Hidalgo llevaron a cabo su primer ensayo en la capital de España; pero los hombres encumbrados por la revolución del 1854 no sentían ningún interés por los asuntos de Méjico.

Con la caída de Santa Ana, faltó a los dos luchadores el fundamento oficial de sus actividades, por más que no se preocuparon gran cosa por ello. Fueron hurgando y trabajando sin desmayo, con mayor razón cuanto que ahora no contaban con la fuente de ayuda material de que disponían antes.

Alrededor de estos dos hombres, agrupáronse numerosos mejicanos emigrados que, cuando la derrota de su partido, habían abandonado la patria, y, llevando consigo lo más que pudieron salvar de sus bienes, habían buscado refugio en las capitales de Europa. Mien-

tras algunos de ellos transformáronse en perfectos europeos y olvidaron a su patria entre los encantos de la vida de las grandes ciudades europeas, otros, al contrario, sentían el espíritu del partido en lo más profundo de sus corazones y no podían apartar la idea de la pérdida de tantos cargos de importancia y las confiscaciones de tantos bienes propios. Estos emigrados se afanaban en dañar lo más que podían a los adversarios políticos que encontraban por las capitales europeas y acuciaban a los estadistas de Europa contra el Gobierno liberal mejicano. Y, en verdad, estos hombres consiguieron sembrar en el ánimo de la pareja imperial de Francia, recién llegada al poder, la semilla de una empresa en Méjico, tan vasta como azarosa.

En Méjico, proseguían sin tregua las luchas de partidos. Partidarios de la Constitución, clericales conservadores, fuerzas liberales, todos luchaban para alcanzar el poder. Los liberales se proponían aliviar, con la expropiación de los grandes latifundios del clero la escasez de medios económicos de la República. Su jefe, Benito Juárez, un hombre de pura ascendencia india, alcanzó, en 1856, contando ya cincuenta y cinco años, la presidencia de la República mejicana. Él mismo se decía con orgullo un "verdadero azteca", y había crecido en las más miserables condiciones. Sus padres, indios genuinos, en la lucha por una vida difícil, no habían podido atender a la más rudimentaria educación del muchacho, que llegó a contar doce años sin saber leer ni escribir. El muchacho, ávido de saber, era, empero, extraordinariamente despierto. Un rico comerciante que se dió cuenta de sus cualidades le pagó los estudios. Juárez, con unas dotes intelectuales muy por encima de lo corriente, al llegar a la edad viril, dió muestras de un carácter duro y dominante hasta la crueldad. Ofrecía un aspecto exterior casi repulsivo para una sensibilidad europea. Aquel hombre pequeño y cuadrado, con una cabeza voluminosa, aplastada por encima, cubierta de lacias guedejas negrísimas, con sus ojos astutos y fríos y una mancha roja en la cara, daba en toda ocasión muestras de una energía indomable y una ciega confianza en el éxito de sus empresas aun entre las adversidades mayores. De la abogacía, fué a dar, como de un modo natural, en las aguas de la política, y en su lucha por la más alta magistratura de la nación, fué apoyado por los Estados Unidos. Pero en verdad que no le resultó muy fácil navegar entre las contrarias corrientes que agitaban el país.

La política era también en Méjico, como en todos los países sin una autoridad fuerte, el terreno abonado para que un egoísmo sin freno y la lucha partidista que de él derivaba fuesen el azote de la

nación. Pocos son los políticos que tienen suficiente grandeza de alma para desplegar su actividad con un idealismo patriótico y un relativo desprendimiento; mas estas cualidades no podían negarse a Juárez; se enlazaban en él con un convencimiento de la justicia de los principios liberales.

En cierto espacio de tiempo desfilaron varios presidentes de distintos colores políticos. En 1859, gobernaba la República Miguel Miramón con sus ayudantes Márquez y Mejía. Constantemente estaban en lucha contra Juárez, apoyado éste por los Estados Unidos. Miramón se encontraba siempre en apuros financieros, que influían desfavorablemente sobre el número de sus partidarios y de sus soldados, y, para remediarlos, acudía a los más osados procedimientos. Así, por ejemplo, convino, en 1859, un contrato de préstamo con la banca suiza Jecker y Compañía, por el cual entregaba valores del Estado mejicano, con un importe nominal no inferior a 75 millones de francos, por 3,75 millones de francos en dinero contante. Y no tardó mucho en liquidarlo. Pero la enorme deuda subsistía. En tales condiciones, era un presidente que no podía durar; fué derrotado en diciembre del 1860, en campo abierto, por las tropas de Juárez, y tuvo que huir a La Habana. Quedábale, pues, libre el camino a Juárez, quien, en enero del 1861, tomó las riendas del poder en la ciudad de Méjico, con la firme decisión de no guardar consideraciones a nada ni a nadie, con tal de que las cosas marchasen por el cauce que él tenía por justo. Comienza por echar mano de los bienes de la Iglesia, los "nacionaliza" a la manera moderna, suprime todos los privilegios del clero y declara iguales en derechos todas las religiones.

Tan implacable como en el interior del país, fué Juárez con las potencias extranjeras y sus secuaces. Cuando le presentaron al pago los bonos de la banca Jecker, declaró simplemente que anularía por decreto todos los acuerdos financieros con naciones extranjeras realizados hasta aquel día, y negóse a autorizar el pago de los intereses de los empréstitos llevados a cabo por los Gobiernos anteriores. Especialmente con las potencias extranjeras, procedió sin ninguna clase de miramiento. Estaban muy lejos de Méjico y no podían proceder contra él; entre otras razones, y lo sabía perfectamente, por hallarse profundamente divididas. Pero habían de resultarle más peligrosas de lo que creyera. La tajante despreocupación del Presidente en el exterior y en el interior sobrepasó toda medida. Su actitud de entonces constituye ya el preludio del drama cuyo escenario iba a ser Méjico en los siete años siguientes.

Capítulo IV

Una mujer se mezcla en la política

Mientras tenían lugar en Méjico tales luchas en torno al poder, los diplomáticos y los emigrados políticos mejicanos que habitaban en Europa no permanecían ciertamente inactivos. Los diplomáticos y representantes de Méjico eran depuestos según su matiz político e iban alternando los cargos al servicio del Gobierno con la encarnizada lucha desde la oposición. Uno de éstos fué don José Hidalgo, que se negó a reconocer el Gobierno de Juárez. Propúsose, en aquel punto, remozar su amistad con la Condesa de Teba y Montijo de otros tiempos y hoy emperatriz de los franceses, a fin de utilizarla, en lo posible, en beneficio propio y para ayuda de sus amigos políticos en Méjico.

Cuando Hidalgo, en su viaje de Madrid a París, cruzaba la frontera y descendía de la diligencia en Bayona, pasó ante el hotel el carruaje de la emperatriz Eugenia, que de su playa preferida, Biarritz, se dirigía a Bayona para ver una corrida de toros que se celebraría uno de aquellos días. Cuando la Emperatriz distinguió en la calle al caballero mejicano que la saludaba respetuosamente, acordóse de su antigua amistad con él, en la casa paterna; mandó parar el coche y llamóle para invitarle a una excursión marítima, con numeroso séquito, proyectada para el día siguiente.

Aquel azar pareció a Hidalgo una señal del Cielo. Y no anduvo remiso en aprovechar la favorable ocasión para exponer a la Emperatriz el estado aflictivo de su patria y le ponderó cuán admirable era, a su juicio, el plan de instaurar en Méjico una monarquía para, de tal manera, salvar la raza latina y el Catolicismo en el Nuevo Mundo. Harto contaba el mejicano, al hablar de este modo, con los sentimientos españoles de Eugenia. Porque era emperatriz de los franceses habló solamente Hidalgo de la "raza latina".

Escuchó Eugenia con creciente atención al joven diplomático, que se expresaba en tono apasionado. Comprendía la magnitud de la empresa: restablecer en un país desgarrado por el partidismo, orden,

paz y felicidad; pero ante todo le seducía la perspectiva de procurar nuevas glorias y ventajosos acuerdos comerciales al Segundo Imperio. Prometió a Hidalgo que hablaría del asunto con el Emperador.

El joven mejicano comunicó sin tardanza su conversación a Gutiérrez, que habitaba en aquella sazón en Roma. Hidalgo tuvo la suerte de cara; la Emperatriz tomó al punto un vivo interés en el asunto. Era verdad que había logrado aprovechar un momento propicio. Napoleón venía siendo cada vez más infiel a la Emperatriz, aunque sin dejar por eso de quererla. El archiduque Max había adivinado certeramente, al escribir a Francisco José, que el Emperador, marido de una mujer tan encantadora, andaba tras de todas las bellas. Por aquellos tiempos, 1857-58, el Conde de Cavour, con prudente premeditación, elegía para embajadora en París a la seductora y audaz Condesa de Castiglione, que tenía encadenado al Emperador. Pero no era la única. Numerosas, sin cuento, eran las mujeres que podían alabarse del favor imperial. La Emperatriz, de un nombre intachable, a quien nada podía ser echado en cara, de quien no corrían habladurías de ninguna especie, sintió ante la conducta de su esposo, aunque siempre volvía a ella arrepentido, pena al principio, y luego indignación; a menudo estalla su amargura en súbitas explosiones. Sentíase Eugenia llena de confusión y vergüenza ante la idea de que toda Francia sabía que era una mujer engañada, que a pesar de su belleza no sabía retener al marido. Mas era imposible cambiar las cosas, y la Emperatriz, decepcionada de su felicidad conyugal, buscaba un derivativo hacia el exterior.

Desde este momento, comienza a intervenir en la política. El marido no se aviene al principio de buen grado a la nueva tendencia, pero, finalmente, la deja hacer, porque tiene una conciencia poco limpia para negarle algo con cierta energía. Poco a poco va acostumbrándose al nuevo estado de cosas y termina por consultar con ella todos los asuntos políticos.

La Emperatriz abrigaba muy poca simpatía por Norteamérica y su nueva pujanza. Conocía muy exactamente cuánto se opinaba allí de su marido y de la forma monárquica que se había dado Francia, y de la consiguiente eliminación de la República. Pero la idea que tenía de los negocios americanos era superficial en exceso para permitirle un juicio ecuánime. Así, pues, hablaba a su marido de la jactancia de los americanos, de sus "pretensiones republicanas" y de cosas parecidas. "A la corta o a la larga —pensó una vez Eugenia—, será forzoso hacer la guerra a los americanos". Napoleón la escuchaba tran-

quilamente; no obstante, una escéptica sonrisa se insinuaba en sus labios. En una de estas pláticas, le habló por primera vez de las ideas y planes que le comunicara José Hidalgo referente a su patria.

La imperial pareja solía reunir numerosos huéspedes en Compiègne para las cacerías de otoño. Allí eran invitados, además de los familiares, los amigos más íntimos, diplomáticos, entre éstos Ricardo Metternich, hijo del gran canciller y embajador de Austria, las figuras importantes en aquellos tiempos en artes y ciencias. La invitación hacíase por grupos sucesivos y duraba unos trece o catorce días. Por la mañana, cada huésped permanecía en su soberbia habitación y podía emplear su tiempo como mejor le pluguiese; la comida era presidida por la pareja imperial en la gran mesa de la galería de Enrique II, la más suntuosa sala de banquetes que existía en el mundo. Por la tarde, tenían lugar excursiones a caballo, en coche o a pie por el parque o por los magníficos bosques de los contornos, así como cacerías y otros deportes. Durante estos días proscribíase la rigidez de la etiqueta; todos hacían y hablaban a su sabor, sin cortapisas. Con todo ello hallaban los huéspedes propicia ocasión, más propicia que cualquier otra, para alcanzar cierta intimidad con la pareja imperial, y para, entre bromas y conversaciones, fuese tal vez en la soledad del maravilloso Salón Chino o acaso en los largos paseos, sacar a colación graves temas políticos o para tratar de influir en las ideas y las acciones de aquellos monarcas. Casi siempre Napoleón III confiaba a su esposa la confección de la lista de invitados. Aconteció, pues, que, por iniciativa de la Emperatriz, fué invitado José Hidalgo, en el otoño de 1858, a Compiègne.

Ya el primer día, después de la comida, acercóse el Emperador al joven mejicano, y, con gran sorpresa de éste, le rogó que le diese noticias de su país.

Hidalgo respondió sin vacilar: "Señor, son muy malas las noticias, y aquel país va a su perdición si Vuestra Majestad no se digna prestarle ayuda".

La osada respuesta plugo al Emperador; condujo a Hidalgo junto a una ventana, y departió allí con él sobre el asunto más de media hora. El joven diplomático mejicano informó a Napoleón de cuanto se había llevado a cabo hasta el momento aquel para instaurar en Méjico una monarquía, pero obtuvo la respuesta de que en los asuntos que atañían a América nada podía emprenderse sin contar con Inglaterra. "Hemos comunicado a lord Palmerston —y por el pronombre en plural dejaba comprender que la Emperatriz había intervenido en ello—

que, para este fin, se precisan un ejército, millones y un príncipe".

Al proponer Hidalgo un candidato, no respondió el Emperador, de momento; dirigióse a la mesa, bebió un vaso de vino, y añadió luego: "Hemos pensado en el Duque de Aumale, pero no quiere aceptar".

Maravilló la contestación a Hidalgo, quien nunca creyera que sus palabras hubiesen sido de tal eficiencia que el Emperador se preocupase ya de la cuestión de la persona. Pero, al percatarse de ello, redobló sus esfuerzos y su elocuencia para convencer al Emperador.

Napoleón parecía interesarse realmente por el plan de instaurar una monarquía en Méjico, pero aun no atinaba cómo podría emprenderse su realización. Sólo percibía con claridad que cualquier acción en aquel país, no solamente podía herir la suspicacia de España y de Inglaterra, sino que determinaría la resistencia de los Estados Unidos, por cuanto sería un acto en contradicción con la doctrina de Monroe, que no consiente a ninguna potencia europea intervención en las direfencias entre Estados americanos o la adquisición de territorios en el Nuevo Mundo. Es verdad que por aquellos últimos años habíanse revelado fuertes incompatibilidades dentro mismo de los Estados Unidos. Los esclavistas del Sur luchaban contra el ideal de liberación de los esclavos que propugnaba el Norte.

Napoleón III pensaba más fríamente que su esposa; de momento le parecía todo bastante difícil aún.

"Me gustaría —iba diciendo Napoleón, cuando dejó a Hidalgo—, pero no veo cómo podrá realizarse".

La actitud del Emperador fué acicate para el ambicioso joven, que no cesaba de evocar a Méjico, de hablar de Méjico. Era algo insospechado cómo le distinguió la Corte y qué lugar de confianza logró ocupar en ella. No había perdido el contacto con Gutiérrez y le enteró de sus gestiones, no sin una cierta reserva, porque deseaba aparecer solo en primer plano.

A principios de enero de 1861, Juárez logra dominar la situación. Sólo ofrecen resistencia algunos pocos generales del campo conservador, entre ellos Márquez y Mejía, en guerra de guerrillas. Pero el orden no está restablecido del todo en el país. Asesinatos y robos están a la orden del día; ni los súbditos de potencias extranjeras establecidos en Méjico quedan a salvo. A las demandas de indemnización, Juárez lo promete todo, pero nunca mantiene lo prometido. Por ello las potencias europeas piensan mantener con energía sus peticiones.

Mientras, en el Norte, acaecían hechos de la mayor importancia. A causa del problema de los esclavos, los estados del Norte y los del Sur llegaron, en la primavera de 1861, a una implacable guerra civil. Parecía como si la magnífica obra de unificación llevada a cabo en 1776 tocase a su término. Por el número de habitantes y por los medios materiales, la lucha parecía desigual: a los veinte y dos millones de habitantes del Norte oponíanse los nueve millones del Sur, de los cuales millón y medio eran negros sometidos a esclavitud. Económica y militarmente, las cosas no andaban muy diferentes, pero la ruda energía y el fanatismo del Sur le permitió eventualmente grandes éxitos, y la guerra prosiguió año tras año.

En Europa, que andaban muy mal informados de los asuntos americanos, se opinaba en general atendiéndose al propio deseo: o sea que el Sur dominaría al Norte. El Gobierno inglés fué, también esta vez, el mejor enterado, y, por lo tanto, mantúvose en una extremada reserva.

En lo tocante a las cuestiones americanas, Napoleón y Eugenia tenían ideas muy confusas. La Emperatriz sólo veía en aquella guerra una debilitación de los Estados Unidos, debilitación que suponía favorable para sus planes mejicanos. Mientras tanto, Hidalgo redoblaba sus esfuerzos. Decidió que viniese Gutiérrez a París para ser introducido en la Corte. Solamente el príncipe Ricardo Metternich, el embajador austríaco, tuvo todo aquel proyecto de la Emperatriz por un desvarío y no quiso tomarlo en serio hasta que recibiera informes más satisfactorios. Pero Hidalgo fué ganando más y más influjo en la Corte. Pasaba semanas enteras en relación continuada con la Emperatriz, almorzaba y comía con ella, y la acompañaba a paseo. El joven mejicano tuvo la habilidad de enredarla completamente en sus fantasías.

Sin querer, Juárez prestó apoyo a tales planes cuando, el 17 de julio de 1861, interrumpió los pagos de los empréstitos extranjeros y con ello arremetió de cabeza contra las grandes potencias. El representante de España y, muy especialmente, el de Francia, que era persona próxima al grupo capitalista de la banca Jecker, presionaban a favor de una intervención armada.

En Biarritz, tuvo noticia Hidalgo de tales hechos, y decidióse a dar ya en la corte de París el gran golpe. Un día, que, como de costumbre, era invitado de los Emperadores, Hidalgo tomó aparte a la Emperatriz, que se sentó en un pequeño taburete y le dijo casi al oído que justamente había recibido importantes noticias: que las

nuevas parecían favorecer sus planes hasta tal punto, que estaba convencido de la oportunidad de la intervención y de la proclamación de la monarquía en Méjico. La Emperatriz lo condujo directamente al despacho del Emperador e Hidalgo desarrolló su plan de que Francia, Inglaterra y España se presentasen con una escuadra y unas tropas de desembarco ante Veracruz. "Méjico —afirmaba Hidalgo—, ante la alianza de esas tres banderas, reconocerá el poder y la fuerza militar de la empresa. Una infinita mayoría del país se amparará en las potencias interventoras, aniquilará a los demagogos y proclamará la monarquía, que es la única solución para salvar al país. Los Estados Unidos —subrayaba Hidalgo— están en trance de guerra; no moverán un pie, y es seguro que nunca intentarán luchar con las tres grandes potencias unidas. Que se muestren las tres banderas aliadas, Sire —exclamaba—, y garantizo a Vuestra Majestad que se levantará todo el país en masa para apoyar tan bienhechora empresa".

Asintió el emperador Napoleón que la situación en Norteamérica era favorable en aquel momento y, para gozosa sorpresa del joven mejicano, declaró que no dejaría de estar allí presente si España e Inglaterra participaban en la empresa y lo exigiesen los intereses de Francia.

En el curso de la conversación, discutióse el asunto de los posibles candidatos al trono. Citáronse los nombres de diferentes príncipes de países diversos; en todos aparecía una u otra dificultad. Hidalgo habló repetidamente de un archiduque austríaco. "Pero, ¿cuál de ellos? —replicaba la emperatriz Eugenia—; seguro que el archiduque Maximiliano de ninguna manera querría aceptar". Siguió unos momentos de embarazoso silencio, hasta que la Emperatriz, de súbito, como siguiendo una inspiración interior, golpeóse el pecho con el abanico y exclamó: "No sé por qué, siento como un presentimiento de que, a pesar de todo, el Archiduque aceptará".

Hidalgo propuso que Gutiérrez hiciese al archiduque, en Viena, una visita de exploración, cautelosa. Lleno de alegría y de grandes esperanzas abandonó Hidalgo el gabinete del Emperador, telegrafió en el acto a Gutiérrez y púsose en contacto inmediatamente con otro tercer emigrado mejicano, el general Almonte, muy conocido por sus proezas en la guerra de los Estados Unidos y luego embajador en París destituído por Juárez. Este personaje había trabajado también con gran actividad para obtener la protección francesa.

En Austria, se veía el asunto de muy diferente manera. El Conde de Rechberg, ministro de Negocios Extranjeros, comunicó la opinión de Metternich en el sentido de que aquel plan, por el momento, no

se consideraba de importancia práctica. Pero cuando el ministro de Estado, Conde Walewski, hijo natural de Napoleón I y de la bella dama polaca del mismo nombre, por encargo de la Emperatriz escribió a Metternich proponiendo el nombre del archiduque Maximiliano y dejando comprender que el Gobierno francés, bien entendido, "moralmente", le apoyaría, en Viena comenzaron a tomarse la cosa más seriamente. El Conde de Rechberg informó al emperador Francisco José y hubo de comprender que su monarca no rechazaba el plan tan incondicionalmente como él mismo. Encomendó el Emperador a Rechberg, el 10 de octubre de 1861, que se encaminase a Miramar, para ver qué decía su hermano de aquel proyecto.

Las negociaciones pronto revelaron al ministro hasta qué punto fascinaba la corona al Archiduque. Toda la manera de ser psicológica de éste y la influencia de su esposa, que anhelaba círculos más amplios donde desenvolverse, pues el ambiente de Miramar era bien reducido, inclináronle a prestar oído a tales ofertas. Francisco José pareció satisfecho ante la perspectiva de hallar quizá una esfera de influencia para su hermano, siempre lleno de inquietud, en una actitud crítica constante, de tendencias liberales, que no procuraba más que sinsabores y angustias, pero, a pesar de todo ello, muy querido en todo el país; una esfera de influencia digna y gloriosa, muy a tono con la grandeza de la casa de Habsburgo y, además, con la, y no menguada, ventaja de alejarlo de Austria. Así, pues, el Emperador no dijo que no, pero de ninguna manera quiso hablar a su hermano o hacerle presión.

En primer lugar, sin duda tenía aquella empresa bastante de aventura, y luego no había que echar en olvido que era menester velar por el prestigio de la Casa. La inclinación a aceptar la propuesta parecía, pues, un criterio general, pero era preciso condicionar la aceptación.

Rechberg recibió el encargo de observar al embajador en París que hiciese presente estas circunstancias a los mejicanos y al Gobierno francés. El emperador de Austria —así se afirmó a Gutiérrez confidencialmente— no rechazará una propuesta efectiva y solvente, como no lo haría tampoco el archiduque Max, quienes, al llegar la ocasión harán honor a la voz de la nación mejicana. Es, pues, una condición precisa el auxilio moral y material de dos grandes potencias marítimas y el deseo de Méjico expresado claramente.

Gutiérrez acogió tales nuevas con entusiasmo. Metternich opinaba escépticamente que el Archiduque era aceptado con exclamaciones

de alegría, pero en verdad solamente por algunos mejicanos de París. La conformidad de Austria despertó un gran júbilo en la Emperatriz. Napoleón III suplicó por carta a la reina Victoria de Inglaterra que tuviese a bien participar en la empresa, por cuanto ésta era posible como consecuencia de la guerra de Secesión que inmovilizaba a los Estados Unidos. Las groseras ofensas del Gobierno mejicano ofrecían la justificación más excelente para intervenir. El padre político del Archiduque, el rey Leopoldo de Bélgica, maravillóse sobre manera de que en Viena se otorgase tanta confianza en tan importante asunto a los manejos del soberano francés, cuando apenas hacía dos años había entrado en guerra con Austria. Pero la idea de ver a su hija con una corona imperial le hizo perder la fría objetividad de que solía dar muestra, y no llegó a formular desaprobación alguna.

No obstante, Inglaterra se mostraba reservada en extremo sobre la propuesta del Emperador. Lord Russell, por ejemplo, estaba convencido de que cualquier intromisión en los asuntos interiores de Méjico reportaría el más terrible desengaño a los que la intentasen. Pero con Napoleón, a quien Inglaterra deseaba testimoniar cierta cordialidad, no supieron usar palabras tan escuetas.

Como siempre que no hay acuerdo, fué convocada una reunión, en este caso de las tres potencias, y de ella resultó un tratado, que proponía, ciertamente, una intervención, pero obligaba a las potencias a la renuncia de toda ventaja territorial o de cualquier otra índole. Las otras cláusulas venían a ser un compromiso entre encontrados puntos de vista, y podían volverse e interpretarse según conviniese. Los Estados Unidos fueron invitados a firmar la convención, pero se tomó el acuerdo secreto de no aguardar su respuesta. En realidad, España, con el pretexto de las ofensas inferidas por Juárez a las potencias, se proponía recobrar su antigua situación en Méjico; Francia, ganar mediante la instauración de la monarquía una gran influencia en el país, e Inglaterra, únicamente que aquellas dos naciones no consiguiesen sus objetivos. Sólo con este fin admitía aquella apariencia de colaboración.

El archiduque Fernando Max y su esposa estaban encantados de aceptar aquella corona que se les venía a las manos, pero no dejaron de objetar que, si bien era una empresa realmente muy brillante, parecía erizada de peligros. Tanto para calmar su propia inquietud como para justificarse ante su corazón y ante la posteridad, redactó el Archiduque una memoria sobre el problema de la aceptación de la corona mejicana.

"Siempre he de estar dispuesto —afirmaba en ella—, en toda

ocasión de la vida, a sacrificarlo todo por Austria y el poder de mi Casa, aun cuando sean menester sacrificios tan grandes como los que ahora se me proponen. Pues el sacrificio es doble en este caso, para mí y para mi esposa, y significa separarse para siempre de Europa y de todas sus cosas. No desconozco las ventajas para Austria y para la gloria de mi Casa que es preciso remozar, ya que es desde hace siglos una útil costumbre de las grandes dinastías destacar príncipes de su sangre en las posiciones avanzadas, para que desarrollen allí su actividad y, tanto desde el punto de vista político como diplomático, cosechen beneficios para su tierra de origen. La gloria con que antaño brillara nuestra Casa ha sido oscurecida por los azares de los tiempos presentes; mientras los Coburgo han alcanzado trono tras trono y extienden su poder por toda la redondez de la Tierra, nuestra familia tuvo que ver cómo se perdían para ella dos reinos en Módena y Toscana".

El Archiduque reputaba un verdadero deber el jugar esta carta, y ponía en evidencia este carácter del deber para disfrazar su ambición ante su propia alma. Pero es verdad que añadía que un príncipe de la Casa de Austria no ha de aparecer con aires de aventurero, y pedía seguridades, especialmente en lo tocante a que no le fuese forzoso asistir al espectáculo de un pueblo dominado por unas potencias extranjeras, sino que se le acogiera cordialmente en su nuevo país. Carlota abundaba en estas mismas ideas y le fortalecía honradamente en ellas.

Hasta entonces, Fernando Max sólo había recibido cartas directas de un mejicano, de Gutierrez, que en su abundante fraseología hablaban de continuo "de la salvación del país moribundo por el magnánimo Príncipe" y amontonaban lisonja sobre lisonja. El brillo de la corona en perspectiva debía de haber cegado fuertemente al Archiduque, para que no sintiese repugnancia por un estilo semejante, repugnancia que asalta a cualquier lector imparcial. Es cierto que confesaba el Archiduque que aquellas cartas sólo contenían "incienso y exclamaciones de júbilo", pero las nubes de incienso ejercían ya su influjo y nublaban su altivo sentido del ridículo. Gutierrez no andaba remiso en enviarle libros y libros sobre Méjico, con el ánimo de captarle, de aprisionarle en sus redes.

La cuestión de la monarquía mejicana con el archiduque Fernando Max a la cabeza había sido puesta en marcha por cuatro mejicanos solamente: Hidalgo, Almonte, Gutiérrez y su hijo. Arduos trabajos pasó Gutiérrez para hallar el quinto. Fernando Max, empero, procedía como si un poderoso movimiento popular le ofreciese tan alta

jerarquía. Envió al punto una personalidad de su confianza, Sebastián Scherztenlechner, a París para establecer contacto con los mejicanos de allí.

Este hombre, un día ayuda de cámara en la Corte de Viena, ingresó en el séquito del Archiduque, y supo hacerse tan sobre manera indispensable en la Casa de éste, y ganar tan enteramente su confianza, que Fernando Max le nombró secretario privado; era un personaje ciertamente hábil y activo, mas de cultura harto escasa. Pero cuando, mediante la lectura de la correspondencia, con el tiempo, estuvo iniciado en todos los asuntos, su posición fué siendo cada día más importante y llegó a ejercer una verdadera influencia sobre el joven Archiduque. Llegado a esta sazón, trataba Scherztenlechner de ocultar sus orígenes serviles; pero, de todos modos, aun cuando era ya un funcionario directamente a las órdenes del Archiduque, no por eso dejaba de cobrar su pensión como criado de la Corte.

Scherztenlechner reunióse en París con Gutiérrez y éste, por envidia a Hidalgo, inmediatamente se propuso demostrarle que él, Gutiérrez, era el factor dirigente entre los mejicanos. No obstante, él mismo había dicho de Hidalgo anteriormente "que era el canal de la alta diplomacia por el cual los mejicanos se relacionaban con la emperatriz Eugenia". Y no se arredraba en declarar, sin que se le helase la sangre, que todos los mejicanos importantes opinaban como él. Aun al propio Scherztenlechner se le excitaban los nervios ante la insufrible fraseología de Gutiérrez; por otra parte, lo encontraba "lleno de un encendido amor a la Patria, un hombre de unos puntos de vista nobles, patrióticos, elevados, así como practicables y rebosantes de buen sentido". Harto difícil había de ser para un simple criado, que apenas sabía donde se hallaba situado Méjico, juzgar sobre tales materias. Por más que acertaba plenamente qué cosas habían de resultar agradables a los oídos de su señor.

Cada vez se iba sintiendo más ligado el Archiduque al proyecto; dirigióse al rey Leopoldo, y también al Papa, solicitando su consejo respectivo en aquella coyuntura "importantísima, quizá decisiva, de su vida", implorando las bendiciones y la poderosa ayuda que juzgaba necesaria para el buen término de su empresa. El papa Pío IX, que aguardaba del gobierno de un príncipe católico un robustecimiento de la influencia católica en Méjico, le contestó con unas cuantas frases hechas de felicitación.

Gutiérrez tornábase cada vez más apremiante. Su madre política permanecía en Miramar entre los que rodeaban al Archiduque. Envia-

ba a su yerno indicaciones para tratar a éste. Le recomendaba muy especialmente que halagase su vanidad. De acuerdo con ello, Gutiérrez bombardeaba al Archiduque con las cartas más melifluas que puedan imaginarse.

En el ínterin, Hidalgo se daba cuenta, desde París, de que su paisano se aprestaba a ganar el primer lugar; Hidalgo quería guardar para sí toda la gloria, por lo que no permitía que Gutiérrez se viese con la pareja imperial y alejaba del Emperador a todos los mejicanos, con excepción de Almonte, a quien era forzoso abrir la puerta, por tener el plan de convertirlo en el representante de confianza del Emperador en Méjico, ya que Hidalgo estaba firmemente resuelto a no arriesgar su persona por ningún precio en el aquelarre de Méjico y a no trocar por los peligros y zozobras de allí la deliciosa vida en una metrópoli mundial como París y el brillante gran mundo que allí le festejaba. Cuando el ex presidente conservador Miramón vino a París y quiso entrevistarse con el Emperador, halló la puerta cerrada. Sus paisanos se habían adelantado. Al tener noticia de un plan monárquico para Méjico, aseveró a todos los que le quisieron oír que no había en Méjico partido alguno que representase una tal tendencia.

Contra eso, mostraba Hidalgo unas palabras escritas por Santa Ana, donde, desde su refugio, una isla de las Antillas, ofrecía sus servicios a los monárquicos mejicanos de París y declaraba que, no sólo un partido en Méjico "sino la inmensa mayoría de la nación ansiaba el restablecimiento del Imperio de Moctezuma".

Cada mejicano radicado en Europa pintaba la situación y las luchas de su patria según convenía a sus deseos particulares y políticos. Era realmente difícil ver claro en aquella confusión, y mucho más para quien se hallase tan totalmente desorientado en asuntos mejicanos como el Archiduque.

Entre tanto no se le ocultaron ni las palabras de Miramón, ni la inexistencia de un partido monárquico, ni tampoco tantos avisos y reconvenciones como se formulaban de todas partes. Así, el Presidente del Consejo de ministros de España había hecho notar la imposibilidad de crear algo duradero en Méjico, y aun el propio obispo mejicano Labastida, que vivía expulsado en Roma y estaba altamente interesado en una monarquía católica, fué de opinión que era menester mucho ánimo, habilidad, energía, paciencia y buena fortuna para obtener éxito en aquel país.

También Metternich dejó oír de nuevo desde París su voz llena de avisos y amonestaciones. "¿Cuántos cañonazos se necesitarán —di-

ce— para instaurar un emperador en Méjico, y cuántos para mantenerlo allí? La guerra, un día u otro, acabará en Norteamérica, y la doctrina de Monroe, "América para los americanos", con la que esta aventura europea ha de chocar, volverá a ser un hecho actual y eficiente".

Estas consideraciones y otras del mismo tenor hubiesen podido inclinar al Archiduque a la meditación, pero de poco le valieron los avisos. Fernando Max se entera de todo ello, lo lee todo, pero aparta pronto de sus manos la lectura decepcionante y pesimista y prefiere embriagarse en las aduladoras y brillantes frases de Gutiérrez y compañeros. Como tantos hombres, tiene el Archiduque la aciaga particularidad de sólo querer ver las cosas rosadas y agradables para cerrar los ojos a las arduas y difíciles. Sólo oye lo que quiere oír, y lo demás resbala sobre su ánimo sin dejar huella.

Así, pues, a cada instante su destino le iba hundiendo más y más profundamente en lo incierto; sin freno, iba siguiendo en su embriaguez el fascinador fuego fatuo de la lejana corona imperial. Pero amontonábanse dificultades ingentes, cuya superación hubiese exigido largos años y tal vez venían a ser como un dedo orientador señalando que se estaba tentando lo imposible.

Capítulo V

La aventura guerrera de Méjico

Las tres potencias firmaron una convención a finales del 1861, en Londres, y estaban preparadas para la expedición transatlántica. Temían los mejicanos de París que España intentase reconquistar, con tropas acantonadas en la cercana Cuba, la antigua colonia. Lo que podía determinar el fracaso de su plan de una monarquía con un archiduque austríaco a la cabeza. Es por lo que Hidalgo apremia con insistencia al Emperador y a la Emperatriz para que envíen a Méjico, a más de marinería, verdaderos *pantalons rouges*, o sea soldados del ejército de tierra. Napoleón se niega al principio; pero cede finalmente a las peticiones insistentes de su esposa, que defiende la causa mejicana con su apasionado temperamento y el ardor de una mujer enamorada de su idea.

El almirante jefe de las fuerzas navales francesas recibe una orden secreta, que, en desacuerdo con lo tratado en Londres, le autoriza eventualmente para ampliar la acción militar hasta la ocupación de la ciudad de Méjico. Ya en este punto, la parte sana de la población y los partidos monárquicos habían de comunicar a los aliados, como si fuese el deseo de todo el pueblo, el plan que los emigrados mejicanos urdieran en París.

Sólo Inglaterra estaba resuelta a no moverse de la costa. En Londres se teme a Norteamérica, a pesar de la Guerra de Secesión, y existe el firme propósito de mantenerse a la expectativa. El número de tropas que se destinaban a la empresa era escaso de manera irrisoria. ¿Cómo se llegó a pretender dominar un país, que era cinco veces tan grande como Francia, con seis u ocho mil hombres? El embajador de Napoleón, empero, que actuaba al mismo tiempo como encargado de negocios de los capitalistas franceses, exige una indemnización, muy vaga y más bien tirando al exceso, de no menos de 60 millones de francos "por los daños inferidos a súbditos franceses en las constantes revueltas del país y a causa de las leyes contrarias a los intereses extranjeros". ¡Pide además que sea cumplido el convenio con la banca Jecker,

es decir, que se paguen 75 millones de francos por 3,75 que recibiera Méjico!

Inglaterra y España miran con malos ojos aquellas excesivas exigencias de Francia y no se adhieren a ellas. He aquí cómo comienza ya la discordia entre las potencias.

Juárez, por su lado, promulga una ley que amenaza con la muerte a quienquiera que preste cualquier suerte de ayuda a los forasteros intrusos, medida que tuvo por consecuencia que los mejicanos nativos mostrasen una extremada reserva con los extranjeros. Éstos no hallan en todas partes sino rostros hostiles o contraídos por el temor, pues se temían los efectos del decreto de Juárez. La cosa no era tan sencilla como pintaban los emigrados de París y como se había contado a la pareja imperial. De momento, los Emperadores vivían aún en el mundo de las ilusiones que se hicieron brillar un día ante sus ojos.

Percatóse muy pronto el Gobierno español de las dificultades de la empresa, y como, por otra parte, era manifiesto que en los asuntos de Méjico, Napoleón parecía seguir sus intenciones particulares y su propio camino, fuése perdiendo muy pronto en Madrid el interés por la aventura mejicana. El mismo comandante en jefe francés, reconoció que era harto exiguo el número de sus tropas ante el indeciso proceder de España y de Inglaterra, y que, en aquella acción contra Méjico, su país se veía enredado en una campaña de imprevisibles resultados. Se mostró, pues, con una gran reserva y, por ende, altamente desagradable para los conservadores mejicanos y los emigrados de París. En la Corte comenzaron, pues, a perseguir enconadamente al jefe francés.

Méjico está lejos de París, y aquí no se tenían por exactos los partes y avisos del Almirante. La Emperatriz no creía una palabra de todo ello, y cada vez sentía más entusiasmo por las cosas de Méjico y por ver a su protegido Fernando Max en el trono que se proponían erigir. Había conseguido disipar enteramente el escepticismo de su marido, quien aseguró al enviado de Metternich que estaban en Méjico con el fin de preparar el camino al Archiduque y para cumplir concienzudamente cuanto se le prometiera. El Príncipe había de entrar en escena cuando se hubiesen orillado ya todas las dificultades.

Gutiérrez va enzarzando cada vez más al Archiduque en las redes de nuevas lisonjas y fantásticas visiones del futuro. Pero su tendencia clerical no tarda en patentizarse. Llega a obtener que le reciban en la Corte y en el palacio de Miramar, y recomienda ante todo que se permita que regresen a la patria los obispos mejicanos expatriados por

Juárez, que vivían en Roma, ya que eran absolutamente de tendencias monárquicas y podían ejercer su poderosa influencia en orden a la elección del Archiduque. De buenas a primeras, nombró arzobispo de Puebla a Labastida, su amigo más íntimo.

En Miramar, habla Gutiérrez horas y horas al Archiduque de la belleza de la patria lejana, de las desdichas de ésta, y del remedio que cree que van a tener con la ventura que significa para el castigado pueblo mejicano la aceptación del trono por el Archiduque. Harto prudente, silencia, no obstante, que hace casi veinte años que no asomó por su patria.

Fernando Max sucumbe por entero al hechizo de las adulaciones y seducciones de un futuro con tan atractivos colores pintado por Gutiérrez. Puede, en verdad, estar satisfecho el mejicano de los resultados obtenidos. En grandilocuentes palabras envía a su regreso una carta al Archiduque testimoniándole su agradecimiento: le dice que nunca olvidará el instante en que le viera por primera vez, y asegura que aquel día pertenece, igual que el de su boda, a los más bellos de su vida. Al final le suplica quiera ofrecer sus respetos a la Archiduquesa "cuyos reales pies besa". Estas palabras aparecen subrayadas en la carta. De tal guisa expresábase el hombre que gozó de la máxima influencia, más que cualquier otra persona, sobre el Archiduque, durante la época de la aceptación de la corona.

En aquella sazón, Napoleón III creyó llegado el instante de poner a discusión el plan con el propio Archiduque. El Emperador considera las particularidades de la expedición y el problema de las garantías a la corona que se ofrece. Pero deja traslucir que un cuerpo de ejército austríaco, al lado de las fuerzas monárquicas y conservadoras de los mejicanos, sería la mejor ayuda y sostén.

El Archiduque Fernando Max sintióse sobre manera lleno de gozo ante un tal paso del emperador de los franceses y, por su parte, dióse perfecta cuenta de que, en aquellos momentos, era indispensable una discusión sin testigos, de los asuntos de Méjico, con el emperador Francisco José. En los últimos días del año 1861, los dos hermanos se encontraron en Venecia. Hablóse de problemas financieros, del cuerpo de voluntarios austríacos, del traslado del ejército en barcos de guerra austríacos, y aun de las nuevas órdenes y condecoraciones mejicanas, como si ya no existiese dificultad alguna. Francisco José no veía con desagrado que tales actividades condujesen a tierras lejanas a un hermano tan lleno de ambición.

Ya en esto, el archiduque Fernando Max escribe una carta al

emperador de los franceses, cuyo tono de efusiva amabilidad muestra bien a las claras hasta qué punto el Príncipe se halla encantado con el plan, y hasta qué extremo agradece a Napoleón y a Eugenia que defendieran su candidatura al trono. El emperador Napoleón transmite su respuesta a Miramar por el general Almonte y corrobora en ella que su deseo más íntimo es ver al Archiduque a la cabeza de una empresa "tan noble y generosa". "Nunca —afirma en su carta—, apareció ante mis ojos una obra más grandiosa en sus resultados. Se trata no menos que de salvar de la anarquía y la miseria a todo un Continente, de dar a toda América el ejemplo de un Gobierno digno, de levantar decisiva y valerosamente la bandera de la monarquía frente a peligrosas utopías y a sangrientos desórdenes, de una monarquía apoyada sobre una libertad real y un sincero amor al progreso. A su debido tiempo llevaré a cabo cuanto de mí dependa para facilitar a Vuestra Alteza la realización de una idea semejante. No creo que encuentre en Méjico una verdadera resistencia".

En ello había de engañarse lamentablemente el Emperador. Cuando Almonte era aún huésped del Archiduque, acertó a llegar a Miramar el gran amigo de Gutiérrez, el obispo Labastida, y planteó al punto el problema para él importantísimo, de los bienes de la Iglesia "nacionalizados", es decir, confiscados por Juárez. El buen hombre sabía muy bien que conviene forjar el hierro cuando está caliente.

Almonte toma consigo cordiales cartas de contestación para París. La archiduquesa Carlota escribe en hiperbólicas palabras a la Emperatriz y le agradece su colaboración en la "sagrada causa", que desde buen principio "parece ya visiblemente dirigida por la Providencia". El Archiduque pone repetidamente de relieve que tiene una confianza absoluta en la ayuda de Napoleón para no sentir desmayo desde el comienzo ante una tan elevada tarea.

Almonte emprende mientras tanto el viaje a su país natal, acompañando a nuevos refuerzos franceses. Libre ya de este rival, consigue Gutiérrez ser introducido junto a la pareja imperial francesa, por recomendación del Archiduque. Observa con sentido crítico al Emperador, pintado siempre por Hidalgo con tan desfavorables colores. El Emperador y la Emperatriz quedaron un tanto sorprendidos de las reaccionarias opiniones y las frases inacabables de Gutiérrez.

Por aquellos tiempos eran profundas las discordias entre los conservadores mejicanos. Uno se prevenía del otro y acusaba a los miembros más próximos del partido de quererse apoderar solos del poder en Méjico "y de los restos de la hacienda pública" y de maquinar sinies-

tras venganzas. Así aparece el interior del partido que se sentía llamado a preparar en Méjico los caminos de una transformación tan trascendental.

De todas parte llueven amonestaciones y avisos. El embajador austríaco en Wáshington moteja de aventura aquel plan que no puede ser tomado en serio. Las potencias interventoras encontrarán las más arduas dificultades, y sería altamente de lamentar que anduviese mezclado en ello el nombre del hermano del emperador de Austria. La misma dependencia de un general en jefe francés era vergonzosa. El embajador presiente de una manera profética el futuro, pero no se le escucha. Cuando menos, el Archiduque. Por más que Metternich desde París ironiza sobre el engañador entusiasmo de Napoleón y de su esposa y se obstina en traer a la realidad aquella "insensata ocurrencia", "aquella quimera", Fernando Max va desarrollando impertérrito su plan.

Inglaterra, antes como ahora, se mantiene en su reserva; con mordacidad, lord Russell critica a los emigrados mejicanos y sus castillos en el aire. Un rey entronizado por un ejército extranjero —es su parecer— será barrido en el acto cuando se retire el ejército que lo sostiene. Situación semejante no sería ni digna ni segura. Maravíllase el lord de que un hermano del monarca austríaco pueda sentirse atraído por una realeza en tales condiciones. ¿Por qué se pretende, en nombre de Dios, erigir una monarquía entre un mundo de verdaderas repúblicas? Se cree en Inglaterra más atinado aprovechar la primera ocasión para retirarse del todo de aquella empresa mejicana, tan contraria a la doctrina de Monroe y vista con tan malos ojos por los Estados Unidos. Esto pasaba en 1861, y, en 1862, los Estados Unidos se sentían más fuertes y seguros que nunca por sus victorias contra los rebeldes de los estados del Sur. Cuando se comunicó oficialmente al embajador de los Estados Unidos en Viena que había sido ofrecida la corona de Méjico al archiduque Fernando Max y que éste parecía inclinado a aceptarla, el Gobierno yanqui declaró en una nota oficial que la liberación del Continente de la tutela europea era la característica principal de la historia americana en los últimos cien años. Y que, cuando menos, era muy poco probable que un cambio de dirección en sentido contrario tuviese lugar con éxito en los cien años que comenzaban. Ello constituía una clara amonestación, pero en Europa, y especialmente en París, se creía que la fortuna en la Guerra de Secesión, que proseguía, podía cambiarse aún. Sobre bases tan inciertas fundó Napoleón en el porvenir su política mejicana.

Aun sorprendía al mismo Archiduque que Napoleón apareciese tan aislado. Mientras las otras naciones se iban apartando poco a poco y en Viena había un ambiente de escepticismo, la figura del emperador francés quedaba cada vez más en primer término.

A todo eso, las cosas empeoraban más en Méjico de día en día. Los representantes de las tres potencias estaban en abierta oposición. Y las cosas se agudizaron aún con la llegada de los refuerzos franceses del general Lorencez, el hombre de confianza de Napoleón en Méjico. Con estos refuerzos llegó también el general Almonte, que adoptó inmediatamente, y con gran altanería, el papel de representante del Emperador. Los españoles y los ingleses andaban tan soliviantados, que de buen grado hubiesen atendido las pretensiones de Juárez y hubiesen entregado a Almonte como traidor a la patria. Napoleón, empero, comunica inmediatamente al Archiduque la llegada de refuerzos, como para demostrarle que "realiza todo cuanto cabe para llevar el plan a buen término".

De hecho, lord Russell preparaba ya la retirada de Inglaterra cuando dijo sonriendo con ironía al embajador austríaco en Londres: "Es imposible que finalmente sostenga Napoleón la empresa con sus propias fuerzas y logre poner en el trono a su Archiduque; pero, aun en este caso, tenga la seguridad de que los servicios que les haya prestado a ustedes habrán de ser pagados con creces, pues sabe usted muy bien que nunca hace de balde cosas semejantes".

La disyuntiva de negociar con Juárez o intentar llevar a realidad el plan de Napoleón en orden a cambiar la forma de gobierno y llevar el Archiduque a Méjico, condujo finalmente a la crisis. El representante francés declaró a los españoles, con gran indignación de éstos, que, en el fondo, no era el Archiduque lo que le interesaba, porque era él mismo el que aguardaba ser el dueño de Méjico. Inglaterra no quiso sei el hombre de paja de Francia ni de España. En tales circunstancias fué imposible la unidad de acción. Aquella misma noche, tuvo lugar la ruptura. Los españoles y los ingleses retiraron sus tropas y sus buques, y el peso de aquella empresa vino a recaer, desde aquel punto, sobre Francia sola. Con ello fallaba la primera de las condiciones exigidas por el Archiduque, la ayuda por lo menos de dos grandes potencias navales.

Juárez obtuvo su primer éxito a causa de las victorias del Norte sobre el Sur en los Estados Unidos y de su hábil aprovechamiento de las rivalidades de las grandes potencias; en lugar de tres grandes naciones hostiles, ya no tenía delante más que a un solo enemigo: a Na-

poleón. Tales nuevas impresionaron al Emperador, pero la Emperatriz, bajo la sugestión de Hidalgo, no desmayaba.

Rechberg y Metternich aguardaban que se consideraría terminada la aventura de Méjico, pero no contaban con los deseos del Archiduque. Éste no se dejaba desanimar así como así. La emperatriz Eugenia conseguía mantener en buen ánimo al Archiduque con más facilidad que a su marido. Optimista, escribía la Emperatriz a la archiduquesa Carlota: "El general Lorencez se considera dueño del país. Generales y ciudades se ponen a su lado, el país está fatigado de tantas discordias y sueña con un régimen estable que le conceda facilidades para desarrollarse, y es por lo que pone toda su esperanza en la monarquía. Gracias a Dios, estamos allí sin aliados. Constituye un hecho muy notable que, mientras éramos tres en la tarea, ni un solo mejicano estaba a nuestro lado; pero, desde que nuestra acción se liberó de tales cadenas, el país se siente lo suficiente seguro para poner de manifiesto sus deseos. Todo el mundo se agrupa en torno de Almonte. Desgraciadamente, cometiéronse al principio algunos errores; pero yo nunca dudé del éxito de la empresa".

Pronto iba a ponerse de manifiesto que ligereza reinaba en la corte de París cuando podía creerse que con seis mil hombres se doblegaría un imperio tan gigantesco como aquél. Además, el partido monárquico no existía y los pocos conservadores no estaban de acuerdo con los franceses. Cuando el general Lorencez atacó a Puebla, fuertemente defendida por las tropas de Juárez, salió castigado por rudos golpes.

Ya no se hablaba de un avance sobre Méjico. Podían sentirse satisfechos si no eran obligados a retroceder a la costa.

Las nuevas de estas derrotas hacían cobrar nuevos bríos a Juárez en su defensa, pero causaron una penosa impresión en la corte de París. El Emperador y la Emperatriz andaban como atontados; el tránsito de las más atrevidas esperanzas a tales desengaños era demasiado brusco.

Julio Favre pronuncia en el Parlamento un violento discurso, que critica acerbamente y con todo detalle la empresa de Méjico. El poeta Víctor Hugo, el más implacable enemigo del Emperador, publica desde su destierro de Bruselas una suerte de proclama a los mejicanos: "Tenéis razón, cuando imagináis que yo estoy a vuestro lado. No es Francia la que os hace la guerra, es puramente la Casa imperial". Juárez manda al punto que tales manifestaciones aparezcan en carteles por las esquinas de todas las poblaciones de Méjico. Ahora, empero,

se trata ya del honor militar francés. Y es por lo que Napoleón no quiere quedarse a medio camino.

En julio de 1862, es enviado un nuevo general, llamado Forey, el tercer general en jefe ya, con dos divisiones, de las cuales una estaba mandada por el general Aquiles Bazaine, hijo de uno de los oficiales más queridos de Napoleón I. Forey recibe el encargo de apoyar a los mejicanos en su lucha por la monarquía. Napoleón le autoriza también para usar el nombre de Fernando Max como el del candidato de Francia. Por lo restante, opina Napoleón que Méjico ha de ser organizado como un dique indestructible contra los ataques de la Unión Norteamericana, que trata por todos los medios de atraer a su zona de influencia, en perjuicio de Francia, no solamente el golfo de Méjico y las regiones de la América central, sino también toda la América del Sur.

Napoleón cree llegado el momento de proceder con más dureza respecto a los Estados Unidos, por cuanto parece haber mudado, entre junio y julio de 1862, la fortuna de la guerra; los ejércitos del Sur, mandados por el hábil general Lee, consiguieron grandes victorias, en puntos importantes, no lejos de Wáshington, la capital federal. Por lo que atañe al Archiduque, Napoleón anda algo confuso, después del fracaso de Puebla, que siguió de poco a la carta tan llena de optimistas esperanzas a la esposa del Príncipe. Afirma, sin embargo, repetidamente, al embajador Metternich, que el Archiduque puede confiar enteramente en él.

Después se produjo una pausa, porque era forzoso aguardar que Forey llegase a Méjico con su ejército expedicionario. Y para esto se precisaban más de ocho semanas. Durante este tiempo, no llegaron al Archiduque nuevas noticias y andaba pesaroso por miedo de que el proyecto acabase en nada. Había lanzado toda clase de observaciones y amonestaciones por la borda y estaba tan enzarzado en todo aquel mundo de ilusiones alimentadas por Gutiérrez y sus compañeros, que no hacía más que buscar ansiosamente argumentos en favor del sueño de una corona imperial.

Por aquel entonces llegó un informe del encargado belga de Negocios en Méjico, quien conocía la secreta ilusión de su rey por ver emperatriz a su hija Carlota, y quien, por lo tanto, escribió en el sentido de que todo andaba favorablemente a la monarquía mejicana y a los planes que se intentaban llevar a la práctica. Naturalmente, entusiasmóse el Archiduque con semejante informe; aseguraba que era el más interesante que había leído sobre aquel desdichado país deshecho por

las luchas partidistas, y opinaba que era el fiel reflejo del juicio desapasionado y clarísimo de un hombre realista que conocía el país y los hombres y sólo obedecía al impulso de comunicar a su Gobierno la verdad sin rebozos.

Kint von Roodenberck, el diplomático cuyo informe tanto alabara el Archiduque, mereció de otros elementos un juicio muy diferente. Estos observaron al Archiduque que se trataba de un personaje nada conocedor de los problemas de Méjico, interesado personalmente en el asunto del empréstito mejicano, muy enlazado con la intervención francesa y de siempre muy dado a informar a su rey y a su Gobierno de aquellas cosas que sabía habían de ser oídas con gusto. Pero sus informaciones eran favorables a la empresa monárquica y esto bastaba al Archiduque. Nada podía impedir que la piedra rodase al abismo.

Capítulo VI

Seducciones, lisonjas, intrigas y castillos en el aire

Mientras tanto, el general Forey llegó, en setiembre de 1862, a Méjico con los refuerzos, completamente resuelto a un avance más prudente y sistemático que el del temerario Lorencez, que se quemó los dedos en Puebla. Elimina rápidamente la influencia de Almonte y de su administración clerical y personalista y acorta las riendas a los elementos mejicanos, con lo que se crea un peligroso enemigo, ducho en arterías e intrigas. Juárez, por su parte, hace cuanto puede para presentar la guerra como una lucha contra el invasor, contra la opresión extranjera, para salvar la independencia del país.

En París, Metternich trata de evitar que el Archiduque se enrede de veras en aquella aventura y se propone por todos los medios obligarle a la renuncia de una candidatura tan excesivamente problemática. Pero Fernando Max rehusa; está plenamente convencido, como afirma repetidamente, de que aquella empresa dirigida por "el genio del emperador Napoleón" al fin y al cabo ha de tener un éxito total. Desde Inglaterra, tratan de disuadir al Archiduque dándole esperanzas sobre la corona de Grecia. Nada le hace mella. Todo lo encuentra incomparablemente de menos valor; sueña con un imperio gigantesco que un día pudiese extenderse sobre toda la América del Sur, y está decidido, en cuanto la ciudad de Méjico caiga en manos de las tropas expedicionarias, a emprender el viaje.

En París, de unos lados y otros, se reprocha a Hidalgo haber enfrascado a Francia en una aventura sin solución; la Emperatriz, sin embargo, no cede. Es increíble qué privilegiada situación se había ido creando poco a poco Hidalgo ante ella. En sus paseos por la ciudad, la Emperatriz se hace acompañar por Hidalgo, y, el Jueves Santo, visita los sagrarios con el joven mejicano, en lo que éste se complace extremadamente y lo comunica alborozado a Miramar.

Gutiérrez e Hidalgo, aunque celosos el uno del otro, inundan al Archiduque con una profusión de cartas que llegan a constituir

un verdadero archivo epistolar. Pero de nada hubiese valido todo ello, si, andando 1863, las cosas no hubiesen tomado para Francia un curso favorable desde el punto de vista militar. El hábil lugargarteniente de Forey, Bazaine, consigue derrotar las fuerzas mejicacas de socorro que se dirigían a Puebla, entonces sitiada. Cae esta ciudad, y con ella prisioneros los capitostes del partido juarista, tres de los más destacados de los cuales, los generales Ortega, Escobedo y Porfirio Díaz, consiguieron más tarde escapar de su cautiverio. Pero a Juárez le quedaba deshecho el núcleo principal de su ejército y ya no podía pensar en defender la capital. Era forzoso abandonar la guerra campal con grandes fuerzas, y tuvo entonces su comienzo la de guerrillas. El 7 de junio de 1863, el general Bazaine, al que sigue Forey de cerca, ocupa a Méjico. Poco antes, Juárez había huído de la capital hacia las provincias del Norte.

Estas noticias de Méjico despertaron una vivísima satisfacción en la imperial pareja, atenazada, desde el fracaso de Puebla, por cuidados y zozobras. Reviven ahora sus esperanzas; la Emperatriz hace, más que nunca, caso de las palabras de Hidalgo y sus compañeros, y torna al convencimiento de que cuanto habían planeado sobre Méjico puede ser realizado.

El emperador Napoleón, por su parte, había escrito al general en jefe que eran preciso que Francia fuese absolutamente el poder que mandase allí, sin que tal cosa, empero, apareciese al exterior. Se había de dar la sensación como si se dejase a los mejicanos en libertad de decidir, cuando en realidad era forzoso realizar totalmente lo que en París se señalaba y estructuraba. A saber: ¡la monarquía y Fernando Max! Napoleón daba gran importancia a las apariencias. El mundo había de mantener la fe más completa en que el liberal Napoleón se hallaba muy ajeno a cualquier intento de forzar el albedrío de los mejicanos, de someterlos a una dominación extranjera.

El general en jefe se pone activamente a la obra: constituye una Asamblea Nacional con mejicanos conservadores dóciles a la voluntad de Francia y les confiere la facultad de decidir sobre la futura forma de gobierno. Juárez protesta solemnemente contra la arbitraria fundación de corporaciones compuestas de individuos sin responsabilidad y sin derechos públicos. Pero fué en este momento cuando se creó un Gobierno provisional, al que pertenecían el general Almonte y el obispo Labastida, quien se presentó al ejército francés y había sido elevado por aquel entonces al arzobispado de Méjico.

Los franceses sólo tenían ocupada una pequeña parte de Méjico,

que, poco más o menos, era como cuatro veces la extención de Francia en Europa. Propiamente, sólo las grandes carreteras que, de la costa, cerça de Veracruz, van a la ciudad de Méjico y a los grandes poblados de aquellos contornos. Donde gobiernan las armas francesas, aparecen al punto arcos de triunfo en los que se ven inscripciones favorables a la monarquía y al Archiduque. Surgen en seguida manifestaciones públicas, que, ciertamente, proceden de pueblos —como decía mordazmente el embajador inglés— habitados por dos indios y un mono. Y no es difícil darse cuenta de que el país no ocupado, la mayor parte de Méjico, ahora como antes, sólo reconoce al presidente Juárez. Pero el Gobierno provisional no quiere percatarse de ello. El Gobierno y la Asamblea Nacional se consideran únicos representantes del conjunto de la nación mejicana y, el 12 de junio de 1863, dirigen al archiduque Max un memorial rogándole que se digne aceptar la corona. Al mismo tiempo, nombra el Gobierno provisional una diputación, que ha de presidir Gutiérrez de Estrada y a la cual pertenece también Hidalgo, para llevar a cabo, en Miramar, la ceremonia del ofrecimiento.

Al llegar la noticia a París, telegrafía Napoleón al Archiduque:

"A punto de escribir a Vuestra Imperial Alteza, recibo la noticia de vuestra proclamación en la ciudad de Méjico como emperador. Estoy altamente satisfecho de este primer resultado y aguardo que muy presto todo Méjico seguirá el ejemplo de la capital y que Vuestra Alteza será llamado para conducir el país a la prosperidad que tanto anhela. La Emperatriz une a las mías sus congratulaciones".

Fernando Max da las gracias de todo corazón y anuncia la nueva a su hermano. Éste dispone que Max venga a Schönbrunn, para discutir con él el conjunto de aquellas cuestiones. Ante todo, vuelve a insistir en que el Gobierno austríaco adopta una actitud pasiva frente aquella empresa. La diputación que se apresta a ofrecerle la corona no puede jactarse de representar a todo el pueblo mejicano. Y, ¿dónde anda el auxilio inglés? El Emperador parece desconfiado, y todo ello es debido, sin duda, a serias amonestaciones de su ministro del Exterior. Pero cada palabra de Fernando Max revela el íntimo deseo de llevar a la realización aquel plan.

El embajador en Londres comunica que Inglaterra no hará absolutamente nada para fundar o mantener el nuevo trono, y que carga alegremente sobre Francia toda la responsabilidad y los azares de la empresa.

De bien poco sirve todo ello: antes se deja seducir el Archi-

duque por una carta de Almonte, donde se le dirige ya con el tratamiento de Sire y de Majestad y le incita a marchar para Méjico tan pronto como le sea posible. Se le recomienda en Viena que recuerde a Napoleón las condiciones que pactaron. Lo hace realmente, y el silencio de Napoleón no causa la menor impresión al Archiduque. De nada sirve que el embajador inglés le haga indirectamente presente cuán preciso es no echar en olvido el riesgo de asomar la cabeza a un avispero tal: querer dominar a Méjico es lo mismo que quererse beber el agua del mar. El cónsul norteamericano en Trieste no vacila en profetizar que "quien aspire al trono de Méjico y realmente lo alcance, puede estar muy contento si sale con vida de la aventura".

Los contundentes juicios sobre aquella empresa que por todos lados llegaban, alcanzaron finalmente los oídos de la archiduquesa Sofía, la madre de Fernando Max, quien no cesaba de manifestar sus cuidados en todas sus cartas. Entonces mostróse claramente que Carlota también se hallaba enzarzada en el brillante sueño imperial, y que no se dejaría disuadir fácilmente de su propósito. Contestó a las observaciones de la madre del Archiduque que tales cuitas eran infundadas, y que era necesario que no les causase la pena, a ella y a Max, de ser de otra opinión, por más que cuando el Archiduque haya tomado su decisión no la modificará por ningún parecer contrario.

Y algo más emprendió aún la archiduquesa Carlota: decidió acudir a Bruselas, a su padre, para rogarle que quisiera interceder cerca de Inglaterra. Confiesa el rey de los belgas que, en realidad, nada puede hacer en favor de su plan, pero, codicioso de ver encumbrados a sus hijos, no presiona a su hija para que abandonen el proyecto, y por sólo esta circunstancia se apresura la Archiduquesa a telegrafiar a su esposo: "Encantada, todo magnífico".

Napoleón procura que el Archiduque renuncie a las garantías que él le había ofrecido y que son imposibles del todo y le escribe: "Cuando el país se halle física y moralmente pacificado, el Gobierno de Vuestra Majestad será reconocido por todos... Los Estados Unidos saben muy bien que la nueva organización de Méjico es obra de Francia y que nunca podrá ser atacada sin trocarse al punto en un enemigo nuestro".

Mientras, llega a París la diputación de notables, a la cual se unen allí Gutiérrez, como presidente, e Hidalgo como miembro adjunto. El archiduque Fernando Max se dispone a recibir de-

bidamente a la diputación mejicana, y comunica a París y a Viena la minuta del discurso que con tal ocasión piensa pronunciar. Napoleón está de acuerdo con el texto, pero Francisco José hace numerosas reservas. El comienzo de la minuta del discurso rezaba así: "El Emperador, como egregio jefe de nuestra Casa y yo, estamos hondamente emocionados..." En realidad, Francisco José no siente nada que se parezca a tal emoción, y en consecuencia exige que se retire su nombre del exordio del discurso. Además, el Emperador desea que la declaración en que se acepta la corona mejicana no sea una cosa tan precisa y tan categórica como se formula en el discurso, y que se hagan constar expresa y repetidamente las condiciones que le sirven de base.

Francisco José desea, además, que Austria no esté representada oficialmente en la recepción de los delegados mejicanos, con el fin de que la reserva del Gobierno austríaco aparezca con ello bien patente. Tiene un vivo interés en los progresos de su hermano; pero no quiere ser parte responsable, para el caso de que el plan dé un resultado negativo.

Gutiérrez anunció su venida a la cabeza de la diputación mejicana, en una carta tan extremadamente llena de lisonjas, que llegaba a afirmar, entre otras cosas del mismo tenor, que, de puro respeto, sólo con el sombrero en la mano se acercaban los mejicanos a las imágenes de la imperial pareja que se veían profusamente por el país.

El 2 de octubre del 1863, llegó la comisión mejicana a Miramar y, según lo convenido en el programa, fué recibida por sólo el Archiduque. En su discurso inacabable, perfecto de forma, chorreando frases halagüeñas y lisonjas, describe Gutiérrez las desdichas de Méjico bajo la forma republicana del Estado, y su anhelo de tener un monarca con las prendas personales del Archiduque. Termina rogando que se digne aceptar la corona de Méjico.

El Archiduque contesta brevemente; siguiendo la orden, no consta el nombre del hermano en el exordio y menciona solamente en general "las garantías absolutamente indispensables para la libertad y la independencia de Méjico", sin nombrar, no obstante, taxativamente a las potencias marítimas que habían de procurarlas. Por otra parte, cada palabra parecía expresar de manera harto manifiesta con qué gozo sentíase inclinado el Archiduque a aceptar la corona. La contestación fué considerada lamentable por Francisco José, mientras el rey Leopoldo hallóla *extrêmement bien*, por cuanto fué siempre partidario de una solución positiva del problema. Solamente en su larga conversación íntima con Gutiérrez el Archiduque expone todas

sus objeciones, de manera seria y apremiante. Le hace presente que sólo la capital y los pueblos ocupados se han decidido a su favor. Añade que él, el Archiduque, no puede exponerse a que la mayoría del país se pronuncie por Juárez, cuando él se encuentre ya allí. Pero en aquel punto entra en funciones la inagotable abundancia oratoria de Gutiérrez, y muy pronto no queda ni una sombra de duda en el alma de Fernando Max. Se deja convencer con poco esfuerzo y queda más firmemente decidido que nunca a emprender el camino de Méjico, aun cuando aquellas condiciones, que siempre tiene en la boca, no se cumplan en absoluto, o no del todo. Carlota es de la misma opinión. Tiene una infinita confianza en su marido. "Aunque la cosa es realmente difícil, no puede decirse que sea imposible —escribe a su abuela—, especialmente para Max. Lo que para cualquier otro sería una locura no lo es para él". Teniendo en cuenta semejante estado de ánimo en aquellos esposos, no es de extrañar la plena victoria de la Comisión de emigrados mejicanos. Fernando Max acaba conversando con ellos sobre cuestiones de detalle, sobre un empréstito, sobre la situación de su esposa como emperatriz viuda en el caso de la defunción del Archiduque.

Napoleón siguió con interés el proceder del Archiduque ante la Comisión mejicana. En la versión del discurso que reprodujo *Le Moniteur* habíase falseado la expresión usada por el Archiduque; "las garantías exigidas", en "las deseadas garantías". Comenzábase ya en Francia, donde veían con harta claridad cuán apasionado se hallaba el Archiduque en la realización de aquel sueño, a representar el papel de protector generoso, y se salía ya al paso del príncipe austríaco con nuevos miramientos. La semilla de las incertidumbres sin fin habíase lanzado ya al surco. Fernando Max y Carlota, no obstante, permanecían con las ideas y los pensamientos profundamente sumergidos en aquel mundo del magnífico imperio allende los mares. Andaban presurosos hacia la propia perdición, porque nunca quisieron tener por cierto lo que para todos era claro como la luz del Sol.

En el ínterin, Napoleón había colocado a Bazaine, en lugar de Forey, a la cabeza del cuerpo expedicionario. Aguardaba de él una rápida pacificación del país, así como una dirección política más a su gusto. Y este trabajo había de realizarse muy rápidamente, ya que la Asamblea Legislativa de París y toda la opinión pública francesa no estaban muy de acuerdo con la expedición mejicana. Urgía, por lo tanto, una rápida solución del asunto.

Los Estados del Norte de América, en lucha aún con los del

Sur, nada podían hacer en aquel momento contra la intervención francesa en Méjico. En otoño del 1863, veíanse constreñidos aún a guardar una neutralidad oficial. Bazaine siéntese lleno de confianza y promete a Napoleón un resultado rápido y feliz. Pero los elementos clericales, que aguardaban de la intervención francesa y de la instauración de la monarquía la inmediata devolución de los bienes de la Iglesia, confiscados y vendidos en venta libre por el Gobierno de Juárez, siéntense defraudados, ya que Napoleón parece disponer que no vuelva a tratarse del asunto. Súbitamente, conviértese el clero mejicano en un apasionado enemigo de la intervención y llega hasta la osadía de excomulgar a las tropas francesas. Bazaine trata de hacer entrar en razón por la fuerza a las más altas jerarquías eclesiásticas.

Almonte ve perfectamente claras las vastas consecuencias que tales hechos pueden tener sobre el futuro del Imperio; pero con una falta de conciencia verdaderamente diabólica, en sus cartas, que parecen encaminadas a engañar al Archiduque, las considera como acaecimientos laterales, sin importancia. Habla de una "pequeña crisis", de "una tempestad en un vaso de agua", por la cual el país no se interesa ni poco ni mucho. "Vuestra Majestad —escribe el mejicano, que ha usado innumerables veces frases parecidas en sus cartas— puede venir a Méjico en la entera confianza de que no puede acontecerle ningún fracaso; nada hay que temer, ni en el caso de un viraje de la política napoleónica. Es preciso que Vuestra Majestad acelere lo más posible su venida".

Las personalidades mejicanas interesadas en la empresa espolean y acucian al Archiduque cada vez más. Sus juicios rotundos, se hallan en oposición con los avisos y amonestaciones que llegan de todas partes, y, para considerar el valor real de tales juicios, hay que tener en cuenta que Gutiérrez, que escribe tales cosas sobre su patria, estaba ausente de ella desde 1840, o sean veintitrés años, e Hidalgo desde 1848, o sean quince.

Gutiérrez se atreve ya a manifestar al emperador Napoleón que las maletas de Fernando Max están a punto, que el Archiduque aguarda solamente que se manifieste la voluntad del pueblo y pide simplemente "seguridades, no garantías, que es una palabra que no suena bien a ningún oído" .

Con estas frases sofísticas borra Gutiérrez, no sin estar de acuerdo con el Archiduque, de manera definitiva, una de las condiciones que se exigían del Emperador, al principio la más importante, *conditio sine qua non*.

No presta atención alguna Fernando Max a las amonestaciones de su madre y prosigue entretejiendo sus fantásticos sueños. Era más fecundo en proyectos e ideas de lo que en general se creía, y abrigaba concepciones que se resolvían en planes ilimitados. El Archiduque proyectaba, por ejemplo, que su hermano menor, el archiduque Víctor Luis, de ideas algo ligeras y un temperamento muy difícil de dominar, contrajese matrimonio con una de las dos hijas del emperador don Pedro II del Brasil, que no tenía sucesión masculina, y fundase, de tal suerte, una nueva rama de los Habsburgos en América del Sur. Con ello pretendía obtener un poderoso sostén en Sudamérica para su Imperio mejicano, y sus ideas extendíanse aún hasta imaginarse que, andando el tiempo, muchas débiles repúblicas situadas entre Méjico y Brasil serían absorbidas y se formarían dos grandes reinos de la casa de Habsburgo que dominarían la mayor parte de la América central y meridional. Pero su hermano reíase sin rebozo de sus proyectos y así se fueron al agua tales fantasías. Almonte y los otros emigrados acuciaban cada vez más al Archiduque, porque temían que Napoleón se viese constreñido finalmente a abandonar la empresa bajo la presión de la opinión pública.

La preocupación, tan extendida, de que a última hora el Archiduque saldría con una negativa, era, en verdad, infundada. En general no se tenía una idea clara de cuánto influía sobre la decisión del Archiduque el estado de sus relaciones con el Emperador su hermano. Contra su costumbre, Maximiliano lo expresó bien claramente en una nota escrita de su propia pluma:

"Lacroma, el 20 de noviembre de 1863.

"Mi individualidad, tal como Dios y la Naturaleza me la dieron, tal como la fueron modificando la educación que de mis padres recibí y los azares del vivir, no puede sufrir ya variación, que, por otra parte, no puede ser exigida de un caballero de firme carácter; ciertamente, corregiremos nuestras faltas por amor a Dios; el Yo propio, claramente destacado, nadie es capaz de cambiárnoslo.

"Esta individualidad mía, este Yo característico, no encaja en manera alguna con la tesitura espiritual de mi hermano mayor, y esto me lo ha mostrado en toda ocasión de la manera más inequívoca, más sin miramientos, más insultante casi. Le molesta mi liberalidad, mi carácter juvenil y abierto; mis opiniones liberales le contrarían; teme a la libertad de mi lengua; le asusta la exaltación de mi temperamento; mi concepto de las cosas y del mundo, formado en tantos

viajes, le despiertan envidia. Él es el jerarca, representa la fuerza, cosas que mi severo sentido de la rectitud me recuerda a cada instante; en tales circunstancias, sólo me queda, desde el punto de vista de la religión y de la prudencia, ceder, apartarme sin enojo y sin ostentación. En realidad, es lo que vengo haciendo, desde aquel desdichado año 1859, en el reposo de Miramar y en la tranquilidad de Lacroma. He procurado siempre pasar inadvertido y hubiese sido mi mayor deseo que siempre se me hubiese dejado en paz y se hubiera hecho honor a mi comportamiento. Ahora surge súbitamente el ofrecimiento de la corona de Méjico y con ello una ocasión honorable y legal para romper para siempre los lazos que me unen a una existencia puramente vegetativa y olvidada. En mi lugar, ¿quién con el corazón bien puesto y la plena fuerza de la juventud, con una esposa a su lado activa y adornada de todas las virtudes; quién, digo yo, no hubiese cogido aquella feliz ocasión con las dos manos?"

El Archiduque mantiénese firmemente en su criterio. "Si este imperio llega a realidad —escribe a Gutiérrez—, tendré sin duda ocasión para demostrar a mi patria adoptiva que, donde sea preciso, sabré poner todo el peso de mi persona y de mi vida". Y, no obstante, en París, para Napoleón, las cosas andan con demasiada calma. Y en sus conversaciones, el Emperador llega a decir que, si el Archiduque presenta condiciones que no puedan ser cumplidas, será cuestión de pensar en un príncipe español. Esta observación llega rápidamente a oídos de Fernando Max. Es una puñalada en su corazón; ya le parece que un contrincante se apresta a disputarle la corona.

En la corte de París se aguarda ya ahora el éxito de la expedición en el interior de Méjico, que Bazaine en su último despacho considera como inminente. Aunque es, naturalmente, imposible que pueda dominar con su ejército relativamente pequeño una extensión tan inmensa como la del país mejicano. Ha de limitarse a la ciudad de Méjico y a la región muy poblada que la rodea. No obstante emprende el general un feliz avance, conquista varias ciudades en el norte y el noroeste del país y repetidas veces se ve obligado Juárez a salir huyendo. Aquel indio duro, colérico y lleno de energía, está muy lejos aún de abandonar la partida. Aunque sea rechazado de pueblo en pueblo hasta la frontera de los Estados Unidos, su acción de gobierno no cederá. Apoyado en secreto por esta nación y harto buen conocedor de que en aquellos momentos vastos círculos del país ven en él el defensor de la libertad nacional contra la invasión extranjera, se aferra tenazmente a la seguridad de que a la larga lle-

gará el día en que los extranjeros sucumbirán al peso de la tarea que se habrán impuesto.

Por muy brillante que en aquellos momentos aparezca la campaña de Bazaine, no puede hablarse de una completa derrota de los juaristas, pues, donde han sido batidos, parecen dispersarse a los cuatro puntos cardinales, para tornar a reunirse en cuanto las circunstancias lo permiten. Se creó, pues, así una suerte de guerra sin fin, una campaña inacabable, que agota y desmoraliza finalmente a las tropas más valientes. La verdad de esta situación escondióse cuidadosamente al Archiduque.

Éste, ante las dificultades que se van presentando, sepárase cada vez más de sus famosas condiciones. Las garantías de Francia y de Inglaterra exigidas un día las ha condensado ya en el esquemático concepto de un simple reconocimiento y "un apoyo moral". La condición exigiendo que la gran "mayoría de la nación aprobase el proyecto", quedó reducida a ciertas grandes ciudades de Méjico. Sin duda los informes de los mejicanos monárquicos eran favorables en extremo, sobre toda ponderación. En una comunicación de Almonte desde Méjico, se decía que, en el momento que el Archiduque tuviese aquella carta en la mano, de los ocho millones de habitantes del país, más de seis se habrían pronunciado ya a su favor. La huída de Juárez y los suyos era general y presentaba caracteres de un verdadero pánico. Tres cuartas partes del territorio, con cuatro quintas partes de la población, se hallaban en manos de los franceses.

Mientras tanto, el mariscal Forey, llamado como dijimos a París, informó prolijamente a Napoleón sobre Almonte, sobre la actitud del clero, de los emigrados mejicanos y de la situación general, todo en un tono pesimista. Fernando Max hubiese tenido gran placer en verle personalmente y le invitó a Miramar; Napoleón temió, empero, que el Archiduque oyese demasiadas verdades de la boca de Forey, y prohibió la visita.

En Méjico luchaban al lado de las tropas francesas, contra Juárez, los dirigentes conservadores y los generales Márquez, Miramón y Mejía, con algunas, muy escasas, fuerzas del país. Juárez, como suele acontecer siempre en la derrota, tenía que luchar en su campo con la desunión y la discordia. Pero en tanto que algunos de sus partidarios mostraban poca firmeza, otros le eran inconmovibles fieles. A éstos perteneció Porfirio Díaz, que tenía su cuartel general en Oaxaca, en el sur de Méjico. La misma población se mantenía siempre fiel a Juárez en aquellos lugares donde no llegaban las ar-

mas francesas. A todo ello precisa añadir la ayuda moral, y secretamente también material, de los Estados Unidos, y la voluntad del Presidente dura, tenaz, inflexible, de superar aquellos tiempos. Bandas armadas recorren el país y las tropas francesas son continuamente atacadas por sorpresa.

Napoleón no está muy entusiasmado con su aventura de Méjico y a menudo así lo deja comprender abiertamente a la emperatriz Eugenia, la apasionada animadora de todo aquel plan. La Emperatriz no columbra aún, ni por asomo, la dureza de la realidad, y aguarda en plena confianza el feliz desenlace de aquel negocio.

Y, no obstante, la Emperatriz había sido avisada. El embajador norteamericano le dijo en cierta ocasión: "Señora, el Norte vencerá. Francia se verá forzada a la renuncia de su proyecto, y las cosas acabarán muy mal para el austríaco". La Emperatriz, irguiéndose no sin un deje de altanería, respondió muy excitada: "Y yo le aseguro que, si Méjico no estuviese tan lejos y mi hijo no fuese aun un niño, desearía de todo corazón que se colocase a la cabeza del ejército francés para escribir allí con la espada las páginas más bellas de la historia de este siglo". "Señora —contestó flemático el americano—, dé Vuestra Majestad muchas gracias a Dios que Méjico esté tan lejos y que vuestro hijo sea aún un niño". Enojóse la Emperatriz e intentó contestar con más violencia aún; pero medió Napoleón, consiguiendo terminar aquella penosa escena. En lo sucesivo, ni el embajador ni su hija fueron invitados a las fiestas de la Corte.

Eugenia está impaciente de ver a Maximiliano como monarca. En los primeros días del 1864, pregunta a Hidalgo si el Archiduque vendrá a París como emperador. Hidalgo se dirige a Miramar, inquiriendo si no es preciso ya que Maximiliano se mande hacer un uniforme de general mejicano y si ha de encargarse un sello con las armas imperiales y la corona imperial para los documentos del Gabinete imperial y para los membretes de las cartas. Aun los medios más risibles son empleados para presionar al Archiduque.

Entre tanto se ha decidido Napoleón a influir personalmente sobre el Archiduque, y con este fin le invita a París. Él también comienza a presionarle; todo lo que pudiese inspirar temor al Archiduque, como la cuestión de los bienes de la Iglesia, en la que casi era imposible imponer un criterio justo, es disimulado meticulosamente, a fin de que Fernando Max no se asuste de su proyecto. Logra el Emperador disuadirle de un viaje a Roma. "El Papa —escribía ocasionalmente al Archiduque— querrá, sin duda, obtener compro-

misos. Si Vuestra Alteza Imperial los adquiere, puede no ser bien visto en Méjico, y, si no los cumple, herir con ello al Padre Santo".

El rey Leopoldo sermonea a su yerno con vistas a su viaje a París, y le aconseja que procure sacar de Napoleón, antes de salir para Méjico, todo lo más que pueda en un contrato por escrito; ya que, en realidad, el Archiduque le saca las castañas del fuego en la cuestión mejicana. "Es indispensable, necesario —opina el Rey—, porque ahora está aún en tus manos y no tú en las suyas. ¡Que el Cielo te proteja!"

El 5 de marzo de 1864, el Archiduque y su esposa se dirigieron a París. Aunque viajaron de incógnito, se les rendieron honores imperiales a los príncipes. Todos los diplomáticos tomaron parte en las solemnidades de la Corte; pero fué harto notada la ausencia del representante de los Estados Unidos. El Emperador está de un humor delicioso: confía plenamente en que el Archiduque, aceptando la corona de Méjico, le liberará de aquel mal paso y hará posible que pueda, a no tardar mucho, cosechar pingües beneficios económicos y comerciales para Francia. El emperador de los franceses está especialmente satisfecho, pues acaba de recibir uno de los despachos de Bazaine de los más optimistas colores; de Bazaine, que quiere conservar para sí a todo trance el favor de su soberano. Lo muestra sin tardanza al Archiduque, le describe la situación de Méjico con las tintas más rosadas, intenta convencerle de que va a encontrarse allí muy bien acogido y en paz y que podrá emplear el producto de los empréstitos en la construcción de líneas férreas y demás obras de utilidad pública. Siéntese gozoso de poder procurar al Archiduque la sensación, ciertamente engañosa, de que su elección es resultado de la voluntad nacional.

Luego pasaron a tratar del contrato exigido por el Archiduque, donde han de precisarse las condiciones para la ayuda que Francia se compromete a prestar. En la parte secreta se estipula que "sean los que sean los acaecimientos que puedan desarrollarse en Europa, nunca habrá de faltar la ayuda de Francia al nuevo imperio", y que el nuevo emperador ha de reconocer como legales todas las disposiciones que hayan emanado de la Comandancia del Ejército francés y del Consejo de Regencia. El cuerpo expedicionario francés, fuerte de unos 38.000 hombres, ha de ser retirado gradualmente, en tal forma que en 1867 queden aún 20.000 franceses en Méjico.

Más onerosas fueron las condiciones financieras propuestas por el astuto ministro Fould. Poco avisado era el Archiduque en tales

materias, y el resultado fué que estampó su firma al pie de estipulaciones que ponían sobre aquel Estado, muy agobiado ya de deudas, unas terribles cargas, en realidad imposibles de soportar. En primer término, había de pagar Méjico los gastos de la expedición francesa hasta el 1º de julio de 1864; desde esta fecha, había de abonar a cada soldado de Napoleón mil francos al año y, finalmente, el nuevo Gobierno mejicano había de indemnizar a los franceses de los daños que fueron el pretexto de la expedición. Una cuarta parte de los empréstitos levantados por el nuevo Estado había de ser reintegrada inmediatamente al Tesoro francés.

La despedida al Archiduque, que, para gestionar las garantías, después de París piensa dirigirse a Madrid y a Londres, fué verdaderamente cordial; la Emperatriz intenta disuadirle del viaje a Madrid y le hace presente de una pequeña medalla de oro con la imagen de la Virgen. "Os traerá buena suerte", le dice. Los emigrados mejicanos en París casi no logran contenerse de puro orgullo y ensoberbecimiento. Hidalgo escribe al Archiduque que, en una visita al ministro de Negocios Extranjeros francés, fué saludado con un *bon jour, Triomphateur*.

En Inglaterra halló el Archiduque una acogida más fría a sus planes. El primer ministro, Palmerston, había dejado ya comprender a una persona oficiosa que la imperial pareja y su real padre no obtendrían en Inglaterra nada excepto algunas fiestas cortesanas y cordiales apretones de manos; y los hechos confirmaron sus predicciones.

Desde Londres, dirigió Fernando Max una carta de agradecimiento a París, rebosante de afecto y cordialidad, en la que aseguraba al emperador Napoleón que siempre encontraría en él una alma adicta, fiel y agradecida. Napoleón contestó más efusivamente aún: "Os ruego que siempre creáis y tengáis fe en mi amistad, pues valoro en todo lo que se merecen los nobles impulsos que mueven a Vuestra Alteza Imperial a la aceptación del trono de Méjico. Regenerar un pueblo y fundar un imperio sobre principios que hallan su razón en la inteligencia y en la moral, es una hermosa tarea, muy digna de encender la más noble ambición. Tened la seguridad de que en la realización de este cometido, que con tanto ánimo tomáis a vuestro cargo, no os ha de fallar mi apoyo más entusiasta".

Napoleón trata de cargar sobre el Archiduque la empresa agobiadora que Francia, con la intervención, aceptó para sí demasiado rápida e impremeditadamente, para de esta manera ir sacando poco

a poco las manos del juego. El Emperador cree aún en la victoria de los estados del Sur de la Unión Norteamericana y aun tardará mucho en darse cuenta del peligro que desde Prusia amenaza a Francia. Además, cree también, con excesiva facilidad, en las posibilidades de instaurar un imperio en Méjico y por ello empeña en esta carta, de manera harto imprudente, su imperial palabra, que con razón infunde a Maximiliano un cúmulo de esperanzas.

La carta llega estando el Archiduque aún en Inglaterra y le hace sordo a todas las amonestaciones que le dirigen allí. Para rehuirlas, evita conversaciones y entrevistas, y sólo la anciana abuela de la archiduquesa Carlota, la desterrada reina de Francia, María Amelia de Orleáns, consigue cambiar impresiones con ellos y expone la verdad escueta a la joven pareja embriagada con los imperiales honores que en París les prodigaran. La anciana reina lamenta vivamente la decisión de los Archiduques y les augura un sombrío porvenir. En su desesperación, exclama al despedirse de ellos: "¡Os estáis suicidando!"

Aquel aviso de una mujer llena de experiencia de la vida, tampoco les hizo mella alguna; regresan, el 19 de marzo, a Viena, firmemente decididos a continuar avanzando sin desfallecer por el camino fatal.

Capítulo VII

Despedida de la patria

También en Viena les fueron rendidos honores imperiales, por lo menos en cuanto a las fórmulas y ceremonias. Una cena de gala y la consiguiente *soirée* en la Corte reunió cuanto había de más brillante y distinguido en Viena. Pero, al día siguiente, la cara opuesta: se presenta el Conde Rechberg y solicita del futuro emperador de Méjico la firma de un documento titulado "Pacto de familia", donde se formula la renuncia completa del Archiduque y de sus descendientes a los derechos de sucesión en Austria, mientras exista un varón de la Casa imperial, por muy lejano pariente que sea.

Esta propuesta impresiona profundamente al Archiduque; la necesidad de una renuncia tal le revela la trascendencia del paso que se dispone a realizar; su primer movimiento es negarse en absoluto a firmar semejante documento.

El monarca austríaco, que tenía muy clara idea de la ambición de su hermano más joven, quiso adelantarse tomando las medidas pertinentes a fin de evitar que, en caso de su muerte, se plantease el problema de una regencia para la minoría de edad de su hijo Rodolfo, y ello pudiese acarrear consecuencias peligrosas a un imperio constituído por un mosaico de nacionalidades, muchas de ellas antagónicas. El emperador austríaco se mantiene firme y presenta la cuestión a su hermano en blanco y en negro, o una cosa u otra: él sólo daría su conformidad a la aceptación de la corona de Méjico bajo la condición de la firma del acta de renuncia. En vano alega el Archiduque que, en unos instantes que ignoraba por entero esta irreducible condición, había empeñado su palabra con un pueblo de nueve millones de almas, para salvarlo de una asoladora guerra civil, y que, precisamente en tales momentos de azarosa perplejidad se le constreñía a la renuncia.

Cabría preguntar por qué el Archiduque, en los momentos que se dispone a la aceptación de una corona imperial, concede tanto

peso al problema de su renuncia. No hay que olvidar que la aventura de Méjico no significa sino algo que se acepta *faute de mieux*, que no tiene él una ilimitada confianza en el buen resultado de la empresa, como pudiera hacer presumir su conducta hasta aquel punto, en verdad, que se dirigía a América con la mitad de su corazón sólo, con el escondido propósito de abandonar, como fuese, a Méjico y a sus gentes, y de emprender el camino de casa si el Destino le deparaba ocasión de subir al trono de los Habsburgos. Ni los mejicanos, miembros de la segunda diputación, que permanecían por aquel entonces en Trieste, logran interpretar el móvil de todo aquello. ¿Tal vez piensa el Archiduque que, llegado el caso, puede ceñir su cabeza ambas coronas? De ninguna manera: abandonaría sin duda la de Méjico.

Carlota está fuera de sí; sea como sea quiere salvar su plan. Aconseja embarcarse secretamente a bordo de una fragata francesa, anclada en el puerto de Trieste y navegar rumbo a Roma o a Argel, para aceptar oficialmente el trono de Méjico una vez llegados a cualquiera de estos lugares. Cree que de tal guisa se habrían soslayado la renuncia y salvado los ancestrales derechos hereditarios. Fernando Max va más allá aún. No se arredra de comunicar su renuncia a la corona de Méjico, tanto a la Diputación mejicana que aguarda en Trieste, como, por carta, al emperador Napoleón, con la secreta esperanza de que estos presionen a su hermano de Viena y le determinen a retirar su exigencia. La negativa del Archiduque no es tomada en serio, todo el mundo la tiene por una maniobra. Cuando Napoleón, aguardando cada día en sus conferencias con los comisionados mejicanos la noticia de la aceptación definitiva del Archiduque, en lugar de la buena nueva, encuéntrase de súbito con la carta de renuncia a la corona mejicana, manifiesta indignado a Metternich que él, Napoleón, encuéntrase en una situación desairada ante la opinión francesa, sobre todo después de concertado el empréstito. El problema de la sucesión de Austria, dos años ha que debía estar resuelto. Sería verdaderamente terrible para él que fuese forzoso a Francia declarar que toda la expedición mejicana va ahora exclusivamente a sus costas y bajo su única responsabilidad.

No, de ninguna manera; el Emperador considera imposible una negativa del Archiduque a los compromisos que ya tiene contraídos; la cosa ha de encauzarse nuevamente y se ha de hallar una solución.

Si el Emperador se muestra intranquilo, la Emperatriz, que en su fuero interno se reconoce más culpable, está aún más excitada, e im-

plora a Metternich, derramando lágrimas, que haga cuanto esté de su parte para vencer aquella dificultad.

A las dos de la madrugada Napoleón ordena a un ayudante que despierte a Metternich y le entregue la siguiente carta de Eugenia:

"27-III-1864, por la noche.

"Mi querido Príncipe: Acabo de recibir le contestación de Hidalgo: El Archiduque está decidido a despedirse el martes de la comisión mejicana y a partir inmediatamente para Roma: renuncia a sus sueños y quizá no volverá más por Austria. No quiero decirle nada del escándalo que todo ello significa para la Casa de Austria; pero respecto a nosotros es forzoso reconocer que aquí y allí nos han puesto toda clase de obstáculos. El hecho es, que precisa tenga usted tiempo suficiente para meditar a fondo la gravedad de que de un pleito de familia, en realidad de poco importancia en relación con la situación del mundo, surja de improviso y confunda a todos en el justo momento en que estaba ya convenido el empréstito y firmadas las condiciones. Le ruego nos haga saber su última palabra; la cosa es algo seria. También le ruego que informe esta misma noche a su Gobierno. Quede usted en la seguridad de mi pésimo humor, bien fundado en verdad.

Eugenia."

El Emperador anuncia a Metternich, con la mayor urgencia, casi las misma razones, y encarece la precisión de hallar rápidamente una salida.

Al día siguiente, 28 de marzo, acude muy pronto Metternich a las Tullerías. Y se apresura a dar toda clase de seguridades en lo referente a que su Gobierno desea más que nadie una feliz solución del conflicto y que está dispuesto a dar las mayores pruebas de buena voluntad. Las leyes de la familia prohiben en absoluto la aceptación de un trono sin una previa renuncia de los derechos sucesorios.

"Pero esto tendría que haberlo sabido antes el Archiduque —objeta Napoleón—, y he de deciros que he tenido poca fortuna con Austria; parece ser como si en el último instante se me quiera dejar en la estacada."

La Emperatriz se expresa en igual sentido con un ardiente enojo; en el fondo, empero, ni ella ni su esposo creen realmente en una ruptura definitiva. El propio Metternich se halla en un mar de confusiones. "Realmente el escándalo de que salga al país la discordia mortal de los dos hermanos sería algo muy grande", escribe a Viena.

Me avergüenzo ya de imaginar esta lucha ante un tribunal tan poco comprensivo de lo que es el derecho y la injusticia. La cosa me parece tan poco digna, que no puedo menos de lamentarme profundamente de ello.

En la mañana del 28 de marzo, telegrafía el Emperador a Miramar:

"Estoy acongojado y confuso ante la noticia que acabamos de recibir. Vuestra Alteza, en realidad, está comprometido con su honor, conmigo, con los gestionadores del empréstito y con la nación mejicana. Los pleitos de familia no han de impedir a Vuestra Alteza cumplir sus obligaciones. Piense Vuestra Alteza en su propia reputación. En este momento, una renuncia me parece ya imposible.

Napoleón."

Al mismo tiempo, envía Napoleón a su ayudante, el general Frossard, a Miramar y a Viena, para conferenciar con Francisco José y trasmitir a mano al Archiduque una carta del Emperador.

Aquella carta es la expresión del enojo de Napoleón ante aquella inesperada vuelta de los acaecimientos. De súbito, encuéntrase sólo el Emperador frente a las dificultades en Méjico y, además, censurado por todo el mundo. "Escribo a Vuestra Alteza Imperial bajo la influencia de la vivísima impresión que me ha causado la noticia que ayer por la noche llegó de Viena y de Trieste.

"No es mi costumbre discutir los asuntos de familia ajenos, que, en este caso, creo han de ser tratados exclusivamente por Vos y vuestro egregio hermano; pero no puedo dejar de exponer ante vuestros ojos cuán grave se presenta la actual situación, para Vos como para mí.

"Por el contrato que concertamos y que nos obliga mutuamente, por las seguridades dadas a Méjico y los acuerdos llevados a cabo con los firmantes del empréstito, Vuestra Alteza ha adquirido obligaciones que ya no tiene las manos libres para soslayar. *¿Qué pensaría de mí Vuestra Alteza, si yo, cuando estuvieseis en Méjico, de buenas a primeras, os dijese que no puedo cumplir los pactos que había honrado con mi firma?*

"No, no es posible que podáis renunciar a la corona de Méjico, que es como declarar ante todo el mundo que los intereses de familia os obligan a defraudar todas las esperanzas que Francia y Méjico habían puesto en Vuestra Alteza. En interés de vuestra familia y en el vuestro propio, estos problemas han de ser regulados y resueltos, pues, en realidad se trata del honor de la Casa de Habsburgo.

"Os pido mil perdones por el tono, quizá un poco severo, de mis palabras, pero son tan graves las circunstancias, que no cabe disimular a Vuestra Alteza toda la verdad".

La cosa es dura: Napoleón sabe muy bien que en nada es tan meticuloso el Archiduque como en materia de honor; al pie de la letra, no tiene toda la razón el emperador francés; los contratos fueron planeados en París, pero la firma definitiva había de tener lugar luego que la aceptación oficial de la corona se hubiese celebrado en Miramar. Ciertamente, las cosas estaban más avanzadas con el empréstito, existían ya realmente convenios y firmas que obligaban; en verdad si bien la aceptación de la corona era el supuesto natural y obligado, no obstante, retroceder en el camino, hubiese resultado, en aquel caso, lleno de grandes dificultades.

No sospecha el emperador Napoleón cómo habrá de situarse más tarde él mismo en relación con uno de los párrafos de esta carta. De palabra encarece sobre manera al general Frossard la conveniencia de insitir ante el Archiduque en el punto del honor, en el que le sabía especialmente sensible, así como en forzarle a retirar su renuncia en atención a las firmas del empréstito.

En la noche del 27 de mayo y en la mañana del 28 del 1864, el Archiduque fué materialmente asaltado por los mejicanos, para obligarle a ceder y a no comprometer toda la empresa con su resistencia a una petición que, relacionada con su situación en Méjico, no tenía importancia alguna.

También Carlota había redactado una dolorida renuncia a la emperatriz Eugenia, cuando llegó el telegrama del emperador Napoleón. Lleno de la dignidad de su Casa, personalmente apasionado por el sentimiento del honor, penetrado por las mejores tradiciones de los Habsburgos, no puede soportar el Archiduque que nadie en la Tierra pueda dudar de su honor y descubrir en su limpio escudo de armas una mácula que ofrezca la más leve sombra de justificación. Al punto contestó por teléfono a Napoleón:

"La recepción de los diputados queda aplazada, las negociaciones están en marcha: por sincera adhesión y simpatía a Vuestra Majestad llegaré hasta los límites extremos de lo que mi honor personal permita. La noche antes de mi salida de Miramar se hizo llegar a mis manos un incalificable documento para que yo lo firmase, sin habérseme mostrado con anterioridad. Poseo todas las pruebas que revelan paladinamente mi lealtad".

Desde aquel instante, comienza Fernando Max la retirada ante

los deseos de su hermano, aunque no sin resistencia y mal humor. Está dispuesto a la renuncia de sus derechos hereditarios si se le promete un artículo adicional, absolutamente secreto, especialmente ocultado a los mejicanos, estipulando que, en caso de abdicación o pérdida del trono de Méjico, sea automáticamente restablecido en sus primitivos derechos. Tal como aguardaba el Archiduque, se intenta luego una acción directa del general Frossard sobre Francisco José. Pero el Emperador austríaco permanece firme en su posición. Ciertamente, escribe a su hermano tres cartas autógrafas en las que le promete ayuda en la cuestión de los recursos financieros y le concede permiso para reclutar un cuerpo de voluntarios; pero, en lo que atañe a los derechos sucesorios en caso de que Fernando Max regresase de Méjico, sólo expresa la promesa vaga de regular la situación del Archiduque dentro del Imperio en la forma que él encuentre compatible con sus intereses. En Miramar, Fernando Max, entre cargos y acusaciones, declara al general francés que su honor como archiduque y como esposo no le han permitido proceder de manera distinta a como lo ha hecho.

Tal como se lo ordenara, Frossard procura hacer constar que el Archiduque, además de su honor privado, tiene un honor político que le obliga ante Francia, ante Napoleón y ante el mundo. Responde a ello Fernando Max que su obligación primera es atender al destino de su esposa y de los hijos que puedan nacerle en lo futuro. Cuando Frossard, con tono de apremio y de exigencia, observa que el honor del Archiduque, comprometido con Francia, ha de prevalecer sobre su dignidad particular, interviene entonces la archiduquesa Carlota, y, recordando la observación de su padre, tan repetida en el curso de la última entrevista que tuvieron, añade: "¡General, sabemos muy bien que, yendo a Méjico, prestamos al emperador Napoleón un señalado servicio!" A lo que contesta Frossard, dejando de lado cualquier suerte de miramientos, que en todo caso el servicio es mutuo.

El 2 de abril, llegaron unas notas escritas del emperador Francisco José, que el Archiduque y su esposa leyeron detenidamente, aunque bien poco les satisficieron, ya que el punto principal permanecía lo mismo. Cuando el Archiduque dejó comprender al Conde Rechberg la perspectiva de nuevas objeciones, respondió éste con enojo: "Las tres notas remitidas a Vuestra Alteza son, de hecho, un derramamiento de la gracia y del afecto fraternal de Su Majestad. Desde que ha hablado el Emperador, no es ya tiempo de una discusión o regateo. Me veo en la obligación de lamentar la probabilidad de una réplica

escrita, con su consiguiente pérdida de tiempo, y aconsejo sinceramente a Vuestra Alteza que procure no forzar y poner a prueba la paciencia de vuestro egregio señor, quien ha descendido ya al extremo límite de su benevolencia".

El archiduque Fernando Max, empero, escribió nuevamente a su hermano y, además, envió su esposa a Viena, con objeto de apoyar su solicitud con una apremiante intervención personal. Mientras se entrega afanosamente en Viena a la tarea de convencer al cuñado, Fernando quédase sólo con sus cuitas e inquietudes. Separado de su esposa, que con el tiempo ha llegado a ser un apoyo tan indispensable en la cuestión mejicana, que tan profundamente siente Carlota, percibe de pronto el Archiduque en aquellos momentos el dolor cósmico del vivir, la congoja que asalta a muchos espíritus, no sobradamente robustos, ante las grandes decisiones y ante obstáculos y dificultades. Hay momentos en que no querría saber nada de todo ello, para sumergirse en la floreciente soledad de Lacroma, para vivir allí en el seno de la Naturaleza y de sus bellezas. Pero el Archiduque ya no es dueño de sí mismo. Napoleón no suelta su presa, no deja de mano lo que ya creía poseer. Demasiado duran ya las negociaciones en Viena y en Miramar, y llenan a los Archiduques de nerviosidad e intranquilidad.

"Es absolutamente necesaria una decisión —telegrafía Napoleón al general Frossard—. La noticia de tales vacilaciones producirá malestar en Méjico. En Inglaterra, la Bolsa ya pone dificultades a negociar el empréstito. Todas estas cuestiones de familia debían haber sido reguladas de antemano. No se puede dejar, sin grandes daños, a un pueblo que aguarde, entre calamidades y miserias, mientras la escolta del rey aun incierto monta la guardia en la zona tórrida entre los peligros de la fiebre amarilla".

Nada esencial ha podido obtener la archiduquesa Carlota con Francisco José, a pesar de sus desesperados esfuerzos. En Viena, se ha recibido una nota de su padre, el rey de los belgas, que no quiere a ningún precio que su yerno pierda ninguna de las prerrogativas que le corresponden por la familia y el nacimiento. No obstante, desea ver a sus hijos ciñendo la corona imperial. En consecuencia, según el tenor de la carta, los Archiduques no han de renunciar a ninguno de sus derechos sucesorios, pero tampoco han de abandonar la empresa de Méjico, pues ya han avanzado demasiado las cosas, y la directa consecuencia de una retirada a destiempo sería una confusión infinita. Pero cuando el emperador de Austria declaró que estaba dispuesto

a ir personalmente a Miramar para convencer a su hermano de la urgentísima necesidad de la renuncia a sus derechos sucesorios, ya no quedó nada más que someterse. Resignada con la ineludible fatalidad, regresa la Archiduquesa a Miramar. Informa a su marido de su penoso viaje. Le expone su convicción de que nada puede esperarse ya, que es forzoso firmar el acta de renuncia a los derechos; de lo contrario, nada de bueno saldría, en realidad, de aquellos orgullosos planes del renacimiento mejicano. Disipa las nubes de flaqueza que ensombrecían el ánimo del Archiduque en su ausencia y, finalmente, el 9 de abril, tomaron la resolución de renunciar a los derechos sucesorios.

A pesar de todo, feliz, telegrafía Carlota a su padre: "Al Rey de los Belgas, Windsor. Max ha aceptado, envíanos tus bendiciones, Carlota".

En una carta desbordante de cordialidad, anuncia Fernando Max al emperador francés su dolorosa decisión. Asegura el Archiduque que en su próxima llegada a Méjico tendrá ocasión sobrada de demostrar al Emperador su agradecimiento por las bondades con que incesantemente le ha colmado.

Esta carta no muestra solamente su final rendición, sino que enseña también, de manera impresionante, que el Archiduque no tiene conciencia del papel que en la escena mejicana se le asigna en París y que, ahora como antes, continúa creyendo en los nobilísimos favores y bondades, dispensados por Napoleón, por más que Leopoldo le había hecho notar repetidamente que las cosas andaban justamente al contrario, o sea que era el Archiduque quien salvaba a Napoleón de un mal paso. La gran confusión y congoja que sobrecogió al emperador francés cuando por el asunto de los derechos sucesorios vióse amenazado de una renuncia a la corona mejicana, debía de haberle ilustrado que si, tal como formulara Frossard, se hacían mutuamente grandes favores, en ninguna manera eran del mismo valor.

El 9 de abril, a las ocho de la mañana, llega el emperador Francisco José a Miramar. Su hermano le aguarda en el pequeño desembarcadero únicamente destinado al servicio del palacio. Apenas llegados a éste, los dos hermanos se cierran en las gran biblioteca para discutir y finalizar el asunto. La entrevista, que duró varias horas, fué movida y un tanto violenta; ambos príncipes daban muestras de gran excitación y lágrimas contenidas asomaban a los ojos cuando aparecieron al fin en el gran salón del palacio, donde sus hermanos, con otros miembros de la Casa imperial y los más altos dignatarios del Imperio, les aguardaban.

El archiduque Fernando Max había cedido: se disponían a firmar el pacto de familia en presencia de los testigos que lo avalaban y firmaban también a continuación.

Lanzáronse ya los dados, libre estaba ya el camino para la aceptación de la corona. El emperador Francisco José abandona inmediatamente a Miramar. Cuando está ya a punto de subir al tren imperial, le agobia como un presentimiento; se vuelve con lágrimas en los ojos y se dirige rápidamente al Archiduque. "¡Max!", —exclama, y abre los brazos a su hermano, y ambos se besan llorando. Era la última vez que se veían en la vida.

Un día después, el 10 de abril del 1864, llegaron los miembros de la Diputación mejicana a Miramar, en plena realización feliz de sus aspiraciones, con Gutiérrez e Hidalgo a la cabeza. Vienen en suntuosas carrozas de Corte.

En el salón de ceremonias del palacio, les aguarda la pareja imperial rodeada de un séquito brillante de dignatarios. Fernando Max viste un uniforme de gala de almirante, que hace resaltar la esbelta figura del imperial príncipe, quien aparece pálido de rostro, brillantes los ojos de una inquieta nerviosidad, ante unas mesas sobre la cual vése el acta de adhesión, que ha de ser el testigo de que cuanto allí se desarrolla es la expresa voluntad de aquel país.

Gutiérrez de Estrada, que con su celoso arte de seducción ha contribuído más que nadie a la realidad de aquellos instantes, aquí en Europa, en la seguridad de Europa, como presidente de la Diputación mejicana, sabe encontrar aún bellas y conceptuosas frases para producir la impresión engañosa de que es toda la nación mejicana quien ofrece la corona imperial al Archiduque.

Ciertamente, ningún hombre en momentos tan importantes ha tenido menos derechos para hablar en nombre de un país y de un pueblo que este mejicano, alejado de su patria por más de un cuarto de siglo, que se atreve a prometer al Archiduque, engañado y a ciegas sobre las verdaderas circunstancias, "amor infinito y fidelidad inquebrantable" en nombre del pueblo mejicano. Se abandona de tal suerte, que llega a observar cuán visiblemente se percibe el dedo de Dios en aquella obra que se está llevando a efectividad en aquellos momentos. En numerosos pasajes de su discurso alude a la gloria inmortal que aquella empresa ha de reportar al joven príncipe.

Todo aquel aparato del discurso de Gutiérrez, sin duda muy hábil y muy lisonjero para el Archiduque, habría encendido la sangre en la cabeza de un oyente menos febrilmente interesado. Con una voz

temblorosa de emoción contestó el Archiduque en español al discurso en francés: "Después de las inequívocas palabras de los notables de Méjico, me puedo considerar con indiscutido derecho el elegido de la nación mejicana. Así queda cumplida la primera condición que impuse. También las garantías, de que hablé en mi primera entrevista con la Diputación mejicana, puédense considerar como existentes, gracias a la magnanimidad generosa del emperador de los franceses. Debo, pues, ahora aceptar la corona y he de procurar esforzarme, en un incansable trabajo, para obtener la libertad, el orden, la grandeza y la independencia de Méjico". De nuevo insinúa Fernando Max su idea de organizar la monarquía sobre principios constitucionales. Con una ligereza evidente alude a las garantías de España y de Inglaterra, tan insuficientes que puede decirse que estos países venían a ser unos puros observadores.

Al terminar la exposición de Fernando Max, toda la asamblea se entrega a incesantes manifestaciones de entusiasmo. La solemnidad de aquellas ceremonias no dejó de ejercer su influjo sobre los presentes, muy pocos de los cuales conocían la verdadera trama del asunto. Las exclamaciones resonaban entusiastas y llenas de emoción: ¡Viva el Emperador Maximiliano! ¡Viva la Emperatriz Carlota!

Al mismo tiempo es enarbolado en la antena de la torre del castillo el estandarte imperial mejicano, de reciente creación, al que saludan los estampidos de los cañones de los buques de guerra surtos en el puerto. La fiesta no ha terminado aún: llega un telegrama del emperador Napoleón expresando la seguridad que puede tener Maximiliano I de Méjico de sus sinceros sentimientos de amigo y de su decidido apoyo.

Inmediatamente después del acto de la jura y del tedéum, firma Maximiliano la convención militar estructurada en París, luego el acta del empréstito de 200 millones de francos, los decretos sobre la formación de sendos cuerpos de voluntarios austríacos y belgas, el de nombramiento de un ministerio y, finalmente, la elevación de Almonte a representante del Emperador hasta la llegada de éste a Méjico. Además, lleva a cabo el nuevo monarca el nombramiento de los representantes diplomáticos de Méjico en Europa. Primero, Maximiliano nombró a Gutiérrez de Estrada representante en Austria, pero éste rehusó con grandes muestras de agradecimiento. Siéntese lleno de orgullo de haber sido el primero en asentar en tierra mejicana el sillar fundamental de la monarquía, el primero que implorara del Archiduque la aceptación de la corona, y esto le basta y sólo quiere su tiempo para dar gracias a Dios. Por otra parte, es dueño de grandes riquezas y de un

magnífico palacio en Roma, que no le vendría muy a gusto abandonar para acomodarse en un hotel de embajada en Viena, donde a cada instante podía ser llamado a Méjico.

Hidalgo, que tampoco da muestras de querer trocar su agradable posición en la corte de París por el ardiente país mejicano, fué menos precavido, no obstante, y acepta el cargo de embajador de Méjico, que se le propone, ante Napoleón III. El honor y la independencia de Méjico, así rezan las instrucciones que recibe, son las únicas cosas que no han de estar subordinadas al agradecimiento que se debe a Napoleón. Ya en el mismo día de su nombramiento solicita Hidalgo que sus emolumentos, en lugar de los 60.000 francos ofrecidos, se hagan ascender a 90.000. Sus gastos de representación y el decoro del Imperio así lo exigen y, además, las cosas están a unos precios tan altos... El buen hombre sabe muy bien machacar el hierro cuando está caliente. Sin embargo, ni Gutiérrez ni Hidalgo se atreven aún a suscitar la cuestión de sus bienes, confiscados en Méjico por Juárez.

Maximiliano no está hecho a resistir tantas excitaciones como hasta entonces ha tenido que soportar. Los esfuerzos físicos exigidos por aquel cúmulo de actos oficiales y de ceremonias han dañado su débil constitución física.

El médico de cámara del Emperador, el doctor Jilek, por otra parte encarnizado enemigo de la empresa de Méjico y que al fin no acompañó al Emperador a este país, ve acercarse, con creciente angustia, un desquiciamiento del sistema nervioso de Maximiliano. En realidad, esta crisis comienza ya a producirse; cuando el doctor visita el 10 de abril a su cliente y señor, lo encuentra con la cabeza entre las manos, hundido físicamente y desconcertado y abatido espiritualmente. En aquellos momentos alcanza plena conciencia en el ánimo del Archiduque todo el ingente peso que, sin apelación, se ha echado sobre sus espaldas. Por la noche ha de presidir en la sala de fiestas del palacio un gran banquete en el cual tomarán parte todos los invitados a las solemnidades del día. A pesar de encontrarse en un precario estado físico, movido por su vivo sentido del deber, no quiere en ningún modo substraerse a tales obligaciones. El doctor Jilek, que teme un colapso en la salud del Archiduque, intenta convencerle de que procure ahorrar sus fuerzas físicas y le propone que se haga representar en la fiesta por su esposa.

Se retira, pues, aquel día el Emperador, para reponer, en contacto con su médico, su equilibrio físico y moral. Mientras, la Emperatriz corona la fiesta en la presidencia de la mesa maravillosamente ador-

nada, y hace los honores a sus numerosos invitados, sin el menor síntoma de excitabilidad, de tensión o de fatiga. Carlota aparece como tallada en madera más dura, más resistente que su esposo, por lo menos este era el parecer de cuantos tomaron parte en aquellas memorables fiestas, llenas de misteriosos augurios.

La partida estaba señalada para la mañana siguiente, el 11 de abril; pero fué preciso aplazar el viaje hasta que el Emperador se hubiese repuesto un poco. En el ínterin, Carlota representa a su esposo en todos los actos oficiales; recibe a las numerosas personalidades que vienen a testimoniarles su felicitación y a las Comisiones austríacas que expresan su sentimiento de ver al Archiduque lejos de la patria. La Emperatriz tiene un saludo para todos, unas palabras, un gesto amable en todo momento, sin fatiga, sin violencia, animada por el deseo de cumplir con la mayor perfección posible las tareas de su nueva misión.

Al fin, el 13 de abril, siéntese tan mejorado Maximiliano, que es cosa de pensar en el viaje. Redacta una carta para Napoleón, que ha de acompañar a dos magníficas pistolas incrustadas que remite a Hidalgo para que las ofrezca como presente al Emperador francés. La Emperatriz encuentra insuficiente y defectuosa la redacción, y ella misma escribe un borrador que exprese la emoción que en ellos determinó el telegrama de Napoleón III e insiste sobre las promesas de Maximiliano de hacer cuanto precise y esté en su poder para demostrar dignamente su afecto y su agradecimiento sincero. Napoleón envía las gracias por telegrama, reiterando sus mejores deseos de acierto y buena fortuna para la joven pareja.

La partida fíjase para el 14 de abril. Hasta aquel instante, Maximiliano no se deja ver por nadie; lleno de melancolía, discurre por las estancias del palacio cuyo plan trazara él mismo, cuya decoración dirigiera en todo detalle según su gusto personal. Por última vez, camina sobre las losas fantasmales de su jardín casi irreal. Lágrimas en los ojos, pena en el corazón. Cuando, el día de emprender el viaje, encuentra reunida a la servidumbre y se ve en el trance de despedirse de cada uno de aquellos fieles servidores, su emoción es imposible ya de sofocar. Sólo con esfuerzo consigue dominarse para poder decir unas palabras de amistad, ahogadas por las lágrimas, al burgomaestre de Trieste, que ha venido a despedirle. Aquel príncipe simpático, amable, justo y cordial era querido por todos. Y ahora queda bien patente: la participación de toda la población de Trieste es extraordinaria, todo Trieste está en los muelles y en el paseo que conduce al palacio para dedicar a su príncipe un saludo de despedida.

En el exiguo muelle, todo cubierto de flores, se ve el bote de la fragata *Novara*, el pendón imperial mejicano en el asta, ocho pares de remeros, enhiestos en el aire, como cirios, sus remos, que aguarda a la pareja imperial. Fuera del pequeño puerto, empavesados como en las grandes solemnidades, la *Novara* y un buque de guerra francés, el *Themis*, levan ya las anclas. En el séquito, no se ve ningún inglés, pues ni el propio rey Leopoldo pudo obtener nada de Albión. En el último instante llegan algunos telegramas, entre éstos uno muy emocionante de los padres de Maximiliano:

"Buena suerte; nuestras bendiciones —la de papá y la mía— os acompañan, así como nuestras oraciones y nuestras lágrimas. Que Dios os proteja y os guíe por última vez, adiós, adiós en la tierra de la patria, que, desgraciadamente, pisáis quizá por última vez. Desde el fondo de nuestro afligido corazón os bendecimos mil veces".

En el telegrama se pensaba otra cosa, pero el destino parecía dirigir la pluma; realmente, aquellos padres no habían de ver más a su hijo. Cuando Maximiliano lo leyó, su serenidad tan trabajosamente alcanzada sufrió una nueva crisis; con pena consiguió su esposa calmarle algo. Entre las notas del nuevo himno imperial mejicano y el rumor de los vivas y las exclamaciones de la población y de los que se quedaban, la pareja subió al bote. Maximiliano aparece presa de una intensísima emoción. Llena de piedad, dirige Carlota los ojos a su marido y dice a la Condesa Zichy-Metternich, que estaba sentada a su lado: "*Regardez donc le pauvre Max! Comme il pleure!*" (1)

Fuera de la rada están alineados el yate imperial *Phantasie* y una flota de buques de guerra y mercantes, empavesados con brillantes gallardetes de gala, las tripulaciones formadas sobre el puente. Han de escoltar a la nave imperial durante una hora. El tiempo es maravillosamente claro, el mar terso como un espejo resplandeciente al sol; parece como si la Naturaleza quisiese calmar el corazón del Emperador. Y, en verdad, la sangre de antiguo hombre de mar se fué revelando; la calma, el reposo de a bordo surtieron efectos sedantes; al día siguiente aparecía el Emperador en el puente, sosegado y de buen temple.

Y, sin embargo, cuán terrible era la resolución que había tomado. Unos pocos intrigantes mejicanos habían deslumbrado a la emperatriz Eugenia y con ella a su marido y al Archiduque. Ha sido abandonado de las grandes potencias marítimas; su propio hermano, el empera-

(1) ¡Mirad al pobre Max! ¡Cómo llora!

dor de Austria, rehusa cualquier auxilio de su nación. Francia, el único sostén que parece firme, demuestra por el pueblo y el Parlamento su desvío respecto al asunto de Méjico; tanto Napoleón como sus ministros no piensan más que en repatriar las tropas lo más pronto que puedan.

¿Y allá, en el desconocido país? Apenas si existen allí unos pocos, los más gente interesada personalmente en el asunto, que defiendan voluntariamente al príncipe extranjero que casi no conoce el idioma del país. La mayor parte de los mejicanos adictos no hacen sino doblegarse ante el peso de las armas francesas. Todo ello no puede constituir una base moral. Y, para colmo de contrariedades, el nuevo imperio mejicano tiene por declarada enemiga a la Unión Norteamericana, que sólo está aguardando el día que pueda resolver su intestina discordia para ayudar enérgicamente a Juárez, el indio indomable, en sus esfuerzos para rechazar al intruso europeo que, con grave daño de la doctrina de Monroe, intenta instaurar una monarquía en plena América, a las mismas puertas de la gran República. Y, además, el lastre de los deseos del clero mejicano, de cuya satisfacción depende la actitud de los altos dignatarios eclesiásticos, que sólo sueñan con ahogar en germen cualquier agitación liberal.

Así andaban las cosas. Sobre unas bases tan deleznables caminan hacia lo incierto, hacia el país lejano, aquellos dos príncipes llenos de ideales de sabio gobierno y de levantadas esperanzas. Y el navío abre veloz su indefectible camino por las rumorosas ondas azules.

Capítulo VIII

Primeras impresiones del lejano país

La crisis de postración del joven emperador ha sido dominada. De nuevo agítase en él el gusto de crear, que su inactividad en Miramar contrarió tan sobre manera, y se abre paso el gozo de penetrar en aquel amplio círculo de acción que divisa ante sí. En lo sucesivo, ocupará el primer lugar, como su hermano en Austria, y no le será forzoso situarse en segunda fila ante el verdadero jerarca. En Maximiliano son características la caballerosidad, la innata distinción del pensamiento y un idealismo que brota de la ternura de su corazón. Entre sus desfallecimientos, él mismo se representa en brillantes colores la empresa de volver a la felicidad un pueblo desventurado. Las reconvenciones de su esposa, que todo lo ve bajo una rosada luz, no dejan de surtir su efecto. Con ánimo alegre, Maximiliano mira de nuevo ahora hacia su porvenir.

Cuando, el 18 de abril de 1864, la *Novara* emboca el puerto de Civitavecchia, entre los cañonazos de los buques de guerra anclados allí y desde cuya ciudad piensa dirigirse a Roma, a fin de recibir la bendición papal para su gran empresa, ha desaparecido de su ánimo todo temor; siéntese inundado de un llameante celo, la divina centella de todo creador, sin la cual no somos bastante para sacar a la luz nada grande y bello. Apenas si se hubiese hallado otro hombre tan animado de buena voluntad, tan decidido a dar de sí lo mejor de que fuese capaz, como aquel joven emperador en viaje hacia una tierra lejana, cuyo gobierno había tenido la osadía de aceptar.

Con un derroche de esplendor le saludó la Ciudad Eterna, por aquel entonces ocupada aún por las tropas francesas. Napoleón envió la orden de recibir a su protegido con todo el fausto imaginable, y en ello rivalizaron las tropas pontificias con las francesas, pues ambos soberanos aguardaban mucho de su huésped. El uno, la liberación de Francia del laberinto de los asuntos mejicanos, donde se entrara con tan injustificable imprevisión; el otro, el restablecimiento de la Iglesia en su posición de antaño, o sea de predominio tanto espiritual

como económico, posición que Juárez le había arrebatado por la violencia. En Roma no se alcanza a precisar con verdadera claridad lo que se aguarda del nuevo emperador. El vidrioso problema de los bienes de la Iglesia no fué en realidad mencionado. Desaprovechóse la ocasión de llegar en Roma a términos de claridad y Maximiliano sólo solicita "un nuncio de buen sentido y de principios razonables", con el cual "más tarde, en Méjico", todo pudiese ser regulado. Tuvo el Emperador un oscuro presentimiento de las consecuencias de este olvido cuando el Papa, en cierta ocasión, pocos instantes antes de comulgar, le exhorta a satisfacer en lo posible los derechos del pueblo, pero sin echar en olvido que los derechos de la Iglesia son más altos y más sagrados. Estas palabras encierran algo más que una insinuación, y así pareció comprenderlo Maximiliano, pues respondió que, según sus convicciones, sentía en su interior, junto a sus ideas de buen cristiano que le impelían a cumplir sus deberes con la Iglesia, la conciencia del jefe de un Estado cuyos intereses estaba también obligado a defender. Estas insinuaciones fueron todo. Se evitó tratar a fondo y con claridad el asunto.

Las solemnidades religiosas, que siguieron al recibimiento y a las fiestas mundanas, el júbilo en las calles, la brillante recepción en el palacio de Gutiérrez, acabaron de borrar las ligeras sombras que pudiesen quedar en el ánimo del Archiduque. Antes, no se dejaba seducir Maximiliano por tal género de cosas. Pero la alegría de su nuevo modo de vivir, el gozar unos honores imperiales exactos a los de su hermano, no dejaron de ejercer notable acción sobre su espíritu; especialmente la Emperatriz aparecía a su lado radiante de felicidad. Un testigo de aquellos días de Roma hace notar acertadamente, comentando con ironía la severa vigilancia de las calles y la guardia ante el barrio donde moraba el Emperador, que los franceses custodiaban a Maximiliano como si temiesen que en el último instante se les escapase, pues a nadie más encontrarían para la corona de Méjico.

Pero el temple de radiante felicidad de la imperial pareja se mantuvo y aumentó, si cabe, cuando, al pasar el navío imperial por Gibraltar y por las costas españolas, fué saludado por los cañonazos de ingleses y españoles. Estos honores habían sido ordenados por la reina Victoria para complacer al rey Leopoldo, y España siguió el ejemplo de Inglaterra. Quedóse con ello infinitamente satisfecho Maximiliano, pues no vió en aquel hecho una simple atención personal de la Soberana, que es lo que fué en realidad, sino una prueba de un cambio de

actitud de las potencias que habían sido hasta entonces enemigas de su causa. Esperaba, pues, poder alcanzar aún sus garantías y su ayuda. En verdad, Carlota tomó como base aquel hecho para escribir llena de entusiasmo a la reina María Amelia: "Ahora estamos ya, desde el momento que los cañones ingleses y españoles nos saludan, en relaciones oficiales con estas potencias".

Esencialmente distintas son las noticias que llegan de Wáshington. Adoptóse allí el 4 de abril un acuerdo por el cual la Cámara de Representantes demostraba su completa repugnancia a reconocer una monarquía que se levantaba sobre las ruinas de una república. Y hacíase notar que tal acuerdo brotaba del conjunto sentir del pueblo de los Estados Unidos.

Ahora como antes se especulaba demasiado en Europa sobre la Guerra de Secesión dentro de la República de la América del Norte y atendiéndose a ello se desdeñó el factor Estados Unidos y no se tomaron suficientemente en cuenta los deseos y sentimientos de un Estado tan poderoso. La desatención que en todo ello venía implicada engendró en la Unión, precisamente porque de momento se hallaba en la mayor o menor impotencia de aquel mal paso, cólera y resentimiento que habían de descargarse un día.

Estas circunstancias constituyeron, junto a las débiles garantías de Inglaterra y de España, los defectuosos fundamentos financieros y el insoluble problema de la Iglesia, el cuarto gravamen, no ciertamente liviano, con que venía a la vida la monarquía mejicana. Napoleón no se atrevía a usar con la Unión Norteamericana un lenguaje claro e inequívoco: intentaba irlos calmando con frases y buenas palabras y, mientras, hacer lo que le viniese en gana ante sus propias barbas.

Esta táctica era tanto más peligrosa en aquellos instantes, cuanto que el general Grant, militar de gran capacidad, fué nombrado general en jefe de los ejércitos de la Unión Norteamericana y comenzaba a dirigirlos con gran coordinación táctica de gran estilo y habilidad nada común. No obstante, Napoleón sentíase satisfecho de ver finalmente a Maximiliano, que él juzgaba que le sacaría de aquel callejón sin salida, irremisiblemente enfrascado en su viaje a América. Escribió también por aquel entonces al emperador Francisco José comunicándole sus mejores esperanzas para el próspero porvenir del imperio que su hermano acababa de fundar en el seno del vasto continente americano. Con ello —decía Napoleón—, presta a ambos continentes un servicio inapreciable, alcanza nuevas glorias

para la casa de Habsburgo y fortalece los lazos que han de unir al imperio austríaco con el imperio francés.

Mientras Napoleón redacta cartas de este tipo, llega a las manos de Maximiliano un escrito anónimo que se ha recibido para el Emperador en un puerto español:

"Méjico queda convertido en un imperio y Vos sois proclamado su Emperador —lee Maximiliano con terror—, y ello da idea de una falta de vergüenza de la que sólo Luis Napoleón es capaz... Tengo un fusil que tira muy derecho y un pulso seguro, y os garantizo, por mi honor, que hallaréis ocasión de comprobar estas cualidades en cuanto os atreváis a pisar como usurpador el suelo de América. Venid y vendréis a parar a mis manos".

En alta mar queda libre el Emperador de semejantes preocupaciones. Vuelve a recobrar la confianza en sí mismo y en las largas meditaciones de su viaje comienza a sentir arrepentimiento de aquella acta de renunciación a sus derechos sucesorios, por la cual ha perdido importantes prerrogativas que por su nacimiento le correspondían. Su esposa abunda en el mismo criterio. Ella misma, de propia mano, redacta un documento donde se declara la nulidad de la renuncia por haber sido obtenida con violencia y proclama ante Dios y los hombres:

"Afirmamos bajo juramento que nunca leímos el documento ni jamás nos fué leído... Dado este caso, desde hoy protestamos solemnemente contra este verdadero intento de usurpación".

Como testigos firmaron el documento el consejero destacado junto al Emperador por el Rey de los Belgas, el secretario de Estado T. Eloin, y aquel lacayo que había llegado a ser secretario del Emperador, Schertzenlechner, los cuales aseveraban y daban fe de que la firma del Archiduque había sido obtenida mediante una violencia moral.

Era cierto, verdaderamente, que Francisco José había sobrecogido a su hermano en los últimos momentos de su estancia en Europa con sus exigencias de renuncia, cuando, en realidad, había tenido bastantes años para pensarlo. Por otra parte, empero, no puede justificarse que se llegue a firmar un documento para protestar de él al poco tiempo. Es pueril el argumento de que no lo habían leído ni les había sido leído. Francisco José envió una copia a su hermano, Rechberg les había expuesto prolijamente la cuestión; si Maximiliano no leyó la copia no fué culpa de Francisco José, sino del propio Maximiliano. Pero desde aquel punto no abandonó a éste la pena de aquella firma. Será para siempre la causa de que las relaciones con su hermano se

mantengan en un plano de tirantez y de violencia . Una dificultad más en su espinosa tarea.

Por lo demás, aquel ocio de seis semanas que duró el viaje por mar les fué muy útil para preparar las medidas para cuando llegasen a Méjico. En primer término, la organización de un Gabinete privado, de cuyos miembros se proponía exigir Maximiliano un tacto, modestia, exactitud y prudencia especialísimos. No había de constituir únicamente el enlace del Emperador con su pueblo, sino también influir tanto en la prensa nacional y extranjera como en la opinión pública, procurándoles orientación. Había de obtener, además, informes secretos sobre el estado de la opinión pública. ¡Cuán difícil es, empero, hallar hombres que por su origen y por su educación puedan presentar las requeridas cualidades! Entre los mejicanos ninguno puede considerarse próximo al Emperador, si descontamos a Gutiérrez y a sus adláteres, que permanecieron en Europa. Quedan, pues, a su alrededor, hombres como Eloin, que antaño fuera ingeniero civil y, aunque masón, el niño mimado de la Corte de Bélgica; o como Schertzenlechner, el típico representante de aquella calaña de advenedizos, que en su desmedido afán de poder y dominio no tienen medida ni objetivo preciso. Cuando Maximiliano escogió a Eloin para presidir el Gabinete, Schertzerlechner, que con seguridad había contado con ello, se molestó en gran manera, y desde aquel momento reinó entre aquellos dos hombres de confianza del Emperador una atmósfera de hostil desconfianza. En lo restante, Maximiliano procuró formar a sus cortesanos según el modelo austríaco e introducir, para salvaguardia de su dignidad y de su prestigio imperial, cierta distancia respecto a su persona, que responde al verdadero sentido de la cortesía española.

Por tales razones nombró, estando aún a bordo de la *Novara*, un maestro de ceremonias y un camarero mayor y comenzó a redactar un ceremonial de la Corte, terminado más luego en Méjico, y que comprendía un volumen no menor de seiscientas páginas, con numerosos planos y dibujos.

He aquí que se acerca ya el navío a las costas de Méjico. El aire paradisíaco, la lujuriante vegetación de las numerosas islas antillanas embelesan a la imperial pareja. "Estoy encantada del mundo tropical, no hago más que soñar en mariposas y colibrís", escribe Carlota a su abuela. Crúzase la *Novara* con un buque de guerra extranjero, que lleva a bordo al embajador norteamericano en Méjico, quien ha recibido la orden de salir del país en cuanto llegue el Em-

perador. Ahora se encuentran el Emperador, que llega, y el embajador, que sale. Las cosas no podían aparecer más claras.

Finalmente, el 28 de mayo, surca la *Novara* la rada de Veracruz, saludada por las salvas de los cañones de los fuertes y de los buques de guerra surtos en el puerto. De primer momento, todos permanecen a bordo, hasta que llegue Almonte, que se ha retrasado algo, según había avisado antes de Veracruz. Al llegar, se dirige inmediatamente al buque para saludar a sus soberanos, pero la ciudad permanece en silencio, nadie se mueve. La población, predominantemente liberal y contraria a la intervención, quiere expresar sus sentimientos no haciendo ningún caso de la llegada del Emperador. A primera hora de la mañana del siguiente día, tímidamente los Emperadores pasan por la ciudad camino de la estación. Un modesto arco de triunfo, levantado a toda prisa, ha sido derribado por un golpe de viento. Las calles están vacías, desiertas; ni rastro de una recepción solemne. El Emperador siéntese oprimido por aquel espectáculo; a la Emperatriz casi se le saltan las lágrimas. Los comienzos nada bueno prometen.

Almonte se esfuerza en distraer a la pareja imperial de aquellos primeros momentos penosos y él personalmente está emocionadísimo por el nombramiento, que se le ha comunicado, de gran mariscal y consejero del Gabinete imperial, que el Emperador promulgó como una distinción particularísima.

¿Qué significa esta dignidad? ¿Es realmente lo que el ambicioso general aguarda, a saber, una situación que le permita ser la primera personalidad en el país después del Emperador? No tardará en darse cuenta del verdadero sentido de su cargo. Viene a ser una vía lateral, hacia la cual el Emperador quiere derivarle, por cuanto Almonte pertenece a los más rígidos conservadores, al partido cuya fama de ultrarreaccionario conoce muy bien el Emperador. Y Maximiliano no quiere gobernar con este solo partido, por más que haya subido al poder con su única ayuda; quiere enlazar las diferentes direcciones, estar por encima de todas las diferencias como un elemento neutral y, más que nada, en manera alguna quiere mostrarse medieval, clerical, absolutista. La elevación de Almonte, de ideas demasiado retrógradas, a una dignidad cortesana de ningún poder efectivo, es un verdadero síntoma del nuevo curso de las cosas. Pero de momento resulta necesario deslumbrar al país.

Cuanto más va penetrando la pareja imperial en el interior, adentrándose por la ruta Veracruz-Méjico en una región con predominio de elementos conservadores, el recibimiento va tornándose más

efusivo y caluroso. Pero el camino está lleno, sin embargo, de amenazas. Ya el primer día del viaje, muchas cosas resultaron a la Emperatriz harto sospechosas, no le hubiese extrañado que de improviso apareciese una banda de guerrilleros con Juárez a la cabeza. El ferrocarril sólo avanzaba hacia Méjico un corto trecho; y entonces fuéles forzoso, con todo el séquito, que ascendía a más de cien personas, proseguir el viaje en unas primitivas y pesadas diligencias. En el pescante del coche imperial viaja el jefe de la escolta, el comandante don Miguel López, una figura de bella masculinidad. Aquellos coches eran tan inseguros, tan difíciles de dirigir, que la empresa concedía un importante sobresueldo en dinero si un cochero realizaba el servicio durante un mes sin volcar. Desde que existe la empresa no se dió nunca el caso de que se tuviese que pagar una de estas recompensas durante la época de las lluvias, ni aun en la ocasión presente. Entre una lluvia torrencial, entre una terrible borrasca, de improviso, se rompe una rueda del coche imperial; a las dos de la mañana llegaron los Emperadores al próximo lugar de Córdoba, los mejicanos se excusan como pueden; el Emperador y la Emperatriz andan diciendo a todos que se trata de un incidente sin importancia, pero Carlota escribe a Eugenia, que precisaba toda la juventud y todo el buen temple de ella y de su marido para no quedar deshechos por el golpe, o cuando menos con alguna costilla rota. A la mañana siguiente, volcó uno de aquellos imponentes carromatos sobre el encharcado camino; de los seis ocupantes, sólo el recién nombrado presidente del Consejo de Ministros imperial, Velázquez de León, pudo saltar a la carretera por una ventana.

Aquel viaje compensa en cierta manera de los desaires del comienzo. La guarnición francesa de Puebla se había preocupado de preparar un solemne recibimiento.

Sorprende a la imperial pareja que, aparte de en las grandes ciudades, apenas se vea un blanco. En los pueblos puramente indios que atraviesan, acude presurosa la población para contemplar a los rubios príncipes del Occidente que, según la tradición ancestral, habían de traer paz, libertad y venturas sin cuento a la raza tan oprimida y vejada en aquellos momentos por los blancos. Las exclamaciones de júbilo, el estruendo de morteretes y fusiles, la aglomeración de gente, explicable en buena parte por la curiosidad, y el lucido séquito de los conservadores mejicanos, que en todas las poblaciones importantes salían a caballo al encuentro del Emperador, pueden llegar a producir la impresión de una acogida verdaderamente triunfal.

El joven Emperador y la seductora y graciosa Emperatriz consiguen poner de relieve todo su atractivo personal. Pero existen, sin embargo, elementos retraídos, no pertenecientes al partido conservador, que andan preguntándose, llenos de dudas y vacilaciones, si todo lo que acontecía era lo más conveniente y si la pareja de príncipes, recién llegada al país, traería realmente prosperidad, riqueza y poder para Méjico. Durante el viaje, Maximiliano ha progresado mucho en el español y en todas partes da las gracias en discursos que se aprende de memoria, citando con exceso inoportuno a Napoleón y el agradecimiento que le debe. Esto le separa del pueblo y rebaja su propia dignidad. En Cholula, oyen los Emperadores la santa misa en el altar de un antiguo templo idolátrico de los aztecas donde se sacrificaban víctimas humanas.

Antes de llegar a la ciudad de Méjico, visitan los Emperadores el santuario nacional donde se venera la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, para lisonjear los sentimientos religiosos del país. Cuando la pareja imperial sale del templo, les aguarda una sorpresa. Cientos de coches ocupados por elegantes y bien ataviadas mejicanas y con una escolta de jinetes vestidos de oscuro, a la europea, y con impecables guantes blancos, les salen al encuentro desde la capital. No tardan en encontrarse también con los altos dignatarios franceses, el comandante general Bazaine y el embajador Marqués de Montholon, que vienen a saludarles.

El 12 de junio, hacen los Emperadores su entrada solemne en la capital, entrada que había sido preparada desde semanas antes por la guarnición francesa y el partido conservador del país, con grandes persecuciones y amenazas de los elementos de la oposición. El recibimiento fué cordial y ridículo a la vez. No puede ser calificado de otro modo. Algunos centenares de vagos, aguadores, muchachos callejeros y gente de parecida calaña, corren ante el coche imperial enarbolando una larga caña de azúcar con un trapo colgado, que quiere ser una bandera. Van gritando: "¡Viva el Emperador!". Por un real más hubiesen gritado, sin duda, "¡muera!". Bandas de música, reclutadas en todas las tabernas, indios medio desnudos tocando instrumentos de viento, arman una bulla infernal. Una verdadera orquesta de gatos. Después, viene el verdadero séquito. Los autoridades municipales, Maximiliano y su esposa en un sencillo coche abierto; seguidamente aquellos elegantes coches y la brillante escolta de jinetes. El recibimiento transcurre sin incidentes. Los elementos contrarios han abandonado la ciudad o se han escondido; y así pudieron creer,

por un momento, los Emperadores en una explosión de verdadero entusiasmo popular. Pasadas las primeras impresiones, pudo verse muy pronto que todo había sido combinado por los directores de escena. La verdadera opinión del país, a la larga, no pudo ser mantenida oculta, a pesar de los mayores esfuerzos.

La residencia donde son aposentados los Emperadores, el gigantesco palacio de dos pisos de la Presidencia, parece un cuartel con honores de fortaleza. Los trabajos de reparación, que la necesidad obligaba a realizar rápidamente, no habían podido compensar un abandono de largos años. Los aposentos destinados a los Emperadores son, comparados con las instalaciones europeas, de una falta evidente de *confort* y buen gusto; ni tan sólo están libre de insectos. Los Emperadores, en la primera noche que pasan en Méjico, tienen materialmente que huir de los lechos para buscar más reposado descanso: el Emperador duerme algunas horas de la mañana en un billar. Pero la joven pareja hablaba siempre de tales quebrantos entre risas, con el mejor humor.

En su viaje habían tenido ocasión de observar, y les sorprendió vivamente, la enorme diferencia entre la vida en las ciudades de los blancos y la de bajísimo nivel entre los habitantes indios.

"En la capital de Méjico —escribe la emperatriz Carlota a Eugenia, en París—, uno se siente casi como en Europa. Pero, a una media hora de la población, se puede ir a parar a una emboscada o ser atacado por los bandidos. Según todo lo que por aquí he visto, se puede organizar en este país una buena monarquía, porque se aviene con las necesidades y deseos generales de la población; no obstante, es una tarea fabulosa, no menos que gigantesca, pues hay que luchar con un completo caos... Todo en este país está por hacer; aquí se ve claramente lo que es la Naturaleza, física y moralmente. Todo ha de ser educado: el elemento eclesiástico, el pueblo, todo. Desde hace cuarenta años, aquí han gobernado solamente despóticos gobiernos minoritarios, que no tuvieron nunca sus raíces en la población india, que trabaja, y que, en último término, mantiene al Estado".

"Las cosas —expone Carlota al emperador francés—, marcharán aquí si Vuestra Majestad nos procura su valimiento, porque han de marchar y nosotros queremos que marchen; pero es, en verdad, un trabajo ímprobo. Cuando un país se ha pasado cuarenta años tratando de aniquilar todas las cosas de cierto valor, éstas no pueden ser levantadas en un día. Ello, en verdad, no nos asusta; yo sólo hago constar el hecho. Nos hemos dedicado a tamaña empresa con pleno

conocimiento del esfuerzo que implica; por mi parte, puedo decir que sólo tuve algunas sorpresas en la calle. Todo lo demás lo encontré tal vez mejor que peor de tal como lo imaginaba".

Con orgullo hace notar Carlota que el pueblo está fatigado de aquellos generales galoneados de oro que no entienden de nada más que de hacerse la guerra: el pueblo sabe comprender el carácter de Maximiliano, que en su sencillo traje civil aparece por el país, sin empaque, con un aire perfectamente natural.

En este punto se engañaba. Aguardábase en Méjico que el nuevo Emperador aparecería entre fausto y esplendor. Especialmente la población india, sólo así puede imaginarse un emperador, y cuando lo ve llegar con un sencillo vestido de viaje, en una vulgar diligencia como cualquier otro mortal, surge el desencanto. La joven pareja imperial tenía que haber conocido mejor el nuevo ambiente, las nuevas costumbres y aquellos nuevos hombres que les rodeaban.

Apenas llevan catorce días en Méjico y ya reciben cartas de Europa con consejos llenos de prudencia y, a lo mejor, contradictorios. Especialmente el solícito rey Leopoldo les recomienda que sean muy prudentes en la utilización de los extranjeros, a fin de no excitar la rivalidad de los mejicanos y no tener que pagar a Francia demasiado dinero. "Tú prestas —escribe a Maximiliano—, unos servicios tales al emperador de Francia, que con pleno derecho has de exigir reciprocidad". También les exhorta a no instaurar aún un régimen constitucional, porque el país no parece bastante maduro para ello.

El emperador Maximiliano asiente a todo. "Gracias a Dios, todo va bien —contesta a su suegro—, y cada vez nos sentimos más íntimamente ligados a la vida de aquí; el trabajo es verdaderamente enorme, pero lo realizamos de buen grado, porque nos hemos propuesto un fin y hallamos una acogida llena de simpatía y agradecimiento. De ensayos constitucionales no hay que hablar por ahora; toda la fuerza de la autoridad ha de quedar de momento en las manos del Gobierno, hasta que el país esté pacificado del todo. Esta buena gente tiene que aprender a obedecer, antes que a parlamentar. Me esfuerzo en avanzar en todas las cosas progresivamente y con sosiego, sin derribar nada, reparando sólo; pues la obsesión de echar las cosas abajo ha sido la culpa fundamental de los anteriores gobiernos. Una actitud fría, que vaya unida a impasibilidad, cortesía y energía inquebrantable, puede alcanzar el máximo prestigio entre el pueblo; y así vemos cómo se maravilla aquí sobre manera de que Carlota y yo nos tomemos la cosa con tan completa naturalidad y que habitemos

entre ellos como si nos encontrásemos en el país desde hace diez años".

También de Napoleón llegan cartas. Aconseja de nuevo que Maximiliano no se deje influir por los mejicanos, o sea justamente lo contrario de lo que recomendaba Leopoldo I. Por otra parte, le previene también que mantenga buen orden y economía en la hacienda y observa que procure prestar atención a la mucha fuerza y poco espíritu conciliatorio del clero mejicano, el cual, presiente, le ha de procurar grandes dificultades en lo sucesivo. Maximiliano le contesta evasivamente que, con la ayuda de Napoleón, confía en ver sorteados todos los escollos. Pronto percibe el Emperador, a través de las cartas que de allí vienen, cómo cambian de color los acaecimientos, cuando las noticias han traspuesto el largo camino que de Méjico va a Europa.

La nueva del entusiástico recibimiento dispensado al Emperador despierta gran alborozo en París. De Veracruz no se dice nada. Especialmente, Hidalgo envía al Emperador un verdadero clamor de gozo, vibrante de las más sonoras frases. Todos los que le reprocharon haber facilitado a Maximiliano informaciones engañosas han de comprender ahora "su legítimo orgullo", que es "inmenso como el Globo terráqueo". Sus hipérboles no conocen límites. Aun la misma emperatriz Eugenia pensaba con temor y zozobra desde París en el posible recibimiento de Maximiliano en Méjico y la llegada de buenas nuevas quitó a los Emperadores franceses un verdadero peso del corazón. Hidalgo sabe muy bien que en París se echaba la responsabilidad de la empresa sobre las espaldas de la emperatriz Eugenia, a quien él aconsejara, y ahora ve con júbilo que se patentiza la prueba del acierto con que la orientó. Va contando por todas partes que han venido a él numerosas personalidades, desde un buen principio contrarias a la empresa de Méjico, para excusarse confesando que estaban en error.

También Gutiérrez escribe a Carlota una carta tan llena de lisonjas y adulaciones, que sobrepasa todos los límites del buen gusto: "Todas las noticias de Méjico nos hablan de un verdadero delirio de júbilo con la llegada de Vuestras Majestades".

En estas entusiastas frases de los dos hombres a todas luces responsables de aquella aventura, se muestra con harta claridad con qué preocupación pensaban en el recibimiento del Emperador en Méjico, hasta tal punto que no habían osado presenciarlo; ahora andan sorprendidos de que, contra lo que se podía esperar, todo haya marchado tan magníficamente.

El emperador Maximiliano comienza a realizar los planes que tenía meditados. Quiere prestar su apoyo decidido a los liberales, situados entre los extremos, para de esta suerte enterrar para siempre los partidismos extremistas e inducir a todos a colaborar, aun al propio Juárez. Según esto, nombra un ministro del Exterior de entre los miembros del partido liberal, más distanciado de los conservadores que de los juaristas. Su antecesor había concertado con Francia un tratado sobre los derechos de explotaciones mineras en la provincia de Sonora, que venía a ser el primer paso para la realización del plan del emperador Napoleón para convertir aquella región en una especie de colonia francesa. Maximiliano denuncia el contrato y muestra, por lo tanto, desde buen principio, que también sabe gastar energía frente a París cuando el bien de su imperio lo exige. Pero nadie en Méjico lo reconoce, y sólo consigue ir malbaratando su único apoyo, que era París.

Por lo demás, Maximiliano hace cuanto puede para captarse las simpatías de la nación mejicana, y lisonjea el amor propio y el orgullo de ésta siempre que se presenta ocasión. Cuando en la capital se quiso levantar una estatua de mármol en honor de Carlota, ruega el Emperador que se levante para conmemorar la independencia mejicana del dominio español.

Concede una amnistía por delitos políticos y recomienda a todos los gobernadores una actitud conciliadora con los enemigos de la monarquía. Decide no someter de momento los periódicos a ninguna clase de censura oficial, para poder apreciar hasta qué punto puede confiarse en ellos en lo tocante a la expresión de los deseos del país. Se propone ardientemente ser un verdadero mejicano y anteponer los intereses de su pueblo a cualquier otra cosa en el mundo.

Pero Maximiliano no tiene en cuenta al proceder así que los dirigentes de los partidos políticos en Méjico ponen los intereses del partido y los suyos propios muy por encima del bien de la patria. Los conservadores, convencidos de que el Emperador lo es por obra y gracia suya, ven con extrañeza la fijación de Almonte en un lugar puramente honorífico y la introducción de gentes no pertenecientes a su camarilla en los cargos de importancia. Los liberales consideran con desconfianza la benevolencia del Emperador. Algunos se dejan ganar por la cordialidad de Maximiliano; la gran mayoría, empero, se mantiene hostil o muy separada, expectante. No tarda Maximiliano en percatarse de que las cosas en Méjico andan de muy otra manera de como se lo habían presentado en París. El país está bien lejos de

encontrarse pacificado. En el norte, en el occidente, en el sur, existen vastos territorios en poder de los juaristas; en todo lugar donde se encuentran tropas francesas o mejicanas conservadoras, son atacadas. Maximiliano adivina al punto la desconsoladora situación financiera del país y la imposibilidad, con el desorden y la escasez reinantes, de pensar en una recaudación regular de los impuestos. De momento el Emperador se encuentra desarmado frente a tales hechos y trata de procurarles remedio creando comisiones que se ocupen de organizar con exactitud y precisión la hacienda, de crear la fuerza armada y de estudiar un plan para la total ocupación del país.

También la Justicia, la Enseñanza y el Culto habrán de ser regulados por comisiones especiales. Maximiliano quiere hacerlo todo a la vez. Uno de sus planes es reformar la residencia imperial. Como lo demostró ya en la construcción de Miramar, Maximiliano tiene una preferencia especial por las bellas moradas, construídas en lo posible según sus propias ideas. De aquel palacio mejicano a manera de cuartel, con sus 1.100 habitaciones, no puede hacerse gran cosa. Es muy distinto el palacio de Chapultepec, situado en los alrededores de la capital, el Schönbrunn de Méjico. Construído en unas formas severas y de grandes masas, fué edificado donde estuvo situado antaño el palacio de Moctezuma, entre un bosque de cipreces milenarios, cuyos troncos se elevan a cincuenta o sesenta metros con un ruedo de hasta quince. El Emperador, tan inclinado a la admiración de la Naturaleza, se entusiasma con Chapultepec; la Emperatriz opina igual que su marido. La ilustre dama muéstrase maravillada de cuanto va descubriendo y goza bien a su sabor de los encantos del nuevo palacio, sin adivinar la parte sombría de aquel mundo fantástico. Inmediatamente, deciden los Emperadores las reformas más urgentes de aquellos palacios.

Apenas ha comenzado Maximiliano a dar sus primeros y tímidos pasos en su nuevo Imperio y ya por todas partes aparecen censores, aun entre la gente más inmediata a él. Entre otros, y de manera especial, su tesorero Kuhacsevich, de Miramar, por cuyas manos pasaron todas las cuentas. De aquellos tiempos sabe lo que costaron las construcciones. "En el palacio de Méjico —escribe a su país— y en Chapultepec se construye ahora con un exceso que es un dolor. ¡La conocida pasión del nuevo monarca! Yo aguardo la terminación de la luna de miel; antes no se puede juzgar qué resultado dará esta boda". Con esto quería significar toda la aventura mejicana.

Tales manifestaciones están casi siempre en contradicción con lo que escribe Maximiliano a Europa. No quiere confesar de ninguna manera que las cosas no van en Méjico como han de ir. Los que le amonestaron han de ser instruídos de que no andaban en lo cierto. Como asimismo su familia en Austria, que lo vieron marchar tan lleno de aflicción. Son, por lo tanto, las cartas que Maximiliano envía a Europa de un tono altamente optimista; al leerlas, podría pensarse que Méjico es un Edén, un jardín paradisíaco, en el cual, al contrario de tantos trastornos políticos como agitan a Europa, reinan la paz y la felicidad más puras. "Que estoy agobiado de toda suerte de tareas —escribe, en julio de 1864, al archiduque Carlos Luis— ya puedes, querido hermano, imaginártelo; pero se trabaja muy a gusto cuando se persigue un fin y se encuentra ambiente y nos alienta la esperanza de realizar algo útil a los otros hombres. Encuentro el país en mejor situación de lo que había imaginado y me he dado cuenta de la falsedad de las calumnias de la prensa europea y de que este pueblo está mucho más adelantado de lo que se cree entre nosotros. El recibimiento que se nos dispensó por todas partes fué verdaderamente cordial y entusiasta, libre de toda comedia y de todo aquel repugnante servilismo oficial que tan a menudo se encuentra en Europa en semejantes recepciones".

Maximiliano se recrea en la delicia de aquel clima. Día tras día puede gozarse de buen tiempo y sol brillante; por la tarde lluvias periódicas refrescan el aire y alimentan la jugosa y verde vegetación. En los esfuerzos de Maximiliano para pintar a sus hermanos con los colores más agradables posible su nueva vida, sus cartas llegan, a lo mejor, a extremos casi pueriles. "Habitamos alternativamente en la ciudad y en el campo —escribe a Viena—. En Chapultepec estamos absolutamente solos, muy retirados, y vivimos aún en mayor reposo y simplicidad que en Miramar. Además, comemos muy pocas veces en la ciudad, lo hacemos casi siempre solos, y por la tarde no vemos casi a nadie; esto fomenta, gracias a Dios, la seriedad del carácter mejicano, y es una costumbre que resulta muy cómoda y que deja mucho tiempo para el verdadero trabajo. Las diversiones tales como las de Europa, *soirées*, teatros, etc., de desagradable recuerdo, no se conocen aquí, y nos guardaremos muy mucho de ponerlas en boga. Las únicas diversiones de los mejicanos son cabalgar en sus excelentes caballos por el bello país, y algunas veces asistir a representaciones teatrales. Los bailes son escasos, pero de gran suntuosidad y animación; la más elevada sociedad de aquí baila con verdadera pasión en

una suerte de danza nacional encantadora, que la condesa Melania Zichy quiere poner de moda en Viena. Carlota tiene catorce damas de honor de servicio voluntario, que alternan cada semana. Poseemos también una cuadra de caballos, según el estilo europeo, para la ciudad y para la ceremonias, y una de tipo mejicano para recorrer el país.

"Sin duda te divertirá muchísimo, vernos en nuestros carruajes a la mejicana, en un coche abierto, ligero como una pluma, en el pescante el famoso cochero de nuestra Casa con su enorme sombrero blanco, su verde chaquetilla de terciopelo y sus pantalones de tela blanca, y a las espaldas el poncho de tres colores. A su lado, un muchacho indio de color cobrizo con atavíos semejantes. Como tiro, llevamos seis mulos isabelinos con los pies zebrados, dos junto a la lanza y cuatro más enganchados delante, en flecha; un lacayo cabalga como abriendo paso en un caballo, isabelino también, con ricos arreos a la mejicana adornados en plata. Y toda la comitiva pasa volando como un rayo.

"Créeme que nos encontramos muy a gusto en nuestra nueva vida; tenemos confianza en Dios y estamos contentos de veras. Por todos lados encontramos un solícito afecto; ni Carlota ni yo anhelamos regresar".

La Emperatriz secunda admirablemente a su marido en las cartas de septiembre y diciembre de 1864 a su abuela: "Me siento llena de felicidad, y así lo creo también de Max. La vida activa nos sienta bien. Somos demasiado jóvenes para estarnos cruzados de brazos. Cada día vamos notando cómo esta nación tan rebajada y perdida recobra la conciencia de su diginidad y de su futuro".

Y, no obstante, la parte seria y pavorosa del vivir ha llamado ya a su puerta. El elemento eclesiástico va forjando en silencio las armas, pues la actitud liberal de Maximiliano les ha decidido a luchar contra él. Reformas importantes, como la de los bienes eclesiásticos, no pueden ser resueltas porque el Papa, advertido por los obispos, no se decide, tal como prometiera, a enviar un nuncio. Los mejicanos que habían sido puestos a la cabeza del ministerio de Hacienda declaran su incapacidad para dirigirlo. Las comisiones nombradas se reúnen, ciertamente, pero es casi imposible hallar gente capaz entre los mejicanos. Ante tantas dificultades, el Emperador, antaño tan inclinado a los viajes, decide apartarse por algún tiempo para conocer en un viaje circular las principales regiones del país. Resuelve encargar a su esposa de la regencia mientras dure el viaje, tal como solía hacer Napoleón con Eugenia en casos parecidos.

Al fin, sólo visita Maximiliano ciudades en el norte del país, que tienen guarnición francesa y un tanto por ciento muy alto de gente conservadora. El Emperador se esfuerza en pronunciar discursos, que le resultan muy penosos en un idioma que no es el suyo: "Has de pensar —escribe hablando de ello a su hermano— que me siento extremadamente cohibido ante aquella apretada muchedumbre silenciosa y atenta".

Gracias a todas las medidas, tomadas meticulosamente, el viaje discurre en perfecta calma y Maximiliano aprovecha en seguida la ocasión para escribir a su hermano el emperador de Austria palabras un tanto sarcásticas e hiperbólicas, manifestando que su acogida en el país ha sido tan cordial que muy pocas veces presenció en Europa nada parecido. Le cuenta de la belleza de las mujeres mejicanas, de bailes y fiestas, con que justamente le obsequiaron generales que habían luchado con Juárez, y nunca falta de pasada alguna alusión a la situación de Europa.

"Principalmente —escribe Maximiliano—, en lo político, el país ha progresado mucho: está hoy mucho más adelantado que ciertas naciones europeas que se creen a gran altura. El pedante burocratismo europeo, con todas sus ridiculeces y miserias, no se conoce aquí; aquel mundo cerrado y hermético que todo lo ahoga en Europa, y que continuará ahogándolo por largo tiempo, ha sido aquí superado".

Maximiliano emprende su viaje justamente en la época de las lluvias. Por escabrosos caminos, por peñas abruptas, a través de ríos y marismas, avanza el Emperador a caballo. No se da reposo, ni lo da a cuantos le siguen. El antiguo ayuda de cámara Schertzenlechner da gracias a Dios cuando el viaje termina. Era demasiado para él andar a caballo doce o catorce horas por día, durante más de una semana, a través del agua y del barro, de campos y de peñas. Pero Schertzenlechner lo resiste todo porque ello le procura ocasión de afianzarse más y más en la intimidad de su señor. Se propone aumentar aún su influencia sobre Maximiliano y le precisa, por lo tanto, no dejarle de vista, para no dar a otro la ocasión de captarse bajo mano su simpatía. Maximiliano no es inasequible a un juego bien urdido para influir en él, esto harto lo sabía aquel hombre de larga experiencia.

El día 30 de octubre, regresa el Emperador a la capital. Carlota le saluda, orgullosa de su actividad de regente, que en este intervalo se ha dirigido a la emperatriz Eugenia para rogarle que no fuesen disminuídas las fuerzas francesas en Méjico. La súplica cruzóse con

una carta de Eugenia donde le comunicaba su entusiasmo por el grandioso recibimiento de Méjico a sus Emperadores. Decía conocer detalles de tales felices acaecimientos por unas cartas que ha recibido Hidalgo y que éste mostró a la Emperatriz. Aquella dama superficial da luego superficiales consejos a Carlota, como, por ejemplo, que todos los pueblos de raza latina, y, por lo tanto, los habitantes de Méjico, necesitan una mano de hierro en un guante de terciopelo, y otras frases del mismo tenor.

La emperatriz Eugenia aun vive las engañosas imágenes que Hidalgo desarrolla ante sus ojos. Si en las cartas a las cortes de Viena y París, Carlota y Maximiliano parecen pensar igual sobre los asuntos de Méjico, en lo que escribía el Emperador a Gutiérrez y demás compañeros hubiese podido comprobarse un parecer absolutamente opuesto. A Gutiérrez, le escribe Maximiliano que, durante su viaje, se ha visto repetidamente obligado a dar una lección de severidad destituyendo a numerosos funcionarios: "Lo peor que hallé en el país son estas tres clases: los funcionarios de la justicia, los oficiales del ejército y la mayor parte de la clerecía. Ninguno de estos tres grupos tiene idea de sus deberes y viven puramente en pleno afán del oro. Los jueces son sobornables, los oficiales desconocen el sentimiento del honor, y faltan al clero amor cristiano y moralidad. Todo ello, empero, no logra desarraigar las esperanzas que para el futuro abrigo". Sin embargo, aguardaba Maximiliano cambios trascendentales. "Es triste el presente —observa a Bazaine—, pero el futuro será esplendoroso". Este general, mientras, sólo envía a Napoleón partes que señalan la situación militar en Méjico como favorable en extremo.

Los éxitos obtenidos por las tropas francesas frente a los elementos casi dispersos de las columnas juaristas hacen posibles tales informes. Aun sin apartarse mucho de la verdad, le es posible al general anunciar a su señor cuanto cree que éste va a conocer con gusto. Que las columnas de Juárez después de derrotadas y dispersas puedan volver de nuevo a juntarse y atacar, no ha de ser observado fácilmente desde París. Bazaine, que sabe muy bien que el mayor deseo del emperador francés y de su Gobierno consiste, teniendo en cuenta el estado de la opinión en Francia, en aminorar cuanto sea posible los efectivos del ejército francés y los gastos de la empresa, se declara, en junio de 1864, dispuesto a la repatriación de algunas unidades.

Con ello se pone en contradicción con el punto de vista de su

lugarteniente, el general Douay, quien, con gran indignación de Bazaine, logra hacer llegar sus dudas a París. No obstante, Napoleón se inclina hacia los informes más satisfactorios de Bazaine y, en agradecimiento por los éxitos que hasta entonces ha ido obteniendo, le nombra mariscal de Francia, no sin observarle que procure comprobar si adelanta la organización militar de Maximiliano "*pour que nous puissions partir bientôt*" ([1]). Bazaine, realmente, se esfuerza cuanto puede en dominar la situación. Sus tropas vencen en el norte y en el sur, y las armas imperiales obligan a Juárez a desplazarse más al norte. Los últimos auxilios financieros le fueron tomados a Juárez con las estaciones de recaudación de aduanas y parecía realmente que su dominio finalizaba. Pero es harto discutible el resultado final de aquella campaña, que acababa de someter a las armas imperiales una extensión de tierra aproximadamente tan grande como Francia, ya que una cosa es derrotar a las columnas juaristas en el campo y otra sostener de manera duradera a cubierto de los elementos agresivos de la misma población en un territorio inmenso. Constituía una tarea casi indominable para un cuerpo de ejército de unos 30.000 hombres que nunca tienen descanso y en todo momento están obligados a grandes marchas y toda suerte de fatigas.

Maximiliano y Carlota están muy de acuerdo con aquellas actividades de Bazaine y con aquella nueva energía que desplegaba. Pero en la Unión Norteamerican tales victorias producen gran malestar. El Mariscal estaba satisfecho de sí mismo y, de momento, convencido de haber llevado a cabo felizmente su empresa. Siéntese lleno de orgullo por sus victorias en el campo y da muestras de muy acusada sensibilidad para aquellas cosas que no marchan según su voluntad. Le causa enojo que, a pesar de todo, Maximiliano se esfuerce en mantener su independencia frente a él. Oficiales y empleados mejicanos se pelean a menudo con los franceses. El Emperador ha de decidir, y con demasiada frecuencia se inclina por los mejicanos. Los empleados franceses de las Aduanas y de la Hacienda son acusados de desempeñar sus funciones en beneficio de Francia. Por otra parte, los presupuestos militares absorben grandes sumas. "Los franceses —se lamenta Maximiliano a su suegro—, con mi querido Bazaine al frente, bajo el pretexto de la pacificación, tiran el dinero a manos llenas". A poco se quejan ambos a Napoleón, Bazaine de Maximiliano, Maximiliano de Bazaine. La zona de influencia del

(1) Para que podamos partir en seguida.

mariscal no está claramente delimitada, y muéstrase también aquí verdadera la antigua sentencia de que para cada cosa sólo puede haber un señor.

Aquellas incompatibilidades resultaban agravadas por la situación política. Francia buscaba entonces extender su influencia lo mismo en Méjico que en Centromérica, y hubiese visto con buenos ojos una alianza, favorecida por las corrientes conservadoras simpatizantes con Francia. Y se pensaba en las repúblicas limítrofes con el sur de Méjico como Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua. Existía el propósito de allanarles el camino para llegar a una realización de aquel ideal. Por otra parte, Maximiliano tiene la aspiración de ampliar los límites de su Imperio, tan dilatado, en verdad, que sólo está en su mano a medias. No obstante, sus emisarios descubren el secreto: que piensa, para dentro de un espacio de tiempo más o menos largo, en la anexión de todo Centroamérica a su imperio de Méjico. Así alcanzarían sus dominios hasta el istmo de Panamá. En Inglaterra y en la Unión Norteamericana se sonríen ante tales planes gigantescos y están decididos a salirles violentamente al paso en el momento oportuno.

Capítulo IX

Luchas, cuitas e ilusiones

Del barco que llegó a fines de noviembre de 1865, desembarcaron en Méjico varios diplomáticos acreditados cerca de Maximiliano, y entre éstos el embajador inglés y el austríaco. Maximiliano experimenta una sincera alegría ante la venida del inglés con una carta de su reina. Lo interpreta como una prueba de que Inglaterra, para quien sintiera siempre una cordial simpatía, habíase decidido a no demorar ya más el reconocimiento de la presente situación de las cosas en Méjico. Todo ello constituía, sin duda, los resultados de los buenos oficios de su padre político, que, a pesar de sus dolencias y de su progresiva decadencia intelectual, se esforzaba en ser útil a sus hijos con una energía que nada lograba paralizar. Aun al propio Napoleón había visitado para interceder a favor de aquéllos.

Luego de estas conferencias, el Emperador escribe a Maximiliano y le habla de todos los intrincados problemas pendientes. Al principio, había deseado el monarca francés que aquel nuevo emperador, elevado al trono por obra y gracia suya, gobernase según los principios liberales, para que se percatase el mundo de que la bandera de Francia en el Segundo Imperio era también, antes como ahora, la de la libertad. En estos momentos, empero, comienza a ver que no es posible que con un régimen liberal las cosas anden en Méjico adecuadamente, y aconseja, en consecuencia, a Maximiliano que retenga aún en sus manos el poder absoluto durante algún tiempo, procurando que sus actos sean avalados por una apariencia de poder representativo nacional. "Yo pondría en conocimiento de una tal Asamblea —escribe Napoleón—, que me ocupo afanosamente en la redacción de una constitución, y que, por lo tanto, me veo forzado a solicitar un voto de confianza, que podría significar para mí algunos años más de poder dictatorial...

"Vuestra Majestad ha realizado ya gran abundancia de cosas excelentes, y veo con íntima alegría cómo todo el mundo comienza a

consideraros como en justicia merecéis; pero permitidme que os recuerde que es necesario aplicarse primero a las grandes cosas, a los cimientos y la armazón del Estado antes de que os dispongáis a dirigir vuestra atención a las cuestiones de detalle".

Sobre todo esto tiene ya Maximiliano ideas lo bastante claras. Es sobre la cuestión de los bienes eclesiásticos sobre lo que un consejo hubiese sido para él de mucho valor.

Con el último buque ha llegado también el nuncio repetidamente solicitado, y cuyo envío tanto hizo vacilar al Papa. Eugenia ha escrito a Carlota su concepto de este monseñor Meglia, que, en verdad, no es un concepto que pueda servir de consuelo; parece ser que tiene un carácter poco conciliador y es cualquier cosa menos liberal. Su nombramiento fué la consecuencia de haber comunicado el emperador de Méjico a la curia romana que si no nombraban nuncio regularía los problemas eclesiásticos por su propia iniciativa.

Al Papa habían llegado incesantes quejas del clero mejicano sobre el proceder del Emperador. Los elementos eclesiásticos vivían en la ilusión de que el primer acto de gobierno del Emperador sería la derogación de todas las leyes de reforma dirigidas contra la Iglesia, y especialmente la devolución inmediata de los bienes de la clerecía a sus legítimos dueños, por más que una buena parte habían pasado por ventas sucesivas a segundas y terceras manos. El Nuncio era portador de una carta del Papa que expresaba en amargos conceptos el desencanto de la Iglesia por no haberse tomado aún tales decisiones.

A su llegada fueron dispensados al Nuncio los más altos honores. A un solemne oficio que celebró asistió toda la Corte, y tuvo lugar después una comida de gala en Palacio. El Nuncio sentóse a la derecha del Emperador, quien pronunció entusiastas brindis a la salud del Papa, el padre común de todos los creyentes. El Nuncio se deja obsequiar con gesto equívoco, y luego entrega con sus cartas credenciales la del pastor supremo de la Cristiandad. Al leerla, palidece el Emperador. Han de derogarse todas las leyes de reforma, prohibir cualquier otra religión que no sea la católica, permitir de nuevo la existencia de las órdenes religiosas y, finalmente, poner la enseñanza a cargo de los elementos eclesiásticos, asegurando principalmente también la plena independencia de la Iglesia respecto al Estado.

Frente a esto, ofrece Maximiliano libre ejercicio de todas las confesiones existentes en el país y, al mismo tiempo, proclamar la fe católica como religión del Estado. La curia ha de ceder en lo que

atañe a los bienes nacionalizados, pero el Estado pasará un sueldo a los religiosos.

Tales ofrecimientos determinan una gran indignación en el clero y en el Nuncio. Se reúnen y adoptan los más radicales acuerdos. Al principio, nada se contestó al Emperador, y luego, a sus reiteradas instancias, se le contestó con harta brevedad que el Papa había expuesto su punto de vista en una carta y que no se apartarían ni una pulgada de lo allí expuesto.

Esta contestación fué como un rayo para el Emperador y su ministerio. De un golpe se veían abandonados por el Papa y por todo el alto clero. En un violento enojo, decía la Emperatriz a Bazaine que ya no quedaba qué hacer sino tirar al Nuncio, lleno de ideas alocadas, por la ventana abajo. Tras una tal drástica observación, salió el general sonriendo irónicamente. "Realmente —escribe indignada Carlota a la Emperatriz Eugenia—, se necesita un cerebro enfermo, una ceguera y una testarudez contra lo que nada puede, para sostener y afirmar que el país, imbuído de animadversión a la teocracia, ansía devolver los bienes al clero. Casi como si en pleno resplandor del Sol se nos viniese diciendo que es de noche; pero, desgraciadamente —he de confesar esta humillación para nosotros católicos de este siglo—, la corte romana está tallada en madera semejante".

El Consejo de ministros se reunió bajo la presidencia de Maximiliano. Acordóse, a pesar de las amenazas del Nuncio, mantener en lo esencial la ley de Reforma de Juárez. El día antes de Navidad, Carlota estuvo conferenciando con el Nuncio para tratar de disuadirle de sus propósitos. Más de dos horas luchó la Emperatriz. Tuvo la impresión de haber alcanzado una idea clara de lo que debe de ser el infierno, pues éste debe parecerse a algo así como a un callejón sin salida. Querer convencer a alguien y saber muy bien de antemano que todo el trabajo de conciliación quedará perdido, ya que el uno lo ve todo negro cuando el otro lo considera todo blanco, es un trabajo verdaderamente digno del que mora en el infierno. Todas las consideraciones posibles resbalaban sobre la inteligencia del Nuncio como sobre un mármol pulimentado.

"Nosotros, el elemento eclesiástico, fuímos los únicos que erigimos el Imperio", exclamó finalmente, abandonando ya cualquier suerte de consideraciones.

"Perdón, un momento —replicó Carlota—: no fué la clerecía quien levantó el Imperio, fué el Emperador el día que se puso a la cabeza del país".

Le hace toda clase de sugestiones, de observaciones, con gravedad, en tono amable, tratando que se percate de la importancia de aquellos momentos, ya que la Emperatriz sabía muy bien que una ruptura con la Santa Sede había de reportar funestas consecuencias. De nada sirvió. Meglia se sacude de encima los argumentos como si fuesen polvo y va diciendo a todo que no. Finalmente, llena de enojo, declara la Emperatriz que Maximiliano lo resolverá con órdenes imperiales, y se levanta:

"Ilustrísima Señoría: Pase lo que pase, me tomaré la libertad de recordaros estas penosas pláticas; nosotros no seremos los responsables de las consecuencias que ello tenga; hemos hecho cuanto hemos podido para evitar lo que sin duda acontecerá; pero si la Iglesia no quiere ayudarnos, a despecho de su misma voluntad la serviremos".

En su indignación Carlota informa al punto a su marido de la actitud del Nuncio. La pintura viva y apasionada que de aquellos hechos le presenta su esposa causaron en Maximiliano profunda impresión. Sintióse encendido en cólera. Siempre se había tenido por un buen católico, aunque para él, para un monarca moderno y liberal, no cabía la posibilidad de limitar en su reino la libertad de cultos, ni cabía tampoco, sin profundas convulsiones e imprevisibles dificultades, derogar de una plumada las leyes reformatorias, especialmente la de los bienes de la Iglesia. Si no puede ir de acuerdo con la curia, que era su más ardiente deseo, habrá de ir contra ella. El Emperador menosprecia el influjo del elemento eclesiástico; supone que el Imperio tendrá fuerza bastante para resistir, para dominarlo, sin que le sobrevengan daños esenciales.

Otra vez ha de decidir el Consejo de ministros. Estos se inclinan a medidas menos enérgicas. Maximiliano, empero, es de un gran radicalismo. Fracasa una nueva tentativa de los ministros cerca del Nuncio. Ya en eso, el Emperador promulga, el 27 de diciembre del 1865, el decreto que confirma la nacionalización de los bienes de la Iglesia y autoriza el libre desarrollo de todas las confesiones.

Ahora es el Nuncio quien se siente arrebatado de enojo. Redacta una belicosa protesta. Por tales medidas, la Iglesia es rebajada a la condición de esclava. El edicto imperial es atacado sin miramientos. Casi todas las líneas de aquel escrito de protesta chocan con los modales diplomáticos, y los ministros declaran que no pueden presentar al Emperador aquella *lettre insolente* del Nuncio. Devolvieron el escrito a monseñor Meglia. El 7 de enero del 1865, siguió otro decreto del Emperador en virtud del cual las bulas papales no podían ser pu-

blicadas, ni llevadas a ejecución, sin un exequátur imperial. Aquello significaba una total ruptura con los elementos eclesiásticos ricos e influyentes del país. El clero pobre y bajo no podía prestar ningún eficiente auxilio al Emperador.

Es notable, y así lo hace notar Carlota a su abuela, que no se haya podido lograr una inteligencia con Roma, o sea con los obispos, que nadan en la abundancia cuando los simples sacerdotes se mueren de hambre. Pero no tarda Carlota en darse cuenta qué desagradables consecuencias puede acarrear aquel pleito. "La situación es muy tirante —comunica la Emperatriz a Eugenia—, los obispos nos envían peticiones respetuosas, pero el Nuncio unas notas muy fuera de lugar, y las damas piadosas nos exponen infantiles proyectos; en resumen, todas las pasiones se han desatado, los periódicos extremistas se tiran de los pelos, los liberales acendrados van gritando que vencieron las ideas de Juárez, imagínanse los conservadores que son súbditos temporales del Papa, y son lo bastante tontos —os pido excusas por esta palabra— para creer que la religión consiste en diezmos y en derechos de posesión".

¿Cuál fué el resultado? Maximiliano perdió sus amigos entre los conservadores clericales, de cuya derrota se alegraron los liberales, sin colocarse éstos, no obstante, por ello al lado del Emperador. Éste pierde un apoyo tras otro. El más indignado con tales acaecimientos fué Gutiérrez, clerical fanático. Escribió carta tras carta para mover al Emperador a otorgar las más amplias concesiones a la Iglesia, establecer los jesuítas en Méjico, y mil otros favores semejantes. Ahora, siéntese desengañado en extremo. Pero la fe del Emperador en Gutiérrez quedó, de momento, muy mal parada.

Recibió un golpe terrible cuando fué prendido en Méjico, y desterrado luego, un cierto abate Allean, que llevaba consigo libros de propaganda para excitar a los elementos eclesiásticos y que, al parecer, era una especie de informador secreto de la situación y los acaecimientos de Méjico. Encontráronsele también una carta de Gutiérrez y un informe afirmando que la emperatriz Carlota se consumía de ardor por intervenir en los asuntos del Estado a causa de su desventura de no tener hijos. Se afirmaba que la infecundidad de aquel matrimonio era atribuíble a una enfermedad del Emperador, de la que, ciertamente, había curado, pero que excluía para el futuro cualquier posibilidad de sucesión. Todo era una falsedad. La indignación del Emperador ante aquel clérigo espía fué infinita.

Por otra parte, las circunstancias no eran tan favorables, para que

pudiesen abrigarse mejores esperanzas. Los juaristas se agitaban de nuevo, y algunas bandas de insurrectos se aventuraban hasta las proximidades de la capital, algunas veces a no más de dos kilómetros. Fué preciso organizar una expedición contra las concentraciones enemigas del sur. La situación militar, que más bien empeoraba, se agrava por la tirantez, que en mayor o menor grado, existe siempre entre Bazaine y el Emperador. Ante semejantes incertidumbres se lamenta Carlota a la emperatriz Eugenia de la debilitación del cuerpo expedicionario francés por la repatriación de una brigada, y hace notar que, si le expone aquellas íntimas observaciones, es atendiendo al título de hermana, que es el que la etiqueta otorga, pero también el que confirma su corazón. Bazaine, como francés, está más próximo de su emperador que del extranjero Maximiliano, ya que éste defiende exclusivamente los intereses de Méjico.

Cada vez más se va mezclando la Emperatriz en los negocios del Estado. Cuanto mayores van siendo las dificultades, tanto más claramente se muestra que Maximiliano no tiene talla para afrontarlos y tanto más va situándose en primer plano la figura de la Emperatriz.

Es ella quien escribe a la emperatriz Eugenia y quien redacta a su esposo el borrador de la contestación a la trascendental carta que Napoleón dirigiera a Maximiliano en noviembre de 1864. El tono es esencialmente distinto que cuando escribe Maximiliano, pero deja traslucir también una profunda irritación interna. En verdad, es ampliamente discutido cada consejo de Napoleón, y se abunda en sus deseos y aspiraciones. Al final encuéntrase una frase muy digna de ser mencionada: "Cuanto más estudio al pueblo mejicano, más convencido quedo de que es forzoso el ensayo de traerle la felicidad sin su ayuda y aun contra su propia voluntad". Maximiliano transcribe fielmente lo que su esposa le presenta.

Maximiliano, de quien se dice en París "*qu'il mange du prêtre le matin et du français le soir*" (1), siente en su fuero interno gran repugnancia por toda suerte de luchas y combates y tiene momentos de gran abatimiento. Sólo encuentra alegría y consuelo evadiéndose en el seno de las incomparables bellezas de aquellos paisajes. Cuando en Europa todo está cubierto aún de hielo y de nieve, reina en Méjico la primavera más encantadora. Chapultepec, como Cuernavaca, ofrece la visión de un verdadero paraíso. Maximiliano encuentra que estos dos lugares reúnen la belleza de Nápoles con la paz de Lacroma. Sólo

(1) Que come cura por la mañana y francés por la noche.

falta allí el mar con sus alternativas de furia en movimiento o de solemne reposo; por ello sufre el Emperador en ciertos instantes de la "añoranza del mar", como él suele decir. Cuando el Emperador deja reposar sus miradas desde las terrazas de Chapultepec, que coronan a las rocas de pórfido, por la vasta lejanía que se extiende a sus pies, no llega a sentirse nunca saciado de tanta belleza. En medio del valle, la capital, con su profusión de cúpulas y de torres; a lo lejos, los grandes lagos y los gigantescos volcanes encapuchados de nieve, y, como marco de aquellas peregrinas imágenes, la cadena de montañas flotando en el horizonte en su rica variedad de tonos, desde el más profundo violeta al azul más suave. A los pies de aquellas peñas, los añosos cipreses del bosque de Moctezuma, sobre los cuales se elevan las terrazas del palacio inundadas de arbustos y de flores. En aquel mundo fantástico, casi irreal, se pueden olvidar por unos instantes a los hombres y sus luchas, sus miserias, sus arterías, su cobardía y sus discordias; uno puede concentrarse en sí mismo y embelesarse en el culto de la belleza y de los más puros goces.

Presto las nuevas de la capital llaman al Emperador de nuevo a la gris cotidianidad. Maximiliano ha de temer incluso a los conservadores. Los liberales alimentan estas antipatías del Emperador y llegan al acuerdo de aprovecharlas, hasta el punto de que obtienen el apartamiento de los generales Márquez y Miramón, ambos conservadores extremistas y clericales consecuentes. Logran convencer al Monarca de lo peligroso que resulta dejar el país en manos de unos generales, excelentes soldados en verdad, pero completamente sometidos a la influencia del alto clero, justamente en unos instantes en que el Emperador se halla en lucha con los elementos eclesiásticos. Schertzenlechner, un gran enemigo del clero y con un creciente influjo sobre el Emperador, trabaja también en este sentido, en forma que Maximiliano, con el pretexto de estudios y misiones especiales, envía ambos generales a Europa. Tan allá ha llegado Maximiliano en su apartamiento del partido conservador, que fué verdaderamente el único que le llamó al poder. Pero a pesar de todos los esfuerzos no logró que se le acercaran los liberales ni el grueso de un pelo.

El Emperador y la Emperatriz, abandonados ahora por los blancos de todos los partidos y objeto de las burlas y de los desdenes de la alta clerecía, pretenden apoyarse en los indios y en el clero subalterno. Y no se dan cuenta de que justamente estos elementos no tienen ninguna influencia en la nación. Cuanta más simpatía se tiene hacia ellos, cuanta más atención se presta a sus deseos y fatigas, tanto

mayor es el desvío de los poderosos del país. Las tendencias idealistas de los juicios del Emperador puede decirse que fueron las que abrieron su tumba política.

Maximiliano pretende, valiéndose de pequeñas atenciones y finezas, que las relaciones de amistad con los emperadores franceses se hagan aún más vivas y cordiales. Concede a Napoleón la gran cruz de la orden del Aguila, que se acababa de fundar, con distintivo de collar, y le envía unas conchas, pescadas en los mares de Méjico, que contenían valiosas perlas, para que las use como ceniceros en las mesas de fumar.

El emperador de los franceses, empero, recibe de su embajador Montholon noticias muy poco satisfactorias de la situación en Méjico, que evidentemente contrastan con los informes color de rosa de Bazaine. Eloin, el jefe del Gabinete imperial, es un enemigo declarado de Francia, tanto casi como el ministro mejicano de Relaciones Exteriores. En la burocracia, reina la mayor confusión: todos se ocupan de asuntos triviales, y órdenes y contraórdenes se atropellan unas a otras. Maximiliano se entera por Hidalgo de tales comunicaciones y añade que el diplomático francés no es más que un viejo charlatán sin tacto y sin inteligencia. El propio Napoleón escucha de más buena gana los favorables informes de Bazaine, y como Maximiliano conspira en París contra aquel "charlatán de Montholon", Napoleón decide al fin, en marzo de 1865, trasladarle a Wáshington y nombra para sucederle al embajador Alfonso Dano. Montholon comprendió el verdadero fundamento de esta orden, y así vino a suceder que un hombre poca cosa más que un enemigo del Emperador, desde entonces representaría a Francia en la capital de la Unión Norteamericana, tan extremadamente hostil al Imperio mejicano.

Por todas partes, pues, surgen enemigos del Emperador. Apoyos, no los tiene en parte alguna. Austria, por ejemplo, ha indicado a su embajador, el Conde Thun, que se atenga estrictamente al pacto de familia; respecto a los Estados Unidos, que se manifieste neutral en absoluto, y, en lo tocante a Méjico, que procure no inmiscuirse en los asuntos interiores y ser puramente un espectador y observador de lo que allí suceda. Las dificultades se van, pues, amontonando, pero Maximiliano no comunica nada a la familia. Cuando se leen sus cartas al hermano menor, podría pensarse que Maximiliano llevaba una vida activa pero apacible.

"Los asuntos se van amontonando a medida que el Gobierno se consolida, y me mantienen en tensión desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche —informa sobre su vida privada—. Tengo

unos momentos libres de las ocho a las nueve, que es cuando salgo a dar un paseo a caballo con Carlota, en el delicioso aire de la mañana, y, ciertamente, como todos, con el traje mejicano para montar, que aquí se usa para todo: un sombrero de anchas alas, la chaquetilla corta, los pantalones con pequeños botones de plata y el *plaid* (1) de colores tan útil como pintoresco. Por la tarde, tengo también una hora libre y me paseo como un centinela arriba y abajo de mi terraza. A las nueve, y algunas veces antes, me voy a la cama. Hace algunas semanas recibimos en el palacio una comisión de verdaderos indios, salvajes y paganos, venidos de las más remotas fronteras de la parte norte del país, auténticas figuras de Cooper en el verdadero sentido de la palabra. Ayer, comieron aquí, en los cipreses de Moctezuma, en el mismo lugar donde el emperador indio celebraba sus grandes banquetes".

Maximiliano se esfuerza en adaptarse a las costumbres del país y ser así más querido de la gente del pueblo, mientras acaece justamente lo contrario, pues ésta aguardaba un fausto y esplendor exóticos, y las maneras del Emperador, que procura ser como todos, no aumentan en manera alguna la atracción que sobre el pueblo pudiera ejercer. Sólo los bailes de Corte le reportan algún prestigio y son muy estimados por la alta sociedad mejicana.

"La parte espectacular de nuestra vida —refiere Max— se limita a los bailes que da Carlota, que lucen muy bien siempre y están muy animados. Veríais allí lo más selecto de las bellezas mejicanas flotando en el ritmo de los bailes. Un diplomático tras otro nos visita y eso da lugar a fastidiosas recepciones y banquetes. La cocina y la bodega cuestan grandes esfuerzos, pero son excelentes. Los diplomáticos se hartan y beben sin medida, hasta el punto que, de ordinario, al terminar el banquete, sólo son capaces de proferir sones inarticulados. Nuestro reglamento de Corte ha quedado terminado al fin, un grueso volumen, y he de confesar sin lisonja para mí mismo que es lo más completo que en este campo jamás se haya logrado".

La banalidad de tales cartas pueden producir sin duda la impresión de que el Emperador considera toda aquella empresa mejicana como un simple juego, como un capricho de príncipe. Pero en su cautela, o en su disimulo, dan una imagen completamente falsa de la realidad, que se presenta colmada de ásperas luchas contra dificultades de toda suerte, contra azares desventurados e inauditas contrariedades; en una palabra: contra las insolubles complicaciones y peligros

(1) Manta.

que ahora, al cabo de ocho meses de gobierno, aparecen con una claridad meridiana. Maximiliano parece sentirse como por encima de aquella su vieja Europa: "Ciertamente, siento la añoranza de los laureles de Lacroma, de las adelfas de Miramar y del profundo azul del Adriático; pero no me arrepiento de mi vida presente, toda ella entregada a la acción, a la creación, a la lucha. Si se disipó en verdad el tranquilo gozar de la vida, encuentro gran consuelo en la idea de que sirvo a la humanidad y que logro verter unas pocas gotas de aceite en el gran lampadario del progreso y la liberación del hombre. Si ya no vienen a mí las brisas del Adriático, los perfumes de Lacroma, vivo aquí en un país libre, entre un pueblo libre, donde reinan principios que en mi patria, en Austria, ni cabe soñarlos de noche. No hay aquí limitaciones que me opriman, y aquí puedo declarar sin ambages que me propongo lo que considero lo mejor y más justo. Si Méjico está atrasado en muchas cosas, si carece de un verdadero bienestar y desarrollo material, por lo que atañe a los problemas sociales, a mi juicio los más importantes, está muy por encima de Europa y especialmente de Austria. Aquí entre nosotros reina una sana democracia, sin fantasmagorías enfermizas al estilo europeo, sino dotada de aquella fuerza y aquella convicción que tal vez se desarrolle entre vosotros después de haber pasado por cincuenta años de luchas crueles. Los juicios europeos sobre este país son casi todos falsos; no se puede , ni en verdad se quiere, comprender la situación de aquí; se tiene demasiada altivez para confesar que nosotros los americanos, en los puntos más importantes, estamos un buen trozo por encima de ellos. Todo cuanto se ha dicho de la clerecía y de su influjo todopoderoso es fundamentalmente falso, como también que los indígenas sean débiles y de mala índole. La gran mayoría es aquí liberal y anhela el progreso en el pleno sentido de la palabra".

Con tanta jactancia y orgullo se pavonea aquel americano recién salido del horno de la grandeza de su Imperio y de su tendencia progresiva, convicciones que se trasparentan claramente en sus últimos actos de gobierno. Moralmente, quizá tenga Max razón en todo cuanto se propone y realiza; pero Méjico, por mucho tiempo, no estará maduro aún para ser campo de acción de un hombre que pensaba y obraba tan liberalmente, sin pasta de diplomático, poco precavido, impulsivo en exceso, que sigue con rapidez y sin miramientos sus propias convicciones. Solamente teme Max que Napoleón retire las tropas antes que todo haya sido llevado a cabo. "Me es preciso —escribe, a primeros de febrero de 1865— un poder fuerte para llevar a cabo

las mejoras indispensables. Hay que obligar a esta gente a lo conveniente".

Sea como fuese, Maximiliano es optimista. Carlota demuestra una actitud muy diferente. En los últimos meses del año 1864, creyó realmente que un pacífico progreso iría arrinconando poco a poco las viejas discordias y mejorando las cosas hasta darles una solución agradable. Llegó el Nuncio y todas las perspectivas quedaron trastornadas. Todas las esperanzas de unión, aun en otros asuntos importantes, por ejemplo la construcción del ferrocarril a Veracruz, quedaron desvanecidas. La gente sólo piensa, como dice Carlota, en arrancarse los pelos unos a otros. Los periódicos han de ser suspendidos por sus salvajes acometidas, las partidas de sublevados van en aumento, los enemigos del Imperio ventean días mejores. "El Padre Santo —opina Carlota— tiene harta razón cuando, en tono de chanza, dice de él mismo que es un *jettatore*, un hombre que causa mal de ojo. Pues es el caso que, desde que su representante ha puesto el pie en nuestra tierra, no hemos tenido sino sinsabores, y aun aguardamos para el porvenir una buena cantidad de ellos".

Maximiliano, en su estricto sentido de la justicia, ha ordenado que se investigue en cada caso si la venta de los bienes confiscados por Juárez fué en su tiempo perfectamente regular. Los elementos eclesiásticos quedaron heridos de muerte por no haberse derogado las leyes de reforma; pero con esta nueva disposición, son ahora sus contrarios los que se desazonan.

"Desde hace un mes estamos atravesando una fuerte crisis —escribe Carlota a la emperatriz Eugenia—; si se resiste victoriosamente, el Imperio mejicano tiene asegurado un porvenir; si acontece lo contrario, no sé lo que me atrevería a profetizar. Los primeros meses encontraban que tener un gobierno es algo excelente; pero si uno se afana por trabajar, con entusiasmo, con emoción, le maldicen. Es la nulidad, la indolencia, que no quiere ser destronada. Tal vez Vuestra Majestad cree, como yo misma, que la nulidad es algo incorpóreo, pero resulta justamente lo contrario: en este país se choca con ella a cada movimiento, a cada paso. Es como de granito, es más poderosa que el espíritu humano, y sólo Dios puede doblegarla. Menos penoso sería construir las pirámides de Egipto que vencer la nulidad mejicana. Pero todo ello no sería de una importancia capital si no existiese el hecho de que el ejército expedicionario ha sido disminuído y, por ende, la fuerza del Gobierno.

"Es muy bella cosa andar diciendo, como todo el mundo, que

Méjico está muy bien organizado, que puede perfectamente sostenerse sin ayuda de nadie; pero yo prefiero atenerme a las verdaderas realidades. Para civilizar este país, se ha de ser dueño absoluto de él; para poder maniobrar con desembarazo, se ha de impresionar a cada momento a la gente con fuertes y lucidos batallones: condición tan indispensable que casi no se puede discutir.

"Las tropas están muy acantonadas y, además, creo que, en lugar de retirar algunas, mejor sería aumentarlas en lo posible.

"Nosotros podemos, en caso necesario, refugiarnos en una provincia alejada, como ha hecho Juárez; podemos regresar a nuestro país de origen; pero Francia necesita el triunfo, ha de triunfar, porque su honor anda en juego... Ahora se trata de hacer un último esfuerzo para coronar la obra. En caso contrario, dentro de unos meses todo será más difícil y tal vez ya sin ningún beneficio. Vos, querida y respetada hermana, que tanto habéis hecho por esta nación, estoy cierta que no la abandonaréis, y me sirve de garantía y sostén de mi confianza esa mano vuestra que, el 10 de abril de 1864, escribía aquellas líneas decisivas: "Podéis contar para siempre con mi amistad y mi ayuda".

Apenas si se menciona en la carta al general Bazaine, mientras el general Douay es objeto a cada momento de los mayores elogios. Adivínase entre líneas el deseo de los Emperadores de que Bazaine sea substituído por Douay.

En el ejército, se producen divergencias profundas entre los oficiales mejicanos y los europeos. Sucede con frecuencia que un joven teniente francés se niegue a obedecer las órdenes de un general mejicano. Y ya comienza a mostrarse, sin lugar a dudas, que no es sólo la capacidad de Maximiliano, sino también su extremada nerviosidad, lo que le priva dominar tal desorden. Las personas que rodean de cerca al Emperador no son las más apropiadas para ayudarle en un empresa tan trascendental como es la organización de un gran imperio desgarrado por las más terribles luchas de partido. En los errores de los últimos tiempos, especialmente en la brusca ruptura con el Nuncio, tenían una parte no pequeña el francmasón Eloin y el anticlerical convencido Schertzenlechner. Aquel antiguo ayuda de cámara, aquel personaje subido de la nada, anda murmurando siempre de los "curas" y aconsejaba simplemente que "se colgase a tales rebeldes", ya que era esta la única manera posible de tratar a aquella gente. El influjo y el proceder de aquel hombre, que carecía de las capacidades intelectual y social necesarias para ser el

consejero íntimo de un emperador, llenaba de profundo desagrado a todas las demás personas del círculo de Maximiliano. Indignado, escribía a la patria el Conde Bombelles, ayudante privado del Emperador: "Schertzenlechner está ahora en la cúspide. Va tan lleno de jactancia, se hincha tanto, que no tardará en estallar".

En la Corte habíase inventado un sobrenombre para aquel personaje. En la ciudad de Cholula, donde en tiempos de Moctezuma, existían como unos cien templos para sacrificios, llamábase la torre del mayor de ellos, conservado en su mayor parte hoy día, "el gran Cu". Se comparaba al antiguo lacayo, que ascendió a una tan encumbrada situación gracias al favor de su rey, con la vetusta torre, pero alteraban la palabra Cu, para hacer alarde de cuán poco apreciaban, en oposición al Emperador que las valoraba infinitamente, las fuerzas intelectuales de Schertzenlechner: la convertían, pues, en Mu, en recuerdo del mugir de los bovinos, y según ello llamaban a Schertzenlechner "el gran Mu".

Son espíritus ingenuos los que llevan la casa del Emperador, pero ven las cosas con una claridad maravillosa, aunque por lo menos no suelen echar nada en cara a los demás. "El gran Mu está otra vez malhumorado, agresivo, brusco —refiere la esposa del cajero Kuhacsevich hablando de cómo andaban las cosas en palacio—. Su Majestad el Emperador no quiere crear más caballeros condecorados, lo encuentra una banalidad fatua. Así desaparece la posibilidad de que el gran Mu lo llegue a ser. El Mu disputaba sobre eso con la Emperatriz; ya veremos las consecuencias que tendrá la cosa. Pues algunos han sido distinguidos con encomiendas y condecoraciones austríacas, ¡pero él no!

"El desorden va creciendo. Günner, un oficial de la guardia del palacio, habría de tener doce cabezas, porque todo recae sobre él; ha de ser caballerizo mayor, secretario, gran chambelán, arquitecto, jefe de la cocina, y todo por cincuenta pesos. Conmigo sucede algo semejante. Camarera mayor, encargada de recibir, lectora, secretaria, inspectora de las cuadras, sirvienta, lechera, mozo de cuadra; Günner y yo nos estamos telegrafiando todo el día. ¡Vaya una administración! Pero nos mantenemos en buena salud, y aun alegres en ciertos momentos, cuando por la noche nos reunimos en nuestra casa.

"Los curas están furiosos, no hacen más que conspirar (sic), un general ha huído de Méjico y está con 1.000 hombres a seis leguas de aquí; han sido reforzadas las guardias. Nadie viaja de aquí a la ciudad sin revólver; cada día hay más robos y más asesinatos. El

gran Mu gobierna que es un gusto y anda diciendo que todo marcha a pedir de boca, en un país donde no está segura la vida de nadie. Su Majestad siempre le va buscando, para aconsejarse con él lo que en cada caso haya de hacer. Seguridad sólo existe con los franceses, la misma Emperatriz lo dice. Todos dicen aquí que habría que colgar un par de obispos. El hecho es que hay que temerlo todo, incluso los venenos".

Eloin, el propio jefe del Gabinete, contempla las andanzas de Schertzenlechner con muy poco agrado. Eloin ha puesto en evidencia que aquel personaje, a pesar de sus nuevas prebendas, cobra una pensión como lacayo de la corte austríaca, y no vacila en exponer el hecho al propio Emperador, que censura vivamente un proceder semejante. Schertzenlechner, que sabe muy bien qué enemigo tiene en Eloin, azuza dos empleados del Gabinete contra él, con cuyo motivo Eloin le hace sentir su manera brusca y expeditiva de defenderse. Se producen violentos rozamientos, en el curso de los cuales, Schertzenlechner lanza tales imputaciones contra Eloin ante el propio Emperador, que Maximiliano exclama al fin indignado: "No mienta usted". Ambos personajes se cubren de denuestos e improperios en presencia de Maximiliano, como dos golfos de la calle, y el resultado final fué que Schertzenlechner pidió inmediatamente el retiro y renunció a todas sus dignidades.

El jefe del Gabinete militar francés, Loysel, contemplaba con satisfacción la lucha del belga y del austríaco, pues ambos venían a ser para él una espina en el ojo, por cuanto relacionaba con ellos la aversión del Emperador hacia los franceses.

Gran júbilo reina en toda la Corte imperial por el despido de Schertzenlechner, "Se respira hondo —escribe la señora de Kuhacsevich— desde que el gran Mu está fuera... Para el Emperador ha sido una gran felicidad; él mismo me lo ha confesado, tal vez con la intención de avalar los actos del gobierno. Era un personaje que no podía sufrir a nadie con el Emperador, que calumniaba a todos y acuciaba contra todos. El Emperador sólo oía y veía a través de él y, no obstante, sabía cuán vengativo y bajo era. La Emperatriz me preguntó poco antes de la ruptura si era cierto que había sido lacayo, y no podía comprender cómo el Emperador había tenido gusto en elevarlo a tanta altura. Pero lo cierto es que la propia Emperatriz, unas semanas antes, lo consideraba un gran hombre de Estado, nacido ya con todas las condiciones para serlo. ¡Oh favor de las cortes, humo nada más! Un ejemplo para todos, triste ciertamente".

Schertznelechner, que intentara antes todo lo imaginable para obtener baronías y condecoraciones, cae ahora en desgracia, pierde jerarquía, queda descalificado. Se niega a volver a Chapultepec, aunque el Emperador le ha llamado allí. Divulga la falsa nueva de que 7.000 indios sublevados avanzan sobre Méjico, y otras muchas más. Maximiliano quiere concederle el título y la pensión de un consejero de Estado, así como libre estancia en el palacio de Lacroma para él y también para cierta dama de pelo rojo a quien profesa gran afecto. El emperador Maximiliano teme las indiscreciones de su antiguo secretario, sobre todo en lo que se refiere a la protesta secreta contra el pacto de familia. Schertzenlechner, empero, no quiere aceptar nada sin que antes se le haya dado satisfacción. Está convencido de que el Emperador acabará muy mal, que tendrá su castigo, y sale del país dejando sin contestación una carta de Maximiliano donde se habla del grande dolor y disgusto que quizá le haya ocasionado. Vuelve a Austria y no se oye hablar más de él. Ahora queda Eloin único señor del Gabinete. El buen hombre ha notado desde hace tiempo que no goza del favor de los franceses y él, a la recíproca, trata de influir en el Emperador contra ellos. La Emperatriz, por cuyas venas corre sangre francesa, esfuérzase aún en hallar una conciliación, obtiene para Bazaine la gran cruz de la orden de Leopoldo y le dice en la carta adjunta que no es preciso enviarle además una corona de laurel, porque él, con sus propias manos, la está tejiendo.

Es una donosa alusión a una victoria militar obtenida por Bazaine últimamente sobre una columna juarista mandada por Porfirio Díaz que cayó entera en sus manos, incluso el general.

En la cuestión eclesiástica, el Emperador mantiene su firmeza. Es cierto que envía una comisión a Roma con la consigna de esforzarse de nuevo para obtener un acuerdo y ultimar un concordato. Mientras esta embajada se encuentra aún en alta mar, manda poner en vigor sus conocidas órdenes, que es tanto como socavarle de antemano la base. El problema de la Iglesia queda en pie. Al poner en práctica los decretos del Emperador, tanto él como la Emperatriz se dan cuenta de que cada medida determina una terrible conmoción, cada reforma viene a ser como una revolución social. Maximiliano teme la mala impresión que pueda causar el curso de aquellas dificultades con la Iglesia y envía a su país un informe argumentado y detallado sobre las negociaciones con el Nuncio, de quien afirma que se comportó de manera increíble.

El Nuncio, empero, abandona a Méjico, y pocas lágrimas derrama Maximiliano al ver partir aquel eclesiástico "tenaz y brusco, de maneras violentas y poco diplomáticas". El propio Emperador declaró aún al Nuncio el día de Pascua, en la capilla, después de la santa misa, que se consideraba un buen católico, mejor que muchos otros reyes. No exigía otros derechos que los reconocidos por Roma a otras naciones católicas; pero que si la curia echaba mano de las amenazas, no era un hombre dispuesto a ceder en ningún punto, y bien capaz de arrostrar las consecuencias con energía y serenidad. Él, el Emperador, creía que en tales cosas no había que responder sino ante Dios y ante su conciencia.

Parece como si Maximiliano no hubiese tenido aún bastantes cuestiones enfadosas y bastantes enemistades. En noviembre de 1864, Francisco José presentó al Consejo imperial autríaco el pacto de familia de Miramar, que era tanto como entregarlo a la publicidad. Y todo ello ocurrió a espaldas de Maximiliano y le ocasionó gran disgusto. Pues, justamente por aquel entonces, en vista de la gravedad de la situación y de las enervantes discordias con la clerecía, fué discutido entre los imperiales esposos, por un momento, si no sería el mejor partido renunciar a la empresa y emprender el retorno a Austria. Pero ahora no cabía ya hablar de ello.

Amargado, escribe Maximiliano a Hidalgo, en París, que con semejantes procedimientos se le obligará por su parte a publicar documentos que pondrían a discusión personas de las más encumbradas. Y aludía con ello abiertamente a su hermano Francisco José. Además, presenta una protesta oficial ante las grandes potencias europeas. El Emperador trata al embajador austríaco con dureza, desvía siempre la conversación y a lo más se ocupa con él de cosas banales. Por otra parte, manda publicar en un periódico mejicano una "Carta de Venecia", llena de odio hacia la política austríaca en lo referente al punto sensible de Venecia, en poder aún de Austria por aquel entonces. El Emperador fustiga con dureza la manera cómo es gobernada aquella provincia: "Todo el que puede huye por la frontera italiana". Este paso de Maximiliano no queda sin repercusiones en Viena. Se habla de que puede originarse una ruptura de las relaciones diplomáticas entre los Imperios de los hermanos. El Gobierno austríaco amenaza con no cubrir las bajas de la legión que lucha en Méjico. Francisco José está furioso, y los juaristas no desperdician la feliz oportunidad para andar diciendo por todas partes que Maximiliano considera su gobierno en Méjico como un pasatiempo, mientras va tramando la

conquista de más altos lugares que de momento no están disponibles.

En la corte de París, las malas nuevas que llegan de Méjico son una fuente de perplejidad y confusión. En 15 de febrero, anunció Napoleón a la Cámara que el trono de Méjico se consolidaba, que el país volvía de nuevo a la paz y comenzaba a abrir sus veneros de riqueza. Para no verse castigado por sus propias mentiras, Napoleón acepta los deseos expuestos por carta por Maximiliano y Carlota, a excepción del aumento de tropas, y promete hacer cuanto pueda para que la curia se muestre un poco más complaciente.

Menos cordial se muestra Eugenia. Su gran entusiasmo de los primeros tiempos por la acción de sus amigos va desapareciendo visiblemente. Apenas si alega nada a los reproches de su marido y a las voces de la oposición que critican la empresa mejicana. Se muestra de gran susceptibilidad a las noticias que llegan de Méjico, y las cartas de la emperatriz Carlota no le traen sino confusión. Su mal humor se desata especialmente contra la esposa de Maximiliano. Encuentra que en la cuestión de la Iglesia se aventuró demasiado y que trató al Nuncio con excesiva violencia. Rehusa el deseo de que fuese substituído el jefe de Gabinete de Bazaine alegando motivos justificados en apariencia, y contesta que tiene al Mariscal por uno de los mejores soldados de Napoleón. Su marido no expuso nada en aquel juego que atañía al honor de Francia, pero ciertamente resultaba una difícil empresa dominar todos los puntos de un Imperio tan vasto, y por lo tanto las sublevaciones serían inevitables. Y después de esto, no se recata en afirmar que tal vez Carlota la encuentre demasiado optimista, y le recomienda como réplica que siempre hay que serlo un poco, ya que un ánimo optimista resuelve a lo mejor grandes aprietos. En realidad el optimismo de Eugenia lleva camino de desvanecerse por entero y la pareja imperial mejicana comienza poco a poco a perder su mejor amiga y el apoyo de París.

Napoleón se siente presa de gran inquietud por cuanto el platillo de la balanza en la Guerra de Secesión americana se va inclinando más y más a favor de los estados del Norte. Hace presente a Bazaine que trate de pacificar las provincias del norte de Méjico empleando solamente tropas mejicanas. Quiere evitar a toda costa que las tropas francesas se acerquen demasiado a la frontera norteamericana. Comienza el Emperador francés a prever que se halla próxima la victoria de los del Norte y con ello ve agigantarse el peligro de su aventura ultramarina, contra la que tantas voces de la opinión pública de Francia se expresan cada día con violencia mayor.

CAPÍTULO X

Comienza el hundimiento

La frecuencia de pequeñas victorias aquí y allí y la conquista de más amplias regiones de Méjico provocaron en Bazaine un punto de vista demasiado optimista sobre la situación militar. Al principio, había afirmado reiteradamente al general Douay que, a finales de 1864, todo andaría en orden y el ejército francés podría abandonar a Méjico. El Mariscal sabía muy bien que su jefe supremo, y toda Francia con él, anhelaban el regreso del ejército expedicionario y por esto repatrió, en las postrimerías de 1864, una brigada. Con avisada cautela tomó aquella brigada de la división del general Douay, que era persona adicta a los Emperadores.

También uno de sus brigadieres, el general D'Hérillier, es muy favorito de la emperatriz Carlota y no se puede contar realmente entre los amigos de Bazaine. Cuando a la primera brigada siguió la segunda, fué el momento de desembarazarse de aquel criticón de Douay, que tiene buenos padrinos y amigos en París y aun podría llegar a ser un rival. Maximiliano y Carlota hacen todos los posibles para impedir la repatriación de la brigada, pero en vano. La debilitación del cuerpo expedicionario no concuerda en manera alguna con la verdadera realidad de la situación. En aquellas marchas y contramarchas, cuando un lugar es abandonado por las tropas francesas, Juárez lo ocupa inmediatamente y sus hombres cometen las mayores atrocidades y venganzas con los funcionarios imperiales y los amigos de Maximiliano. No es de extrañar, pues, que en las ocupaciones realizadas por las tropas imperiales la gente se muestre recelosa y angustiada.

Maximiliano espera mucho de las actividades de los 6.000 voluntarios austríacos y los 1.200 belgas que llegan a Méjico a principios del 1865. Instruídos y armados a toda prisa, no son de una eficiencia comparable a la de los regimientos franceses; pero ni los soldados ni los oficiales están dispuestos a dejarse tratar como si fuesen tropas mejicanas. Pensando en la recomendación del jefe supremo, el Em-

perador francés, de mantener los elementos franceses del cuerpo expedicionario lo más lejos posible de las fronteras de la Unión, emplea Bazaine las nuevas tropas en el sector norte del país; pero no logra impedir que se produzcan profundas divergencias entre las cuatro naciones representadas en el ejército mejicano.

Los informes de Bazaine sobre la situación militar de Méjico, favorables hasta entonces, engendraban falsas impresiones en el ánimo de Napoleón. En ninguno de ellos se habla, empero, de paz; las tropas imperiales mejicanas están luchando por todas partes. Los destacamentos franceses sufren incluso derrotas locales; en 1865, el propio general Castagny hubiese caído prisionero si el veloz caballo de pura sangre que montaba no le hubiese procurado ventaja al perseguirle los jinetes juaristas. Las tropas imperiales compuestas de mejicanos, con frecuencia se pasan al enemigo, y aun generales que habían abandonado la causa de Juárez vuelven a él con tropas y material. Por todas partes el espíritu republicano levanta la cabeza. Juárez traslada su cuartel general de la frontera norte más hacia al sur, a Chihuahua, y anuncia en un manifiesto que el día del triunfo se va acercando. Los 27.000 hombres de tropas francesas están muy diezmados por los continuos combates y las incesantes marchas y contramarchas por un país hostil e inhospitalario. Su sostenimiento absorbe unas sumas tan inmensas que el Tesoro mejicano no puede pensar de ninguna manera en distraer fondos para otras atenciones, como, por ejemplo, para atender las apremiantes peticiones de Francia. El importe del primer empréstito se aplicó casi por entero a los gastos de la campaña.

El Emperador se encuentra desesperado ante tan desfavorable desarrollo de la situación. Escribe especialmente al Mariscal para decirle que, a su juicio, derrocha "sin cesar y con ligereza" grandes sumas de dinero, que en ocasiones obliga al Gobierno a gastos innecesarios. En París, se ven también obligados, en lugar de cosechar ventajas financieras e indemnizaciones, a lanzar nuevas cantidades en las fauces del monstruo mejicano. El ministro Fould y los cuerpos colegisladores instan al Gobierno para que empleados franceses se incauten de la única fuente segura de ingresos del lejano Imperio, las aduanas de los puertos, y las administren "por cuenta del Estado mejicano". Napoleón, apretando este tornillo de la máquina financiera, que pone al emperador de Méjico a merced suya, puede obtener "la regulación del problema de las deudas que Francia acredita". De tal modo entregaría indefenso a Maximiliano en manos de Ba-

zaine, pues sin jurisdicción sobre las fuentes de ingresos del Imperio, que manaban ya con escasez bien ostensible, no podría hablarse de una verdadera independencia del Gobierno mejicano. Napoleón está en disposición adecuada para poner duras condiciones a Maximiliano, porque está gestionando en París un nuevo empréstito. Amonesta con insistencia al emperador de Méjico para inclinarle a la economía y subraya que los problemas financieros han de ocupar el primer plano.

El nuevo empréstito ha de ser meticulosamente empleado y administrado. ¿Qué pasará con esta operación? El Estado mejicano va a ser de nuevo cargado con una deuda nominal de la nación de 250 millones de francos. Para tales atenciones sólo han ingresado unos 170 millones, de los cuales únicamente una escasa porción, unos 70 millones, han llegado realmente al Tesoro mejicano. Solamente los intereses de la deuda de la nación exigen más de la mitad del conjunto de los ingresos líquidos del Imperio. La aparente protección de París parece en realidad un procedimiento calculado para hundir a Méjico en la bancarrota. A la terrible situación financiera hay que añadir el crítico desarrollo de los asuntos militares, en cuyo terreno no se hacen más que experimentos y nuevas combinaciones. Aquí choca Maximiliano con Bazaine; la oposición es cada vez más ostensible. Bazaine actúa ya como un tutor de Maximiliano en lo financiero y en lo militar.

La independencia del Emperador es cada vez más exigua, por más que se esfuerza con denuedo contra todos en mantener su prestigio. Cuanto más cuenta se da de que la ayuda de París no es suficiente, de que no se le ayuda lo que hace falta, tanto más siéntese inclinado a cargar la culpa de los fracasos en los oficiales y funcionarios franceses. Su enojo contra Bazaine va creciendo a medida que aumenta el poder y el influjo del Mariscal. Comienza a mostrarse reservado incluso con Hidalgo, su representante en París. Este personaje parece no representar adecuadamente los intereses de Méjico ante los ministros de París y los emperadores franceses. Poco a poco va convenciéndose Maximiliano de que Hidalgo se halla interesado materialmente en la empresa de Méjico y que su apasionada intervención en la fundación de una monarquía se enlazaba con aquellos intereses. El padre de Hidalgo fué declarado traidor a la patria, en agosto de 1862, por un decreto de Juárez y, como castigo, fuéle impuesta la confiscación de todas sus propiedades. Su hijo, ya en 1863 comenzó a luchar por la devolución. Cuando Maximiliano llegó a Méjico, entregó a Hidalgo una gran suma en moneda

contante que procedía de los fondos del Estado. Y ahora, medio año después, Hidalgo insiste cerca de Eloin en que sus propiedades, ciertamente, le han sido restituídas, pero devastadas e improductivas. Los daños ascienden a más de 100.000 piastras. Ruega que, si no se le puede indemnizar debidamente, las adquiera el Estado.

La familia de Gutiérrez no se queda corta en lo tocante a bienes materiales. También a ellos se les devolvieron las propiedades, pero piden igualmente que se les indemnice de las devastaciones que han hallado. Maximiliano conoce muy bien la bajeza de tales pretensiones, pero siéntese ligado a ambos por los servicios prestados y, en lugar de responder, como sería muy oportuno, que los solicitantes fuesen a Méjico, para explotar convenientemente sus haciendas, parece inclinarse ante esas exigencias.

Si parece germinar en Maximiliano la desconfianza hacia las personas que más habían trabajado en favor suyo, conserva, ahora como antaño, una fe ilimitada en Napoleón. Parece como si no se diera cuenta de que las cartas de éste pierden cada vez más en cordialidad y que sus consejos se convierten cada vez más en mandatos. El Emperador fundamenta sus esperanzas en que Napoleón siempre le guardará amistad y que sabrá mantener las promesas que le hizo cuando Maximiliano aún no se había decidido a aceptar la corona. Y busca el fundamento de sus relaciones, siempre de un tono enojoso, con la corte francesa, en cualquier otro motivo que en una mudanza de propósitos de Napoleón.

Maximiliano resulta un extraño en su país y como tal ha de superar la resistencia que ofrece el sentimiento nacional de algunas personas, que por otra parte están bien dispuestas hacia él. Todas aquellas dificultades que a su paso se amontonaban, un hombre en la situación de Maximiliano las hubiese podido dominar solamente como soldado, con una fuerza militar bien pertrechada y animosa. En lugar de esto, agota su capacidad de trabajo con la promulgación de innumerables órdenes, generosas ciertamente, imbuídas de espíritu liberal; pero que, por falta de energía, de potencia suficiente, no llegan a ser realizadas. Sirven sólo para llenar los archivos. Bazaine, que cuenta con la fuerza necesaria para prestar efectividad a sus órdenes, ciertamente no trabaja para sí, pero mucho menos para el emperador Maximiliano. Es el sirviente fiel de su señor de París y tiene su corazón en Francia, y siéntese, por lo tanto, dominado por la idea de su regreso y del de su ejército. Tantas angustias, excitaciones y afanes no quedan sin efecto en la salud de Maximiliano,

por lo demás harto delicada. En marzo de 1865, es presa de una gripe rebelde. Algo mejorado ya, comienza a presentar síntomas de disentería. Tórnase el Emperador desmedrado, de gran delgadez, nervioso; su humor oscila siempre entre una exagerada alegría o un profundo abatimiento.

La Emperatriz es de otra madera. En todo momento afanosa por ayudar con sus fuerzas a su marido en el cumplimiento de sus arduos deberes, en cuya aceptación ella tuvo tanta parte, da constantes muestras de prodigiosa actividad. Está convencida siempre de sus condiciones para actuar en las más difíciles tareas. "Podría perfectamente —escribe a su antigua amiga la Condesa Grünne— mandar, en caso de necesidad, un ejército. ¡No se ría usted de mí! Tengo ya cierta experiencia militar sacada de la pequeña guerra de este país que cada día vengo contemplando, y en los momentos precisos me sentiría sin duda capaz de grandes realizaciones en este campo".

También subscribe Carlota aquellas palabras del primer Napoleón que "imposible" no es una palabra francesa. "Me parece —opina Carlota— natural en extremo que, en una situación como la mía, una mujer, que no es madre de familia preste ayuda directa a su marido. Por otra parte, ello constituye mi deseo mayor, ya que es vivísima en mí el ansia de una ocupación útil".

Las relaciones entre los esposos son perfectas, por más que algunas veces se note entre ellos cierta reserva y ceremonia. Ambos sufren con la idea de la falta de sucesión, de unos hijos tan deseados, pero molesta a la Emperatriz que la gente hable de ello. Carlota hace resaltar, especialmente ante su abuela, los excelentes términos de las relaciones con su marido: "Max y yo estamos muy unidos, tanto en política como en cualquier otra materia, y no es posible imaginar que nadie, sea en lo que sea, pueda separarnos". Pero ambos sienten una inclinación excesiva a encarecer los acaecimientos favorables, aunque no sea más que para no dar razón a los sabihondos de Europa que pretendían disuadirles de su querido sueño.

"Avanzamos con calma, pero decididamente y bien —informa Maximiliano a su suegro—. Mientras en otros países el soberano, con grandes esfuerzos, ha de tirar de las riendas y poner doble freno, aquí, al contrario, precisa espolear, acuciar. Pero las cosas andan mejor de lo que yo esperaba al principio; la gente va cobrando alegría en el trabajo y confianza en el porvenir. Aquella impresión de total apatía comienza a desvanecerse. En la cuestión religiosa, se van calmando los ánimos y todos van viendo ya, aun los pro-

pios obispos lo confiesan, que Roma ha pedido lo imposible..."

Pero la cruda realidad castiga estas falsedades de los rosados informes del Emperador. En el invierno y la primavera de 1865, la balanza de la Guerra de Secesión se inclinó a favor del Norte. El Norte aplastó con su potencia a los estados del Sur, a pesar del heroísmo de que éstos dieron muestra. Los momentos decisivos se avecinan, los ejércitos del Sur se fragmentan, comienzan a descomponerse; los oficiales pierden el ánimo, la situación de los confederados se hace desesperada. Ya ha de comenzarse a considerar qué influencias va a tener en los cálculos políticos esta inminente victoria de los estados del Norte. "Las potencias de Europa —observa el embajador austríaco en Washington— habrán de contar en lo futuro con este pueblo orgulloso y susceptible". La Guerra de Secesión se acaba. El 9 de abril, capitula el Sur, la Confederación deja de existir; la guerra civil, con sus dos mil quinientos combates, ha costado la vida a cerca de un millón de hombres y fabulosas cantidades de dinero. Y no menor es el orgullo que engendrara en los estados vencedores. Ahora los Estados Unidos tienen las manos libres y a su disposición un ejército aguerrido y ensoberbecido por la victoria. Desde este momento, podría interferir, si le pluguiese así, de muy distinta manera en los destinos de los Estados limítrofes y quizá del mundo.

Para el monarca mejicano es un golpe fatal. Hasta el presente, Washington no ha permitido ninguna suerte de relaciones diplomáticas con el Imperio. Vuelve y vuelve Maximiliano a llamar a la puerta, a suplicar, pero sus enviados son tildados de "agentes revolucionarios" de un país con cuya autoridad soberana, o sea con Juárez, mantienen los Estados Unidos relaciones diplomáticas llenas de cordialidad. En el mismo París, la nueva situación determina gran preocupación; los emperadores franceses veían peligrar su empresa de Méjico y aun asomar en el horizonte la posibilidad de una guerra con los Estados Unidos.

El temor de tal conflicto desempeña en lo sucesivo un importante papel en las decisiones de Napoleón y de Eugenia en lo referente a Méjico. Los Estados Unidos envían inmediatamente órdenes a su embajador en París para que entable negociaciones sobre las operaciones en Méjico. El Gobierno francés contesta, en tono condescendiente, que la repatriación de las tropas expedicionarias es algo decidido ya desde largo tiempo y será realizada poco a poco.

Vense ahora las consecuencias del menosprecio de Maximiliano por la gran fuerza del Norte, que consideraba simplemente como si

no existiese. Pondera ahora en su ánimo lleno de angustia cómo podrá enfrentarse con semejante peligro. Y no logra hallar otra salida que dirigir voces de auxilio a Napoleón y a su padre político el rey Leopoldo. Seguridades de las grandes potencias europeas podrían proteger a Maximiliano de la amenaza que le viene del Norte. Una embajada especial podría tal vez obtenerlo. ¿En quién poner, empero, la confianza?

A la solución de este problema contribuyó una victoriosa intriga de los franceses de Méjico. Eloin, el jefe del Gabinete civil del Emperador, desde tiempo venía a ser una molestia para aquéllos. Representaba realmente los intereses del Emperador y no los de Francia, como Loysel, el jefe del Gabinete militar, que en primer lugar se sentía oficial francés y solamente luego servidor de Maximiliano. Era, por lo tanto, Eloin rudamente combatido por los franceses, pero también por todos los partidos del país, por cuanto era extranjero y ocupaba un lugar muy a propósito para un mejicano de prestigio.

Con habilidad, los franceses saben hacer llegar a oídos de Maximiliano, muy celoso de sus derechos de soberano, que el Gabinete civil se ha erigido de hecho en el verdadero Gobierno central y que Eloin se asigna un poder tan grande, como ni el propio Emperador lo tiene. Cae Maximiliano en la trampa que se le tiende y escoge a Eloin para aquella misión, con el fin de apartarlo de su cargo y dar así un ejemplo de energía.

Mientras, proyecta Maximiliano una campaña política contra los Estados Unidos, Eloin ha de trabajar la cuestión cerca de las potencias; otro representante entregará en Washington una comunicación de pésame del Emperador con motivo de la muerte del presidente Lincoln, con la encomienda de aprovechar la ocasión para buscar contacto con aquel país. Pero el Presidente negóse a aceptar la carta y a recibir al enviado. Aun la Emperatriz se alarma ante el desarrollo de los acontecimientos en el Norte. Presiente claramente que el juarismo, a su parecer "la más repugnante forma de la demagogia", cobrará alientos con ello.

Para Juárez, lo que iba aconteciendo en los Estados Unidos constituía un acicate para continuar persiguiendo sus fines con tenaz persistencia. Innumerables partidarios afluyen a él. Por todas partes se enciende de nuevo el movimiento republicano. Se juzga muy severamente al Gobierno imperial, desunido, sin fuerza y en lucha abierta con toda suerte de dificultades. ¿De qué aprovecha la buena voluntad del Emperador para hacer la felicidad del país? Todos en

la capital, como en las otras regiones, se inclinan hacia el que parece más favorecido por la fortuna, y en este momento lo es indudablemente Juárez. Sus destacamentos ligeros cruzan de nuevo sin cesar todo el país, hacen altamente insegura la comunicación de Méjico con el mar, e infligen a la legión belga un serio descalabro. Algunos cabecillas se acercan arriesgadamente hasta los mismos aledaños de la capital, hasta tal punto que, a menudo, los Emperadores, en sus paseos, han corrido el riesgo de caer en sus manos. Bazaine se ve constreñido a dispersar sus tropas, agotadas ya, fatigadísimas, a los cuatro puntos cardinales para llevarlas a encarnizados combates. Pero no toma él mismo el mando de estas acciones; un poderoso imán le retiene en la capital.

Bazaine es viudo. Parece que su esposa, durante la primera ausencia del general en Méjico, había estado en relaciones íntimas con el marido de una actriz de la Comédie Française, muy inclinada a los celos. Curioseando esta señora cierto día la correspondencia de su marido, vino a dar con unas cartas comprometedoras de la esposa de Bazaine, y sin tardanza las remitió al general en Méjico, no sin antes enterar de ello a la dama en cuestión. Aterrorizada ésta, fuera de sí, acude a Napoleón, se arrodilla a sus pies, y le suplica que envíe un buque rápido que pueda detener al que llevaba la correspondencia comprometedora. Asiente el Emperador, pero los elementos dispusieron otra cosa. A causa del tiempo no pudo el buque enviado recoger la carta, y cuando se enteró de ello, la señora Bazaine se suicidó. Fué doblemente terrible la tragedia, pues aquel cruento sacrificio resultó innecesario, ya que los oficiales del Gabinete militar de Bazaine que abrieron la correspondencia hicieron desaparecer aquella carta, sin informar al general.

Dos años más tarde, Bazaine se enamora, a pesar de sus cincuenta y cinco años, de una mejicana joven, de perfecta belleza y de una acaudalada familia. Aquella ambiciosa muchacha de diecisiete años sabe olvidar, ante el brillo de una situación como la de mariscal de Francia, el poco aventajado físico de aquel hombre maduro, de vientre voluminoso y piernas demasiado cortas. Bazaine, según dice Maximiliano, "se enamoró como un infeliz y a sus años vuelve a bailar como un trompo". Los imperiales esposos contemplan con ironía aquel idilio de amor del Mariscal, que sin duda alguna conduce al matrimonio.

Las diferencias entre el soberano y el general han ido creciendo estos últimos tiempos. El Emperador está en un estado de nerviosi-

dad total a causa de las continuas reconvenciones y quejas de Loysel, situado ahora a la cabeza de su Gabinete militar, en lo referente al Gabinete civil, huérfano de dirección desde que lo dejara Eloin. Constantemente se producen rozamientos, hasta que, de pronto, Maximiliano mandó tapiar las puertas que establecían comunicación entre sus habitaciones particulares y los despachos de ambos Gabinetes, civil y militar. A las observaciones de Loysel respondió el Emperador que, entre otras malas condiciones, poseía la de un absoluto e insobornable instinto de independencia respecto a todo el mundo. "Aun la propia Emperatriz, con su característica delicadeza, no viene nunca a mi estancia de trabajo sin que a ello la invite".

Las penas y sinsabores de los últimos tiempos tienen muy trabajado al Emperador. Una nerviosidad llena de amargura le atormenta, y unos padecimientos de hígado empiezan a causarle inquietantes dolores. La Emperatriz comienza a temer que su esposo vaya consumiendo sus fuerzas en un trabajo de Sísifo, como es el de subir montaña arriba la roca de su actividad de gobernante para verla después desplomarse al precipicio. Si ordena algo, después le niegan que lo haya hecho. Y es por lo que decide seguir el ejemplo de su padre político, que se comunicaba por carta con sus propios hijos, que habitaban en su mismo palacio, y daba por escrito las órdenes a sus ministros y jefes de Gabinete.

"Ahora —observa—, ya no se puede andar afirmando que el Emperador dijo esto o aquello, que desea esto a aquello; ahora todo está escrito y firmado". Al principio se enojan algo los miembros del Gabinete, pero, con el transcurso del tiempo, se van acostumbrando, aunque aquella medida no contribuye en nada a crear una situación conciliadora, de armonía.

Con Loysel, laméntase Maximiliano de la insinceridad de Bazaine, que pinta en París como magnífica la situación militar de Méjico, mientras, en realidad, va empeorando de continuo. Él, el Soberano, ha de sufrir humillaciones e injusticias de toda suerte; en una palabra, se lleva a cabo "con los Emperadores un juego cínico", y es forzoso que aquella situación termine. Maximiliano tiene las manos agarrotadas por la situación financiera y por Bazaine, pero no están las cosas tan allá para que pueda perder inútilmente el único triunfo que tiene en la mano, la amenaza de abandonar la empresa. Pero no se atreve a jugarlo porque teme que se le acepte la propuesta y sea, por lo tanto, puesto en evidencia ante todo el mundo, y especialmente ante su familia de Austria. No le queda, pues, más que ligarse

del todo a los franceses, agarrarse desesperadamente a ellos, por mucho que en su interior los mande a todos los diablos. Su celo en poner en marcha innumerables reformas no tiende a disminuir. Sus funcionarios no valen gran cosa; pero, sea como fuere, se propone "reorganizarlo todo desde el fondo", para que la nación mejicana quede capacitada para situarse dignamente junto a las primeras naciones del mundo. Quiere volverse su propio ministro de Hacienda, atiende con dilección a las escuelas, y recomienda en Méjico el estudio de las lenguas clásicas, de las ciencias naturales y "de aquella ciencia de la Filosofía tan poco cultivada de ordinario", pues son tales conocimientos "los que educan la inteligencia, enseñan al hombre el descubrimiento de sí mismo, y el orden ético de la sociedad deriva de ellas de manera necesaria".

Los ministros sonríen, la teoría es admirable, pero más adecuada para otra clase de país. Maximiliano no se arredra: funda una Academia de Ciencias, reúne una colección iconográfica de todos los dominadores de Méjico desde Moctezuma; presta ayuda a las pesquerías de perlas, y se afana en volver a Méjico las joyas y tesoros que Cortés tomara antaño a Moctezuma y que, regalados luego a Carlos I, se encontraban en los museos de Viena. Con todo, la situación militar era más desastrosa cada vez; Maximiliano ya no logra ahora engañarse a sí mismo. Los salteadores y bandidos de Juárez muestran una maravillosa eficiencia militar. Los grandes dignatarios eclesiásticos procuran arruinar por todos los medios al Imperio y Maximiliano se ve forzado a crear una policía secreta especial para vigilar sus actos.

En este ambiente, llega justamente una carta de Gutiérrez, quien desde el seguro reposo de Europa expone de nuevo en ochenta y cuatro páginas el tema de siempre, que la lucha a favor del Catolicismo constituye el motivo principal y el fin más egregio de la restauración monárquica en Méjico. Gutiérrez fulmina contra la tolerancia de todos los cultos, por Maximiliano, contra la debilitación de la influencia eclesiástica, el más sólido apoyo de la idea monárquica. La carta enoja aún más a Maximiliano contra los partidos del "cangrejo", como se llama en Méjico a todos los conservadores. Sin duda alguna, Maximiliano y Gutiérrez se hallan ahora situados frente a frente. En Méjico nunca ha existido una monarquía, se ve forzado finalmente a destruir las ilusiones en las cuales vive Gutiérrez y en las cuales viviera él mismo antes de su viaje a Méjico, cuando no era más que archiduque. No existe en Méjico una mayoría católica. La gran masa es indiferente en materia religiosa; la conducta del clero,

desde el punto de vista moral, un triste capítulo. No es un solo partido el que ha de apoyar a la monarquía, todos se han de reunir en el Palacio de Méjico. Gutiérrez no ha de olvidar que no ha estado en Méjico desde hace veinticinco años y que, desde entonces, ha ido creciendo una nueva generación que debe ser tratada de muy diferente manera de como lo hace Gutiérrez. Tales razones vienen a ser sólidos puñetazos en pleno rostro del emigrado ultramontano, que hasta entonces complacíase en dejar traslucir con altanería que Maximiliano era emperador por obra y gracia suya.

Mientras tanto, Eloin ha llegado a París. Napoleón está en Argel y es la Emperatriz quien se informa de la carta de Maximiliano suplicando garantías de las grandes potencias europeas para el caso de una amenaza de los Estados Unidos. Eugenia, llena de sorpresa, es de la opinión de que Maximiliano tiene una imaginación ardiente y está siempre inclinado a pedir cosas imposibles, como, por ejemplo, estas garantías. No se llega ni a tomarlas en cuenta. La otra petición relativa al aumento de las tropas francesas destacadas en Méjico es pura y simplemente rechazada. Eugenia se atrinchera tras el hecho de la ausencia del marido. "Dominar todo Méjico es imposible —opina—, y las tropas que se encuentran allí son suficientes para asegurar la paz en una buena parte del país. El Mariscal, con su innegable energía y prudencia, conseguirá poner las cosas en orden".

Eloin se va con las manos vacías en busca de su soberano de Bruselas. Allí no andan mucho mejor las cosas: el rey Leopoldo está débil y enfermo y se ve obligado a confesar que la victoria del Norte sobre el Sur en los Estados Unidos es una gran desdicha para Méjico, y que Inglaterra desea más que nunca quedar al margen de todo aquel embrollo. Sólo saben ofrecer a Eloin esperanzas y buenos consejos. Ahora ya está perfectamente enterado: no hay que contar con la garantía de las potencias. Llegado, finalmente, a Viena, no consigue ni ver personalmente al emperador Francisco José, el cual comunica a Eloin, por un intermediario, que conserva un gran afecto a Maximiliano y que hará cuanto pueda en favor suyo cuando los acaecimientos le obliguen al abandono de Méjico.

Eloin informa prolijamente a su señor con una fidelidad absoluta, y no se olvida de hacer notar la situación considerablemente desfavorable de Hidalgo en la corte imperial francesa. Aquel personaje, propiamente, ya no representa los intereses de Méjico, sino que en todo puede decirse que sirve a Francia, quizá con objeto de sostener su decreciente favor en la corte mediante aquella voluntaria misión.

Pero el Emperador tiene informes más directos de la situación y la opinión en Europa, y especialmente en la corte de París, por el general Douay, que partió para Francia al repatriarse la primera brigada, volvió luego a Méjico y era muy buen amigo de Maximiliano. El 9 de julio de 1865, sostuvieron en confianza una conversación que puede llamarse memorable. Douay informa que todo el mundo en París desea la terminación de la campaña de Méjico, la cual dura mucho más de lo que se pensara al principio. Expone sus esfuerzos para contrarrestar los efectos de los informes optimistas de Bazaine. Douay tiene palabras muy duras para el Mariscal, que, según su opinión, desde buen principio, estuvo engañado sobre la importancia y el alcance de la empresa. Al Mariscal le resulta desairado, así piensa Douay, regresar a la patria antes de haber rematado la obra que se le confiara, y como siempre sostuvo que se trataba de una fruslería, anda medroso de que de un momento a otro se rasgue el velo y quede todo en evidencia. Él, Douay, no ha compartido nunca tales ilusiones. Está convencido de que el partido gubernamental en Méjico ha de apoyarse, naturalmente, en el ejército francés, y el comandante de éste ha de ser, por lo tanto, persona adicta al Emperador. El monarca ha de ser una especie de dictador con una gran fuerza militar a sus órdenes, con objeto de poder obligar a los mejicanos a sacrificios que de buen grado no querrían prestar. La comandancia superior del ejército francés tendría que estar a las órdenes del Emperador y no lo contrario.

"¡Ah, si usted fuera ese comandante superior!", insinúa Maximiliano.

"A causa de mi jerarquía, no es posible".

"¿Por qué no? Bien pasa el Mariscal por encima de todo. No me ha procurado a nadie para organizar el ejército. La guerra civil absorbe todo el dinero. Los impuestos prácticamente no existen. Cuando pienso en las palabras que me dijo Napoleón antes de salir de París: "Querido Príncipe: Vais a encontrar a Méjico pacificado; el empréstito puede prestaros gran utilidad para ferrocarriles, carreteras y toda suerte de obras útiles..." ¿Y ahora? ¿Adónde hemos llegado? La situación es peor que el año pasado".

"Majestad, sólo un poder dictatorial puede sacaros del mal paso. A ello ha de prestarse el ejército francés, pero no lo hará, sin duda, si se le dirige tan locamente como hasta ahora".

"Ciertamente, y todo ello viene agravado por el asunto Jecker y por las insensatas cargas financieras que se nos han echado encima".

"Sí, es cierto —añade Douay—; es la creencia general en Francia, que el único fin de la empresa consiste en prestar ayuda a este especulador para salvar su dinero".

"Mi querido Douay, ha de comenzar usted a tener en cuenta que no es difícil que venga a usted la herencia que en justicia le corresponde. Es el predestinado a ponerlo todo en orden".

En realidad, una conspiración del Emperador contra el general Bazaine. Douay anhela, a pesar de su pudorosa objeción de que era demasiado joven, el cargo del Mariscal. Éste lo sabe muy bien desde hace tiempo, y sabe también que el general intriga contra él, tanto en París, como en Méjico. Llénase de indignación al saber que el joven general de división pacta con el Emperador a espaldas suyas. Bazaine siéntese por un momento gozoso y satisfecho en palacio, ante el presente imperial de boda a su joven esposa, pero en definitiva aquel momento de alegría no suaviza gran cosa sus relaciones con la Corte. El Mariscal se ve herido en su amor propio; desde aquel punto, ya Maximiliano no puede encontrar en él un apoyo. La indefectible amistad de Douay no podrá reparar un daño semejante. No han pasado muchos semanas cuando Bazaine destaca al general Douay para una acción militar en el interior del país.

El Mariscal se mantiene firme en la silla. En París, no se le deja caer. La emperatriz Eugenia y Napoleón se hacen los sordos a las quejas de la pareja imperial mejicana; recomiendan, al contrario, a Bazaine con palabras entusiastas, ponen de relieve sus grandes dotes de inteligencia y de energía, y rechazan los mal disimulados ataques de Carlota y Maximiliano. Las siguientes líneas provienen justamente del momento en que los emperadores mejicanos se hallaban apesarados por el apartamiento de Douay.

"Ha tenido que partir —escribe Carlota a la emperatriz Eugenia— para sus tareas en el interior del país, de seguro para no hacer allí gran cosa. Le hemos dicho adiós con el corazón oprimido, y él también con gran pena. Es un hombre extraordinario como soldado, como político y como organizador. El Emperador y él parece como si se electrizasen mutuamente y diríamos dos antiguos amigos, casi dos hermanos. La boda de nuestro querido Mariscal parece que marcha muy bien: los veo muchas veces juntos a caballo, esta misma mañana los encontré".

Estas últimas y lacónicas palabras es todo cuanto Carlota sabe decir sobre Bazaine; el contraste con los himnos de elogio a Douay queda harto visible. Por otra parte, es muy inoportuno que Carlota

hable con tanta pasión de las relaciones entre Maximiliano y Douay, pues justamente lo que Napoleón se proponía era que el mando superior de Méjico estuviese en manos de un hombre bien suyo y bien separado de Maximiliano y no desearía otro cuarto comandante en jefe. Eugenia se propone en su nueva carta ser más clara aún sobre el particular.

"Douay —escribe— es sin duda un excelente general, pero Bazaine es el mejor soldado que tenemos, y a mis ojos tiene el mérito de no haberse desanimado nunca: en ningún momento le flaqueó el espíritu. Le ruego, pues, que muestre más confianza hacia él y le considere como merece".

Después de tales palabras, Carlota se bate en retirada: "Mientras Bazaine tenga la confianza de los emperadores franceses, la tendrá también de los de Méjico". Carlota, empero, se dice en su interior: El primer gran ataque contra Bazaine ha fracasado, hay que esperar mejor ocasión para emprender de nuevo la ofensiva.

Capítulo XI

De crisis en crisis

Las cosas no van por el mejor camino. El pobre Maximiliano, afanoso de engañarse a sí mismo y de engañar a los otros, vacila ahora entre el temor y la esperanza. "¡Esta gente fatal de los Estados Unidos! Si por lo menos fuesen neutrales. Militar y financieramente estamos en plena indigencia. Esta guerra eterna lo consume todo".

A pesar de estas razones, no pasa por la mente de Maximiliano que es imposible la duración de aquel imperio; ve con pena, y a menudo se lamenta de ello, que el Cielo no les envía descendencia. Le preocupan problemas como el de la sucesión del trono. Piensa en los descendientes del desventurado emperador Iturbide y quiere adoptar como príncipe heredero a un joven nieto de aquel personaje. La familia Iturbide aprovecha la ocasión para engrandecerse en el sentido social y económico. Un tratado secreto entre Maximiliano y los Iturbide prevé la elevación de éstos al rango de príncipes y grandes ventajas materiales. Maximiliano quiere tomar consigo al futuro heredero de la corona, que cuenta sólo tres años. La madre hace grandes objeciones a este plan; casi a la fuerza se le ha de quitar el niño. Con ello hay una preocupación más en el hogar de Maximiliano.

También para Carlota aquella cuestión resulta muy penosa, pues aunque el pequeño Iturbide no ha sido proclamado oficialmente heredero del trono, todo el mundo se da cuenta de que su educación en el propio palacio no puede tener otra finalidad. Para salir al paso de la impresión que pueda causar en Europa, en sus cartas intenta presentar el asunto como si se tratase simplemente de hacer justicia a la familia de aquel emperador que acabó tan tristemente; no tiene nada que ver con la sucesión al trono. Así pretende ocultar que su esposo ya no cuenta posible tener hijos de ella un día u otro. Esta falta fisiológica, en lo que ella nada puede hacer, la llena de amargura. De momento en momento, va sintiendo Carlota más agobiador el peso de su jerarquía. "Envejezco visiblemente —escribe a su abuela

María Amelia—; si no aun a los ojos de los otros, por lo menos ante los míos, y las ideas y los sentimientos que me animan son muy otros que los que podría hacer creer mi aspecto exterior".

Una especial preocupación le inspira Norteamérica. Su esposo lo toma un poco a la ligera. En los Estados Unidos, se fundan *clubs* enemigos; los periódicos polemizan ardientemente contra el Emperador; los altos funcionarios de aquella nación, en los asuntos de Méjico, sólo quieren tratar, ahora como antes, con los representantes reconocidos por Juárez, o a lo sumo con el embajador francés Montholon, enemigo también de Maximiliano.

En vano intenta el Emperador sobornar periodistas. El conde Ollivier Resseguier es enviado a Nueva York para que, de acuerdo con otros agentes, intente provocar un acercamiento con los Estados Unidos. Resseguier hace cuanto puede, pero sólo alcanza ser abucheado por todos los corifeos democráticos del país. A sus informes, a manera de avisos, o de amonestaciones, no presta oídos Maximiliano, pero sí a las notas optimistas de los aduladores, como antaño escuchara a Gutiérrez y compañeros.

Es simplemente grotesco que Maximiliano se empeñe en demostrar a su hermano de Viena la superioridad de Méjico sobre Austria. Un oficial de su Guardia que había regresado luego de una temporada de licencia, decía, y por pura lisonja, que estaba ansioso de volver a Méjico. Estas palabras las comunicó el Emperador a su hermano. Para este buen oficial la vieja Europa había resultado "repelente en muchos puntos, hermética y altanera, y en otros simplemente risible", hasta tal extremo que habíase sentido como impulsado a la "vida fresca y libre" del Nuevo Continente.

"Sólo puedo asegurar —escribía Maximiliano a Francisco José— que si ahora me encontrase de nuevo en Miramar y viniese a mí otra vez la diputación mejicana, no vacilaría ni un instante, no pondría ninguna condición, antes daría un "sí" rápido y alegre. Y comprendo que no he de hacerme grandes ilusiones: el nuevo edificio en el cual trabajamos puede hundirse a los embates de la borrasca, yo puedo hundirme con él, pero nadie podrá arrancarme la convicción de haber trabajado con buena voluntad por una idea noble y elevada, y esto siempre será más digno y consolador que pudrirse en Europa entregado al ocio. Existen personas que encuentran muy filosófica la vida de mi hermano menor; tal existencia sería para mí algo inhospitalario, la muerte en un cuerpo viviente, y una cosa más triste aún: la encuentro digna de risa. No hay nada más lamentable que un prín-

cipe muy bien situado y abastecido de lo necesario y lo superfluo, que lleva una vida que llaman sin cuidados".

Quiere también persuadir al emperador de Austria que el desarrollo de los acontecimientos en Méjico le vienen a dar la razón, pero por vez primera menciona la posibilidad de un fracaso. Ahora, como antes, teme las molestas recriminaciones y cargos de los personajes de su país. Resulta enojoso en extremo para Maximiliano que en Europa pueda creerse en su arrepentimiento por haber marchado a Méjico, y por esta razón no se cansa de afirmar lo contrario en todas sus cartas.

El 16 de septiembre, en que se conmemora el comienzo del alzamiento contra los españoles, da ocasión al Emperador para informar a Europa del esplendor de aquella fiesta. ¡Cabalgatas, cañonazos, procesiones solemnes, la Emperatriz en una magnífica carroza, el Emperador a caballo, tedéum, revista de tropas, regocijos populares y ópera de gran gala! Al leer tales relatos podría pensarse que todo anda en Méjico con un orden perfecto. Y es que, realmente, el torbellino de la fiesta vuelve a despertar en Maximiliano la antigua pasión por su cometido, por su empresa de procurar felicidad a un pueblo y hacerlo rico y poderoso. El romántico que hay en él inspira sus discursos del día de la Independencia:

"Mi corazón, mi alma, mi actitud toda, todos mis leales esfuerzos pertenecen a vosotros y a nuestra querida patria. Ninguna fuerza del mundo podría desviarme de la senda que me conduce a la coronación de mi empresa; cada gota de mi sangre es ahora mejicana para siempre, y si Dios quiere permitir que nuevos peligros amenacen a nuestro querido país, me tendréis luchando entre vuestras filas por vuestra libertad y vuestra integridad. Puedo morir, es cierto, pero caeré a los pies de nuestra gloriosa bandera porque ninguna fuerza humana sería capaz de obligarme a que abandone el lugar al que vuestra confianza me llamara".

Con ello quería referirse a la amenaza por parte de los Estados Unidos, y era peligroso, porque fácilmente podría tomarse las palabras del Emperador cuando las circunstancias lo requiriesen. Por otra parte, es un hecho característico: cuanto más desastrosamente andan las cosas, tanto más salen semejantes afirmaciones de la boca de Maximiliano. Por ejemplo, dice en las notas de uno de sus viajes: "La gente es apática, lenta, difícil de mover; pero yo soy más tenaz y más difícil aún de apartarme de mis planes".

Como en toda ocasión, no le abandonan los malos espíritus

que le aconsejan, como le aconsejaron antaño, con palabras engañosas, y sólo le anuncian, a él que no más tiene oídos para lo agradable, las cosas satisfactorias, cuando, rindiendo culto a la verdad estricta, los informes habrían de ser contrarios. Hidalgo se desata contra los Estados Unidos, pero también anuncia desde París que allí se ve el asunto mejicano muy de "color de rosa" y se tiene la fe más firme en un buen resultado; que allí se encarece el espíritu caballeresco y la prudencia con que el Emperador va despertando a una nueva vida cuanto toca con su mano egregia. En una alusión bien manifiesta a la emperatriz Eugenia añade Hidalgo: "En nuestra época tienen las mujeres voto e influencia en la cosa pública, y cuando toman alguna cuestión a la sombra de sus alas muy raras veces les ha sido negado el éxito. Por tales razones nunca olvidé la interferencia de este gracioso complemento del sexo masculino en mis negocios, particularmente el de aquellas mujeres que por su situación y por sus dotes de talento y perspicacia pueden sernos de harta utilidad'.'

Así hablaba Hidalgo, aun en aquellos momentos en que todo París se daba cuenta de los incontables daños y desdichas que con aquella táctica suya provocara. El secreto de sus éxitos eran, ciertamente, sus buenas maneras y un innegable encanto en el trato, que atraía especialmente a las mujeres. Ya no era recibido en los círculos íntimos del Emperador y de la Emperatriz, la gente comenzaba a separarse de él, mientras su víctima imperial, allá, en Méjico, se debatía heroicamente en una lucha a muerte con problemas casi insolubles, como, por ejemplo, la cuestión religiosa.

La Comisión enviada al Papa por Maximiliano nada había podido alcanzar. Ya nadie la tomaba en serio, ni se dignaba recibirla. El Emperador está lleno de cólera por el "descaro infantil de la pequeña corte papal". Y, no obstante, persiste en la idea de reconciliarse con ella. Existía por aquel entonces un padre jesuíta llamado Agustín Fischer, predestinado a representar un infausto papel en la vida del Emperador. Había dejado tras de sí una vida aventurera; fué a California en 1848, como emigrado alemán devorado por la fiebre del oro, y, siendo protestante, fué convertido por los jesuítas y admitido en la orden. Exonerado a causa de penosos acaecimientos, consiguió, no obstante, el año 1864, en calidad de jesuíta que hablaba alemán, alcanzar la intimidad del emperador Maximiliano.

De excepcionales dotes en el orden intelectual, buen adulador y un hábil estilista, captó del todo, como un día Gutiérrez, el ánimo del Emperador con su oratoria y su arte de exposición y argumenta-

ción. Se hizo cargo de poner en orden el asunto del concordato con Roma. El Emperador lo presenta al Papa en una carta autógrafa como "uno de los más destacados miembros del clero mejicano" y de esta manera tuvo de nuevo ocasión para levantar castillos en el aire sobre la posibilidad del éxito de la misión Fischer en Roma. Para la tranquilidad de su ánimo era esto tanto más necesario cuanto que la situación militar del país tornábase más desfavorable de día en día.

Las tropas europeas de las tres naciones han sido duramente castigadas por la agotadora guerra de guerrillas. Su moral está muy baja. "En los tres ejércitos —escribe un soldado francés de por aquel entonces—, apenas si se contarían unos centenares entre oficiales y soldados que no estuviesen profundamente hastiados de aquel género de vida y que no deseasen ardientemente, ya que aquella situación parecía no tener fin, el regreso a Europa. Cada día se ve al Gobierno más cuesta abajo y defendemos aún un edificio que se resquebraja por todas partes. Mal humor y descontento constituyen el terreno en el que medran la discordia y la lucha intestina. Los austríacos no se llevan bien con los franceses, y los belgas no quieren a ningún precio obedecer a un mejicano. En última instancia, todos acuden al Emperador, que ha de tomar sobre sí la penosa tarea de solucionar las rencillas. No todos, por lo tanto, pueden hacer lo que les place: quedan siempre descontentos, que luego andan rezongando del Emperador".

Bazaine va siguiendo, entre tanto, las órdenes de su jefe supremo, quien desea que sean concentradas lo más posible las tropas actualmente dispersas, en atención al final de la guerra civil norteamericana, que puede producir el ataque de un verdadero cuerpo de ejército enemigo contra el cual habrá que luchar en batalla campal. Las consecuencias son las de siempre: lugares evacuados, de nuevo ocupación juarista, actos de venganza. Aun los oficiales franceses, que desconocen las razones profundas de aquella concentración, critican a su jefe, que dispone las cosas desde la comodidad de su palacio de Méjico, sumido en las delicias de su reciente felicidad conyugal. Bazaine, empero, mantiene su decisión. Ya no se persigue a Juárez, y ciudades y pueblos son abandonados. "Ya no puede el Imperio defender a sus amigos", dice la gente por todo el país.

Las consecuencias resultan ser un creciente desorden y la defección de numerosos partidarios del Emperador. Bazaine quiere luchar contra ello aplicando el máximo rigor de los tribunales militares. El Emperador, que ha de firmar las sentencias, indulta a muchísimos.

Ciertamente, no le place al Mariscal este proceder, y recomienda al Emperador, atento al contenido de una carta de Napoleón III, que no dé muestras de "liberalismo" como hasta aquí, y de "clemencia inoportuna", antes bien que revele "empuje y energía férrea y acuda a draconianas medidas". Maximiliano se defiende, pero Bazaine y el Cuartel general francés le acusan abiertamente de debilidad de carácter. Maximiliano se siente herido por tales recriminaciones y, finalmente, el 3 de octubre de 1865, le arrancan un decreto, que prácticamente entrega a cuantos se hallen haciendo armas contra el Emperador a los tribunales militares y a sus procedimientos sumarísimos, o sea a la muerte. Todos acuden ahora al Emperador a felicitarle por "su energía y su mano férrea". Pero con un ojo guiñan ya a Europa, adonde en todo caso, pueden escapar y ponerse en seguridad. Bazaine dice en una orden no oficial: "Estamos ahora en una lucha de vida o muerte: ninguna contemplación, ningún prisionero".

Estas órdenes fueron seguidas. Por azar, cayeron en manos de un coronel monárquico dos cabecillas republicanos y los mandó fusilar a raja tabla. Ambos eran personas muy conspicuas en el país y tenidas en gran fama de valor y honradez; eso sí, muy conocidos también por sus ideas republicanas. Una gran indignación fué la consecuencia del hecho, y aquella ejecución aportó a Juárez gran afluencia de partidarios.

El enojo de las gentes llegó al rojo vivo. El Emperador mandó que su Gabinete Civil le procurase informes secretos sobre la opinión de la nación. Fueron desconsoladores. Aquellos ministros ávidos de dinero y poco de fiar paralizaban la buena voluntad del Emperador. Los elementos eclesiásticos eran culpables de mucho vicio y de mucha ignorancia y fetichismo. Provocaban insistentemente la discordia y fomentaban el odio contra el monarca. En sus marchas, se deshacía el ejército por su vergonzosa impedimenta de innumerables mujerzuelas. Los partidos sólo trabajaban en beneficio propio. Pero todos estaban de acuerdo en criticar al Emperador y la Emperatriz.

En verdad Maximiliano no es un soldado, pero el capitán más genial no hubiese podido componer gran cosa en una tal confusión. El mal procedía de los fundamentos sobre los cuales se levantó la empresa. La insuficiencia personal del Emperador agudiza, sin duda, los desfavorables resultados. Cada uno parece sentirse llamado a criticar prolijamente al Emperador y a su gobierno, pero nadie sabe decir qué hay que hacer para mejorar la situación. Maximiliano se da cuenta de tan desconsolador panorama, pero cree, en el fondo, que una

poderosa columna sostiene aún la monarquía de Méjico: la amistad de Napoleón III. Pero ésta comienza a vacilar tan ostensiblemente, que ha de ser ya motivo de preocupación. El emperador de los franceses envía de nuevo a Méjico un consejero para la Hacienda, llamado Langlais, que trae a Maximiliano un memorándum con mil y mil consejos, pero que ni un momento olvida los deseos ambiciosos y egoístas de Napoleón.

Existe en París una creciente preocupación a causa de la actitud de los Estados Unidos, quienes ya no se recatan en exigir que la intervención ha de tener un fin y que las tropas francesas han de ser repatriadas. El ministro francés del Exterior teme que el sucesor de Lincoln sea un demagogo de izquierda, que se deje arrastrar contra la monarquía por la masa y los resentidos republicanos de Méjico. Napoleón mira cada vez con más angustia hacia los Estados Unidos. "Os doy cordialmente las gracias —le escribe, sin embargo, el emperador de Méjico— por los amistosos consejos del más grande soberano del siglo. Noticias muy tranquilizadoras llegan de los Estados Unidos. La guerra continúa y sus gastos constantes, son la verdadera dificultad para poner las cosas en orden. Yo confío que vuestra sincera amistad, es la única cosa que hará posible que yo pueda llevar a honroso cumplimiento mi tal difícil cometido. Por lo demás, os enviaré dentro de poco varios volúmenes de disposiciones organizadoras que dan testimonio de mis trabajos en política, administración y justicia".

Aunque tanto el Emperador como los ministros no saben cómo componérselas por falta de dinero, se exprime de ellos numerosos millones a beneficio de los acreedores franceses. Méjico puede considerarse sin representación en París, pues Hidalgo navega, para mantenerse a flote, agarrado al cable de remolque de los emperadores franceses. Ya se atreve a escribir a Maximiliano, considerando razonable que los Estados Unidos se sientan molestos por la presencia de tropas francesas en Méjico; que el mejor partido para asegurar la persistencia del Imperio sería retirar las tropas.

De tal suerte se ha de ir acostumbrando Maximiliano a lo que le depara el futuro, pues, vista la actitud de Norteamérica y el peligro que de allí puede provenir, Napoleón está firmemente decidido, en cuanto pueda realizarlo de una manera honorable, a desvincularse de la empresa mejicana. Eugenia ya no tiene valor para contradecirle. Abunda también la Emperatriz en el criterio de que sus sueños de antaño han sido destruídos por entero. Las oposiciones, ensoberbecidas

y fuertes ahora de manera increíble, toman con predilección como blanco de ataque la cuestión mejicana.

En correspondencia con la mudanza de sus ideas, la Emperatriz comienza a separarse de Hidalgo, que en sus esfuerzos por mantenerse en su favor se da perfecta cuenta de que ya no es más que el representante de Maximiliano en la corte francesa. Habla ya de la envidia que acecha, de disfavor, de calumnia. Es verdad que ha sido invitado al castillo de Compiègne a pasar ocho días con los Emperadores, tal como siempre había hecho, pero le sirvió justamente para percatarse del cambio de actitud de los soberanos para con él. El caballero mejicano ve que su causa, que es aún la de Maximiliano, está perdida y siéntese inclinado a pensar en sí mismo y en su propio porvenir.

Antes de que el Emperador perciba claramente las ideas que reinan en París sobre el asunto mejicano, solicita Hidalgo una renta fija independiente de su sueldo y un título nobiliario, porque "más de cuatro veces, por falta de título nobiliario, perdió la ocasión de hacer una buena boda". En palabras chorreantes de endiosamiento y egolatría, pone en valor sus "veinte años de servicios" en pro de la monarquía, que le costaron la salud, y acaba pidiendo un año de licencia y una suma de dinero lo suficientemente crecida para que pueda vivir durante este tiempo con el decoro que corresponde a su jerarquía.

En lugar de dar a conocer, tal como su deber le mandaba, a su Emperador la mudanza que paladinamente adivinaba en las intenciones de Napoleón referente a los asuntos de Méjico, Hidalgo, sólo preocupado de sí mismo, deja para anónimos escritores el cometido de amonestar a Maximiliano que no fíe con exceso en Napoleón, siempre gozándose en los brazos del amor y tan lejano física y espiritualmente del emperador de Méjico. A Hidalgo le aguarda, empero, una gran disilusión. Maximiliano decide súbitamente llamarle a Méjico para que le informe. Es un rudo golpe para el mejicano, tan regaladamente instalado en París. En tono lastimero ruega con gran interés que, si es absolutamente preciso que vaya a Méjico, se le procure una fuerte escolta para el viaje de Veracruz a Méjico, porque ha oído referir que las diligencias son asaltadas y que muchos perdieron allí la vida. Además, ha recibido muchos anónimos amenazadores de los partidarios de Juárez. Aquel bravo caballero, temeroso de las consecuencias de sus intrigas, sólo abriga ahora el deseo de poder vivir "en cualquier rincón tranquilo".

Maximiliano tenía desde largo tiempo la intención de visitar las

regiones que no conocía de su Imperio, como, por ejemplo, la península del Yucatán, habitada principalmente por una población de tendencias conservadoras y muy leal al Imperio. La difícil situación del país no había facilitado nunca la realización del proyecto. Es que el propio Emperador había de vigilar a los ministros, que, según las propias palabras de Maximiliano, hacen como que trabajan y se tumban tranquilamente en una deliciosa vagancia, cuando su señor y rey se aleja. Pero como el viaje está anunciado de tiempo ha, Maximiliano decide que lo emprenda la Emperatriz. El curso intrincado de sus ideas y proyectos puede deducirse de las instrucciones secretas que dió a Carlota. La península de Yucatán ha de ser "el centro de gravitación de todos los restantes Estados de América Central", que han de ser inclinados por todos los medios posibles "a organizarse a su alrededor". Ha de venir un día en el cual algunas provincias limítrofes pasarán al dominio de la Unión Norteamericana, y será conveniente entregárselas a beneficio de una más considerable ampliación del Imperio en dirección de la América Central. "Nuestro verdadero destino va implicado en la consideración de nuestro Imperio como la gran potencia central del Nuevo Continente, mientras el dominio del Norte ha de adjudicarse a los Estados Unidos y el del Sur al Imperio brasileño".

Maximiliano está muy lejos de considerar su postura como inatacable, pero el excelente recibimiento de que ha sido objeto su bella esposa en aquella península le afirma aún más en sus ideas. A menudo, en su viaje, tuvo ocasión la Emperatriz de oír, especialmente en boca de los indios, exclamaciones lisonjeras dedicadas a su padre: "¡Viva el gran Leopoldo!", que les habían sido enseñadas. Pocos sospechaban aún que, en Europa, el Rey estaba agonizando.

En Europa, se tiene de los asuntos de Méjico una idea mucho más clara. Juárez se encarga de ello. Su representante en Europa, Jesús Terán, que antes de la aceptación del trono reconvino ya a Miramar, se pone al habla con el ministro de Negocios Extranjeros de Austria y le informa de la crítica situación del Emperador. Asegura con firmeza que, tarde o temprano, vendrá para Maximiliano una catástrofe, una caída humillante: aconseja que se retire prudentemente, mientras sea aún ocasión. Terán hablaba sin pasión y con una calma perfecta. Todos tuvieron la impresión de que eran palabras inspiradas por convicciones profundas, y fueron comunicadas rápidamente a Maximiliano. Sin tardanza contestó el Emperador: "Sí, en verdad, cuanto comunicaban Gutiérrez y amigos era falso; pero también Te-

rán peca por exceso, ve las cosas demasiado negras. Mi mayor deseo es una avenencia con Juárez, porque puede prestarme gran ayuda en mi difícil empresa; yo le recibiría con tanto gusto como a otro mejicano cualquiera".

Pero una reconciliación parecida es imposible, pertenece al mundo de los sueños. El Emperador no posee una visión clara del carácter duro e inflexible de Juárez, y no puede, por lo tanto, imaginar qué abismo infranqueable se abre entre él y aquel indio. Y por ello juzga que la situación puede ser relativamente favorable, teniendo en cuenta que él, el Emperador, se ha demostrado benigno con la raza de su enemigo, ya que se ha ocupado del problema del indio con pasión, buscando una fórmula para favorecer a esta raza, que constituye la mayoría, y está sometida por entero al autoritarismo de un pequeño grupo de blancos. Nada pudo obtener la buena voluntad de Maximiliano ante la resistencia de los dominadores, El resultado fué, empero, que los indios perdieron la fe en él y los blancos no le perdonaron sus esfuerzos. A cualquier parte que se gire, en toda cuestión que emprenda, no deja a nadie contento, y menos que a cualquier otro a Napoleón, cuyo ánimo desvíase ahora totalmente del emperador de Méjico. El 29 de noviembre del 1865, Napoleón, desazonado en extremo, escribe a Bazaine que es necesario procurar por todos los medios que se constituya finalmente en Méjico un ejército nacional, para que, a su debido tiempo, las tropas francesas puedan abandonar el país: "El emperador Maximiliano ha de comprender que no podemos permanecer para siempre en Méjico. Ha de construir menos teatros y palacios, tener más orden en la Hacienda y alcanzar más seguridad y tranquilidad, pues es preciso persuadirle que es más fácil abandonar a su fatalidad un gobierno que nada ha hecho por sí para seguir viviendo, que continuar apoyándolo sea como sea".

También ahora la emperatriz Eugenia censura cuanto hace Maximiliano: su sentido liberal en la manera de gobernar y su actitud concordante con esta tendencia, en sus relaciones con la Iglesia. Olvida totalmente que al principio ya se pidió esto en París, y se muestra de una ingenuidad singular cuando, reciente su lectura de la historia de la conquista de Méjico por Hernán Cortés y su puñado de valientes, pregunta al general D'Hérillier cómo es que ahora se necesita tanta gente y tanto tiempo para pacificar a Méjico. El general a duras penas logra hacerle comprender que entonces luchaban las armas de fuego contra arcos y flechas, que los mejicanos no tenían caballos, y los indígenas vieron en los conquistadores a unos seres

fabulosos dotados de una rapidez increíble y que, por otra parte, las circunstancias eran esencialmente distintas. Pero la Emperatriz no escucha razones. No obstante, horrorizada, comienza a reconocer en su interior que sus reiteradas y apasionadas instancias fueron las que enredaron a su imperial esposo y a toda Francia en tan peligrosa aventura. Ahora se propone salir lo más pronto que pueda del espinoso zarzal. El general D' Hérillier queda encargado, de trasmitir a Maximiliano de viva voz los consejos de Napoleón. Éste le amonesta a que proceda con el máximo rigor y energía en la represión del "bandidaje", como denomina aún el Emperador todo lo que se relaciona con Juárez, y le observa que ya es hora de que dé como liquidada "la época de la blandura"; sería lo más prudente promulgar pocos decretos, pero hacerlos cumplir estrictamente y con severidad, mucho más que publicar una profusión de leyes para que resulten letra muerta.

El general D'Hérillier visita también al anciano rey Leopoldo, quien, receloso e inquieto, le pregunta qué confianza cree que se puede tener en el futuro. Pues, en su nación, la gente opina contra cualquier envío de más tropas belgas a Méjico. Es visible que la vida del Monarca llega ya a sus postrimerías. Un grave mal de piedra ha hecho preciso varias operaciones. Aun se interesa con pasión por la suerte de sus hijos, y uno de sus últimos escritos a ellos está dirigido. Pero es confuso, casi ininteligible: "El éxito pertenece a América; todo lo demás es pura poesía y gasto de dinero —añade con alguna exactitud; pero luego brotan de súbito desconcertadas razones—: Y ahora *God bless you* [1], no puedo más". Pocos días más tarde, el 10 de diciembre de 1865, muere Leopoldo, y con él pierde la pareja imperial mejicana uno de los más valiosos soportes que tenía en Europa.

La impresión en Carlota fué muy profunda. Quería a su padre con verdadera ternura. Pero aquella muerte le aporta una cuantiosa herencia en tierras, valores, objetos de arte, oro y plata. Su importe se evalúa en unos diez millones de francos, aunque ella está demasiado enredada en las cuitas cotidianas del gobierno de Méjico para pensar en otra cosa.

Cuanto más concentra Bazaine las tropas, tanto más aumentan las quejas por las venganzas de los juaristas en los partidarios del Emperador. El mal humor de Maximiliano para con Bazaine va creciendo. "Sólo se ocupa de su joven esposa", le reprocha. Como si jugasen a la gallina ciega, lo han atraído a Méjico, donde no domina ni la déci-

(1) Que Dios os bendiga.

ma parte de la nación, y se le abandona en el mal paso. La fuerza de Juárez crece visiblemente: sus guerrillas llegan ya hasta las puertas de Veracruz. Maximiliano implora repetidamente a Bazaine que procure contrarrestar tales progresos del enemigo. El Mariscal se hace el sordo, y no atiende poco ni mucho a sus ruegos, tanto más cuanto que oye decir a todos los que llegan de Francia que en París se habla muy mal del Emperador.

De hecho toda la corte francesa arremete ya contra Maximiliano. Se le reprocha excesiva dilapidación, duplicidad e incuria. Su carácter es tildado de reservado y poco abierto. Parece como si todos se hubiesen conjurado contra él; cada vez aparecen más frágiles las últimas columnas sobre las que se asienta su vacilante edificio, y el pilar principal, Napoleón, comienza a ceder de una manera inquietante. El mismo emperador de los franceses está pensando en la manera más expeditiva y rápida de escapar del callejón sin salida de la empresa mejicana. Aparece a su imaginación atemorizada la rapidez con que, dado el caso de estallar la guerra, podría derrotar la pujanza de los Estados Unidos a los débiles contingentes franceses que se encuentran en Méjico, y la enorme pérdida de prestigio que comportaría todo ello en el Nuevo y aun en el Antiguo Continente. Ahora se agarra como a una tabla de salvación a la idea expuesta por su ministro de la Guerra, quien propone que se trate de substituir a los franceses en el aquelarre de Méjico por otras naciones, especialmente por Austria.

Dicho y hecho. El emperador de los franceses escribe a Maximiliano para exponerle la idea: "Hoy me propongo tratar de procuraros un atisbo de las ventajas que reportaría a todos la organización por parte de Vuestra Majestad de un verdadero ejército a base de tropas austríacas. Si esto tuviese lugar, podrían ser retirados mis soldados de Méjico, lo que restaría a los norteamericanos el fundamento de sus objeciones. Obtendríamos la ventaja de hacer en Francia la guerra de Méjico menos impopular y de prestar al Gobierno de Vuestra Majestad un aire más estable, contribuyendo, por lo tanto, a fortalecer en todos la confianza en el futuro. Ruego encarecidamente a Vuestra Majestad se ocupe preferentemente de este asunto, pues yo veo en él las mejores perspectivas para la consolidación de vuestro trono".

La propuesta es atacable en más de un sentido. No se ve claro por qué los Estados Unidos han de soportar mejor que sean tropas austríacas, en lugar de francesas, las que protejan el Imperio de Méjico, y, por otra parte, es inexcusable que no recuerde Napoleón la actitud

de Austria hasta el momento presente, que no ha querido nunca inmiscuirse en aquella aventura. Sin contar la oposición personal entre los dos emperadores hermanos, que no ha podido ser aún superada.

La naturalidad con que Napoleón escribe esta carta causa a Maximiliano la impresión más penosa que darse pueda. Por vez primera, ve realmente avecinarse el peligro amenazador de encontrarse totalmente abandonado por Napoleón; no obstante, se resiste a creer del todo en semejante desastre: confía aún en la buena amistad que le une personalmente con el emperador de los franceses. En los postreros días de diciembre de 1865, se decide a abrir su corazón al emperador francés y pintarle la situación, sin composturas ni afeites: "El consejo referente a las tropas austríacas es ciertamente feliz, como cuanto brota de la privilegiada inteligencia de Vuestra Majestad; pero, ciertamente, no hemos de tomar tan a la ligera nuevos derroteros. La guerra civil está devorando los recursos de la nación. Sería harto prematuro repatriar ahora a las tropas francesas cuando las bandas rebeldes merodean hasta escasamente dos horas de la capital. Sin hablar del contrato con el banquero Jecker, el cual acepté para prestar un verdadero servicio al mejor de mis amigos. He de confesar abiertamente a Vuestra Majestad la verdad entera: mi situación es en extremo difícil; y yo, como un amigo sincero, he de añadir, que es peligroso el momento presente para mí y también para Vuestra Majestad; para Vos porque puede ser en menoscabo de vuestro nombre glorioso; para mí porque no podrían mis esfuerzos cristalizar en una realidad que respondiera a mis deseos y a los vuestros. Entre tantas dificultades corre el peligro de quedar destruída la gran idea de la reconstrucción de Méjico. Sea lo que fuere, me tranquiliza para el futuro que nada ni nadie podrá quebrantar la confianza y la amistad que reina entre nosotros dos.

"Desde hace algún tiempo, la prensa europea deja comprender que Vuestra Majestad tiene la intención de retirar para dentro de breve tiempo sus tropas de Méjico. He de confesar a Vuestra Majestad que tal declaración podría aniquilar en un día la obra que tres años de denodados afanes ha ido erigiendo, y que el anuncio de semejante proyecto sería suficiente para destruir todas las esperanzas de cuantos simpatizan con nosotros y enajenarnos para siempre la confianza pública . . . Y aún más: el honor del ejército francés quedará muy mal parado ante la opinión pública de toda América, pues no faltará quien interprete la brusca retirada a otras causas. El tiempo es una ayuda esencial para la reconstrucción de un país castigado durante más de

medio siglo por hondas perturbaciones, por cuyas tierras discurren aún de acá para allá 16.000 guerrilleros armados. La Unión Mejicana no desespera de su porvenir, porque sabe muy bien que Vuestra Majestad declaró solemnemente que vuestras tropas no abandonarían a Méjico sin que hubiese quedado pacificado por entero y toda resistencia y rebeldía rotas y dominadas. Anunciarnos lo contrario significa simplemente dar la más exaltada voz de alarma, que puede reportar unas consecuencias mortales. Con el ánimo de llegar al más perfecto acuerdo, en esta carta he expresado a Vuestra Majestad mis convicciones más íntimas; ahora os ruego que respondáis con la franqueza a la franqueza y me deis a conocer, como a un verdadero amigo, todas las faltas que en nuestra gestión encontréis, todos los errores en que haya podido incurrir, sin olvidar, empero, el procurarme todos aquellos consejos y amonestaciones que juzguéis necesarios, de los que siempre me sentiré orgulloso, porque provienen de un tan gran amigo y de la más alta capacidad del siglo en que vivimos, y de una persona en quien puse todo mi afecto desde el instante que tuve la ventura de conocerle".

En esta carta nos presenta Maximiliano su corazón al desnudo. Conserva aún amistad para el hombre que le ayudó a subir al trono, cree aún en él y le habla de hombre a hombre. Ya no quedan ni asomos de aquellos bellos colores con que sabía pintar las cosas antaño. La carta es de una gran franqueza, más de la que era dado soportar a Napoleón. La lisonja de las últimas frases no consigue ocultar lo que allí es formulado fríamente: que no permite el honor de las armas francesas que su obra sea dilapidada sin resuello y a la callada, como el propio honor de Napoleón no podría sobrevivir al incumplimiento de una promesa prestada con toda solemnidad. Las palabras de Maximiliano no hirieron a Napoleón en lo más profundo, decidido como estaba ya desde largo tiempo a abandonar la monarquía mejicana a su suerte. Son palabras que no traerán conciliación, que no mejorarán en nada las cosas; al contrario, despiertan enojo en el ánimo del emperador francés, le acucian más contra Maximiliano, a quien cree causa de continuas dificultades y constante malestar. La máscara de Napoleón comienza a aflojarse ante su rostro; no tardará en arrancársela francamente.

En congruencia con la intención de dejar en el momento oportuno a Méjico en el mal paso, tanto el Gobierno francés como los particulares se afanan en dar curso lo más rápido posible a sus peticiones de dinero. El sobrino de Jecker quiere hacer valer ante el Gobierno francés la preferencia de sus pretenciones. Pero su generoso protector,

el Duque de Morny, hermanastro de Napoleón, ha muerto ya, y en París abandonan a Jecker.

Pero aquello no es más que una gota de agua sobre una piedra caliente. Las medidas defensivas contra los destacamentos juaristas, cada vez más amenazadores, absorben todo el oro, y a pesar de ello no puede pensarse en emprender contra los sublevados acciones de mayor intensidad. El Emperador no logra, sin embargo, abandonar sus ilusiones. ¿Quizá aquel nuevo llamear de desórdenes es el último esfuerzo de los rebeldes para llamar sobre sí la atención del Congreso de los Estados Unidos? Maximiliano decide cambiar su táctica respecto a Bazaine. Quiere acceder ahora a todos los deseos del general, para estar con él en buenos términos y tratar de infundir, de este modo, nueva vida a la remitente actividad del ejército francés.

Al principio, justifica Bazaine "su momentánea inactividad", alegando que ha de procurar descanso a las tropas tan castigadas, y que es, además, un acto de precaución ante los Estados Unidos. Una vez recobradas las fuerzas, organizado de nuevo el ejército, promete Bazaine enviar fuerzas a todos los rincones del país y demostrar al Emperador de fehaciente manera que la situación militar en Méjico, de la cual es responsable Bazaine, no habrá de constituir ya su mayor zozobra. Ello aporta a Maximiliano una verdadera satisfacción. De nuevo se elevan claras las llamas de su esperanza. Entusiasmado, responde a Bazaine: "Pongo toda mi confianza en su promesa de llevar pronto a buen término la pacificación militar del país; sé muy bien que nadie está más capacitado que usted para coronar la difícil tarea y crea en el más sincero testimonio de mi agradecimiento".

Piensa ahora Maximiliano que todo andará bien para el nuevo año. Es que está flotando de nuevo en lo alto de la ola.

Capítulo XII

Napoleón falta a su palabra

En cuanto halla Maximiliano un poco de calma, se refugia en su segundo "Buen Retiro", tan querido también, en su casa y parque de Cuernavaca, situado maravillosamente. Encuentra allí "la plenitud de la vegetación tropical con sus embriagadores perfumes, un clima tan placentero como un mayo italiano, pero lleno de dulces frutos y de bellos tipos humanos de cordial y honrado continente". Feliz discurre por el jardín de profusos follajes maravillosamente oscuros donde florecen siempre las rosas de té. Naranjos y almendros centenarios difunden frescor de sus copas sombrías. En la terraza cuelgan hamacas de red, donde se puede soñar escuchando los cantos de numerosos pájaros de vivos colores.

Aquí mora el Emperador con su esposa y el pequeño Iturbide. Lejos del tráfago de la capital es feliz, cobra buen ánimo y se entrega al goce de los encantos de la Naturaleza. Es emocionante su pasión por las plantas y los animales. Se pasa horas enteras contemplando los colibrís, que han hecho nido justamente bajo su ventana, y, cuando se les quiere sacar, se opone resueltamente. Ahora le torna a obsesionar aquella idea de hacer patente a la mohosa Europa que no se arrepiente ni un ápice de haber aceptado aquel plan. "Puedo aseverarle en verdad —escribe en cierta ocasión a su amigo el Conde Hadik— que he escogido el buen partido y por nada en el mundo abandonaría este camino para volver a mi vida de antes. Lucho con dificultades extremadas, pero la lucha es mi elemento y la vida de Méjico es bien digna de estos esfuerzos. Por lo menos se cosecha en este Continente algo que en vano buscara en mi vida anterior: agradecimiento y comprensión. Es por lo que la vida resulta aquí mucho más agradable, más libre, más resuelta. No se conocen en Méjico las prevenciones y vanidades de la vieja y débil Europa: aquí cada uno es el forjador de su propia ventura; quien trabaja goza de la existencia, quien no trabaja, sucumbe. El país y las gentes son mucho más agradables de lo que dice

su fama, y usted se maravillaría de ver cómo la Emperatriz y yo, mejicanos ya del todo, vivimos placenteramente entre ellos. Lo que no comprenden los periódicos europeos, yo lo encuentro muy natural, pues les falta a ustedes una medida adecuada; nosotros, los hijos del Nuevo Mundo, no andamos tan preocupados de cuestiones de sangre, miramos sólo hacia adelante y por encima del hombre a la alicorta, pobre y caduca Europa. Que en nuestro Continente se viva con mayor alegría y bienestar y de manera más sana que en el Viejo, no pueden perdonárnoslo los europeos, y de ahí su envidia y su enojo".

Maximiliano esboza una idílica pintura de su vida en el campo y pone de relieve que toda su Corte da muestras de vivir alegre y con buen ánimo, como si nunca hubiese conocido otra cosa. Sin transición, bruscamente, pasa de lo sombrío al más vibrante gozo de vivir. Ahora, embriagado por tantas campestres bellezas, no tiene realmente el temple que precisa para imponer aquellas extremas severidades que todos van pidiendo de él y a las cuales, en su último decreto, parece al fin consentir.

Ahora comienza a rebelarse con todas sus fuerzas contra la "energía", tan insistentemente predicada por Napoleón y los franceses de Méjico, energía sinónima de "ahorcamientos", pues esos son extremos que no se avienen ni con el carácter ni con la suave tesitura moral de Maximiliano. Semejante severidad es recomendada especialmente por el jefe del Gabinete militar, el capitán general Pierron, quien simpatiza en extremo con Maximiliano. Está firmemente convencido de que la dureza es necesaria en absoluto y combate el parecer de Maximiliano, que pretende subtituir la pena de muerte por el destierro. Para ello utilizó un singular argumento. Presentó a los ojos de Maximiliano un caso parecido en la Historia.

El primer Napoleón había erigido a su hermano en el trono de España. También allí se impuso un rey de nacionalidad extraña, apoyado por las bayonetas francesas, sobre un pueblo de arraigados sentimientos nacionales, con gran sentido de la libertad y gran aversión a cualquier dominio extranjero. También el primer Napoleón recomendó en aquel entonces "energía", pero no escogió esta palabra más correcta y más bien sonante, como su sobrino tan inferior a él, sino que lisa y llanamente habló a su hermano de "horcas, pólvora y galeras". Pierron subrayó los párrafos más expresivos de estas cartas de Napoleón y escribió en el sobre: "Selección para ser leída por su Majestad el emperador Maximiliano. Los nombres cambian, los lugares cambian, pero el corazón humano permanece siempre el mismo".

El Emperador tomó en sus manos el cuaderno: "Si no se libra a Madrid de un centenar de tales revoltosos —leyó en aquellas hojas—, no podrá hacerse nada. De estos cientos, ordenad que se ahorquen o se fusilen a doce o quince y enviad el resto a galeras. No he tenido tranquilidad en Francia ni he podido confiar de veras en la gente bienintencionada hasta que hice prender a más de doscientos personajes levantiscos, los asesinos de septiembre, y los hube mandado a las colonias. Desde aquel punto, el ambiente de la capital cambió como por ensalmo. Todos vosotros os empeñasteis, hicisteis lo imaginable, para que perdonase a tales forajidos. Fueron colgados y fusilados. El populacho sólo considera y estima a quien teme, y este temor de la chusma es únicamente lo que puede reportar a quien lo obtiene el amor y el alto aprecio de la nación".

Pierron añadió al margen de esta carta: "Lo que actualmente ocurre en Méjico es literalmente lo mismo. Ya que se tiene tribunales militares, es sensato dejarles trabajar y aplicar sus sentencias". Pierron fuerza la analogía hasta los últimos límites. Con aquella selección de cartas quiere demostrar que el rey José, en sus tendencias a la blandura y a la conciliación, no quiso seguir las exhortaciones de Napoleón I, que él, José, atribuye a desconocimiento de la nación, y como conducentes, a su juicio, a extemporáneas medidas de rigor. "Nada se obtiene con la severidad excesiva —opinaba entonces el rey José—, y yo menos que cualquier otro. Es una desdicha que mi hermano no pueda realizar su tantas veces anunciado viaje a España. El Emperador ha de conocer toda la verdad; yo mismo no sé qué habré de hacer dentro de ocho días para pagar mi comida. Sin dinero, sin tropas, sin autoridad, ¿cómo puede estar aún a mi lado la opinión pública?"

Realmente, estas últimas frases tiene un sorprendente parecido con las usadas por el emperador Maximiliano en sus últimas cartas a Napoleón III. Y ¿cuáles fueron las consecuencias en España? En 1812, tras la batalla de Vitoria, el rey José tuvo que abandonar a España. Estas cartas habían de ser para Maximiliano un *memento* de que sólo la fuerza, la severidad implacable y la energía pueden traer valimiento, y en caso contrario, con debilidad, se produce una honorable decadencia, justamente lo que más temía Maximiliano.

Esta refinada argumentación estaba destinada a inducir al Emperador a obtener al fin paz y orden en el país con medios de rigor y de fuerza y así justificar la retirada de las fuerzas francesas y evitar que la opinión mundial murmurase como si se hubiese cedido al creciente poder de Juárez y a las amenazas de los Estados Unidos. Y éstos sabían

muy bien que con una intervención militar en Méjico determinaría la retirada sin condiciones de las tropas francesas. La ocasión para intervenir enérgicamente se les vino a las manos, pues, a comienzos del 1866, la tensión entre las potencias europeas continentales iba en aumento de manera alarmante.

Ahora podía usar la Unión Norteamericana con Napoleón las altaneras palabras que éste usara con ella. Pide ya sin ambages la repatriación de las tropas francesas. Para Napoleón, ya no puede ofrecer ningún lugar a duda. Un ataque de las tropas de los Estados Unidos significaría la catástrofe de las suyas en Méjico. Y a ello hay que añadir la presión de la opinión pública de Francia. Nunca se sintió en esta nación gran entusiasmo por la aventura mejicana, y solía decirse en todas partes: Es un mal negocio que cuesta dinero y hombres y no reporta nada. Los ministros presionan al Emperador para que se halle un fin a la situación, en las Cámaras se va formando la tempestad, el Ministro de Hacienda se niega a sacrificar un céntimo más para Méjico.

La situación de Hidalgo ante la corte francesa está harto quebrantada. Ya no se atreve a enviar a los Emperadores mejicanos aquellas sus erróneas y fantásticas cartas. Además, el cielo político de Europa comienza a cubrirse de amenazadoras nubes de guerra. Lleno de angustia, decide Napoleón acabar de una vez. El 15 de enero del 1866, envía a Maximiliano el anuncio de su renuncia a la empresa:

"Mi querido hermano: Escribo a Vuestra Majestad no sin un sentimiento de pena, pues me veo obligado a comunicaros la decisión que me he visto forzado a tomar ante las dificultades provenientes de los asuntos de Méjico. La imposibilidad de obtener de las Cámaras nuevos recursos para sostener el ejército de Méjico y la declaración de Vuestra Majestad sobre lo difícil que resulta atender a ello con sus propios medios, me obligan finalmente a poner un término definitivo a la ocupación francesa. Según mi parecer, sería conveniente que la retirada de mis tropas se realizase lo antes posible. A este objeto, envío al Barón Saillard para que se ponga de acuerdo con Vuestra Majestad en lo tocante al tiempo que será preciso para la retirada gradual de mis tropas en forma que no suceda de una manera brusca, que no altere la paz pública, y que no represente ningún peligro para los intereses cuya protección tan al corazón nos llega. Si vuestra Majestad, como no tengo duda alguna, sabe mostrar en tan difíciles circunstancias la energía necesaria, si logra organizar adecuadamente su ejército, el méjicano y el extranjero, que está a sus órdenes, y si consigue,

procurando toda suerte de economías, hallar medios para desarrollar las riquezas naturales de vuestro Imperio, creo sinceramente que se fortalecerá a vuestro trono, con todo y la debilitación momentánea que significa le retirada de nuestras tropas, cosa que, por otra parte, implica la ventaja, de quitar a los Estados Unidos cualquier pretexto para intervenir. Y lo repito, no creo que la situación de Vuestra Majestad quede muy agravada por una medida que es evidente que me ha sido impuesta por la fuerza de las circunstancias. Buen hermano de Vuestra Majestad,

Napoleón".

Al mismo tiempo, el "buen hermano" escribe al mariscal Bazaine que el plazo para la retirada de las tropas termina a comienzos de 1867; el Ministro de la Guerra desea que principie la repatriación en el otoño de 1866. El Mariscal ha de crear en Méjico "algo duradero", con objeto de que tantos esfuerzos y tantos dispendios no hayan resultado vanos. Napoleón desea, ciertamente, que Maximiliano no se mantenga en el trono de Méjico, pero sus dudas sobre este particular puede claramente deducirse del hecho que habla a Bazaine de la posible elección de un presidente para Méjico.

En pleno idilio de Cuernavaca, donde Maximiliano se retirara algún tiempo para descansar, cae como un bólido que bajase de aquel cielo tan radiante la aciaga carta de Napoleón. De un golpe, quedan barridas del futuro todas las visiones color de rosa. Se estremece atemorizado el emperador de Méjico y siéntese herido en su orgullo. Había tenido gran confianza en que su última carta, tan abierta y tan segura del interés de Napoleón, no había de fallar en su cometido. Ésta, empero, había de ejercer una impresión en Maximiliano tanto más penosa por cuanto que no tenía un verdadero concepto de la presión que se ejercía sobre el emperador francés. Trata con intemperancia y rudeza al Barón Saillard, inocente mandatario en este caso, quien regresó a París ofendido y declaradamente hostil al emperador de Méjico.

Inmediatamente, Maximiliano envía a Eloin a París para que entregue personalmente la respuesta. Lleno de amargura se pregunta Maximiliano cómo es posible que Napoleón no tenga ahora en cuenta los tratados solemnemente convenidos apenas hacía dos años:

"Lejos de mí la idea de convertirme en un peligro para Vuestra Majestad, para vuestra persona o vuestra dinastía. Retirad inmediatamente vuestras tropas. Un Habsburgo como yo, tratará dignamente de salir adelante con sus solas fuerzas y la ayuda de sus fieles súbditos

de Méjico. Continuaré dedicando mi vida y mi alma al servicio de mi nueva patria".

Llegado a París, Eloin encuentra a Napoleón avejentado y de una nerviosidad enfermiza. Recorre rápidamente la carta de Maximiliano y se le nota visiblemente confuso. "Por lo que se ve —añade—, el Emperador quedó presa de gran excitación. No lo tomo a mal, comprendo la impresión que mi carta había de causarle. Pero comprenda también usted que en el mundo hay ocasiones en que no se puede hacer lo que le place a uno. Me he visto constreñido a buscar una solución inmediata, y creo que podremos entendernos; lo principal, por el momento, es que los ánimos se calmen. Desde que está usted en Europa habrá podido, sin duda, percatarse perfectamente del estado de la opinión. Todos los informes que de allí recibimos concuerdan en afirmar que le falta a Maximiliano la suficiente energía; se limita a redactar decreto tras decreto, a promulgarlos luego, sin tener clara idea de si son viables o no".

Eloin se esfuerza en defender a su emperador. Olvida, ciertamente, que hay algo de verdad en las palabras de Napoleón y también que éste ha de hablar así necesariamente para cubrir de tal manera su inevitable retirada y enmascarar el incumplimiento de sus promesas echando la mayor parte de las culpas sobre los hombros de Maximiliano. Participa Eloin a Napoleón que las relaciones entre Bazaine y Maximiliano son muy tirantes y cada vez se hacen más insostenibles.

En plena conversación penetra súbitamente en la estancia la Emperatriz en traje de calle. Se interesa, como de pasada, por la salud de los emperadores mejicanos, y propone a su esposo que aproveche para dar un pequeño paseo el magnífico sol que luce aquel día. Como quitándose un peso de encima, Napoleón se despide rápidamente del personaje belga. Éste reprime su habitual sonrisa y ni tan sólo tiende la mano. Eloin ha comprendido: aquel paseo estaba preparado, las cosa están muy mal en París, mucho peor de lo que hubiese podido creer.

Eloin se da también cuenta en seguida de cuánto ha descendido la posición de Hidalgo. Ya no reporta ninguna ventaja a este personaje dedicar palabras lisonjeras a los emperadores franceses, olvidando lamentablemente los intereses de su señor. Napoleón y Eugenia se retiraron del trato de sus amigos mejicanos, que antes frecuentaban, pero muy especialmente de Hidalgo.

El ministro mejicano lleva también el encargo secreto de reclutar en Europa tropas mercenarias que puedan reemplazar en Méjico

a los soldados franceses. Se piensa en un regimiento de negros de Egipto, pero la cuestión de numerario coloca siempre las negociaciones en un punto muerto. De París, piensa Eloin trasladarse a Bélgica, donde ha subido al trono un hermano de su emperatriz. Con gran sorpresa suya, Leopoldo II le hace saber que no desea verle. Mientras el anciano rey hizo cuanto estuvo en su mano para ayudar a sus hijos que luchaban en aquel lejano país con toda suerte de peligros, ahora no se quiere en Bélgica oír hablar de sacrificios de soldados y dinero para una infructuosa aventura en tan lejano país. El nuevo rey no ha sentido nunca una simpatía especial hacia su hermana y así, pues, se inclina de buen grado ante la opinión pública. Tampoco por aquí hay que esperar gran cosa.

Los desfavorables informes de Eloin excitan a Maximiliano contra su representante en París. Por tercera vez exige el Emperador de Hidalgo, angustiado éste y vacilante, que vaya a Méjico para informar. Al fin se decide aquel hombre a emprender el viaje. Llega a Méjico temblando de miedo: una lamentable visión, un espectáculo digno de risa. En sus paseos, sale armado hasta los dientes, y se sorprende en extremo de que Maximiliano sólo lleve consigo un simple lacayo.

El Emperador atribuye aquellos síntomas de zozobra a los informes de la prensa europea, en la que se leen las más insensatas e infames mendacidades sobre la situación en Méjico. Dice a menudo Maximiliano que quien cuenta en Inglaterra con el *Times*, y en Austria con la *Neuen Freien Presse*, cuenta de hecho con la opinión pública de estos países. Lo considera un hecho político innegable. "Con los publicistas —opina Maximiliano—, la diplomacia está desplazada, se conquistan solamente por dinero o dando pávulo a su vanidad". Indica a su cónsul general en Austria, Herzfeld, que ensaye la conquista de la "desvergonzada" prensa europea con onzas contantes y sonantes y abundancia de condecoraciones. Así podrá, sin duda, obtenerse que la prensa de Europa no presente la situación en Méjico más amenazadora de lo que es en realidad. Pero los temores de Hidalgo no son del todo infundados. La inseguridad es realmente algo sobre toda ponderación. Hasta la embajada extraodinaria que venía para anunciar la subida al trono de Leopoldo II, fué atacada, y asesinado uno de los grandes amigos del Rey. Puede imaginarse lo que Juárez habría hecho con Hidalgo si llega a caer en sus manos justamente un personaje así.

Maximiliano recibe de Hidalgo, para quien no cabe aguardar que pueda regresar a Europa, la más desfavorable impresión. Lo releva de su cargo de embajador, y lo nombra consejero de Estado de Méjico

en activo. Apenas recibe el decreto que significa su permanencia en Méjico, es presa de un verdadero terror pánico. Comprometido como está; convencido, por otra parte, de que aquel Imperio mejicano por el cual luchó con tan apasionado celo, si Napoleón retira su mano, se ha de hundir fatalmente, ve claramente ante sus ojos su propia perdición. Sin entretenerse mucho a meditarlo, sin despedirse de nadie, una noche de niebla desaparece de Méjico y huye a Europa. Luego vivió una existencia completamente privada en París, lleno de desencanto y mal humor. Su poco afortunado papel había terminado y va contemplando ahora, como simple espectador y a prudente distancia, aquel vacilante edificio cuya primera piedra puso.

Francia y Bélgica abandonan, pues, a Maximiliano, y aun en su propia patria, en Austria, no encuentra apoyo alguno. El conde Bombelles, enviado a Viena, para tratar del pacto de familia, no ha podido obtener ventaja alguna.

"Ya estoy acostumbrado —arguye Maximiliano— a que los míos no me comprendan y que no logren comprender el sentido de mis actos y de mis intenciones: tal vez lo consigan en un remoto porvenir, si no es ya entonces demasiado tarde". Es solamente un gesto de Francisco José el envío del escudo de Moctezuma y del relato original de la conquista de Méjico por Cortés, procedentes ambas piezas, solicitadas por Maximiliano, de los Museos imperiales. En cambio se niega a entregar un código jeroglífico azteca. Maximiliano se lo agradece, pero en realidad siéntese obligado por muy pocas cosas más. Le felicita por los progresos que parece que se van llevando a cabo en la patria, pero es en eso tan poco sincero como cuando al terminar la carta dice: "Aquí, en Méjico, las cosas andan con alguna lentitud, pero avanzan indudablemente, y he tenido ya el particular consuelo de ver cómo las tropas del país se han ido organizando y cómo han luchado como leones. Las relaciones con nuestros vecinos se aclaran también; con firmeza y consecuencia puede alcanzarse mucho de ellos".

Maximiliano confiesa su verdadera opinión sobre Austria en una carta a un amigo vienés: "Desgraciadamente, todo parece ahí marchar montaña abajo, y lo algo importante que aun brilla aquí o allí, va desapareciendo cada vez más para dejar sitio a la muchedumbre de mediocres".

La actitud de Austria y de su emperador en la cuestión mejicana es de entera pasividad, y no lleva trazas de alterarse. En manera alguna quieren acarrearse dificultades con los Estados Unidos por causa de Maximiliano. El embajador de Austria en Washington con-

tinuamente le pone en evidencia. Por lo tanto, cuando, el 5 de febrero de 1866, en la fiesta conmemorativa de Lincoln, se dijo en uno de los discursos que Maximiliano no era más que un aventurero austríaco, no le quedó más recurso al Embajador que permanecer sentado aparentemente tranquilo, por muy penoso que le resultase representar tan desairado papel.

La actitud de los Estados Unidos es cada vez más amenazadora: se moteja a Maximiliano de ser un infeliz subordinado de Napoleón que, cuando las tropas francesas salgan de Méjico, no tendrá más remedio que salir con ellas.

Al recibir Bazaine en Méjico la última carta de su emperador, comprendió claramente que su misión militar estaba terminada, pero que había de tomar las pertinentes medidas para la retirada general y para poner a salvo la familia y los bienes de su esposa. Por todas partes se va enterando de la forma cómo los emperadores mejicanos han trabajado contra él en París; y abandona ya ahora los miramientos y escribe a su jefe supremo hablándole sin rebozo de la mala voluntad de Maximiliano y de sus constantes quejas, injustas siempre y rayanas en la ingratitud. Pero no quiere reconocer que la situación militar sea tan desfavorable como se va diciendo. El país, afirma, está más pacificado que en cualquier otro momento. Y eso es una mentira manifiesta, pues aun el propio embajador francés Dano anuncia sin ambages que la mayor parte de la nación está en manos de los sublevados y que el porvenir se anuncia muy incierto. Y aconseja con grande afán a su emperador que haga cuanto pueda para que Maximiliano salga del país con las fuerzas francesas. Cuanto más favorable pinte ahora Bazaine la situación más acusada habrá de resultar luego la ineptitud de sus sucesores.

También el ministro francés de Hacienda tiene que ver con Méjico. La Tesorería francesa recibe la orden de cerrar definitivamente la cuenta del Gobierno mejicano. Pero Maximiliano confía aún en el consejero francés Langlais, quien se ve obligado nada menos que a confesar que los dos primeros empréstitos a Méjico habían sido prácticamente saqueados en Francia, que sólo había quedado disponible un remanente insignificante. Maximiliano es captado rápidamente por los nuevos consejeros que le van saliendo al paso y pone en ellos un exceso de confianza cuando dan muestras de integridad y saben despertar grandes ilusiones, sin perjuicio de que, a lo mejor, cambie de parecer y les muestre una aversión proporcional a la simpatía que les tuvo. Era harto dudoso, empero, que el propio Langlais

consiguiese poner orden en una situación hacendística tan embrollada. No hubo ocasión. El 23 de febrero de 1866, falleció Langlais de un ataque cardíaco y puso un fin brusco a las grandes esperanzas que se ponían en su persona.

Pese a todo lo pasado, Maximiliano no quiere desprenderse por completo de Gutiérrez. Aunque éste nunca cayó en la tentación de pisar el ardiente suelo mejicano, el Emperador había conservado siempre con él una activa correspondencia. Pero lo máximo a que se atreve, estriba en la pregunta: "¿Por qué no se deciden, usted y sus hijos, a emprender un viaje a nuestra dulce y bella patria?"

Gutiérrez es el mismo de siempre; a las verdades sin afeites de la última carta de Maximiliano contesta con una respuesta hinchada y grandilocuente de unas ciento doce páginas: "Es preciso buscar, Majestad, consejo y ayuda en el episcopado. Aunque no habite ahí, conozco muy bien a mi país. Habéis emprendido algunos paseos un tanto liberales, y he aquí la causa de vuestra escasa fortuna. Confiad por entero en los partidos conservadores, monárquicos y católicos y no tengáis duda de que todo irá bien".

Maximiliano contesta así: "Miles de kilómetros de distancia y cincuenta años de ausencia no son buenos consejeros para juzgar con exactitud un pueblo, por más que sea de él propio. Venga usted a Méjico y podrá analizar como es debido mis puntos de vista". Lo que sigue resulta emocionante por la *meticulosidad* y energía con que se defiende Maximiliano de los reproches de Gutiérrez. Una vez más siente que le llegan muy adentro las cosas que proceden de aquel hombre. Comienza a sentirse inseguro, desconcertado, como si no hubiese seguido, desde el comienzo, los consejos de este personaje, por muy intransigentes y radicales que fuesen. El día 10 de abril, aniversario de su aceptación de la corona, concede a Gutiérrez la más alta condecoración mejicana de que dispone.

Sin embargo, este hombre quiere ser recompensado en moneda de buena ley. Hasta aquel punto, siempre puso a sus hijos por delante cuando se trataba de exigencias pecuniarias. Pero como éstos no habían recibido la indemnización, solicitada a su tiempo, por las supuestas depredaciones en sus propiedades, ahora se dirige al propio Emperador cumpliendo, según dice, el "más imperativo y sagrado de los deberes". Pone de relieve sus servicios en favor de la fundación del Imperio y sostiene que, además de todos los sacrificios personales que llevó a cabo, hoy se encuentra con que su familia está al borde de la ruina víctima de sus convicciones políticas.

En realidad las cosas andan de manera muy distinta. También Gutiérrez teme el hundimiento del Imperio y la consiguiente pérdida de sus propiedades. Su familia quiere permanecer lejos de Méjico y vivir en Europa cómodamente de una indemnización. Este hombre muestra ahora bien a las claras que está a la misma altura de Hidalgo. Así eran en realidad los creadores de la idea de un Imperio mejicano.

El capitán general francés en la secretaría del Emperador, Pierron, se indigna que se haya concedido una condecoración tan alta a Gutiérrez. Si, en verdad, este señor creyó en la monarquía, la fe no vale sin las obras, y a la brecha acudieron otros. En el momento de peligro, no bastan los buenos deseos. Además, se subleva ante la idea de las peticiones financieras de Gutiérrez; pero Maximiliano está preso en absoluto por las redes del hechizo de las ciento doce páginas desbordantes de fanatismo, mas también de lisonjas, de su seductor. En parte sigue el consejo que se le da en aquella carta de nombrar un ministro conservador y provoca la dimisión de los seis ministros liberales, que substituye por personajes de significación conservadora. Gutiérrez, según su inveterada costumbre de comunicar a tercera persona las cartas más íntimas, entrega en seguida la contestación de Maximiliano a Napoleón, quien la da a leer a su esposa y se entera de algunas frases que el emperador de Méjico dirige contra Francia.

Mientras tanto, la situación general de Europa va tornándose más crítica. Bismarck cree llegado el momento de decidir por las armas si será Austria o Prusia quien ejercerá en lo futuro el dominio de Alemania. Ha ido urdiendo sus hilos en Italia y ha comenzado su acertada combinación respecto a París, que tiene por objetivo seducir a Napoleón con promesas efectivas, para que contemple cruzado de brazos el desarrollo de la batalla. Un ambiente de nerviosidad se extiende por toda Europa, y es especialmente manifiesto en París, que era aún entonces la ciudad central en la política del mundo. Y aquí, en París, se percibía en la expedición a Méjico la desagradable sensación de algo que perturbaba y molestaba. Napoleón III ha de mostrarse muy avisado si quiere mantener en Europa su papel directivo.

Las nuevas de los preparativos guerreros de Prusia le excitan sobre manera; en su interior siéntese ya completamente desvinculado de la empresa mejicana. Le asalta un ardiente afán de terminarla lo más pronto posible. En este sentido, escribe a Bazaine en 1866. Todas las teorías para sacar a Méjico del atolladero han sido largamente

aplicadas; es hora de retirarse, de abandonar todo el país; quizá las recaudaciones de aduanas podrían mantenerse algún tiempo aún. De Maximiliano habla muy poco.

Si el emperador Maximiliano hubiese conocido el texto y el tono de la última carta de Napoleón a Bazaine, habría perdido en absoluto todas sus ilusiones. Aunque la última dirigida a Maximiliano era lo bastante expresiva. El Emperador no puede, ni quiere creer que Napoleón sea capaz de pensar seriamente en abandonarle en el momento difícil, en el mal paso. "Me parece imposible —opina Maximiliano— que el monarca más inteligente del siglo, y la nación más poderosa del mundo cedan de manera tan poco airosa ante los yanquis".

En el ínterin recibe Napoleón la carta de Maximiliano, rebosando enojo y disgusto, pero digna no obstante. Más que nada apena al emperador francés que le reproche la ruptura del tratado de Miramar. Y se difiende, a pesar de todo, alegando que fué Max quien primero faltó a él al anunciar que no le era posible el pago del importe completo para sostenimiento de las tropas francesas. De hecho, Maximiliano ha tenido siempre la buena voluntad de realizar aquellos pagos, y las asignaciones mensuales han sido abonadas siempre; a lo sumo quedaban atrasadas cantidades pequeñas. Ciertamente, los gastos de la campaña excedían de cuanto se había previsto en Miramar. En este momento, Napoleón comete un acto que no debería realizar, por cuanto está ya resueltamente decidido a volver las espaldas al asunto mejicano. Procura despertar en Maximiliano, que se agarraría a una brizna de paja, nuevas esperanzas:

"He de confesar abiertamente a Vuestra Majestad que mi más vivo deseo, como mi interés mejor entendido, se enlazan con la subsistencia del Imperio mejicano. Llevaré, pues, a cabo cuanto sea preciso y dependa de mí para ayudar a Vuestra Majestad en la consolidación de su gobierno. Según mi criterio, en estos momentos todos los esfuerzos vuestros han de ser concentrados en la hacienda y el ejército. Vuestra Majestad ha de tener un poco de comprensión para mi difícil situación. En Francia, no han llegado a comprender nunca qué interés podemos tener en la fundación de un gran Imperio en Méjico, y hoy puede llegar a resultar imposible pedir a los Cuerpos colegisladores nuevos sacrificios en beneficio de una empresa que suscita tantos perjuicios y que puede ser causa de intrincadas complicaciones".

El añadido "y que dependa de mí" procura en verdad una vaga posibilidad de hallar una salida para no cumplir la promesa.

Pero, como de costumbre, Maximiliano sobreestima el valor de estas palabras.

La emperatriz Eugenia aprovecha el regreso de Loysel a Méjico para encargarle de palabra diversas observaciones para los soberanos de Méjico. Les deja comprender claramente que los considera culpables de la situación desesperada de la hacienda, del trato poco agradable que mostraron para con el Barón Saillard y del incumplimiento de la mayor parte de las leyes. Es la consecuencia del imprudente anuncio de Maximiliano tocante al envío de "varios volúmenes" de ellas. Carlota contesta excitada: "que el dinero se da para que se gaste. Nosotros no somos culpables de la situación financiera y no podemos arreglar nada en aquel estado de cosas". La carta es poco cordial y más bien fría, y muestra el evidente abandono de aquel aire de confianza sentida y sincera que antes reinaba en el trato de las dos emperatrices. Eugenia se muestra disgustada y no lo oculta a Carlota. La correspondencia de ambas se va acercando a su fin.

Mientras, Maximiliano decide que Almonte vaya de embajador a París. El favorito de Napoleón ha de acudir a la brecha, ya que Hidalgo ha fallado. Lleva consigo el esbozo de un tratado secreto, que, con un total desconocimiento de la situación del Gobierno francés, solicita prestaciones que van más allá de lo que se había pactado en Miramar. Las tropas de Napoleón habrían de permanecer en Méjico y Bazaine dejaría el mando, que sería tomado por el propio emperador de Méjico. Además, le Tesorería francesa continuaría facilitando anticipos hasta la completa pacificación del país, Méjico, empero, lo devolvería todo, hasta el último céntimo. Como contrapartida, Maximiliano concedería a Bazaine el título de duque y mandaría acuñar unas medallas con la efigie de ambos emperadores y condecoraría con ellas a todos los franceses que le hubiesen servido en Méjico.

Maximiliano cree conveniente dar aún a este proyecto de tratado el carácter de ultimátum, señalando el plazo del 15 de julio para su aceptación. Tales eran las indicaciones oficiales que diera a Almonte. Los secretos van más allá aún. En lo que se refiere a Francia, sitúase Maximiliano en una postura que, dada la situación de las cosas, es completamente incomprensible. Recuerda la del jugador que tiene la banca y a quien en realidad le es indiferente el curso del juego. Además, concede a Almonte plenos poderes para que, en el caso de que Napoleón no quiera saber nada con el nuevo tratado, le anuncie

que el emperador de Méjico exige la inmediata retirada de las tropas francesas. Su Majestad el emperador Maximiliano no desertará de su gran obra, sino que, fiel a los deberes que se ha impuesto, como buen mejicano defenderá el Imperio y compartirá, próspera o adversa, la fortuna de éste.

Poco antes de llegar Almonte, había regresado a París el Barón Saillard, muy ofendido del trato que en Méjico recibiera, y expuso sin reservas que, según su criterio, la monarquía mejicana no podía sostenerse. Sus informes exaltaron aún más las opiniones contrarias a Maximiliano que reinaban en París. Para el emperador francés resulta evidentemente penoso apartar a Maximiliano de su favor. En el fondo, no tiene nada que ver con el hombre versátil y cruel que con una sonrisa glacial abandona a Maximiliano como un juguete, que es tal como podría aparecer considerando únicamente su proceder de entonces. Antes bien, ve en el asunto de Méjico una causa perdida, en la que le enredaron los impremeditados consejos de su esposa y el hecho de que los Estados Unidos quedasen fuera de la liza por causa de la Guerra de Secesión, y que, tras la nueva situación de las cosas en América y en Europa, puede esconder gravísimos peligros para Francia. Por todo ello llega el Emperador a la conclusión de que es preciso reducir al silencio los motivos personales, y que aun las promesas dadas no pueden atarle cuando se trata de salvaguardar a la nación, y con ella a su dinastía, de aquellos peligros.

El 20 de mayo de 1866, llega Almonte a París, cargado con su proyecto de tratado secreto. Cuando los emperadores franceses y los ministros responsables leen aquel esbozo, su estupefacción ante las desplazadas ilusiones que se hace aún Maximiliano con respecto a Napoleón no conoce límites. Almonte ha llegado a Francia en unos momentos especialmente difíciles. En las seis semanas de su travesía por el mar el conflicto austroprusiano ha tomado formas agudas. Francia puede también verse arrastrada a una guerra y la Unión Norteamericana adopta de día en día una actitud más provocadora. Los emperadores franceses sienten una profunda agitación ante la perspectiva de una guerra europea que puede empujar al conflicto una nación tras otra. Ante el tratado secreto ofrecido por Maximiliano, no pueden menos de sonreírse. De que se ordene la suspensión del regreso a la patria del ejército francés no puede ni hablarse. He aquí la respuesta: "Absolutamente inaceptable".

Capítulo XIII

Las acusaciones de cobardía

Poca cosa sabe Maximiliano de todo ello. Las medidas ordenadas por Bazaine para concentrar las tropas van prosiguiendo; los pueblos evacuados son ocupados al punto por tropas republicanas. Maximiliano se ocupa lleno de celo en su futura independencia y responsabilidad. Sus pensamientos giran ahora alrededor de un punto central: el de abrirse paso en los terrenos militar y financiero contra viento y marea, para mostrar a Napoleón que ya no le necesita para nada. Max se propone dirigir él mismo la organización del ejército, sin duda también a causa de su hermano Francisco José, que le aconsejó pusiera mucho tiento en una tal empresa, porque él, Maximiliano, no era más que oficial de navío y no podía entender gran cosa en ejércitos de tierra.

Al punto ordena el Emperador mejicano que se redacte un gran trabajo sobre la nueva organización del ejército y la remite sin tardanza a la corte de Viena, para demostrarles que también es inteligente en aquellas materias y que sabe tratarlas en una forma "como tal vez nunca produjo la rutina de los profesionales en Europa". Este tono de superioridad no cuadra mucho cuando la organización del ejército mejicano está aún en plena infancia, y con aquellas palabras parece que quiere dejar comprender, no que está en el mismo pie de los bien trabados ejércitos europeos, sino que aun viene a ser superior. ¿Y la "dirección personal" que está en todo? A los catorce días de esta carta, Maximiliano ha de entregar toda la organización a Bazaine. Y simplemente porque ya no cuenta con un céntimo.

Bazaine se encuentra en una situación cruel. Por un lado, se le prohibe gastar dinero; por otro, ha de poner en marcha la organización de un ejército mejicano. Se esfuerza cuanto puede en ser un soldado obediente y sumiso a la disciplina, pero aquellas órdenes contradictorias de París le hacen la vida imposible. La gente que las dicta observa las cosas solamente desde el punto de vista europeo y, ni con mucho puede llegar a tener una visión exacta de las circuns-

tancias en Méjico. Y a pesar de todo es más necesario que nunca un ejército eficiente.

En Washington están firmemente decididos a poner en Méjico otra vez la república sobre la silla. El secretario de Estado, Seward, declara que la Unión Norteamericana considerará toda ulterior ingerencia de una potencia extranjera en los asuntos de Méjico como una declaración de guerra. Austria es el primer Estado que recibe la reprimenda. Maximiliano, en su angustia por la partida de los franceses, trata de hallarles substitución, y ruega con gran insistencia a su hermano que le envíe mayor número de voluntarios, lo que al fin, en 1º de mayo, le es concedido. Inmediatamente, interpone su protesta el Gobierno de los Estados Unidos. En caso de no ser atendidos, se considerarían en guerra con Austria. Es demasiado para el Gobierno austríaco cuando es inminente la ruptura con Prusia. Arría prudentemente la bandera y suspende el envío de voluntarios.

La noticia ha de recorrer un largo camino antes de que llegue a Maximiliano. Mientras, se ocupa de la suerte del concordato con Roma, que se esfuerzan con afán en alcanzar, de una parte, los tres miembros de la Comisión especial, y, de otra, el padre Fischer, secretamente su hombre de confianza para aquellos asuntos. Ninguno de ellos ha obtenido aún visibles resultados. Por más que crea Maximiliano que, "cuantos más motores, más veloz anda un navío", tantos comisionados se estorban, y en los respectivos informes se cubren de denuestos unos a otros. La Comisión dejó comprender muy claramente a Méjico que no era conveniente la actuación del padre, y éste informa de nuevo que el Papa le dijo, refiriéndose a los miembros de la Comisión: "El primero es un niño, el segundo un tonto y el tercero un intrigante".

Pero, tanto el padre como los comisionados, no tardan en reconocer que no es practicable un concordato en el sentido que Maximiliano desea; mas todos ellos se dedican a mantener viva en el Emperador la esperanza de que, sea como sea, llegará a buen término. Por otra parte, se vive muy regaladamente en Roma con el dinero del Estado y las noticias que llegan de la patria no son para hacer muy deseable el regreso.

Maximiliano, en su optimismo, esperaba un rápido resultado de las gestiones del padre. Como con tanto tiempo nada se pudo recoger, parece llegado el momento de intervenir para proponer concesiones fundamentales. En estos tiempos, en marzo de 1866, la correspondencia con Roma es particularmente activa. El jesuíta escribe gruesos

diarios que contienen todas las murmuraciones de la corte de los papas. Allá se puede leer lo más nuevo sobre la amiga del cardenal Antonelli, o cómo el cardenal Alfuri vendería su alma a quien fuese con tal de que le ayudase a obtener la tiara. Sensacionalismo y disimulación astuta son las dos características de estas cartas a manera de libelo. Fischer escribe afirmaciones habitualmente dirigidas contra sus enemigos. Las notas marginales del impresionable monarca muestran bien a las claras cómo se había dejado aprisionar por Fischer. Repetidamente expresa al autor sus "gracias más sinceras" y no se cansa de afirmar cuánto reconoce la actividad del padre: "Con íntima alegría he recibido sus dos queridas cartas del 11 de mayo, y quedo maravillado del certero espíritu y clara comprensión que resplandecen en cada línea. Si yo tuviese tan sólo seis diplomáticos como usted, esté bien seguro de que nuestros asuntos andarían muy de otra manera. Piense que cuanto más me escriba, más contento estaré. Viene a serme ya una necesidad".

Y en verdad no tiene el Emperador grandes motivos para estar tan satisfecho. Ciertamente, el padre Fischer obtuvo tan poco como la Comisión especial. Su único éxito lo constituyen sus bellos informes.

Pronto se revela la verdad con toda su rudeza: la Curia va siguiendo los acontecimientos con ojo avizor. Por todos conductos le llegan noticias de Méjico afirmando que el Imperio no podrá sostenerse. Queda con ello eliminada cualquier base para hacer concesiones. Así pues, con uno u otro pretexto, se van alargando las negociaciones. Siéntese el Emperador desengañado y se enoja con los "discursos de doble fondo" y las "promesas nunca cumplidas", y, para demostrar que no abandona la fe de sus mayores e impresionar con ello a la Curia, abriga la intención de comprar en Roma una antigua iglesia y consagrarla a Nuestra Señora de Guadalupe.

Maximiliano atribuye el fracaso del concordato a las intrigas de la clerecía mejicana, cuyo mal comportamiento considera que merece un castigo ejemplar.

Lleno de enfado y mal humor ordena a la Comisión que pregunte categóricamente a la Curia si está o no dispuesta a concertar un concordato. Es un ultimátum semejante al que encargara a Almonte en París. La Comisión prevé la derrota total, no cumple el mandato y todo queda de nuevo en el aire.

En el ínterin Napoleón ha tenido noticias de Méjico que le dejan comprender sin lugar a dudas que todo el edificio del Imperio

mejicano se hundirá fragorosamente en un instante si las tropas francesas, antes de su partida, no hacen tabla rasa con las fuerzas militares de los juaristas y con sus cabecillas. El emperador de los franceses sabe muy bien, por otra parte, que un hundimiento tal dañaría extraordinariamente a su prestigio en el mundo. Así pues, tenía ya decidido, antes que Almonte diera el paso que ya conocemos, exigir súbitamente de Bazaine que persiga sin piedad a los jefes juaristas y que los aniquile antes de la repatriación. Lo que no pudo obtenerse en cuatro años, pretende que se obtenga rápidamente en el último instante.

La vida disoluta y el mal estado de salud del emperador Napoleón condicionan su actitud ante las nuevas que llegan de uno y otro sector, a menudo contradictorias. Sus actos van tomando un carácter vacilante, incierto; órdenes y contraórdenes se neutralizan unas a otras. La emperatriz Eugenia puede equivocarse, pero cuando quiere una cosa marcha hacia ella en línea recta. Mas, después del fracaso de Méjico, el Emperador apenas si la escucha ya. La nueva orden llega a las manos de Bazaine a mediados de junio. En una época, por lo tanto, en que el movimiento de evacuación de las tropas ocupantes está muy avanzado y las fuerzas juaristas, acudidas de todas partes y que, conocedoras ya de la inminencia de la retirada francesa, van engrosando como un alud, obtienen éxitos muy importantes. El Mariscal mueve, como dudando, la cabeza; pero mandato es mandato, y se dispone a llevar a cabo cuanto sea posible.

Entonces llega la noticia de que no se autoriza en Austria el cuerpo de voluntarios pedido, resultado de las gestiones de los Estados Unidos. Maximiliano había depositado en estos refuerzos sus mayores esperanzas y se lamenta, desengañado en lo más profundo, de la imperdonable debilidad de las potencias europeas frente a la Unión Norteamericana. Para la desleal actitud de Austria no tiene más que indignación y enojo.

Sólo le queda ahora, ante el espectáculo desesperanzador de ciudades y pueblos cayendo en las manos de Juárez, suplicar el auxilio de Bazaine, pues la situación empeora a cada momento. El general imperial Mejía, que defendía la importante ciudad marítima de Matamoros, centro importante de aduanas, se ve forzado a capitular. Pero tanto él como la guarnición obtienen libre retirada. Entre las tropas imperiales predomina la deserción y la apostasía, y aun en la legión belga se llega a las manos. Entre los austríacos reina descontento por la irregularidad de las pagas y la mala calidad de los

alimentos. El comandante general de aquéllos, el Conde Thun, en su fuero interno está convencido de que el Imperio se hundirá, y que muy pronto llegará el momento de dar la voz de sálvese quien pueda. Él y los generales franceses siempre andan con envidias y rivalidades.

Maximiliano juzga severamente a Thun: "Este hombre no conoce ninguna ley, ignora qué cosa es el interés público o los engranajes de un buen gobierno. Es por lo que la verdadera sabiduría del gobernante, ya en tiempos antiguos, ha de exigir que la gente de espada obedezca, pero que no hable ni pretenda enjuiciar".

El embajador austríaco, en su informe del 28 de junio de 1866, escribe una verdadera oración fúnebre del Imperio: "El juarismo levanta la cabeza por todas partes, los más activos partidarios se van volviendo apáticos, la antigua popularidad del Emperador deja su lugar a una indiferencia fría, por más que respetuosa; los liberales continúan siendo enemigos irreconciliables del trono, al que se acercan para traicionarlo mejor".

Contra todo, el Emperador continúa aferrado a su programa optimista; quiere apoyarse en la raza indígena, crear un buen ejército nacional, sanear la hacienda mediante el incremento de las riquezas naturales y apiñar a su alrededor un grupo de gente honorable y leal.

El jefe del Gabinete militar, Pierron, que es ahora la persona de confianza del Emperador, no se cansa de predicarle "energía". Está convencido de que es el buen consejo que precisa su Emperador. Maximiliano no cierra sus oídos. En un consejo de guerra, se dictan cinco sentencias de muerte; pero de nuevo indulta Maximiliano a los reos. Pierron está decididamente contra la suavidad y quiere esta vez ilustrar a su señor con una anécdota:

"Un príncipe filósofo visitaba en cierta ocasión una cárcel; todos los reclusos sostenían que eran inocentes, excepto uno que se reconoció culpable. ¿Mandó el príncipe que fuesen soltados los que hacían protestas de inocencia? En manera alguna. "Que se suelte al culpable —exclamó—, es indigno que tenga que vivir entre gentes tan honorables".

Fueron obtenidas del Emperador medidas draconianas casi por la violencia, a pesar de su resistencia tenaz. En las postrimerías de su Imperio él sólo tendrá que rendir cuentas de aquellos actos, mientras los que le aconsejaron obrar con dureza se encontrarán ya desde largo tiempo en lugar seguro. Maximiliano quiere substituir la muerte por el destierro. Se acuerda de Napoleón III, su modelo, quien, durante

el golpe de Estado de la noche del 1 al 2 de diciembre de 1851, mandó prender los dieciséis jefes principales de los partidos contrarios y los envío al destierro. Pierron recibe la orden de confeccionar una lista de personas sospechosas de la capital y de los alrededores, que luego habrán de ser detenidas por sorpresa en la noche y deportadas a Yucatán.

Maximiliano no logra librarse jamás de su ángel malo: Napoleón. Sobreestima aún la fuerza del emperador francés y cree posible que en un congreso de potencias europeas puede dirigir las cosas en el sentido de que se acuerde mantener con energía el principio de las legítimas influencias de aquellas naciones en el Nuevo Continente. Consecuente con sus convicciones, escribe a Napoleón una carta que es un verdadero ramillete de deseos y peticiones, solicita generales e intendentes para la reorganización del ejército, y aguarda con impaciencia subsecretarios franceses para Justicia, Enseñanza y Comercio. Cuanto más se esfuerzan los franceses en sacar las manos de los asuntos de Méjico, tanto más parece proponerse el emperador Maximiliano, que al principio velaba con tanto celo por los derechos de los mejicanos, ligar cada vez más a Francia con su Imperio.

La respuesta de Napoleón a las gestiones de Almonte, que muestra claramente cómo aquél abandona ya por entero la aventura de Méjico vuelve a la dura realidad el ánimo de Maximiliano. No solamente es negativa del todo, sino que intenta atribuir a Maximiliano la plena responsabilidad de los fracasos en Méjico. Se exige también de él la retención de la mitad del montante de las recaudaciones de aduanas; de lo contrario las tropas francesas serían retiradas inmediatamente. Napoleón abandona ciertamente el mal asunto mejicano y pretende salvar del desastre todo el dinero que pueda. En Maximiliano ya no se piensa para nada: que salga del mal paso como pueda.

En su confusión, Almonte acompaña la nota francesa con el consejo de que sería conveniente en Méjico una política cada vez más conservadora, totalmente reaccionaria. Después de su fracaso, le falta valor para atenerse a la orden secreta de Maximiliano, referente a la inmediata retirada de Méjico de las tropas francesas. Él mismo está demasiado bajo en la seducción de su antiguo protector, el emperador francés, para atreverse a tanto. Y las cosas se presentaron en tal forma que el emperador Maximiliano hubo de sufrir la humillación de que Napoleón le amenazara con retirar las tropas, como una imposición, cuando él, Almonte, con aire de dignidad ofendida, lo hubiese podido exigir.

De pronto, como un relámpago, se hace luz en las tinieblas; súbitamente, Maximiliano ve con claridad: le traicionan y le abandonan; ya nadie le obedece. De todos los ámbitos del Imperio, una tras otra, le llegan nuevas como las que llevaban a Job. Todo el norte está sublevado; Juárez cuenta con el apoyo de los Estados Unidos; aun las comunicaciones de Méjico al mar, tan importantes, están amenazadas; la organización del ejército no adelanta; los comandantes de las tropas piden las pagas de los soldados y las arcas del Estado están vacías. Para colmo de desdichas, el 6 de julio por la mañana, llegan las nuevas de la guerra que acaba de estallar entre Austria y Prusia, y de la febril agitación que domina a toda Europa. Existe el temor general de que la guerra se extienda por Europa entera, y sólo la idea de que esto pueda suceder es tanto como decir que Méjico queda abandonado a su suerte.

Consejeros cuyos consejos habían sido solicitados y consejeros espontáneos acudían alrededor de Maximiliano. Unos, ocultando razones egoístas, personales; otros, como el subsecretario Leoncio Détroyat, un francés, muy bienintencionado para con Maximiliano, y que abiertamente y a guisa de advertencia escribe:

"La suerte del Imperio se está jugando ahora. El velo se ha rasgado al fin. La política de Napoleón, dudosa desde hace algún tiempo, es ahora bien patente a todos los ojos. La consecuencia de ella será la caída de Vuestra Majestad. No se ha de pensar más en las promesas de Miramar ni en la amistad de un soberano que venía a ser como un hermano vuestro; ya no existe una sola persona que haya recibido una carta de Europa que no le repita lo mismo: "Se dejará caer al Emperador". Vuestra Majestad tiene aún esperanzas en la lucha, en la resistencia; yo, por mi parte, creo que todo ello es más que inútil, peligroso... A todo precio han de ser retiradas las tropas francesas. Bazaine no es otra cosa que un estorbo, ejerce una especie de tutela mal intencionada y mal aplicada que va madurando frutos venenosos. Ahora, dice Napoleón: "No puedo mantener mis promesas, he de romper todos los pactos, retiro mis tropas, exijo mi dinero y os abandono". Majestad: anunciad a vuestros mejicanos, en una proclama, que vinisteis aquí para salvarles de la anarquía. Habéis aceptado una ardua encomienda confiando ciegamente en las promesas de un soberano que había jurado ayudaros y no abandonaros jamás. Ahora todo ocurre al contrario. Mal servido y peor ayudado, no habéis podido llevar a buen término la magna empresa que fuera vuestro sueño y os veis for-

zado a ceder ante la cruel necesidad y retiraros a vuestro país de origen, sin que nunca queráis, empero, perder de vista en lo futuro los intereses de Méjico. Así lo haría yo, sin demorarme un instante, sin perder un minuto. Sire, os he hablado desde el verdadero fondo de mi corazón".

Estas palabras sinceras, fieles, que describían con singular exactitud la situación, de aquel hombre honrado, al cual hay que hacer todo el honor que merece, pues siendo francés adoptaba una postura tan imparcial y no exenta de peligros; estas palabras causaron profunda impresión en el emperador Maximiliano. No puede negarse ya a reconocer, que su consejero tiene la razón por entero y ve llegar el momento en que se considerará obligado a declarar que es inútil cuanto se intente. Sostiene una lucha terrible consigo mismo; le resulta especialmente doloroso volver a Austria y verse constreñido a declarar a su hermano y a cuantos le advirtieron que se ha engañado, que aquella obra emprendida con entusiasmo tan ardiente falló. Pero no ve otra salida, ni en realidad existe otra.

Cuando ya estaba decidido a publicar su abdicación al trono, interviene la emperatriz Carlota. En todo aquel año se había ocupado menos de los asuntos políticos, pero sí infatigablemente de obras de beneficencia. No obstante, al ver ahora amenazados a su esposo y al trono, despiértase en ella de nuevo la ambición y el afán de poder que recibiera de su padre como herencia. ¿Ha de ser sacrificado su esposo a las intrigas, a la mala voluntad de las gentes, a los caprichos pasajeros de la fortuna? La brillante obra del Emperador, por la que ella tantos años se afanó y padeció, ¿todo se ha de hundir a un solo embate? ¡No, mil veces no! Carlota imbuye en su vacilante marido que abandone semejantes ideas, que cobre ánimo, que persevere. Y, finalmente, se ofrece a ir personalmente a Europa para tratar con el Papa y Napoleón III la manera de encontrar una potencia más eficáz que permita satisfacer las necesidades vitales de Méjico.

Maximiliano siéntese animado de nuevo ante la energía y la fortaleza de la Emperatriz: en el fondo de su alma, aquella decisión le causa una gran pena. Se aferra, pues, con ambas manos a esta última áncora de salvación. Es decidido el viaje de la Emperatriz a Europa, y se fija que sólo visite a Roma y a París. El 5 de julio, Maximiliano anuncia a su madre, la archiduquesa Sofía, el inminente viaje de la esposa:

"Muy querida madre: Aprovecho la segura ocasión del viaje de Carlota a Europa para enviarte estas líneas. Carlota emprende este paseo al Viejo Mundo para trabajar en pro de los asuntos mejicanos como el más seguro y hábil de nuestros embajadores. Va provista de mis instrucciones secretas y tiene como misión principal recordar, para bien de Méjico, el valor de ciertas promesas y pedir ayuda para resolver determinados problemas. Cuánto me ha costado separarme de ella no lo pueden describir las palabras. Espero confiadamente, sin embargo, que Carlota dejará pronto listos sus negocios, y que, dentro de unos meses, volverá a estar conmigo. El período de tiempo que tendré que vivir separado de ella por el océano constituirá, sin duda, la prueba más penosa de mi vida; mas, para grandes fines, hay que afrontar grandes sacrificios.

"Desde que Europa, de un lado y de otro, nos abandona de la manera más vergonzosa y todo ese continente caduco tiembla cobardemente ante Norteamérica; aquí es preciso desarrollar una doble y esforzada actividad.

"Que los monarcas de Europa, con una debilidad imperdonable se inclinen ante la República vecina nuestra, en realidad sin conocerla, es algo que de sobra tendrán ocasión de lamentar amargamente; pero esto no es a mí a quien importa; yo me he de pasar día y noche meditando una manera de salvar a mi nueva patria, que quiero ya con verdadero ardor. En este propósito del deber y del amor, Carlota está fielmente a mi lado, con gran honradez y actividad, y he aquí la causa de su viaje a Europa, pensado y hecho, decidido sin tardanza. Que Dios la guíe y nos la devuelva sana y salva y llena de gozo. Va acompañada por el ministro del Exterior, que es un hombre fiel y noble, y que sin duda le ayudará en todos sus pasos con honradez. Además, figurarán en su séquito el Conde Bombelles y una deliciosa dama del palacio de aquí. Por razones políticas, no visitará esta vez a Bruselas ni a Viena. Te lo ruego de todo corazón, dedícame muchas de tus oraciones, a mí, que voy a quedar solo en un mundo tan lejano y agitado".

Apenas escribiera esta carta ya asaltaban de nuevo al Emperador cavilaciones y dudas .No podía apartar de su memoria las palabras de Détroyat. ¿Por ventura no es su esposa la única persona que se arriesga a un consejo semejante? ¿Tiene esta mujer joven un juicio político suficientemente maduro para decidir en un problema de tanta monta? Otra vez comienzan las vacilaciones de Maximiliano y se pregunta de nuevo si el viaje de la Emperatriz sólo re-

portará desengaños y si no será, por lo tanto, preferible abdicar inmediatamente la corona.

En cuanto Carlota adivina el estado de ánimo de su marido, recurre a procedimientos más enérgicos. Le conoce muy a fondo y sabe cuán susceptible es en materia de honor. "No y cien veces no —escribiera no ha mucho la Emperatriz—; prefiero de mucho una situación que pueda ofrecerme actividades y deberes, y si se quiere peligros, que pasarme estúpidamente hasta los setenta años contemplando el mar". Carlota se propone atacar a su esposo trayendo a colación su honor de hombre y de príncipe, y en aquella hora decisiva redacta una detallada memoria que personalmente hace llegar a manos de su marido. El Emperador abre el cuaderno y va leyendo con creciente agitación los conceptos de su esposa:

"Carlos X de Francia y Luis Felipe, mi abuelo, consumaron, al abdicar, su propia derrota. Es un error que no debe repetirse. Abdicar quiere decir juzgarse, sentenciarse a sí mismo, exhibir la propia incapacidad, y esto sólo es aceptable en ancianos o en débiles mentales, pero no es el caso en un príncipe de treinta y cuatro años, lleno de vida y de perspectivas en el porvenir. La soberanía del rey es el bien más sagrado que pueda darse entre los hombres; no se puede dejar un trono como se puede salir de una asamblea que un destacamento de policía acordona. Desde el punto que se acepta el destino de una nación, es algo que se realiza con riesgo propio, y uno ya no es libre para dejarlo cuando le plazca. No conozco ningún caso en que la abdicación no represente otra cosa que un error o una cobardía.

"En una batalla, Luis el Grande dijo a un inglés que quería hacerle prisionero: "Amigo mío, en las derrotas, los reyes no han de dejarse hacer prisioneros". Y es natural añadir que tampoco los emperadores. Mientras aquí haya uno, existirá un imperio, aunque de hecho sólo disponga de seis pies de tierra. Que no tiene dinero no es una objeción suficiente: mediante crédito, puede ser procurado, y el crédito con el éxito, y el éxito, naturalmente, hay que conquistarlo.

"Y si no se tuviese ni una cosa ni otra, no hay que desesperarse, porque se respira y se ha de tener confianza en sí mismo. Si de una cosa que se ha emprendido y se ha tenido por posible, luego, cuando ya está en curso, decimos que no es practicable, nadie nos creerá. Añadir que nos retiramos porque si en un tiempo creímos establecer un régimen que reportase felicidad a la nación luego nos

enseño la realidad que era justamente al contrario, es algo como darnos de puñetazos al propio rostro; además, es una mentira cuando se representa para la nación la única áncora que pueda salvarla.

"Deducciones: El Imperio es la única fórmula capaz de sanar a Méjico de sus males y, por consiguiente, hay que aplicar todos los medios para salvarlo, a lo que venimos obligados por la palabra y el juramento, y ninguna imposibilidad, creída un tanto a la ligera, puede librarnos de tales obligaciones. Si la cosa, ahora como antes, resulta impracticable, el Imperio ha de ser conservado, su esplendor defendido, y, si es preciso, ampararlo con decisión y denuedo de cuantos quieran atacarle. Si no cabe abandonar el puesto ante el enemigo, ¿por qué ha de admitirse que se abandone una corona? Los reyes de la Edad Media aguardaban a lo menos que viniesen a arrebatarles los reinos por la fuerza; nunca los entregaban de buen grado, y las abdicaciones se inventaron cuando el monarca había echado en olvido montar en su corcel de guerra en los instantes amenazadores. La guerra civil no existe por cuanto, habiendo terminado el período de la magistratura de Juárez, carece de todo pretexto legalista. No es decoroso dejar el sitio a un enemigo de tal catadura; no puede decirse, como en una casa de juego o en un teatro, que la banca quebró o que ha terminado la farsa, para apagar al punto las luces. No sería digno de un príncipe de la Casa de Habsburgo, ni de Francia y de su ejército, que hubiesen sido llamados para consentir y contemplar tal espectáculo. ¿A quién defenderá el mariscal Bazaine hasta el próximo año? Existiría fundamento sobrado para pensar en la alusión de Julio Favre a Don Quijote si procediésemos de tal guisa, porque de lo sublime a lo ridículo realmente no va más que un paso. Salir a la liza como portadores de cultura, como salvadores y regeneradores, y volverse a casa alegando que no hay nada para civilizar, nada para salvar, nada para regenerar, y todo ello en íntimo acuerdo con Francia, que descolló siempre como el país del espíritu y la cultura, habéis de confesar que sería para unos y otros el mayor absurdo que pueda darse bajo la luz del sol. Estas mismas razones pienso exponer al otro lado del mar. Si no es decoroso que se juegue con las personas, mucho menos lo es con las naciones, y Dios castigará a quienes lo intenten".

Estremecido, el Emperador deja caer de su mano la hoja. No logra comprender que aquella memoria muestra la más elemental incomprensión de las circunstancias en Méjico y que sus pruebas fundamentales están basadas en analogías históricas de otra parte

de la Tierra. Son ideas vagas, que la emperatriz Carlota recibiera con la leche materna. La mayor desilusión de su padre el rey de los belgas fué la abdicación de su suegro, pues en este parentesco con la Casa real francesa, que procuró fortalecer con otras alianzas en la familia Coburgo, cifraba sus mejores esperanzas para el futuro. La renuncia al trono de Luis Felipe en el año 1848 destruyó de golpe todos sus planes y abrió el camino a un napoleónida, con el cual no le unía parentesco alguno, y que, tal como el rey de los belgas temía, con relación a Bélgica desarrolló otra vez la misma política del primer Napoleón. Siempre se habló en aquella casa con amargura de aquella renuncia al trono y fué un hecho que permaneció indeleblemente grabado en el ánimo de Carlota. Estos recuerdos aciertan a determinar ahora, acuciados por una ardiente ambición, que no pueda tolerar la idea de que ella, hija de reyes de la más noble sangre sajona y borbónica, juntamente con su esposo, un archiduque y hermano del emperador de Austria, se vea desposeída de su trono por las hordas republicanas y obligada a volver, rebajada y humillada, a su casa de Europa de donde salieran. ¿Qué inimaginable papel irían a representar ahora en la corte de Austria? Sólo de pensarlo siéntese herida en lo más hondo.

Maximiliano queda sometido a su influencia, se rinde a sus razones. Carlota sabe valorarlo exactamente, y conoce sus puntos neurálgicos. En negocios que atañen a su honor, es donde el Emperador se muestra de una más exacerbada sensibilidad. Acaba de recibir una carta de Eloin, de un tono verdaderamente triste, pero que deja, no obstante, flotando ante la imaginación una engañosa imagen de glorias y éxitos.

"Sire, no podemos hacernos ya muchas ilusiones: no solamente el Gobierno, sino también el jefe supremo, la última esperanza a la cual he dirigido mis ojos, inclina la cabeza bajo el peso de la opinión pública y abandona con un impudor y una falta de dignidad inconcebibles a quien, bajo el hechizo de una confianza inquebrantable, creyera demasiado tiempo en las promesas y las obligaciones solemnemente contraídas. Ni un punto dudo ahora que la presencia de los ejércitos franceses en Méjico es más dañosa que conveniente a nuestra causa y estoy enteramente seguro de que, con unos diez mil hombres abnegados y aguerridos, el Imperio puede prevalecer y sostenerse. Los mejicanos, liberados de una intervención extranjera, recibirían sin duda con palmas al príncipe que ha tenido el ánimo y la abnegación de sacrificarlo todo en beneficio de ellos.

¡Qué gloria para el hombre que llegase a ejecutar tal programa y qué ludibrio para los que le abandonaron a medio camino!"

"Sí, este hombre tiene razón —se dice Maximiliano—. No quiero que mi mujer me haya de reprochar cobardía; quizá todo andará mejor de lo que imaginamos y conseguiré llevarlo todo a término feliz". Va desvaneciéndose el eco de las advertencias de Détroyat. El Emperador permanecerá en Méjico y la Emperatriz emprenderá sin tardanza su viaje, con el principal objeto de obtener de Francia que restablezca de nuevo la entrega mensual de dos millones y medio de francos que había interrumpido recientemente. He aquí la parte más importante, la escasez de dinero es terrible, paraliza la organización del ejército y toda la máquina del Estado. Aun el mismo dinero para el viaje de la Emperatriz hubo de ser retirado de unos fondos reunidos para fines benéficos. La Emperatriz lleva consigo una detallada memoria de Pierron sobre la situación financiera y sobre los destructores efectos de la persistente guerra civil. El Gobierno mejicano renunciaría a la mitad de las recaudaciones de las aduanas marítimas si se le procuraban aquellos subsidios y un empréstito de cincuenta millones. Carlota redacta de propia mano una relación de cuanto ha de pedir en Europa. Muy confiada en la victoria, comienza el documento indicando que Napoleón se obligue a pagar del Tesoro del Estado, hasta el final de 1867, veintisiete mil hombres de tropas mixtas, así como a relevar a Bazaine, a sustituirlo por Douay en el alto mando, y a no retirar las tropas francesas hasta que el ejército nacional se halle organizado del todo. Los deseos de Carlota van más allá, y penetran ya en la zona de las más especiales atribuciones de Napoleón; no obstante, la Emperatriz confía en obtener buen éxito.

Maximiliano deja partir a su esposa con una vaga impresión de temor. "El viaje de Carlota —escribe a su hermano menor— es el sacrificio más penoso que he ofrendado a mi nueva patria, y tanto más penoso, por cuanto Carlota ha de atravesar la mortífera región de la fiebre amarilla en la peor época. Con la precisión de su tacto, sabrá informarme hasta qué punto podemos confiar en el auxilio de esa vieja y carcomida Europa. Si el Viejo Continente nos abandona del todo por temer a los Estados Unidos, como Austria hizo recientemente, por lo menos sabremos claramente que sólo hemos de confiar en nosotros y en nuestras propias fuerzas".

El 9 de junio de 1866, a primeras horas de la mañana, salió la Emperatriz de la capital; el Emperador la escoltó un buen trecho.

La lluvia y la borrasca dificultaban el viaje hacia la costa. Quebráronse las ruedas del carruaje y la Emperatriz quiso continuar el viaje a caballo. En Veracruz fué recibida silenciosamente. Teníase por doquier la impresión de que la Emperatriz partía para ponerse a salvo y que el Emperador no tardaría en seguirla.

Aquella valerosa mujer está muy ajena a propósitos semejantes; al contrario, iba pensando sosegadamente en el tiempo en que volvería a Méjico como salvadora y auxiliadora del país y del Imperio.

En Veracruz, no logra contenerse y expresa simbólicamente su indignación ante la primacía francesa en todo. En el muelle, le aguarda un bote con bandera francesa que ha de conducirla al vapor *Emperatriz Eugenia*. Se niega a subir al bote si no se enarbola al momento en lugar de la bandera francesa la mejicana, y aguarda en el edificio de la prefectura del puerto hasta que se dé satisfacción a sus deseos.

La situación militar de Méjico va siendo cada vez más amenazadora. Cuando, el 15 de mayo, Napoleón solicita de Bazaine que ataque a los juaristas, el Mariscal se propone salir de su pasividad, emprender una ofensiva en dirección norte y salir él mismo con las tropas. Mientras, llega de París la contraorden. A pesar de todo, Bazaine decide salir de la capital, pero solamente para observar mejor los imprescindibles movimientos de retirada.

Maximiliano, que está bajo la impresión de las desoladoras noticias de París, se niega a recibir al Mariscal que había ido a despedirle. Es una altanería absolutamente inoportuna ahora, en los momentos en que la Emperatriz va a París para obtener que Francia y Napoleón se interesen de nuevo en favor del Imperio mejicano. Ahora se arrepiente Maximiliano de que, en el estado de ánimo de lanzarlo todo por la borda y abandonar a Méjico, negase la audiencia que se le pedía. Al contrario, en estos momentos, Maximiliano decide nombrar ministro de la guerra al general Osmont, y de Hacienda al intendente general Friant, y ruega a Bazaine por escrito que quiera dejarle aquellas dos personas excelentes y de grandes dotes. Expresa también la esperanza de que las operaciones militares del Mariscal sean coronadas por el éxito. En su fuero interno, atribuye Maximiliano a Bazaine la culpa de que no pueda disponer aún de un ejército bien organizado, y espera de Osmont que logrará reunirle en tres meses cuarenta mil hombres de tropas ejercitadas. "He de aguardar —arguye Bazaine— a ver cuál es la actitud de Vuestra Majestad ante la última nota fran-

cesa; pues, si no es aceptada, tengo orden de concentrar mis tropas". Con ello quiere decir, naturalmente, concentrarlas en retirada.

Esta exigencia amenazadora de someterse a todas las imposiciones francesas es lo suficiente clara. Conforme al plan acordado con la Emperatriz, el Emperador decide acatar todos los deseos de Francia. Sólo así puede aguardar un feliz resultado de las gestiones de la Emperatriz. "Me avengo a todas las peticiones francesas", contesta Maximiliano. Pero esto ya no puede alterar en nada el curso de las cosas. Bazaine desaloja el país. Disimula la retirada declarando que es más prudente una eventual colocación de las líneas fronterizas más a retaguardia, con lo que el país será de más fácil vigilancia y se podrá defender con menos tropas. Los legionarios se dan perfecta cuenta de que el propósito de Bazaine es abandonar vergonzosamente el Imperio mejicano a su suerte. En los países extranjeros, algunos representantes se separan del Imperio, como las ratas de un buque que se va a hundir. Sólo uno, el cónsul general en Viena, Herzfeld, acude a Méjico, para encontrarse ahora, cuando el peligro amenaza, junto a su imperial señor. Respecto a Austria, está Maximiliano en los peores términos, aun cuando el embajador mejicano en Viena no ha cumplido el encargo de denunciar todos los contratos existentes con el Estado imperial.

Mientras, en París aparecen de nuevo Gutiérrez y Almonte. Precisamente cuando por aquel entonces consideraba el Emperador la conveniencia de un cambio, también en sentido político, con objeto de satisfacer los deseos franceses y bienquistarse con Napoleón, llegan cartas de aquellos personajes que dan el impulso definitivo a decisiones de gran amplitud. En una carta de cuarenta y cuatro páginas conjura de nuevo Gutiérrez al Emperador para que adopte la única solución para salvar el Imperio que a su entender existe aún: entregarse del todo en brazos de los conservadores, que le elevaron del palacio de Miramar al trono imperial de Méjico. La verdadera monarquía, la verdadera política católica han de ser su norte y su guía, y no solamente han de ser todos sus ministros conservadores, sino que los principios fundamentales de la gobernación del Estado han de obedecer a esta tendencia.

"Sincero, leal y respetuoso", dice Gutiérrez que ha de ser su consejo. Maximiliano se deja seducir por la verbórrea. Justamente había mandado devolver aquellos bienes solicitados por los ausentes hijos de Gutiérrez, aunque ya pertenecían a otras personas desde largo tiempo. Así, pues, aun a costa de su propia popularidad, el Empera-

dor da lugar a que este Gutiérrez pueda aseverar sin tregua que él comenzó la obra que Maximiliano está en vías de terminar.

También Almonte escribe que le intranquiliza en extremo la situación del Emperador en el caso desdichado de que no se entregue del todo en brazos de aquellos hombres que le elevaron al poder.

Esta vez el Emperador cede. Se reconoce fracasado en sus tendencias liberales; quizá ellos tengan razón; quizá es él quien estaba en un error. No le queda ninguna otra salida: capitula en nombre de Dios, aun en este terreno. Así, pues, ha de comenzar una nueva política, que pretende ser realista. El pensamiento dirigente será, desde ahora: en el interior, energía, protección de la gente honorable y pacífica y severidad con los enemigos del orden; en el exterior, conexión íntima con Francia.

La energía demostróse, a propuesta de Pierron, con el encarcelamiento, el 14 de julio, de dieciséis de los más conspicuos enemigos del Imperio, o sea de hombres que, unos, tal vez habían incurrido en alta traición y, otros, acaso no habían delinquido en nada, excepto en no haberse hecho simpáticos a los franceses.

En todo, en cada caso, sigue Maximiliano inspiraciones francesas; cuanto más se separa Francia de él, tanto más quiere acercarse a Francia; el Emperador se comporta como una mujer, que trata con frialdad a su apasionado galán, y que, cuando percibe que comienza a enfriarse y se retira, se lanza a su cuello ardientemente. Nombra, pues, sin aguardar el permiso de Bazaine, ministros a los dos generales franceses Osmont y Friant en un ministerio absolutamente conservador, a cuya cabeza figura el presidente de aquella Asamblea de Notables que eligiera emperador a Maximiliano. Este paso significa la completa retractación por parte del emperador de Méjico de sus convicciones políticas, por más que Eloin recibe al mismo tiempo el encargo de asegurar en la prensa europea que Maximiliano se mantiene fiel a los principios liberales.

En estos momentos, accede Maximiliano a todas las exigencias financieras de Francia, que, mientras sus tropas están aún sobre el país, intenta sacar cuanto puede. Entre tanto, el Emperador aguarda que sus concesiones decidirán por parte de Bazaine una enérgica acción militar hacia el interior del país, aunque de hecho se van cumpliendo las órdenes de evacuación. Douay se retira, con amargura y vergüenza en el corazón, de sus posiciones en el norte. La importante plaza aduanera de Tampico es evacuada de súbito. Inmediatamente los juaristas levantan una horca en la plaza mayor y cuelgan al pre-

fecto imperial. La evacuación del norte por los franceses es encarecida y trompeteada por los juaristas en todo el país como una gran victoria suya.

Maximiliano está profundamente consternado. Se queja al general Osmont "de la manera defectuosa y llena de peligros como se lleva a cabo la operación". Quiere saber en concreto qué propósitos abriga Bazaine, con el fin de que, en los distritos que piense evacuar, los partidarios del Emperador puedan ser puestos sobre aviso, como el más elemental sentido del honor obliga. "Pues —dice Maximiliano— si el Mariscal ha de cuidar del honor de Francia, yo he de estar atento a la defensa del honor del Imperio y de Méjico".

Bazaine, siguiendo las instrucciones de París, justifica cuanto va realizando con toda suerte de pretextos. Si, a causa de la inminente partida de una parte de las tropas, hay que abandonar algunas poblaciones, va diciendo, más tarde, cuando el enemigo esté "gastado y debilitado, podrán ser reconquistadas con facilidad". Pero no es en Méjico solamente donde andan mal las cosas.

El 8 de agosto, el Emperador recibe la noticia de la derrota de los austríacos en Königgratz. Su embajador le describe el pánico que se apoderó de la corte de Viena, y Eloin sostiene en sus informes que muchos archiduques se proponían poner sus palacios bajo la protección de la bandera mejicana para salvarlos de los prusianos. Esto probablemente no era cierto, pero que tal rumor corriese como verosímil resultaba bastante significativo. Eloin refiere también que la gente recuerda en Viena las proféticas palabras de Maximiliano al abandonar a Miramar, sobre el destino de Austria, y que todos lamentan que "nuestro Max" se halle tan lejos. No obstante, es exacto que, a poco de la batalla de Königgratz, cuando se dirigía Francisco José en coche del Burg a Schönbrunn, la multitud callada y glacial irrumpió de pronto en exclamaciones de "¡Viva Maximiliano!"

Las noticias de las derrotas austríacas no dejaron de causar gran sensación en todo Méjico, especialmente entre la legión de aquel país, y naturalmente todo ello redundó en perjuicio del prestigio de Maximiliano, hermano, al fin, del emperador vencido. Aquél, que nunca estuvo de acuerdo en la manera como andaban las cosas en Viena, herido personalmente por muchos desdenes de la corte austríaca, ante las terribles desventuras de su patria supo acallar en un momento todo su enojo y su resentimiento. "Mucho tiempo ha que preveo la total catástrofe de mi país —escribía entonces—, y entre bastidores fuí viendo siempre cómo se avecinaba. Pero que tuviese un

desarrollo tan rápido nunca lo imaginé. Aguardaba los resultados, porque conocía muy bien las causas, pero confiaba en un poco más de resistencia y de capacidad".

Le procuró una ligera satisfacción que, el 15 de agosto, comenzase la explotación del cable eléctrico entre América y Europa, cosa que haría posible recibir noticias del otro lado del océano en pocos días, cuando antes estaban en camino varias semanas, y aún más.

Pero Maximiliano no puede hallar reposo. De todas partes le asaltan nuevos sinsabores. La familia Iturbide, viviendo cómodamente de sus cuantiosas rentas, observa con atención los azares del Imperio mejicano desde París. Naturalmente no se les escapa que la monarquía de Méjico, de hecho, ha sido abandonada ya por Francia, y la madre del pequeño Iturbide comienza a temer por la suerte de su hijo, el pequeño Agustín Iturbide, que continúa viviendo con Maximiliano. Sin tener en cuenta las estipulaciones del contrato concertado por sus familiares con el Emperador, solicita con premura la devolución de su hijo. El Emperador comprende al punto que es la desconfianza en su destino lo que impulsa aquella insistente petición; no obstante, contesta que tendrá mucho gusto en ver a la señora Iturbide por Méjico para visitar a su hijo, pero la amonesta también a que no destruya, por precipitación o ligereza, el sonriente y glorioso porvenir que sin duda le aguarda. Alicia de Iturbide, por otra parte, ciudadana norteamericana, dirige ahora sus ruegos a Wáshington, a fin de que, por todos los medios, su pequeño sea reintegrado al hogar paterno. En el temple de opinión que reinaba por aquel entonces en los Estados Unidos este suceso fué abundantemente explotado por la propaganda contra Maximiliano.

Entre tanto, hacia el 25 de agosto, regresa Bazaine a la ciudad de Méjico. La situación ha empeorado en grado extremo; el norte se ha ido desmoronando poco a poco, puede dársele por enteramente perdido ya; a más de las bandas juaristas, destacamentos de norteamericanos procedentes de Texas y de California penetran hasta el mismo corazón de Méjico. En el sur, no andan las cosas mucho mejor. Aun dentro del propio Veracruz se forman algunas bandas. Se produce así, pues, un anillo que poco a poco va acercándose a la capital, mantenido, empero, a cierta distancia de ésta por las tropas francesas. En todo lugar donde los juaristas penetran adoptan al punto las medidas más rigurosas contra los partidarios del Emperador. Y, como el poder imperial va declinando más y más, comienza la desbandada general. Con amargura, laméntase Maximiliano de la funesta política

del mariscal Bazaine, que neutraliza todos los honrados esfuerzos de los ministros Osmont y Friant, y solicita de Almonte que exponga a Napoleón el cuadro preñado de amenazas de las circunstancias en Méjico.

Mientras en derredor suyo todo vacila, Maximiliano no abandona sus vastos planes. Se propone desde largo tiempo llevar a efecto la apertura del istmo de Tehuantepec para poner en comunicación el océano Atlántico con el Pacífico. En verdad, tiene ya otorgada la concesión a una sociedad norteamericana; pero, en vista de la actitud de los Estados Unidos, quiere deshacer lo pactado, confiar la empresa a los franceses y de esta suerte ganar el favor de Napoleón. Mientras Maximiliano va pidiendo auxilio, todos comienzan a abandonarle. El comandante de los voluntarios autríacos, Conde Thun, se retira. Nunca tuvo gran fe en el Imperio y ahora, cosa natural, menos que nunca. Su ejemplo es para sus subordinados una invitación a imitarle.

En Roma, no avanza ni un ápice el asunto del concordato. El padre Fischer se da perfecta cuenta de que, para mantener la confianza de Maximiliano, ha de volver a Méjico con algún éxito, aunque sea una simple apariencia. Desde Roma, dispone que los obispos mejicanos regresen a su país y que se reúnan para redactar una propuesta de concordato. Dice al emperador Maximiliano que esta medida constituye un éxito y emprende él también su viaje de regreso. Cuando el padre Fischer llega a Méjico encuentra al Emperador lleno de esperanzas sobre el éxito de la misión de la Emperatriz y dando como cierta una nueva ayuda de Napoleón. También está convencido de que mejora la actitud de los Estados Unidos. Realmente, la opinión en este país se muestra menos agresiva porque es general allí el convencimiento de que, a la corta o a la larga, aquel imperio se hundirá por su propio peso. Pero Maximiliano no cuenta con ninguna persona en quien pueda confiar del todo, en cuyo consejo pueda descansar, y más que nunca siéntese necesitado de apoyo.

El camino está libre para el padre Fischer; en muy breve tiempo, con seductoras razones y buenas palabras, consigue hacerse enteramente suyo al Emperador. Le adula con destreza, le da consejos, y no tarda en percatarse de que el más íntimo deseo de Maximiliano es el de sostenerse en el trono. Conocedor de esta pasión, ya sobre esta base, expone detalladamente al Emperador su plan para sostenerse con sus propias fuerzas y sus propios medios si los franceses le abandonan. Esta ilusión capta al Emperador y halaga su orgullo. El padre Fischer puede dar el juego por ganado. También de puertas afuera

su posición se destaca claramente con gran firmeza. Conviértese en el sucesor de Eloin en la secretaría del Gabinete imperial, y a poco de ello puede considerársele omnipotente en Méjico.

La nueva conquista de la ciencia, el telégrafo, trajo unas breves líneas de la Emperatriz sobre el resultado de su misión.

Capítulo XIV

Desengaños de Carlota en París

Los emperadores de Méjico no estaban suficientemente informados de los cambios habidos en el escenario político de Europa. Mientras Napoleón III obtuvo éxitos en su política internacional, la situación interna de su Imperio permanecía relativamente tranquila. Ahora, empero, que con la retadora actitud de Prusia parecen amontonarse negros nubarrones sobre el cielo de Francia, la paz interior comienza también a resquebrajarse. El partido de Thiers y la oposición se van fortaleciendo, y aun en el seno de la familia imperial reina diversidad de opiniones sobre la ruta que hay que seguir. Por todas partes se amontonan dificultades y, personalmente, el Emperador parece haber perdido resistencia para sufrir las adversidades. No posee, ciertamente, aquella capacidad de tensión propia del primer Emperador napoleónida, que le capacitaba, justamente en los momentos más difíciles, para dar un rendimiento que parecía sin fin. Napoleón III se siente fatigado, se lamenta de que el peso del incesante trabajo le agobia, que le está matando. Los padecimientos que han de acabar con él se insinúan ya. Las constantes aventuras amorosas del Emperador están aniquilando sus fuerzas. Excitabilidad neurótica, fatiga, sensación de malestar, dificultan la concreción de claros juicios que le permitan ideas precisas sobre los acontecimientos.

"Mi esposo —se lamenta la Emperatriz al embajador Metternich—, desde hace casi dos años va cuesta abajo. Apenas si se ocupa ya de los negocios del Estado y emplea todas sus fuerzas trabajando en su *Julio César*. Casi nunca está en disposición de ánimo para presidir los consejos y apenas puede andar; ha perdido el apetito y no duerme casi nada".

No es ninguna maravilla, pues, que Napoleón quede arrinconado cuando comienza a brillar en el mundo político un gran hombre de Estado como Bismarck, que logra fijarle en la posición de neutralidad, tan necesaria para Prusia en aquella lucha decisiva contra Austria para el predominio del mundo germánico. Ahora, Napoleón delira por

salir del barrizal encharcado de los asuntos de Méjico. Gutiérrez y compañeros jugaron en falso.

También la emperatriz Eugenia se da cuenta ahora de que con su entusiamo de antaño por Méjico ha llegado a crear una situación que, ante la tempestad que para Europa se avecina, puede tener derivaciones graves. Si jamás logró formarse una idea clara de los asuntos de Méjico y se dejó engañar por las informaciones erróneas de uno y otro, no obstante, juzga ahora con una lúcida claridad la situación de Europa. Por intuición, de manera instintiva, adivina que Prusia está dirigida por una mano maestra y que allí va creciendo y fortaleciéndose un enemigo para atajar el paso del cual nunca será bastante pronto. Mientras el Emperador tiene por segura la victoria de Austria, Eugenia duda sobre este particular y quiere que se ayude a Austria contra Prusia, para evitar la posibilidad de que Prusia, vencedora, fortalecida por lo tanto y coronada de laureles, se vuelva contra el Imperio francés. Napoleón cree aún que podrá representar el papel de árbitro. Llégase a la guerra y a la derrota del valeroso ejército austríaco en Königgratz. Al recibir esta noticia, exclama el ministro de la Guerra francés: "Somos nosotros los que hemos sido batidos".

En un momento dado, la confianza de Napoleón cede su lugar a un total hundimiento moral y físico. ¿Cuál fué la consecuencia? Tras prolongadas vacilaciones, decidióse por la política de pasividad. Desoye los consejos de Eugenia, que le incita a la guerra, a la actividad. Una vez siguió incondicionalmente sus consejos y se precipitó en la espinosa aventura de Méjico, en males sin cuento, en un vano dispendio de sangre y de dinero. Este golpe errado cuarteó la confianza de Napoleón en la perspicacia política de su esposa. De nuevo ella le aconseja la acción, pero Napoleón no quiere esta vez dejarse influir por Eugenia.

Pero ahora justamente el consejo de la Emperatriz es el único que conviene a Francia. Con emoción, ve Eugenia que su marido ya no la escucha: "Mis palabras ya no pesan nada —dice—; me quedo sola con mis convicciones; se exagera el peligro de hoy para ocultar mejor el de mañana... pero yo no puedo más, ya casi no sé lo que pasa. Marchamos de cara a nuestra perdición y quizá lo mejor sería que el Emperador se eliminase, al menos por algún tiempo".

Mientras en la corte napoleónica se desarrollaba esta lucha, los prusianos realizan una enorme tarea. A pesar de los éxitos austríacos de Custozza y de la batalla naval de Lissa en el frente italiano, se establece rápidamente una paz altamente desfavorable para Austria,

de cuyas negociaciones se tuvo más o menos apartado a Napoleón. El emperador de los franceses creyó siempre poder abrir paso a sus reivindicaciones sin necesidad de pasar por una guerra. Pero va contemplando el curso de las negociaciones con creciente zozobra.

En aquellos días llenos de inquietudes, se anuncia la llegada de la emperatriz Carlota a Europa. Tras una travesía feliz, durante la cual se ha mostrado unas veces grave y como ensimismada en sus ideas, y en otras nerviosa y aun sombría, ha llegado al puerto francés de Saint-Nazaire. Aquí es donde recibe la primera noticia, tanto de haber estallado la guerra entre Austria y Prusia como de su resultado. La nueva de Königgratz conmueve en alto grado a aquella joven graciosa y delicada de veintiséis años, encargada de un cometido tan difícil; se da perfecta cuenta de que la humillación de Austria disminuirá la consideración y el respeto que Napoleón sentía hacia esta nación y que, además, se le acrecentarán a éste hasta tal punto los motivos de inquietud, que harán doblemente arriesgado aceptar cualquier nueva carga en beneficio de Méjico. Todo esto ya no tiene remedio, y el hecho es que la joven emperatriz está en Europa y firmemente decidida a hacer cuanto pueda para llevar sus deseos a feliz realización.

La noticia de la llegada de Carlota corre como un relámpago. Una gran multitud se agolpa en el muelle, y el burgomaestre parece como cortado y sorprendido de tener que hacer los honores de la llegada a la Emperatriz. No ha tenido anuncio alguno de que fuese preciso preparar un recibimiento, y, por lo tanto, los preparativos no corresponden a la regia visita. En toda la población no se ve ni una sola bandera mejicana. La emperatriz Carlota se indigna:

"Os doy las gracias, señor Burgomaestre —le dice con aire molesto—, pero, ¿dónde está el prefecto? ¿No ha venido a ofrecernos sus respetos? Tampoco veo tropas para rendir los honores. Me propongo telegrafiar y continuar mi ruta. Le ruego me acompañe a la estación, pues he de ver al Emperador mañana mismo".

Salen tres telegramas. Uno para Bruselas y otro para Viena con la comunicación de que la Emperatriz no podrá visitar ni a Bélgica ni a Austria, a causa de la actitud de los respectivos Gobiernos. Esto constituye casi una ofensa para ambas cortes. A Napoleón le telegrafía simplemente: "He llegado a Saint-Nazaire con el encargo del Emperador de hablar con Vuestra Majestad sobre diferentes asuntos del mayor interés para Méjico. Ruego a Vuestra Majestad que acepte el testimonio de mi amistad y de la satisfacción que habrá de procurarme el volveros a ver.

Carlota".

Sobresaltado e impresionado penosamente, el Emperador de los franceses tomaba poco después en sus manos la inesperada noticia. A tantas cuitas e inquietudes viene a sumarse esta nueva perturbación para castigar más aún a un hombre que luchaba entre los partidarios de la guerra y los contrarios a ella, que se hallaba colocado ante las más trascendentales decisiones y atormentado por dolores físicos y agotadoras dolencias. Pero Carlota está ya en Francia; ¿qué hacer? En su afán de aplazar todo lo posible las cosas molestas y difíciles, propone a la Emperatriz que vaya antes a Bruselas para visitar a su hermano.

Excitada lee rápidamente Carlota la imperial respuesta: "Acabo de recibir el telegrama de Vuestra Majestad. Habiendo regresado de Vichy, enfermo, obligado a guardar cama, no me encuentro en situación de salir a recibiros. Si, como presumo, se propone Vuestra Majestad visitar a Bélgica antes que nada, daréis tiempo para que me restablezca.

Napoleón".

Amable manera de decir que no está en casa, y burdo intento de dirigirla primero a Bélgica, donde su hermano muestra claramente a la Emperatriz qué desagradable sorpresa constituye su visita para Napoleón. Sin tomar en cuenta tales presunciones, mantiénese firmemente decidida a ver, y lo más pronto posible, al Emperador, cueste lo que cueste. Prosigue, pues, su viaje a París.

Llega a la capital francesa el 9 de agosto a las cuatro de la tarde. En esta capital la aguardan un ayudante y un oficial del Cuarto militar del Emperador, con los carruajes correspondientes, pero, por desdichado azar, en una estación equivocada. Sólo algunos mejicanos, muy bien enterados por Almonte, se encuentran en el sitio conveniente, entre ellos Gutiérrez y sus hijos. Naturalmente, Hidalgo no se encuentra allí; está lejos de París, en un viaje por el Rin. La Emperatriz, llena de secreta pesadumbre de que aquel error quizá haya sido solamente una manera intecionada de soslayar el recibimiento en la estación, se dirige en un coche de alquiler al Grand Hotel. Apenas ha penetrado en él, los representantes de Napoleón, que se han dado cuenta del error, llegan alarmados y confusos y se deshacen en mil excusas y satisfacciones.

El general ayudante, por orden expresa de Eugenia, pregunta a la Emperatriz mejicana a qué hora de la mañana siguiente tendrá gusto en recibirla.

Quiso Eugenia ahorrar a su marido la penosa entrevista, pero no supo, no obstante, contenerse de hacer preguntar también, con una curiosidad mal disimulada, cuánto tiempo permanecería la Emperatriz en París. Repuso Carlota que recibiría a Eugenia a la hora que pluguiese a ésta, con gran placer y satisfacción, y que por lo demás pensaba permanecer algún tiempo en París, ya que, de hecho, no tenía en el resto de Europa ni familia ni cualquier otro interés especial. Se inclinaron respetuosamente los oficiales y volvieron silenciosos a Palacio para comunicar la respuesta.

El 10 de agosto, muy de mañana, comienza Carlota los preparativos para recibir dignamente a la emperatriz de Francia y al mismo tiempo para mostrarle, como ella dice, "la alta calidad y refinamiento de las maneras y la educación en la corte de Méjico". Se le ha anunciado que la visita de Eugenia tendrá lugar a las dos de la tarde y que vendrá de Saint-Cloud.

Para aprovechar en lo posible el tiempo hasta la hora señalada, Carlota manda llamar al general Frossard, que fué uno de los primeros en firmar en los pliegos de visitas. Ha de acordarse muy bien de los convenios de Miramar y no ha de tener duda alguna de que Francia no puede abandonar al Imperio mejicano sin manchar su bandera y condenar al exterminio a sus nacionales en Méjico. Carlota le presenta una memoria y le muestra un mapa de Méjico donde aparecen señalados con una claridad aterradora los progresos de los juaristas.

Todo ello viene a resultar una ardiente requisitoria contra Bazaine, y cuanto ha realizado en Méjico; pero como, por lo general, Bazaine no hizo más que cumplir como obediente soldado las órdenes de su jefe supremo, cosa que naturalmente Napoleón sabe muy bien, mientras Maximiliano no tuvo ninguna idea exacta de la correspondencia del Emperador francés con Bazaine, Napoleón habrá de sentir sobre sí todo el peso de las acusaciones formuladas en aquella memoria. El contenido del escrito que Carlota entrega a Frossard no es el más apropiado para hacer fáciles las gestiones de ésta en la corte de Francia. No ha de contribuir en nada a inclinar a su favor el ánimo de los emperadores franceses.

El 10 de agosto, a las dos de la tarde, llega la emperatriz Eugenia ante el Grand Hotel, con expresión grave, llena de gracia en toda su persona, y, a pesar de tantos sinsabores y disgustos, radiante de salud y belleza. Desde hace un año había hecho la cruz a la expedición a Méjico. Ahora se trata de enfrentarse cara a cara, viendo cada una el efecto que causa a la otra, con la esposa de aquel hombre cuya

caída está determinada por aquella actitud de Eugenia. Es un paso verdaderamente penoso.

La Emperatriz viene con numeroso séquito. En la puerta de la calle, la aguardan el camarero mayor de Carlota, Del Valle, el Conde Bombelles y la dama de corte, señora Del Barrio, una mejicana pequeña y fea, a quien, según el concepto europeo, no encajaba mucho el predicado de "deliciosa" que Maximiliano le aplicara. El ministro Castillo permaneció arriba con la Emperatriz Carlota, para hacer resaltar, como miembro del Gobierno mejicano, su importancia y dignidad. Carlota salió al encuentro de su egregia visitante, la saludó efusivamente en el primer peldaño de la escalera, abrazándola y besándola.

Eugenia fué inmediatamente conducida al salón, donde quedaron solas las dos emperatrices. Carlota desarrolla al punto con emocionadas palabras la difícil situación de su marido y de ella en Méjico, y trata de impresionar a Eugenia por el lado que sabe sensible, por la simpatía de ésta por algunos mejicanos de París, y le hace leer la vibrante apelación que Gutiérrez ha escrito recientemente para el emperador Napoleón.

La emperatriz de los franceses no derrama lágrimas, es verdad, pero se muestra tan conmovida, que, como refiere Carlota a su marido, tuvo la impresión de que le "resbalaban las lágrimas sobre el corazón". Eugenia habla poco y escucha a su hermana con un vivísimo interés. Cuando ya habían sido expuestos los más penosos asuntos y Eugenia hubo señalado el hecho de la situación completamente nueva de las fuerzas políticas europeas, la emperatriz de los franceses procuró derivar la conversación a cosas menos trascendentales, con gran animación y vivacidad, mostrándose, como antaño, llena de interés hacia todo lo de Méjico. Desea saber especialmente cómo se encuentra el Emperador y muestra curiosidad por todas las particularidades de la corte mejicana, por las fiestas, las soirées, las recepciones, así como por el palacio de Cuernavaca. La emperatriz Carlota, en sus contestaciones, se esfuerza en dar a su interlocutora una sugestiva impresión de grandiosidad y de magnificencia al describir las cosas de Méjico. Finalmente, vuelve Carlota al tema principal. En verdad, el equilibrio europeo ha sido roto, pero la obra de Francia en el Nuevo Mundo queda por terminar, falta mucho aún. Y en la escalera de la gloria los peldaños se bajan con mayor presteza que se suben.

"¿Habéis tenido buen tiempo en la travesía", añade Eugenia, desviando la conversación.

"Excelente. ¿Cuándo será de vuestro agrado que os devuelva la visita?".

"Pasado mañana, si place a Vuestra Majestad".

"¿Podré tener el gusto de ver al Emperador?".

"¡Ah, tiene el pobre tan mala salud!".

"Os ruego que queráis acceder a mi visita para mañana y que enteréis inmediatamente de ello a su Majestad el Emperador. Me es indispensable verle, y, si no se me permite, me dirigiré a él directamente pasando por encima de todo protocolo. Hemos de tratar, y con urgencia, asuntos de la mayor importancia". Y con esto dió Carlota por terminada la conversación.

Impresionada y llena de perplejidad abandona Eugenia a la emperatriz de Méjico, quien la acompaña hasta la escalera. Pensativa y con las mejillas rojas de excitación vuelve Carlota a sus aposentos. La ligereza con que en un momento dado, aquella mujer que acaba de abandonarla, dió el golpe final a la intervención en Méjico, se le hizo patente por vez primera en el transcurso de aquel coloquio.

"Me sorprende —escribe Carlota inmediatamente de eso a su marido— considerar que conozco mejor a China que esta gente a Méjico, donde se arriesgaron en una de las más arduas empresas en que haya ondeado la bandera francesa. Creo haber notado que la Emperatriz ha perdido mucho de su juventud y de su fuerza desde la última vez que nos vimos, y que, en medio de todas sus grandezas, hay algo, real o imaginario, que pesa sobre Napoleón y su esposa, una opresión que se adivina que ya no pueden tolerar más. El trono de Francia avejenta rápidamente a quienes lo ocupan, y, por otra parte, la Historia nos enseña que esta belicosa nación, como la diosa Fortuna, sólo sonríe a la juventud".

La emperatriz Eugenia regresa a Saint-Cloud presa de profundas preocupaciones. No ha podido obtener la renuncia de Carlota a una entrevista personal con Napoleón. Ha de aceptar el fracaso de no poder anunciar a su marido otra cosa sino que no puede ahorrarle la temida visita de Carlota, que es inminente. Todo ello le resulta tanto más penoso por la circunstancia de que el embajador en la corte de Prusia, Benedetti, justamente llega también a París el 10 de agosto. Anuncia al Emperador la firme decisión de Bismarck de ir a la guerra en caso de que Napoleón mantenga sus pretensiones territoriales y coloca a éste ante el dilema de exponer al filo de la espada un ejército carente de la necesaria preparación militar o de ceder. Eugenia, que se esfuerza en desarrollar una política activa,

siente profundamente la molestia de verse obligada a traer a la memoria del Emperador la empresa mejicana, en la cual se ve ostensiblemente en terreno falso. ¿Qué ha de hacer, empero? La emperatriz Carlota ha manifestado de manera inequívoca su voluntad resuelta de ver, en todo caso, a Napoleón, aun penetrando en su despacho por la violencia. Las palabras de la soberana de Méjico fueron terminante y amenazadoras. Así, pues, transcurrió el 10 de agosto en el palacio de Saint-Cloud en una nerviosidad y excitación indescriptibles; todo era ir y venir de diplomáticos y generales, vacilaciones y dudas, sin que lograsen fijar una resolución definitiva.

Al día siguiente, 11 de agosto de 1866, al mediodía, un coche a la Daumont con las armas imperiales recogió a Carlota en el Hotel para conducirla a Saint-Cloud.

Cuando la Emperatriz, con un largo vestido negro de seda algo ajado por el viaje y un gran sombrero blanco apareció en la puerta del Hotel para subir al coche, fué saludada cordialmente por una compacta muchedumbre. Durante todo el camino se repiten las manifestaciones de entusiasmo. Carlota, que siempre oyó hablar de la aversión de la población francesa hacia Méjico, queda muy favorablemente impresionada. Recibe la sensación de que en aquella hora tan decisiva para su marido y para ella son muchos en Francia los que desean su bien. A pesar del calor que reinaba en aquellos días, la Emperatriz se echa sobre los hombros una mantilla negra de encajes, que mueve de un lado a otro nerviosamente. Ante la hora del destino que va a sonar, la excitación y la zozobra la tienen dominada; temblando, se agarra del brazo de la señora Almonte y lo oprime como buscando protección. Cuando el coche penetra en el parque y desfila la guardia de Palacio, armas al hombro, entre redoblar de tambores, la Emperatriz recobra la serenidad habitual. Con una graciosa inclinación saluda a la bandera nacional que ondea en lo alto de la torre.

El coche se detiene ante la escalera que conduce a las habitaciones particulares. Un destacamento de la Guardia imperial, elevadas figuras con los históricos gorros de piel de oso, queda allí destacado como guardia de honor. La Corte entera se agrupa al pie de la escalera. El pequeño príncipe imperial, que contaba entonces diez años, ostentando el collar de la orden mejicana del Aguila en torno a su cuello, se adelanta hacia la Emperatriz y la toma de la mano para ayudarla a subir la escalera, bordeada por el doble muro de los marciales *cent gardes*, la guardia personal de Napoleón. En

lo alto de la escalera, la aguarda la emperatriz Eugenia y la conduce inmediatamente al gabinete privado del Emperador.

Carlota comienza diciendo:

"Sire: He venido para salvar una cosa que es vuestra también. He aquí una carta de mi esposo, una exacta y prolija memoria sobre la situación, y todos los documentos referentes a la Hacienda. Ruego a Vuestra Majestad con el más vivo interés que retire de Méjico al mariscal Bazaine, que sean abonados los sueldos de las tropas de auxilio y que permanezcan en Méjico las tropas expedicionarias hasta la completa pacificación del país. Yo os conjuro a que no abandonéis una causa tan íntimamente entretejida con los intereses de vuestra dinastía. ¡Pensad en la terrible situación de mi esposo! Vuestra Majestad le prometió que nunca le abandonaría. Yo sé muy bien que tenéis un honor, un delicado sentido de la justicia y, por lo tanto, sé también que no nos precipitaréis sin compasión en el abismo".

Carlota defiende su causa de manera que llega al corazón, firmemente convencida de su justicia y su grandeza, con una alma tan encendida, que la pareja imperial francesa, aunque muy decidida a poner punto final a la aventura de Méjico, guarda silencio profundamente conmovida. El emperador Napoleón aparece tan enfermizo y nervioso que produce una impresión penosa. Con gesto de desamparo, como alguien que ve que se hunde, no sabe qué hacer y dirige los ojos suplicantes a su esposa. Unas lágrimas resbalan por sus mejillas. Al fin, se rehace un tanto y balbucea: "No depende sólo de mí; simplemente, no puedo hacer nada".

Carlota mira a aquel hombre de pies a cabeza; así —piensa— queda demostrada la gran fuerza de los ministros en Francia. "Pero, Majestad, ¿olvidáis del todo, por ventura, el formidable poder de vuestro pueblo de cuarenta y tres millones de habitantes, que posee la hegemonía en Europa? ¿No goza vuestro pueblo del más alto crédito que a nación alguna pueda concederse, y no cuenta siempre para sus empresas con invencibles ejércitos? En tales circunstancias, no tenéis, Majestad, el derecho de sostener que no os es posible hacer nada para defender vuestros importantes intereses en Méjico y el imperio que allí comenzaba a prosperar".

Excitada y llena de pasión vibra por la sala la voz de aquella mujer en plena lucha. Inoportunamente, se abre una puerta y aparece un criado que lleva naranjada en resplandecientes botellas de cristal tallado en una bandeja de plata. Una dama de la Corte, a quien aburría aquella conversación de más de hora y media, había

tomado aquella disposición a causa del gran calor. Carlota queda sorprendida de la inesperada y molesta interrupción; pero la Emperatriz, calmosa, le ofrece un vaso de aquella bebida, no sin un gesto de timidez. Carlota contempla la copa con desconfianza. Al principio se niega a beber y deja comprender que lo encuentra inadecuado en una conversación tan en extremo grave como aquélla. Pero Eugenia le insta insistentemente, y prueba al fin, vacilante y despacio, un sorbo. A poco vuelve sin demora a su objeto. "Ahora veo claramente dónde radican las dificultades. Pero tomaré los ministros de mi cuenta y los iré convenciendo uno a uno".

"Probad a hacerlo, Majestad. Yo también lo volveré a consultar con mis ministros, antes de tomar una resolución definitiva".

Después de dos horas de un diálogo apasionado y violento, abandona Carlota a los emperadores franceses. Sus brillantes confianzas han sido defraudadas, en verdad, pero existe aún un ligero resplandor de esperanza, pues sale llena de fe en las conferencias con los ministros. Vayan como vayan las cosas, quiere trabajar ardientemente, sin tregua, a fin de tener, cuando menos, tranquila la conciencia de haber cumplido con escrupulosidad sus deberes. Quiere mostrarse a los emperadores franceses tal como es.

En Saint-Cloud se han hecho todos los preparativos para obsequiar espléndidamente a la Emperatriz; rehusa, empero, Carlota las insistentes invitaciones de Eugenia y pide su coche. Los cocheros, a quienes se dijo que la Emperatriz se quedaría a cenar, han desenganchado los caballos y están de paseo. Hay que irlos a buscar. Carlota está inquieta, ya sobre un pie ya sobre otro, o da vueltas de aquí para allá. Al fin, todo está a punto y puede partir. Llena de angustia, se acuerda de su marido, que, bajo el reproche de cobardía que ella le hizo, se ha quedado en Méjico entre mil peligros. Agotada, pálida de nerviosidad y de cansancio se deja caer sobre los cojines del coche. Apenas si puede contener las lágrimas. La caída vertical de lo alto de tantas esperanzas es demasiado rápida.

Ahora ya sólo cabe tratar de influir en los ministros. Al primero que visita es el ministro del Exterior, que parece un hombre comprensivo y fácil de convencer. Pero Carlota ignora que lleva ya su dimisión en el bolsillo, porque Napoleón no quiere seguir su consejo, que por otra parte es también el criterio de la Emperatriz, de no ceder a las exigencias de Birmarck e ir a la guerra si conviene. Con lástima, lleno de conmiseración, va siguiendo el embajador de Austria Metternich las gestiones de Carlota, sus luchas y sus afanes. Se muestra

muy escéptico. "Sería un brillante e inesperado éxito —opina el embajador—, si consiguiese alcanzar un solo hombre, un solo franco y el retraso de un solo mes en la repatriación". Mientras acude Carlota al ministro francés de Hacienda, Aquiles Fould, cuya rapacidad es legendaria. La Emperatriz trata de hacer brillar ante sus ojos seductoramente la riqueza en plata de Méjico; el ministro desvía, empero, el tema, algo confuso y la colma de cortesanas frases anodinas. Con Napoleón, se muestra el hombre mucho más sincero. Con él se declara francamente, sin ambages, contra todo ulterior auxilio a la aventura mejicana. "Comercialmente y políticamente —opina—, las cosas en Méjico están mucho peor para Francia que antes de la intervención. El partido monárquico no tuvo nunca la fuerza que le asignan los emigrados, y, cuando Maximiliano se apoya en los liberales, le abandonan. Ahora se encuentra desamparado entre los dos partidos y es seguro que no podrá resistir mucho tiempo. A mi entender sería lo más acertado renunciar a la corona y proponer al pueblo mejicano la elección de un nuevo gobierno y de un nuevo monarca. No se me oculta —añadía Fould a su imperial señor— que no será empresa fácil hacer abdicar a Maximiliano. Pero, si Vuestra Majestad declarase a su esposa, sin lugar a dudas, que no podéis aportarle auxilio alguno sin reunir los Cuerpos colegisladores, cuya opinión queda ya por descontado cuál sería, quizá Carlota logre decidir a Maximiliano a la aceptación de la renuncia, que es la única fórmula posible".

Fould anda equivocado. Carlota no transigirá jamás en nada parecido. Ésta ha conferenciado también con el ministro de la Guerra, que de igual manera dice que sí a todo cuanto le propone la desventurada dama, mas, en su fuero interno, piensa lo contrario. Pero el 13 de agosto, aparece de improviso la Emperatriz en Saint-Cloud, de incógnito, sin pompa alguna. Se propone obtener que se continúen pagando las cuotas mensuales. Según su plan, los libramientos han de ser entregados el 16 de agosto para que puedan salir aún en el vapor que emprende el viaje aquel día. Para ello recurre a las más violentas presiones sobre el Emperador:

"Leed de nuevo, Majestad, vuestras propias cartas de marzo de 1864. Podréis considerar una vez más, escritas de vuestra propia mano, las promesas y seguridades que nos disteis cuando creíais aún que mi marido no aceptaría la corona. Tanto él como yo las tuvimos siempre por moneda de la mejor ley: "Le ruego cuente para siempre con " mi amistad. Mi auxilio no le ha de faltar nunca ... ¡Qué pensaría

" en realidad de mí, cuando su Alteza Imperial se encuentre ya en
" Méjico, si yo le dijera que no podía cumplir las condiciones que
" había avalado con mi firma!"

Napoleón no halla palabras para salir de tan apurado paso. El contenido de aquella carta le resulta extremadamente penoso. Al fin, encuentra una salida, nada más que un expediente dilatorio: "Ruego a Vuestra Majestad que tenga un poco de paciencia. Aguardo la decisión de un Consejo de ministros que se celebrará mañana bajo la presidencia de la Emperatriz". De nuevo ha de intervenir Eugenia para librar a su marido de Carlota. Comprende perfectamente que aquella mujer está fuera de sí, en plena exaltación, y teme nuevas escenas penosas. Con gran trabajo logra arrastrar a Carlota a sus habitaciones privadas, donde aguardan el ministro de la Guerra y el de Hacienda. Carlota no logra dominarse más. Saca de su interior todo lo que piensa:

"¿Qué fué de la diferencia con el valor nominal del empréstito mejicano; cuál resultó ser la cifra insignificante que realmente llegara a Méjico para atender a los pagos? Vuestros banqueros y hacendistas han especulado bárbaramente y han robado, y me propongo saber cuáles fueron los bolsillos a los que fué a parar todo el oro exprimido de Méjico. Y Bazaine nos ha engañado y fingido en lo tocante a vuestra actitud, y sus disposiciones han suscitado la catastrófica situación actual. ¿Y es ése el mejor de vuestros generales? Si hubiesen tramado en París una conjuración para hundir al Imperio de Méjico, difícilmente habríais encontrado un instrumento más a propósito".

Fould intenta defender a sus emperadores: "Vuestra Majestad no lleva razón. Fueron precisamente los mejicanos quienes especularon y robaron. Cuanto Vuestra Majestad acaba de exponer es pura ingratitud —se arriesga a decir—. Por todas partes no reinaba sino la desconfianza y la intriga. Si las cosas prosiguen por este camino, no vamos a tener más remedio que abandonaros en vuestro apurado trance".

Carlota se levanta airadamente de la silla. Olvida casi la presencia de la emperatriz Eugenia:

"¿Que cuanto digo es falso? —fulmina—. ¿Hasta aquí llega vuestro impudor? Me río de vuestras costumbres y de vuestra etiqueta. Fórmulas todo y falsedad. Son las disimulaciones de aquellos que nos precipitaron a la desgracia conscientemente y con cálculo".

El ministro de la Guerra está rígido, de pie, como una estatua. La emperatriz Eugenia no puede resistir más. Recurre a la antigua y

conocida solución de tantas mujeres, cuando no saben qué partido tomar: se deja caer en una butaca, solloza, tapándose la cara con su pañuelo y de un momento a otro parece que va a desmayarse. Al fin, se suspende la visita entre la más indescriptible confusión y zozobra. Los cortesanos y el servicio acudían de todas partes, dudando entre intervenir o disimular.

La emperatriz Carlota logra al fin dominar su cólera y su indignación; no resulta muy diplomático tratar de aquella suerte a dos de los ministros más importantes, el día antes de un consejo de ministros y ante la propia Emperatriz. Pero ya es tarde, nada puede componerse en la situación creada. Lo que haya de suceder sucederá. En las deliberaciones del día siguiente son decisivos el temor a los Estados Unidos y el futuro de la dinastía; que no se puede contraponer a toda la opinión pública de Francia sin amenazarla gravemente. Se acordó finalmente abandonar del todo a los emperadores mejicanos a sus propios medios, y con el vapor del día 16 enviar instrucciones a Méjico que representan justamente lo contrario de cuanto la emperatriz Carlota se proponía obtener en su viaje a Europa.

Angustiosamente espera Carlota el resultado del consejo. Es comprensible que las noticias tardasen en llegarle. Cuando finalmente se entera de cómo han ido las cosas, no quiere acabar de considerarlo como una resolución definitiva. Acude a Almonte para emprender gestiones por vía diplomática. No logra convencerse de que su partida se perdió irremisiblemente. El día 15, por la mañana, envía al emperador francés una felicitación con motivo del día de su santo. Al punto recibe las gracias más expresivas. Quizá las cosas no están tan mal, piensa la angustiada Emperatriz, como esta hoja formularia y repelente que tengo en mi mano pudiera dar la sensación. Pero, ¿cómo he de escribir a Maximiliano? El vapor sale mañana y he de enviar la carta. La verdad no puede ocultarse del todo; por otra parte no ha de dejar a su marido sin esperanza alguna. Así nació una nota en mal alemán en la cual Carlota logra sortear, sin comprometerse en uno u otro sentido, los conceptos más contradictorios:

"París, 15 de agosto 1886.

"Tesoro mío querido:

"Antes que nada ten la seguridad de que me sienta muy bien el viaje y que sobre este punto puedes estar tranquilo. En segundo término, estoy convencida de que algo se alcanzará, porque existe un

verdadero interés, aunque la mala voluntad y la escasa tendencia a prestar un favor son muy grandes en las altas esferas y, además, según me entero por Metternich, desde hace dos años parece ser que el emperador Napoleón se halla muy abatido física y espiritualmente. La Emperatriz no tiene condiciones para dirigir los negocios, no sirve de dique a los ministros y descompone las cosas más que las arregla. Se están haciendo viejos y ambos vuélvense como niños, se les ve llorar a menudo; en verdad, que no atino a qué conduce todo ello. Yo hice cuanto pude, créeme, lo imposible e inimaginable, y eché mano aún del ultimátum al Emperador. He trabajado sin tregua para obtener que los subsidios sean enviados por este vapor, pero he tenido que ver que todo fué en vano; parece que es algo obligado. No obstante, con el Emperador no se jugaron aún todas las cartas. He visto dos veces al Emperador; la segunda le presenté unos extractos de sus cartas donde constan las promesas que nos hizo, para que esto le fuese royendo a la callada —así consta en la carta—. Habló de Méjico, pero de mucho tiempo ha parece haber olvidado nuestras cosas. Lloró más la segunda vez que la primera. Y, tal como van las cosas aquí, así en Roma y en Wáshington.

"Esta carta es tan deshilvanada, tan atropellada, porque ha de salir al momento. Durante todo el día, he tenido gente y me han tomado mucho tiempo.

"Te abrazo desde lo más profundo de mi alma.

Carlota".

Mientras esta mujer lucha por lo más grande de su vida, y los mismos Napoleón y Eugenia en el fondo sienten compasión por ella, la corte de París toma la cosa por el lado ligero. Los palaciegos, y también aquel escritor y bibliotecario que fué Próspero Merimée, por su amistad con la madre de Eugenia amigo íntimo de la imperial pareja, hacen observaciones frívolas sobre la emperatriz exótica que interrumpe de tanto en tanto "la amable falta de etiqueta" de Saint-Cloud, cuando le es ofrecida una comida de gala a la Majestad mejicana. "De seguro que se le dará muy bien de comer —opina el escritor—, pero no sacará ni tropas ni dinero".

Los ministros, las Cámaras, la opinión pública están contra Méjico, como también los que rodean a los emperadores, y éstos mismos se hallan firmemente decididos a poner punto final a la aventura: he aquí la desesperada situación contra la cual ha de luchar Carlota. No desmaya y siempre vuelve a probar fortuna. En último término,

pasaría por sólo la conversión del empréstito o el pago de las consignaciones atrasadas de los embajadores. Pero nada obtiene. Carlota se propone hablar de nuevo con el Emperador. Napoleón, que está en el campamento con las tropas, se siente poco inclinado a ello; aguardará, pues, su regreso. Por más que lo indicado sería que él fuese a verla. Negocia con el Gobierno francés, pero observa y considera a los ministros como meras "individualidades". "Quiero —dice— que la respuesta me venga del propio Emperador, pues a él ha sido a quien dirigí mis preguntas. Tal vez no podré alterar su voluntad, pero pondré en evidencia, castigaré como se merecen, todas sus excusas y sus falsedades sin fundamento".

Ya no queda más remedio a Napoleón que dar el doloroso paso. El 19 de agosto de 1866, a las cuatro de la tarde, aparece en el Grand Hotel, inmutado y nervioso. Su dolencia, la derrota diplomática que le infligiera Bismarck, las zozobras del viaje de Carlota, le han asendereado fuertemente. Se muestra siempre muy excitado, aun con su propia mujer; en vano ha intentado encargar a otros el penoso cometido de la negativa a Carlota. Pero ésta logró impedirlo. No tiene más remedio que acudir a la brecha personalmente. Llena de emoción habla la emperatriz de Méjico al Monarca: "Reunid, Majestad, los Cuerpos colegisladores, que concedan éstos las cantidades mensuales para ayudarnos, y, si no es posible obtener su aprobación para estos recursos, dirigíos entonces directamente a Francia en un manifiesto. Un día fuisteis elegido emperador; sin duda los franceses os continuarán siguiendo, y de seguro se entusiasmarán con los asuntos de Méjico. Sólo un equilibrio de fuerzas en el Nuevo Continente puede ser de utilidad a Francia y un imperio aliado al otro lado del Atlántico puede constituir un mercado excelente para los productos del trabajo francés".

Napoleón rechaza todas las proposiciones. Y cuando se propone formular que no aguarde la emperatriz de Méjico ningún auxilio de su parte, Carlota se da cuenta y le interrumpe para evitar que pueda expresar la negativa total.

"Sería conveniente —logra decir al fin el Emperador— que Vuestra Majestad no se hiciese ilusión alguna".

"Pero la empresa interesa en primer término a Vuestra Majestad —prosigue Carlota— y creo que no podéis situaros en este terreno". Ya en este punto se levanta el Emperador sin decir palabra, se inclina fríamente ante Carlota y abandona la estancia.

Dos días más tarde, comunica a la Emperatriz, con todas las

formalidades, que no puede acceder a sus ruegos. Quien pensase que Carlota intentaría convencer a su marido de que abandonara la empresa y saliese de Méjico no conocería bien la psicología de la Emperatriz. Su ardiente ambición le hace sentir profunda y dolorosamente el fracaso de su misión, pero no aparece aún en su ánimo la idea de que sea preciso abandonar el campo. Nunca se expresa en este sentido, sino que, al contrario, hace notar siempre que hay que mudar de procedimiento, que hay que tentar otros caminos, para conseguir mantenerse a flote sobre aquel tempestuoso mar. Es muy aguda, empero, la pena que su derrota le causara. En noches insomnes atormenta su cerebro buscando una salida. Le devora un odio implacable contra Napoleón que le arrebata la posibilidad de considerar las cosas fríamente y con claridad. Compara al Emperador con el diablo y a su corte con el infierno.

La angustia por su esposo y por la grande obra de los dos al otro lado del océano martillea día y noche en sus sienes. A veces, cree que la persigue el diablo Napoleón y no se recata de referir que en Saint-Cloud se la quiso envenenar con aquella naranjada. En vano la robusta naturaleza de aquella joven mujer entra en lucha con la terrible conmoción espiritual que asalta y sacude su atormentado cerebro.

Fuera de sí, de puro dolor e indignación, escribe a su marido, poco antes de su partida del tan odiado París, con fecha 22 de agosto de 1866:

"Tesoro mío tan querido:

"Mañana salgo de aquí para Miramar, vía Milán, lo cual quiere decir que no he podido obtener nada. Tengo la satisfacción de haber pulverizado todos sus posibles argumentos, de haber destruído todos los falsos pretextos y de haberte procurado con ello un triunfo moral; pero pura y simplemente no quiere saber nada de nosotros; para moverle, ninguna fuerza es bastante, porque él tiene el infierno consigo y yo no. *No se puede culpar a las oposiciones, ya que él mismo elige los cuerpos legislativos, y mucho menos al temor a los Estados Unidos; la causa es su deseo de incurrir en una acción fea, sucia, preparada de antemano cuidadosamente; no por cobardía, ni por natural vileza, o por cualquier otro motivo, sino porque él representa en el mundo al espíritu del Mal y quiere exterminar al Bien, pero sin que la humanidad se dé cuenta de ello y le adore.* Nunca le permití decirme detalladamente lo que ayer me expuso, a fin de ganar tiempo y lograr

poner en movimiento mis trabajos y mis actividades más denodadas y demostrarte así que el único obstáculo es él, pues si me hubiese tenido que enfrentar con cualquiera de sus ministros habría cedido sin duda alguna. Es preciso, pues, que sepas las cosas con claridad; yo le tengo por el mismo diablo, y en nuestra última entrevista tenía una expresión de rostro como para poner los pelos de punta; estaba repugnante, que tal debía de ser el aspecto de su alma; todo el resto son superficialidades. Del principio al fin, nunca te tuvo afecto, porque no quiere ni puede querer a nadie; simplemente te ha fascinado, como la serpiente; falsas fueron sus lágrimas, como sus palabras, y todos sus actos puro engaño. Creo que has de procurar escurrirte de sus garras lo más pronto que puedas. Desde su última negativa, con la cual cree que te ha hundido, aparece encantado, un Mefistófeles lleno de amabilidad; hoy incluso me besó la mano al despedirme, pero todo es comedia, porque un par de veces he logrado penetrarle y aún me siento horrorizada; el mundo no vió nunca nada semejante ni lo verá jamás; pero su reinado toca a su fin, y luego podremos volver a respirar.

"Quizá creerás que soy exagerada, pero todo me recuerda al Apocalipsis, y esta Babilonia hace muy al caso; viviendo tan cerca del diablo, podría convertirse más de un incrédulo. Bazaine y Fould son sus satélites... Al primero, tendrías que arrojarlo violentamente de Méjico o no hacer nada; otra cosa sería si todo fuese a dar en manos de Douay, pues algo podríamos hacer entonces.

"Un gran resultado de mi presencia aquí, es que *le vin est dévoilé* (1), y todos los hombres lo ven, se maravillan y se llenan de menosprecio. He visto los estados de cuentas de la Comisión de Hacienda: suciedad todo, del principio al fin. Germiny ha dicho que hubiese podido obtener yo el pago de las deudas a los pobres legionarios si le hubiese correspondido a él decidirlo; mas todo esto son mentiras. Pero ni por un momento has de creer que yo he mendigado ante esa gente: sólo he fulminado contra ellos mis razones y les he arrancado las caretas del rostro, sin descortesía, no obstante; todos quedaron convencidos de que nunca, desde que existen, les había acontecido nada tan desagradable. Así, pues, querido, te has de librar de la vecina influencia de un infierno tal. Si aquí desean o no que abdiques, no he podido verlo claro aún, pero has de mantenerte firme, pues fuera no hay más que el infierno; sería en interés de Francia y de toda Europa la creación en Méjico de un gran imperio y,

(1) Se ha tirado de la manta.

créeme, esto nosotros lo podemos hacer. En el Viejo Mundo, todo es deprimente, repugnante. Él está tan cercano, y se le huele en todo charco de sangre y en toda nación que busca su unidad; Bismarck y Prim son sus agentes, hace propaganda en todos los países y se ríe de cada nueva víctima que cae. A la otra orilla del mar, se le puede plantar cara...

"Tú no puedes habitar en la misma parte de mundo que él; te consumiría hasta reducirte a cenizas, apenas puede resistir tu nombre en sus labios. Sus agentes financieros, los has de expulsar también o dominarlos y arrancar a los franceses los asuntos militares, de lo contrario estás perdido. Todo el problema del ejército y su coordinación lo demostró hasta la saciedad. Si puedes apoyarte en elementos del país, la cosa es posible, pero no te fíes de franceses, que nunca se sabe si él los ha traído. Cuando Europa se entere de tu situación, te llegará el dinero de todas partes. Todos los franceses tienen en nuestra empresa un interés material para su comercio o para su predominio. Cuando yo vuelva contigo, piensa que seré más feliz, pero no olvides que tú no puedes existir con él en Europa y que él llena todo el aire, del cabo Norte al cabo Matapán. Confío que me llamarás en seguida a Méjico en cuanto te hayas liberado de él. Mi viaje fué para él el golpe más violento que desde hace mucho recibiera, y hay mucha gente en todas partes que se interesa por mí.

"Te abrazo de todo corazón y soy tuya y fiel para siempre.

Carlota".

"Naturalmente en parte alguna han ido aquí las cosas como tú deseaste. Dinero me llega de todos lados, los adornos son muy bellos, el Toisón de Oro que tengo para ti, magnífico. Que permanezcamos allá es para ellos el mayor daño y para nosotros la mejor salvación. Tampoco de P. te fíes mucho: todo el plan de abdicación fué, ciertamente, obra suya".

A pesar de cuanto ha sufrido Carlota, se aferra con desesperación a que lo primero es permanecer en Méjico y mostrar a Napoleón que también marchan las cosas sin él. Pero ya no razona con tanta claridad como antes. Las excitaciones de los últimos tiempos han destrozado sus nervios. Aquel estallido de odio primario contra Napoleón es el primer síntoma de su manía persecutoria que comienza a nublar la inteligencia de Carlota, como es anormal también la idea frecuen-

temente repetida, de que en su primera visita a Saint-Cloud quisieron envenenarla. Habla también con insistencia del Apocalipsis. Su padre poseía unas magníficas pruebas de los famosos grabados al boj de Durero sobre las visiones de San Juan, y la hoja en la cual se representa cómo, tras la ruptura de los cuatro primeros sellos del libro del Destino por el Cordero, la Peste, la Guerra, el Hambre y la Muerte se apartan veloces del cuerpo dolorido del ser humano, causara en su ánimo una impresión indeleble. Ahora, en su desesperación, aquella imagen vuelve con frecuencia a su espíritu. En su rostro, tan agraciado antes, se notan ahora señales de una profunda alteración nerviosa. Las manchas sonrosadas en las mejillas apenas si se desvanecen, pero sus ojos tienen aún a veces un brillo febril y extraño. Se enoja en extremo de que su hermano, el rey de Bélgica y el Conde de Flandes no vengan a París para invitarla a Bruselas, olvidando con ello que ya les ha comunicado anteriormente que por razones políticas no puede poner los pies en Bélgica.

El Príncipe de Metternich se esfuerza en convencer a Carlota para que, antes de que salga para Méjico procure zanjar las diferencias y rencillas con su imperial familia de Austria, pues sólo en el seno de ella encontrará el consuelo que su valeroso corazón y su triste sino merecen. Ni una sola palabra del Príncipe, dotado de una verdadera delicadeza moral, salió de su boca para recordar a la Emperatriz con cuánta razón intentó antaño disuadirles de semejante aventura.

La emperatriz Carlota encuentra que lo más digno es dirigirse a Miramar pasando por Italia, y antes de emprender nuevas gestiones aguardar allí noticias de su marido. Sus consideraciones sobre lo que éste debiera hacer en lo sucesivo culminan en un consejo que le da por carta: "Yo creo, desde que los franceses no hacen nada y que lo tratado en Miramar está roto, que has de separar estos dos campos, reorganizarlos bajo tu dirección y alejar a todos los franceses de tu alrededor, incluso a Pierron".

Su misión ha fallado, sus esperanzas se han desvanecido, pero la valerosa dama no dobla aún su frente. Quiere seguir luchando hasta que ya no pueda más.

Capítulo XV

Ilusiones peligrosas

Mientras, aguarda Maximiliano, agobiado de angustia, que lleguen nuevas del resultado de las gestiones de su esposa. Apenas ella salió de Méjico, volvieron a la conciencia del Emperador el cúmulo de dificultades que se le venían encima sin demora. Bazaine iba evacuando pueblo tras pueblo, y aun la propia ciudad de Veracruz estaba amenazada.

"¿Para todo eso —se pregunta Maximiliano— ha recibido Bazaine instrucciones? Yo no abandonaré el país en los momentos graves, pero, ¿qué va a pasar después, cuando todos estos desastres se suceden ya sin que ni un soldado francés haya abandonado aún el país?"

Las dificultades de dinero se van haciendo más apremiantes cada vez y son bien ostensibles ya aun en los pequeños detalles. El editor del "Boletín Oficial" del Imperio ha de pagar muchas veces de su propio bolsillo el papel para el número del día siguiente. La salud del Emperador sufre sobre manera por las continuas excitaciones y emociones, como también por el clima, al cual nunca el Emperador logró adaptarse del todo. A lo mejor, sufre de dolores en el cuerpo, que lo dejan en un estado de flojedad y de abatimiento, síntoma acostumbrado también en los momentos en que es preciso tomar decisiones de importancia. Los Estados Unidos le crean dificultades continuas. Apenas se sabe en Wáshington el nombramiento de los franceses Osmont y Friant como ministros de Maximiliano, presentan inmediatamente una reclamación en París contra el proceder de aquel príncipe "que pretende ser emperador de Méjico".

Los dos generales trabajan bien y con energía. La organización del ejército hace más progresos que bajo Bazaine, quien contempla esta obra con desconfianza y envidia. A Friant, logra atacarle a fondo; pues cuando éste se propone pagar los sueldos de los recién creados batallones de cazadores, interviene Bazaine y declara que la situación de ministro de Hacienda del Imperio mejicano es incompatible con la de jefe de la Tesorería del Cuerpo expedicionario francés. Friant no acierta a comprender qué significa todo aquello. ¿Qué pretende

en realidad?, se pregunta. Si no es derribar a Maximiliano, cualquiera lo diría. Bazaine está aguardando una indicación de París, donde entre tanto, Napoleón, presionado por los Estados Unidos, expresa su desaprobación al nombramiento de los dos generales franceses como ministros mejicanos.

Aunque la situación cada vez es más desesperada, aunque Alicia Iturbide, con manifiesta desconfianza ante el porvenir, pide con urgencia la devolución de su hijo, no empece para que Maximiliano, en sus cartas a Europa, excepción hecha de las que dirige a Napoleón, se empeñe en pintar la situación más sonriente de lo que es en realidad. A Gutiérrez le escribe que ya no conoce su propio país, que venga a Méjico y verá como sus puntos de vista no corresponden a la situación. Le expone sus ideas sobre reacción y liberalismo: "En Méjico nadie comprende lo que es en realidad una monarquía: quizá lo comprenda la juventud que sube. Ahora estamos en aquello de "ayúdate y Dios te ayudará". De Francia, sólo podemos contar con ayuda moral, un par de personalidades y un poco de dinero. Quien pide más de ella, pide lo imposible, y en política no hay que contar jamás con imposibilidades, porque éstas traen en pos ilusiones, y éstas a su vez desengaños. La última y decisiva carta que me queda, es, en mi concepto, el partido conservador, con los franceses en el timón".

He aquí el punto sensible. Maximiliano combate las concepciones políticas de Gutiérrez más que nunca, para velar el hecho de haber cedido, de haber inclinado las armas ante aquellos principios. Gutiérrez sonríe al leer aquella carta. La nueva invitación de ir a Méjico cae también en el vacío, como las anteriores. Cosa bien explicable y natural. Gutiérrez oye crujir ya la techumbre y se muestra apremiante en sus demandas financieras. En verdad, el Emperador sabe penetrar a Gutiérrez; pero ahora, como antes, siéntese obligado hacia aquel hombre, porque con todas las fibras de su corazón está unido siempre a la corona. La tendencia romántica de la imaginación y del pensamiento de Maximiliano es lo que explica que tan fácilmente se deje adormecer por su esposa, o por quien sea, con nuevas esperanzas e ilusiones y que logre siempre interpretar los informes según sus deseos. Está aguardando con impaciencia que pronto sea llamado Bazaine, pues cuenta ya como seguro que el Mariscal le abandonará. Sin duda aguardará en vano. Napoleón no quiere dar la impresión de que el ejército francés ha sido obligado a la retirada por sus fracasos militares. Aunque a su alrededor se tejan toda suerte

de intrigas contra Bazaine, el emperador francés hace escribir a su ministro de la Guerra que el Mariscal permanecerá en Méjico hasta la salida de la última columna. Ya que con esto queda descartado el temido nombramiento de Douay, se propone ahora Bazaine mejorar un tanto sus relaciones, harto tirantes por aquel entonces, con Maximiliano, y le hace comunicar que en lo sucesivo tratará de prestarle la más firme ayuda a fin de asegurar el orden y la paz en el Imperio.

De nuevo el Monarca pronuncia un grandilocuente discurso, el 16 de septiembre, con motivo de la fiesta de la Independencia, en el cual afirma solemnemente que un verdadero Habsburgo no abandona su puesto en el instante de peligro. No conoce aún el fracaso total de las gestiones de la Emperatriz. Sólo ha recibido la carta del 15 de agosto, donde la ausente le refiere la visita de la emperatriz Eugenia y la suya a Saint-Cloud. No anuncia ningún resultado favorable, pero Maximiliano se agarra, para nutrir su optimismo, a la última frase de la carta: "Por consiguiente, tengo confianza en que, al fin, se obtendrá alguna cosa, porque va en ello un bien entendido interés para Francia".

Maximiliano continúa fiel a su costumbre de considerar las cosas desagradables como no ciertas hasta que la realidad viene a mostrar con toda su rudeza que realmente lo son. Ya en esto, recibe una carta del comandante de la legión belga, teniente general Van der Smissen: Todo el norte ha sido evacuado por los franceses. Miles de bandidos, capitaneados por el general juarista Escobedo, anuncian para dentro de muy poco la total liberación de Méjico. "Poneos al frente de una de vuestras divisiones, Majestad, y salid al campo contra los enemigos. Una victoria así alcanzada electrizaría a la nación y miles y miles se agruparían en torno de la institución monárquica. Ruego a Vuestra Majestad que me permita dirigir con mi brigada belgoaustríaca el ataque principal, y empeño mi palabra de caballero de que aquel día significaría una gran victoria y que el enemigo perderá toda su artillería y por lo menos tres mil prisioneros. Estos los convertiremos en nuevos soldados imperiales y a poco por todo el país se levantará un grito de entusiasmo a favor vuestro y podréis mirar de muy otra manera el futuro".

Frases realmente muy optimistas, que son algo así como repartirse la piel del oso antes de matarlo. Pero la idea seduce a Maximiliano. ¡Salir al campo a la cabeza de las tropas y vencer al enemigo! ¡Magnífica fantasía! Pero no sirve para el momento presente, y para

más tarde hace falta verlo. Previamente, es preciso retener a los franceses.

Apenas han pasado unos días, recibe el Emperador la noticia de una lucha sostenida por el cuerpo belga con muy poca fortuna. Las tropas mejicanas han atacado al enemigo y Van der Smissen, para hacer honor a su carta, asaltó un lugar ocupado por los juaristas y tuvo que retirarse con grandes pérdidas perseguido por la caballería enemiga. El jefe belga ha sido objeto de una ruda lección, pero su impetuoso consejo al Emperador sigue viviendo a pesar de todo en el corazón de éste.

Tras aquellos desgraciados sucesos militares, la familia Iturbide vuelve a mover su asunto. La madre del pequeño Agustín ha llegado a Méjico, quiere presentar sus demandas al propio Maximiliano y ver a su hijo. El Emperador ordena que la suban a un coche y la fuercen a salir del país. La desconsolada madre se dirige, pidiendo auxilio, al secretario de Estado de los Estados Unidos, para que intervenga a través de Francia. "Directamente —le hace presente Seward—, no puedo hacer nada cerca del llamado Gobierno imperial de Méjico en la cuestión del secuestro de vuestro hijo, porque no estamos en relaciones de ninguna clase con esos señores".

A todo esto, Bazaine, según los deseos del emperador francés, ha instado a los generales Osmont y Friant, que desempeñaban sus cargos a entera satisfacción de Maximiliano, para que dejen sus carteras de ministros o abandonen el Cuerpo expedicionario, y ambos salen de los respectivos ministerios.

Maximiliano se enoja y se exalta sobre manera. Finalmente, había encontrado dos auxiliares excelentes y abnegados y los separan de él sin miramientos. Por carta se queja de ello amargamente a Napoleón. Sus lamentaciones caen en el vacío. Los juaristas han avanzado ya hasta la entrada del valle de Méjico y los imperiales se ven forzados a tener dispuesta constantemente caballería en la capital, para seguridad de la población. Los franceses, en su retirada, no son molestados en lo más mínimo por los juaristas, seguramente a causa de acuerdos secretos.

Entre tales circunstancias, Maximiliano aguarda ansiosamente noticias de Carlota. El correo de Europa llega el 1º de octubre. Trae dos cartas de la Emperatriz, una de ellas, la que escribió el 22 de agosto en París, que informa de su partida y contiene las palabras: "Esto te demuestra que no he podido obtener nada". Además, anuncia por cable que regresará a Méjico hacia la mitad de noviembre. Maximilia-

no experimenta un profundo desengaño; también estas esperanzas, en las que había puesto una tan íntima y secreta fe, se resuelven en nada.

El Emperador se da cuenta de que está obligado a comunicar algo a la opinión sobre el resultado del viaje; pero como no quiere dejar traslucir el resultado desfavorable, solamente manda publicar en el diario oficial las siguientes frases: "Según las noticias que han llegado recientemente, la Emperatriz ha terminado las diferentes gestiones relacionadas con la misión que la llevó a Europa y regresará, por lo tanto, a Méjico dentro de poco". Cómo resultaron las tales gestiones, se deja al criterio del lector. Pero esto no es bastante aún. El correo del 1º de octubre trajo también las desdichadas cartas de Napoleón, quien ya pierde con Maximiliano toda suerte de miramientos y le dice con todo brutalidad:

"Me es muy penoso, pero ha pasado ya la época de los términos medios: de ahora en adelante, me es absolutamente imposible enviar a Méjico ni un hombre ni un franco más. Si Vuestra Majestad considera que puede protegerse con sus propias fuerzas, de acuerdo con los pactos, las tropas permanecerán hasta el 1º de enero de 1867: en caso de abdicación, os aconsejo que publiquéis un manifiesto declarando qué obstáculos insuperables os fuerzan a tomar tal resolución: sería también conveniente que, presentes aún las tropas francesas, se reuniese una asamblea nacional para elegir el Gobierno que les pluguiese pero que ofreciese garantías de estabilidad. No hemos de abandonarnos a ilusiones color de rosa", es la última frase de aquella "carta singular", según palabras de Maximiliano.

Tales conceptos causan en el Emperador una impresión aplastante. Ahora es cuando atisba con claridad la magnitud de la derrota que sufriera Carlota. Estudia y examina aquellas páginas con todo detenimiento en compañía de su astuto amigo el padre Fischer.

Con Bazaine, Napoleón habla aún más claro:

"¡Termine usted esta expedición lo más pronto posible y de cualquier manera! El nuevo Gobierno que venga ha de garantizar forzosamente las obligaciones financieras con Francia y los derechos de los súbditos franceses. Pero no retire usted totalmente las tropas sin que las fuerzas de Juárez, demasiado seguras de la victoria, hayan recibido un buen recuerdo".

El padre Fischer se acerca cada vez más al vacilante Emperador y su influencia aumenta rápidamente en fantásticas proporciones: "Yo aconsejo a Vuestra Majestad que no intente retener por más tiem-

po al ejército francés, cuya presencia he considerado siempre como una gran desdicha, y que se dirija al Presidente de los Estados Unidos. Un congreso nacional sería el llamado a decidir sobre el futuro régimen del Estado mejicano. Todo puede reorganizarse aún convenientemente".

El antiguo cónsul general mejicano en Viena, Herzfeld, un verdadero amigo de su príncipe, para quien conserva una devota y fiel amistad desde los tiempos de sus viajes comunes por mar, le aconseja lo contrario del padre Fischer, que abdique en redondo y abandone a Méjico.

La situación es harto compleja, por parte alguna se descubre una perspectiva favorable. El honor, la vida misma de Maximiliano, están en juego. El padre, por otra parte, no es más que un instrumento del clero y del partido conservador; éste actúa a través de él sobre el Monarca y así acontece que se convierte Fischer por aquel entonces en el personaje esencial de Méjico. El modesto secretario episcopal, despedido un día por diversas faltas, siéntese hoy el dueño de vidas y haciendas de millones de seres humanos. El poder que el Emperador le concede es ilimitado, sobrepasa toda medida; este altivo edificio ha de caer como un castillo de naipes el día que salga Maximiliano de Méjico: entonces llegará al poder el partido enemigo, y el padre Fischer tendrá que huir. Por tales razones está dispuesto a utilizar todos los medios para obtener que el Emperador no abandone el país: su oratoria, su inteligencia y su energía son poderosos auxiliares de su propósito. Además, sus deseos se avienen en gran manera con los más íntimos del Emperador, que son los de agotar todas las posibilidades para quedarse en Méjico y conservar la corona.

Eloin, desde Europa, aconseja en términos parecidos a los de Fischer: "Ponga Vuestra Majestad a consulta del pueblo mejicano, libre de la presión francesa, si realmente desea que permanezcáis ahí. En caso negativo, Vuestra Majestad puede volver a Europa con su honor intacto para desempeñar en los acaecimientos que se avecinan el papel que, Sire, os corresponde. Pues el emperador Francisco José se ve abatido, y el pueblo pide ya sin disimulo su abdicación; todas las simpatías se dirigen a vuestra persona, y aun en Venecia guardan un buen recuerdo para el gobernador general de otros tiempos". Maximiliano leyó por vez primera esta carta absolutamente íntima y secreta, que contenía además penosas particularidades sobre Napoleón, ¡en la prensa norteamericana! La carta pudo ser apresada y fué publicada inmediatamente con gran satisfacción. En París, así como espe-

cialmente en Viena, causaron estas palabras de Eloin una triste impresión. Todo se conjuraba contra el atormentado monarca.

Maximiliano vacila aún de un lado para otro; quiere consultar al embajador inglés y a otras personas de prestigio, pero en conjunto está ya casi ganado a favor del partido de confiar su destino a la decisión de una asamblea nacional y "aguardar la libre voluntad del país con calma y dignidad" en Orizaba, a poca distancia de Veracruz. Allí podrían estar reunidos sus fieles, con Fischer a la cabeza, y allí habían de quedar guardados los objetos de valor de la Emperatriz. En su interior está, amparado por Fischer, firmemente convencido de que el acuerdo de una tal asamblea le será altamente favorable, un verdadero triunfo.

"Si la nación se inclina —escribe, el 5 de octubre, a su esposa— por el Imperio, podremos volver a la capital con una fuerza de legitimidad auténtica para consagrarnos y sacrificarnos para siempre al país; si la nación quiere otra forma de gobierno, nos retiraremos dignamente con la conciencia limpia y elevada de haber cumplido honradamente con nuestros deberes. Sobre todo lo demás, Dios es quien ha de juzgar y a su juicio me someto en plena confianza de su infinita justicia. Dentro de unas pocas semanas, espero, gozo de mi vida, poder abrazarte sobre mi maltrecho corazón. Tuyo y fiel para siempre.

Max".

Al Emperador Napoleón le contesta evasivamente que su conciencia no le permite tomar una resolución definitiva. Ninguna palabra de indignación o de enojo; al contrario, más bien muestras de una viva simpatía y de indiscutible adhesión se encuentra por doquier en aquella carta. En verdad no puede pretenderse que fuese sincera, pero es una prueba de que Maximiliano quería evitar, a toda costa, una ruptura personal con Napoleón.

A Bazaine le han impresionado profundamente las terminantes indicaciones de Napoleón y comienza a sentir cierta compasión hacia Maximiliano, porque sabe muy bien qué destino le aguarda si llega a quedarse solo. En cierto sentido, tampoco se siente sin culpa de todo ello, ya que más de una vez aconsejara a Napoleón que, sin contemplaciones, abandonase a Maximiliano. Ahora, empero, ve ante sí toda la catástrofe. Sus sentimientos son dispares, como tiene dos aspectos su conducta en los críticos tiempos que se avecinan.

Capítulo XVI

Locura en Roma

Mientras Maximiliano andaba luchando con mil cuitas y peligros en Méjico, su esposa cavila sin descanso en París cómo, a pesar de su fracaso inicial, podrá serle útil. Siente ahora un verdadero menosprecio hacia Francia. Si a su llegada a Saint-Nazaire experimentó el desengaño de no encontrar una brillante recepción, a su partida le parecen despreciables las colgaduras, las escaleras engalanadas, la música. Le falta tiempo para volver la espalda al odiado país. Con gozo indecible, contempla, a su paso por el Mont-Cenis, los paisajes de un salvaje romanticismo que tanto le recuerdan la grandiosidad de las tierras de Méjico. Llegada a la frontera de Italia, le parece respirar con más soltura, ya que ha logrado abandonar el país donde "él" habita e infecta el aire con su maldad. En su travesía por el Piamonte ve soldados de todas las regiones de Italia unidos bajo la misma bandera, y el entusiasmo de la joven nación que acaba de obtener su unidad tan ansiada le resulta una visión llena de fe y de vigor:

"Aquí se reconoce muy bien, a qué detentadores de hombres Austria hubiese procurado el triunfo para ahogar en ciernes la nación italiana, tan rica ahora de porvenir, si se piensa en lo que ha sido de Napoleón", va cavilando Carlota. En todos los lugares de Italia es recibida cordialmente y con muestras de simpatía y consideración. Si Carlota y Maximiliano no hubiesen sido austríacos, habrían sido adorados en la Lombardía y el Véneto por sus tendencias liberales, su caballerosidad, y su verdadera y profunda simpatía hacia el pueblo italiano. Sabíase muy bien que estaban en desacuerdo con Francisco José, pero ¿qué valor tenía esto entonces? Habían de ver forzosamente en ellos los representantes del dominio extranjero. No obstante, era cierto que al ser materialmente expulsados de Italia por Francisco José en 1859 habíase acrecentado sobre manera la simpatía de los italianos para con los jóvenes archiduques. Ahora, lejos ya de todo resentimiento político, después de la derrota austríaca en Königgratz, en el umbral

de la libertad y unidad, tan deseadas, los italianos sentían más bien bien simpatía y conmiseración por los emperadores de Méjico.

Por todas partes fué Carlota saludada con entusiasmo, pero las fatigas y las excitaciones del viaje la habían debilitado en extremo. Se propone descansar un tanto y sólo emprende una excursión desde Milán al lago de Como, a la magnífica villa de su difunto padre, el primer rey de los belgas. El pasado surge de nuevo ante ella cuando discurre bajo los laureles y las adelfas de aquel rincón de mundo tan bendecido por Dios, donde un día transcurriera su luna de miel. Recién llegada escribe al punto a su marido:

"Mi tan profundamente querido Max:

"En esta tierra que guarda tantos recuerdos del goce y la felicidad de los primeros tiempos de nuestra vida en común, pienso sin cesar en ti y te envío estas líneas como testimonio de ello. Todo parece respirar de ti; su lago de Como, que tanto querías, lo tengo ante los ojos en su reposo azul, y tú estás ahí, lejos, lejos, y casi diez años han pasado. Y, no obstante, es como si fuera ayer; esta naturaleza me habla de una felicidad sin nubes, nada me dice de penas y desengaños. Todos los nombres, todos los acaecimientos de entonces brotan nuevamente de los rincones desconocidos de mi cerebro, y vuelvo a vivir en nuestra Lombardía como si nunca la hubiese abandonado; en dos días he vuelto a vivir aquellos dos años que nos son tan queridos.

"¡Si estuvieses conmigo! ¡La gente es aquí de una tal afabilidad! Esta mañana temprano oí misa ante la sepultura de San Carlos y visité la catedral que, en un cerrar de ojos, quedó llena de gente; y no era curiosidad, sino, verdadero afecto, y aquí en mi dormitorio encontré, quizá colgada por mi misma, tu imagen juvenil con la inscripción *Gobernatore generale del Regno Lombardo-Veneto* . . . Espero, tesoro mío, que estarás satisfecho de mí, pues he trabajado sin descanso a favor de los fines que me señalaste . . . Ahora hay claro de luna y se oyen cantos a lo lejos; es de una indecible belleza".

Aquella naturaleza espléndida, el amor de que se siente rodeada en aquella Italia tan copiosa en belleza, el descanso, todo sienta bien a la Emperatriz; sus nervios se van aplacando, los síntomas de excitación remiten. Era urgentemente necesario un reposo más largo; pero la inquietud de su corazón, los cuidados y zozobras por la situación de su esposo, su ambición, viva ahora como antes, no consentían que durase más aquel idílico vivir. A los pocos días, emprendió el viaje hacia Miramar. Fué un recorrido triunfal; por todo el suelo italiano encontraba veneración y respeto, y también allí donde quedaban aún

tropas austríacas. La bandera tricolor italiana, tan parecida a la de Méjico, ondeaba sobre las estaciones donde aparecía reunido lo mejor de las juventudes de Italia. En un discurso, aludió Carlota a los tres colores de las banderas de las dos naciones, y le contestó un general garibaldino: "¡Oh, el emperador Maximiliano habría llevado tras sí a toda Europa!" Nadie disimulaba que se sabía muy exactamente con qué mayor ardor y más vivo sentimiento quería Maximiliano a la nación italiana en comparación de su hermano el emperador de Austria.

Donde se encuentran aún guarniciones austríacas, rinden a Carlota honores imperiales. Entusiasmada manifiesta a su esposo en el lejano Méjico: "El reino de Italia nace con un aire de cosa de maravilla y sorprende la trasmutación del espíritu revolucionario en un nuevo y robusto espíritu nacional. Ya no más rostros reprimidos, como vueltos para adentro: todas las miradas son abiertas y cordiales ... A mi parecer, Italia será una gran potencia. El Rey vino en persona a Padua para saludarme. Me fué más simpático de lo que aguardaba y me rogó con mucha insistencia te dijese cuán agradecido estaba de tus bondades hacia él y que te enviase el testimonio de todo el aprecio que siente por ti. Parece un hombre de corazón. Tiene una robusta fe en Italia y desempeña un importante papel; actúa más de lo que de ordinario se cree. Le considero uno de los más ilustres reyes que actualmente existen en Europa y tiene un gran amor a su pueblo... Austria e Italia me conceden honores de reina. La vieja y la nueva Europa compiten en ver quién tendrá más atenciones para con la esposa del emperador de Méjico. Nada se les pide, pero no rehusan nada y creen conveniente que las potencias de Europa se inclinen con respeto ante una soberana de Méjico".

Tras un tempestuoso viaje desde Venecia, llega la Emperatriz al puerto de Trieste, donde la flota que ha librado al mando de Tettethoff la batalla de Lissa se encuentra fondeada. En la Marina imperial es inolvidable Maximiliano. Pasa Carlota en su navío, saludada por los estentóreos *hurras* de las marinerías formadas sobre cubierta, entre los buques de la escuadra. Es recibida con grandes pruebas de simpatía y aprecio en el buque almirante de Tettethoff y se llena de satisfacción cuando éste le recuerda que fué su marido quien implantó en la Marina la eficiencia y la voluntad de vencer que la caracterizan ahora.

Ver de nuevo su querido Miramar la emociona hasta saltársele las lágrimas. A pesar de los esplendores del paisaje mejicano, de tantas

bellezas como viera hasta entonces, la visión de Miramar le encanta siempre. "Te ha de causar satisfacción —escribe a Maximiliano— que los mejicanos están llenos de maravilla con Miramar, y yo misma tal vez lo aprecio por vez primera en todo lo que se merece".

Sin cesar discurre Carlota por los ámbitos del palacio y se goza como un niño en cualquier fruslería. En el comedor se ha colocado el escudo de Méjico con la corona imperial. Quédase un instante suspensa la Emperatriz, porque la corona es de espinas. Todo fué obra del médico Jilek, siempre ardiente enemigo de aquella aventura en tierras lejanas.

"Piensa, Max, que las hiedras en el pabellón del jardín se han convertido en "una maravilla del mundo" y las palmeras, los sauces llorones y el bosque de pinos, como también los cedros, están soberbiamente crecidos. Todo el mundo admira las dos grandes obras del príncipe ausente: la batalla de Lissa y el palacio de Miramar. Hoy, ha desfilado ante Miramar la victoriosa escuadra en orden de batalla, con Tettethoff a la cabeza en el acorazado *Archiduque Fernando Max.*

"Esta escuadra envía un primer rayo de gloria sobre tu creciente poder, sobre tu independencia comprada a un precio tan alto; ha salvado la costa que tú tanto quisiste, y ahora abandonará a tu hermano y a Austria a su destino. Su misión ha terminado. La tuya también. El honor de la Casa de Austria se fué con el nombre de una de sus últimas victorias *Novara* (la fragata) a través del Atlántico. Se pone aquí con el sol, para permanecer allí con el sol. *Plus ultra* era la divisa de tus abuelos. Carlos V nos mostró el camino. Tú le has seguido. No te arrepientas, Dios te acompaña".

Así deliraba la Emperatriz en la confusión de su inteligencia.

De aquel mundo de brillantes imágenes le arrancó de súbito una pregunta del embajador mejicano en Viena. Quería saber si era preciso dar curso a la orden enviada el 25 de julio disponiendo la denuncia de todos los tratados existentes entre el Emperador y Austria y declarando como no válido el pacto de familia. La Emperatriz decide aguardar la llegada del secretario de Maximiliano, don José Blasio, que está en camino con instrucciones concretas.

Mientras, Maximiliano ha ido siguiendo el viaje de su esposa y las escasas noticias que de ésta le llegan, con una tensión llena de cuidados. El 17 de agosto, estando aún el Emperador bajo la impresión de la caída de Tampico y del asesinato del prefecto imperial de esta ciudad, telegrafía a su esposa que el Ministerio, con la colaboración de los generales franceses Osmont y Friant, funciona a la perfección,

y que se ha firmado con Francia la solicitada convención de aduanas. Pero se lamenta con gran amargura de que Bazaine, a pesar de sus promesas por escrito de pacificar el país, va evacuando una población tras otra en forma que los juaristas luchan ya en los aledaños de Veracruz y de Jalapa. El Emperador suplica que se comuniquen en seguida estas noticias a Napoleón.

El telegrama llega a la Emperatriz en Miramar y la pone en un estado de excitación extrema. Luego de prolongadas vacilaciones se decide, a despecho de lo acontecido, a escribir a Napoleón una vez más formulando nuevamente una súplica vehemente de auxilio.

Al mismo tiempo remite una carta de Almonte y le ruega que difunda entre los hombres representativos de Francia la nueva de un cambio de política por parte de Maximiliano en el sentido de energía en lo interior y estrecha colaboración con Francia en lo exterior. Pero, al punto de enviar estas cartas y algunos periódicos, le asaltan de nuevo dudas y cavilaciones. Se acuerda de la profunda humillación que hubo de sufrir en París. El orgullo de la sangre borbónica, que proveniente de la madre corre por sus venas, sublévase a la sola idea de rebajarse otra vez ante un hombre de la familia de advenedizos que son los Bonaparte, para suplicarles algo a lo que tiene harto derecho, pero que una vez ya le fué rehusado con dureza. Quedáronse sin salir las cartas ya escritas, mas aquella decisión le costó nuevas luchas morales y nuevas zozobras.

Una posibilidad existe aún para obtener auxilio y amparo; puede solicitarse la intercesión del Papa cerca del emperador francés. También este paso resulta muy penoso, atendiendo a la profunda disparidad de pareceres entre Maximiliano y la Iglesia en la regulación de los problemas eclesiásticos. Por mediación del representante belga en Roma, ha hecho llamar a esta puerta. El Papa responde que está animado de los mejores deseos respecto a la Emperatriz, a quien aprecia y considera en lo mucho que se merece, por más que no logró impedir determinadas medidas que pusieron a la Santa Sede en la mayor perplejidad. Pero que haría cuanto estuviese en su poder con tal que de la parte opuesta se le ayudase debidamente.

He aquí que Carlota decide tentar este camino. Ya durante su viaje por Italia, las tristes impresiones que trajo de París se han ido desvaneciendo un tanto. Muy lejos de pensar en la posibilidad de una abdicación al trono, se deja mecer por nuevas esperanzas. A todo ello se añade un optimista telegrama de Méjico dando cuenta de un éxito momentáneo de las tropas imperiales. Al punto vuelven a surgir en el

ánimo de Carlota vastas y luminosas ilusiones. Olvida que, poco antes, el Emperador, en un telegrama, había hablado de la "detestable situación militar". El gran amor a su marido deja aparecer con una excesiva presteza las cosas bajo una luz favorable. Queda profundamente impresionada por una de las cartas de Maximiliano. Llorando lleva a sus labios las dos fotografías que su marido le envía. No se cansa de considerar las razones que hayan determinado la ruptura de los pactos de Miramar por parte de Napoleón, aunque intenta consolarse pensando que es justo considerar como un gran bien el fin de la ayuda francesa. Extravíase de nuevo en fantásticas ilusiones, confusas, inextricables, que traslada en las cartas Maximiliano:

"Tengo la terminación de la tutela directa de Francia como una gran fortuna; tan grande, que puede compensarnos ampliamente de la falta de ayuda material y de dinero. También sé de origen muy seguro que los Estados Unidos te reconocerán tan pronto como sepan que eres el señor independiente de Méjico, pues entonces la doctrina de Monroe no podrá objetar nada contra el hecho estricto del Imperio. La nación mejicana dejará de existir en el justo momento que tú le abandones y ya no podrá gobernarse con independencia. Juárez sólo representará la libertad de la nación hasta que llegues, pues ahora serás el depositario de la independencia y de la autonomía de los mejicanos, ya que eres el único que podrás reunir en tus manos la bandera tricolor de todos los partidos, que juntos componen la totalidad que llamamos pueblo: blanco, la clerecía que tú amparas como príncipe católico; verde, el partido conservador, y rojo, los liberales y todos los elementos avanzados. Nadie sino tú es capaz de juntar estos elementos, y nadie sino tú puede gobernar. Todo ello implica un sentido único y siempre el mismo: la independencia de los mejicanos. Para ti, pues, la bandera, porque eres la nación misma. El Soberano, como decía Juárez.

"Hay que decir, pues, bien claro a todos: Yo soy el Emperador, no es preciso un presidente: el hijo de un emperador no puede llamarse presidente; su deber es introducir, con todo el sentido reverencial que exige, la monarquía, aunque tal como ésta se interpreta modernamente. Sería forzoso inclinar ante ti la cabeza, pues la República no es más que una nidada de cuervos, como el protestantismo, y la monarquía la salvación de la humanidad; el monarca viene a ser el buen pastor; el presidente, el asalariado; con ello está dicho todo. Si se logra resolver el problema de reunir, con esta base, a los mejicanos, todo queda resuelto, pues dinero no dejará de encontrarse, por una

parte u otra, tropas no se precisan muchas si la rebelión termina, y te encontrarás ante el mundo apoyado sobre tu pueblo.

"Si todo esto va adelante, como necesariamente ha de ir, la emigración de Europa y del resto de América acudirá a tu país, y tendrás el más bello imperio del mundo, pues Méjico ha de heredar, y en mayor grado, la fuerza de Francia. Pero esto no podrá suceder hasta que Méjico esté bien consolidado. En Europa, se producirán grandes convulsiones. Austria perderá todos los pueblos con ella federados. Y ninguno de estos países, Alemania y Constantinopla, Italia, España, llegarán a ser lo que será Méjico con sólo que tú trabajes en ello, pues todo vendrá en tu ayuda, que es lo que llena de temor al amigo Napoleón. Su misión en América está terminada...

"Tú eres en ambos hemisferios el heredero de su grandeza".

Tales palabras vienen a ser un vuelo en el país de los sueños, lejos de la realidad. No es sólo el mal alemán en que están escritos lo que confunde el sentido; el pensamiento va en una continua vacilación de acá para allá, en zigzag. No obstante, en conjunto, sigue cierta dirección. Hay que despreciar lo que se lee en los periódicos, ya que ahora, al separarse Venecia de Austria, se fundará un Estado independiente con Fernando Max, cuando vuelva de Méjico, a la cabeza:

"Mi tan querido tesoro: Las cosas marchan al parecer muy bien. Las excelentes noticias de Méjico, donde tú (y es reconocido por todos) has realizado tan eximias tareas, favorecen infinito la causa... Con este vapor francés va, según dicen, el general De Castelnau, con una carta de él —Napoleón— para ti. Presumo que esta carta no es del todo extraña a la situación en Venecia... La envidiable situación de Méjico difícilmente sería cambiable por una ciudad encharcada —Venecia— y una población agostada por el fisco, que se remonta a poco más de dos millones, una visión de miseria en la rica Italia y la desvencijada Europa.

"Puede suceder que entre las potencias americanas aparezcan otras nuevas, pero nosotros podremos siempre, según nuestro albedrío, cambiar los Estados y nombrar reyes. En nuestro Continente tenemos tal riqueza de juventud y de futuro, que ya no nos es precisa la civilización del Viejo Mundo; tanto los súbditos como nosotros alcanzamos unas alturas desconocidas antes por la humanidad. Todo en Europa aparece como un juego de niños en comparación con esto. ¡Qué bien se comprende la pequeñez y la flaqueza de lo de aquí, cuando se viene de allá...!"

Confusos en su alocada ambición se agitan, discurren, los pensa-

mientos de la Emperatriz. ¿Trocar una corona imperial por un dogonato veneciano? Jamás. El ayudánte de campo del emperador francés, el general De Castelnau, enviado por aquel entonces a Méjico, llevaba, empero, un encargo muy diferente.

Carlota siéntese febrilmente agitada por el telegrama de Maximiliano instándola con vivo interés a tentar en Roma un camino que pueda traerles ayuda. El secretario de Maximiliano, Blasio, que llegara por aquellos días, aconseja lo mismo, y el viaje a Roma queda decidido. El Papa constituye la última esperanza. Antes de emprender el penoso peregrinaje de súplica, festeja aún Carlota en el palacio de Miramar, el 17 de septiembre, día de la Independencia mejicana, con fastuosidad y esplendor. Antes de su partida, celebra, como antaño, un banquete solemne que preside con su resplandeciente belleza, una expresión de felicidad en el rostro y una magnífica diadema en su cabello. Quien en aquellos momentos la hubiese admirado, estaría muy ajeno de imaginar cuánto acababa de sufrir en París y qué trágico destino le reservaba el inmediato futuro.

A causa del peligro de cólera en los puertos, dieron muchos rodeos por el camino. Blasio y el funcionario del tesoro, Kuhacsevich, se adelantaron para preparar la instalación de la Emperatriz y allanar las dificultades. El 18 de septiembre, parte del camino en tren, parte en diligencia, llega la Emperatriz a Bozen. Durante el viaje, no cesa de cavilar y de preocuparse: la incertitud del resultado de sus nuevas súplicas le atormenta, y la fatigan sobre manera las incomodidades del viaje. Sí, es verdad que en París tuvo un gran fracaso, pero la sagrada cabeza viviente de la Cristiandad seguramente podrá y querrá auxiliarles. Nuevas esperanzas vivifican su corazón. Pero, ¿y si se malogra esta última tentativa? Como una oleada caliente le sube al rostro y parece que la angustia le apretase la garganta. Y, como siempre que siente miedo y congoja, sus pensamientos van a Napoleón.

Él tendrá sin duda sus sicarios en Roma, que la acecharán, que le seguirán los pasos, que quizá querrán matarla. Probablemente él debe de haber introducido entre los que la rodean un traidor que se dispone a matarla. ¿Quizá aquel Blasio, que ha poco llegó de París, o cualquier otra persona? Con desconfianza va examinando a su séquito.

En Bozen, se presentan señales inequívocas de una grave angustia mental. Súbitamente manda llamar al ministro mejicano Castillo, que viaja con ella:

"No quiero proseguir el viaje a Roma. No me siento bien. Probablemente me han dado un veneno. Por lo que más quiera, por

Dios mismo, redoble usted la vigilancia". Ya se han dado las órdenes para suspender el viaje, pero la Emperatriz dice de pronto: "¿Qué pasa aquí? ¿Cuándo proseguimos el viaje?"

Carlota se dirige a Mantua en tren especial. Esta ciudad tiene aún guarnición austríaca. Las tropas están formadas y una gran multitud se congrega en las calles para ver a Carlota de Méjico. Ciento un cañonazos saludan a la Emperatriz. Revista a las tropas ante el hotel y, por la noche, toda la ciudad es un mar de luces. Austríacos e italianos rivalizan en festejar a la emperatriz de Méjico, que, a pesar de las duras luchas entre ellos, es simpática a unos y a otros.

En todo el camino del Po a Roma, por todas partes, es saludada la Emperatriz con entusiasmo; por todas partes paradas militares, músicas, cañonazos.

Este aire de fiesta la distrae algo, aunque tantas solemnidades y ceremonias significan la mejor intención, pero le resultan fatigosas. El Papa manda que la saluden ya a tres horas de Roma. La Ciudad Eterna quiere ofrecerle un banquete cuando llega Foligno, pero Carlota no puede tomar parte. Violentos calambres y palpitaciones de corazón la tienen muy molesta. Tarde, en la noche, llegó la comitiva a la capital. A pesar de la hora avanzada, la aguardan algunos cardenales con sus vestiduras rojo escarlata. Guardias nobles y gendarmes papales, así como una escolta de coraceros, presentan las armas. Llueve a torrentes. La Emperatriz desciende del carruaje, vestida de negro, pálida como una aparición fantasmal y con gesto de agotamiento. A la luz de las antorchas, es conducida con su séquito al Grand Hotel. Aquella comitiva da más bien la impresión de un entierro que del recibimiento de una emperatriz joven y bella.

Sin embargo, al día siguiente, despertó Carlota fortalecida y dispuesta; hacía un sol claro y brillante. Curiosa de ver algo de la Ciudad Eterna, que siempre visitara rápidamente, de paso, incapaz a causa de la interna agitación que no la dejaba un momento en reposo de permanecer en casa, desoyó tranquilamente el consejo de su médico de cámara, que le aconsejaba un ahorro de fuerzas para los inminentes esfuerzos, y salió de paseo por las calles de Roma, acompañada de su camarista, la señora Del Barrio. Sube al monte Pincio, a fin de contemplar desde allí la magnífica visión de la ciudad que fuera antaño la dueña del mundo, y, al mediodía, regresa al hotel fatigadísima y, a causa del bochorno del día, bañada en sudor.

La visita del cardenal Jacobo Antonelli está anunciada para aquella tarde. Es el cardenal secretario de Asuntos Exteriores y su palabra

tiene casi el mismo valor que la del Papa, quien se ocupa casi exclusivamente de asuntos espirituales. Aquella visita viene a significar en cierta manera lo mismo que la primera de la emperatriz Eugenia en París. Como ésta quiso ahorrar entonces a su marido la violencia de la negativa a la emperatriz de Méjico, paralelamente Antonelli se propone lo mismo en favor del Padre Santo. En vestidura talar purpúrea y en purpúreo manteo, desciende del carruaje ante el hotel, sube la escalera bendiciendo a la multitud, y, en el peldaño superior, la Emperatriz le aguarda. Departen juntos más de una hora; el cardenal expone a Carlota todas las culpas cometidas por su esposo contra la Iglesia y acaba por preguntar a la angustiada dama por qué razón no hubo manera de concertar un concordato.

En tales momentos era difícil empresa proponer una intercesión cerca de Napoleón III, y no obstante la formuló. El Cardenal rehusa el compromiso. No se muestra deseoso de entrar en discusión con el emperador francés, cuyas tropas son en Roma el último sostén del Estado Pontificio amenazado por el incendio de la unidad italiana. Es el criterio de Roma retener estas tropas lo más que sea posible. Le asegura que el Papa tenía los mejores propósitos, que la bendice con sus mejores deseos; en resumen, deja transparentar el histórico *non possumus.*

Antonelli quiere convencer a la Emperatriz de que en la audiencia concedida por el Padre Santo no hable para nada de política. Sabe muy bien de antemano que sólo obtendrá buenas palabras y la promesa de hacer "cuanto sea posible" a su favor. Carlota no está en manera alguna dispuesta a obligarse de aquella suerte. Vuelve a sus habitaciones con el ánimo oprimido. Trata de consolarse con la idea de que no tiene la última palabra, no ya de Antonelli, sino ni aun del Papa. Su invencible optimismo, su confianza ante la sepultura abierta, ya no la abandona. A última hora, ¿no podría ir todo para bien?

Exteriormente, no se adivinan los cuidados que atormentan a la Emperatriz. La más alta nobleza romana, los diplomáticos, las personalidades de la curia y los elevados funcionarios, todos hacen acto de presencia. De la mañana a la noche no se da la Emperatriz un punto de reposo. Una visita sigue a la otra, con algunos intervalos para los trabajos de la Comisión del concordato.

La audiencia concedida por el Papa a Carlota está anunciada para el 27 de septiembre, a las once. Con gran emoción, pero muy dueña aún de sí misma, sube al coche de gala tirado por dos troncos de caballos, y entre la escolta de un destacamento de coraceros se dirige

al Vaticano atravesando una gran muchedumbre que la aclama con entusiasmo. Allí se recibe a la Emperatriz con los más altos honores. Desde el pie de la gran escalera hasta la Sala del Trono, en lo alto, se ven en fila los guardias del Papa con sus brillantes y suntuosos uniformes proyectados nada menos que por un Miguel Angel. En la sala del trono, aguarda el Papa, rodeado por los dignatarios de la Iglesia, a la Emperatriz y a su séquito. Cuando Carlota inicia el gesto de postrarse a los pies del Papa, éste lo impide con benevolencia y sólo permite que le bese el anillo. Luego de haber dado la bendición papal, diríjese al Padre Santo, seguido de ambas comitivas, a una cámara contigua para sostener una conversación aparte con la Emperatriz.

Temblando de emoción, entrega Carlota el proyecto de concordato que ella misma redactara. Pío IX le habla con palabras llenas de afabilidad. Pero, en lo esencial de la cuestión, se mantiene firme. "No puedo llegar a un acuerdo concreto —manifiesta— sin que el episcopado mejicano exprese su opinión. La intercesión cerca del emperador francés es imposible y no conducirá a nada". La Emperatriz ha escuchado al Padre Santo en una creciente excitación. Se desvanecen sus últimas esperanzas. Su juicio se nubla. Trabajosamente trata aún de enlazar la escueta realidad con el mundo de sus sueños. Su espíritu enloquece entre el temor y la esperanza, la angustia y la confianza. De repente, se levanta: "Amparadme, Santidad. Cuantos vinieron conmigo, cuantos están allá fuera aguardando, buscan quitarme la vida. Por mandato de Napoleón quieren envenenarme".

Con terror, contempla el Sumo Pontífice aquella mujer arrodillada a sus pies, sollozando con ojos extraviados. De pronto, comprende toda la realidad: se trata de un ataque de locura. Horrorizado, llama a los cardenales y prelados. Acuden y rodean a la infeliz. Ésta, de pronto, se levanta, rígida la figura. Con una indecible altivez en el rostro, silenciosa y sombría, abandona la cámara papal y en su coche regresa al hotel. Una vez allí, ordena a los suyos brevemente:

"Salid todos. Comeré sola en mi estancia".

Luego se encierra en su habitación. El servidor de guardia encuentra la puerta cerrada. Al cabo de mucho tiempo, despacio y con tiento, se abre una estrecha rendija en la puerta; le entran rápidamente la comida, que no fué probada. Por la noche, súbitamente, ordena la Emperatriz: "Que se retiren inmediatamente las músicas y las guardias. No quiero que se me rindan más honores".

Conturbadas comprueban las personas del séquito la profunda alteración en la manera de ser de la Emperatriz.

Al día siguiente, se pregunta desde el Vaticano por el estado de Carlota. Había pasado una buena noche, se había levantado perfectamente alegre y dispuesta y desayunado con apetito normal. Como si nada hubiese acontecido. En vista de tales nuevas, decidió el Papa devolverle la visita, con el propósito, empero, de que fuese lo más breve posible. Pío IX aparece en el hotel; todo se desarrolla rápidamente y con la más ceremoniosa cortesía. De política ni una palabra. Carlota llama a todos los que la acompañan para que reciban la bendición papal. Siéntese, en cierta manera, protegida y tranquila mientras el Padre Santo está presente:

"Ruego a Vuestra Santidad que me permita venir a menudo al Vaticano, quizá mañana por la mañana".

"Naturalmente, Majestad; siempre que gustéis".

El papa Pío IX le habla en tono conciliador. Apenas Su Santidad ha abandonado el hotel, vuelve a mostrar la Emperatriz una gran desconfianza para con los suyos. A ningún precio, a pesar de tener mucha sed, quiere probar un vaso de agua que le escancia una dama de su corte. Por la noche, ha sido invitada a una cena. Asiste con aire sereno, pero no quiere probar bocado. Dispone que le traigan un plato con naranjas y nueces. Coge cada fruto y lo examina minuciosamente, para ver si la cáscara o la piel está enteramente intacta. Cuando lo ha comprobado, lo engulle con hambre canina, que dice muy poco en una Emperatriz.

Al día siguiente, el 30 de septiembre, a las seis de la mañana, se despierta Carlota con una sed abrasadora. En todo el día anterior, por miedo a que las bebidas contuviesen algún veneno, no ingirió nada líquido. Ahora, manda llamar a la señora Del Barrio y, con el primer coche de alquiler que encuentran, se dirigen a la Fontana Trevi. Allí se inclina sobre la pila de la fuente y bebe ávidamente agua de los vasos de metal que cuelgan de una cadena. Vuelve luego al coche y ordena que las lleven al Vaticano. Aún no son las ocho, y es justamente la hora en que los coches papales han de salir para recogerla al hotel. La señora Del Barrio se esfuerza en hacérselo presente, pero Carlota no atiende razones.

"Majestad, no podéis hacer la visita al Papa, porque no llevamos el velo para cubrirnos la cabeza".

"¡Ah, no importa!; ya saben ellos muy bien que los emperadores y las emperatrices ellos mismos se ordenan la etiqueta, y que no es su costumbre someterse a nadie, sea quien sea".

Carlota que fué siempre suave, cordial y correcta, dice estas

palabras en un tono tajante y glacial. Su orden prevalece. Se dirigen al Vaticano. Apenas llegada allí, Carlota pide apresuradamente que se le conduzca junto al Papa. Sorprendidos de aquella extraña actitud notan allí que no llevan el vestido necesario para una visita al Sumo Pontífice. Su Santidad ha terminado la misa matinal, pero no se ha desayunado aún, es preciso aguardar. Con agitación extremada, insiste la Emperatriz en su propósito. Se anuncia la visita al Papa, quien ordena que dos médicos se vistan como secretarios de cámara y decide recibir a la Emperatriz. Apenas ésta, vestida de negro, ha penetrado en la estancia papal, se precipita a los pies del Padre Santo exclamando: "Santidad, os lo ruego por lo que más queráis: mandad que prendan a todos los de mi séquito. Me quieren envenenar. En el hotel, sólo estoy rodeada de espías de Napoleón".

Compasivamente y procurando calmarle se dirige el Papa a la infeliz. Ésta se levanta, parece un tanto sosegada, habla muy juiciosamente de los asuntos de Méjico. Aparece un paje y anuncia que el desayuno está servido. Pío IX la invita. En la fisonomía de la hambrienta Emperatriz parece que se hace un resplandor. Se sientan a la mesa, se sirve chocolate. Ante la Emperatriz, han servido también una taza de la perfumada y humeante bebida. Con desconfianza contempla el vapor que de ella se desprende. De pronto, mete tres dedos en la taza: "No, no, este chocolate está envenenado. Prefiero morirme de hambre antes que probarlo".

El Papa manda traer otra taza. Carlota exclama de pronto: "¡Un gato, quiero un gato!" Los sirvientes se miran indecisos. "Un gato", grita la Emperatriz otra vez, y, en efecto, a poco traen uno a la estancia. La Emperatriz da al animal la segunda taza y le observa atentamente para ver si el veneno lo mata. Viendo que el gato continúa con vida, hambrienta vacía con avidez la primera taza, que no habían retirado aún, tranquilamente y sin temor.

Luego sigue departiendo con el Papa. Se extiende sobre la situación en Méjico, sobre el concordato y el papel de Francia. No se percata de que el Papa se va intranquilizando. Ha sonado la hora de la audiencia general y, además, se siente molesto en la proximidad de aquella enferma. Finalmente, se levanta y abandona la estancia. Intentan entonces convencer a la Emperatriz de que vuelva al hotel, pero ella anuncia que en ningún caso abandonaría el Vaticano, porque ante la puerta le aguardan sus asesinos. Todos se esfuerzan en convencer a la infeliz en vano. Finalmente deciden darle la razón, acceder a sus deseos. El cardenal Antonelli se dirige

al hotel donde se hospeda la Emperatriz, manda trasladar todas las personas señaladas por ella como "envenenadoras" a otro albergue y telegrafía al Conde de Flandes en Bruselas que acuda inmediatamente a Roma, porque su hermana, la emperatriz Carlota, sufre un ataque de enajenación mental. La desgraciada solicita entretanto que le permitan pasear por los jardines y toma un vaso de agua que le ofrece monseñor el Mayordomo, pero va hablando constantemente del temor de morir envenenada. Le ofrecen luego una visita a la Biblioteca del Vaticano.

"Muy bien, pero Su Santidad ha de acompañarme".

Pío IX va con ella realmente. Pero en un instante en que la Emperatriz está absorta contemplando un curioso ejemplar, consigue el Papa escabullirse sin ser visto. Hacia el mediodía, intentan de nuevo convencerla de que regrese al hotel: no hay manera. Solicita comer en el Vaticano. La señora Del Barrio y el cardenal Antonelli siéntanse con ella a la mesa. Se sirve la comida en el plato, pero no la prueba. Observa atentamente a su dama de compañía mientras ésta come, y, sólo después que la ve pasar algunos bocados, se decide Carlota a probar algo de cuanto le sirvieron. Por lo demás, se muestra perfectamente razonable, habla mucho y aun con alegría y agudeza. Al fin, el coronel de la gendarmería, Bassi, destacado a su servicio, consigue a las ocho y media de la noche conducirla al hotel mediante engaños.

Llegada a su habitación, al principio se muestra muy sosegada. Pero, de pronto, se da cuenta de que falta la llave de las dos puertas que dan acceso a las habitaciones con ventanas a la calle, mientras la estancia suya da a una terraza del jardín. Se excita en gran manera por ello y, a las diez de la noche, huye secretamente de su habitación, se dirige corriendo al Vaticano y ruega e implora allí que le permitan dormir en el palacio, pues en el hotel no podría dormir ante el constante peligro de verse asesinada. Reina en el Vaticano una gran confusión. No había recuerdo humano de que jamás se albergase allí una mujer. La Emperatriz, con gritos que parten el alma, va diciendo:

"¡Pasaré la noche sobre las losas de los corredores si no se me concede una habitación!"

Los secretarios de cámara, los médicos, los sirvientes, procuran convencerla; todo es inútil. "Yo vivo mi vida —va diciendo—, ¿qué me importa la etiqueta? Sólo junto al Padre Santo me siento protegida, sólo aquí estoy segura".

Al fin, ordena Pío IX que se acondicionen dos camas en la Biblioteca, una para la señora Del Barrio y otra para la Emperatriz. Muebles riquísimos, pesados candelabros de plata, selectas tapicerías, en un abrir y cerrar de ojos procuran en la severa mansión un fastuoso dormitorio. Carlota, que casi no comió ni bebió nada, presenta síntomas de un profundo agotamiento. En brazos la conducen a la cama, a cuya cabecera vela toda la noche la abnegada señora Del Barrio. Un sueño profundo y reparador envuelve ahora el extraviado espíritu de la Emperatriz.

Al día siguiente, repítese el mismo espectáculo. Se proyecta conducirla a dar un paseo y con este pretexto llevarla al hotel. Pero se niega a poner el pie en el carruaje que el Papa le ofrece. Durante la comida, sólo quiere probar los alimentos que están destinados al Papa y rechaza los que se preparan para ella. Convencida de que sucumbirá a un envenenamiento, escribe numerosas cartas de despedida y disposiciones testamentarias. No quiere ser "embalsamada ni expuesta al público" después de su muerte, sino sepultada de la manera más simple en la basílica de San Pedro, si es posible cerca de la tumba del Apóstol. Carlota lega a Maximiliano todos sus bienes y todas sus joyas y adornos, y sólo le ruega que entregue un recuerdo suyo a los hermanos. En unas cuantas líneas conmovedoras se dirige a su marido:

"Roma, 1 octubre 1866.

"Tesoro mío tan querido:

"Me despido de ti, Dios me llama. Te doy gracias por la felicidad que supiste procurarme en todo momento.

"Dios te bendiga y te permita alcanzar la eterna beatitud.

"Tu fiel,

Carlota".

La desgraciada mujer escribe también al Papa e implora, "ya en el umbral de la muerte", la bendición de Su Santidad. Cuando, al anochecer del 1º de octubre todos estos escritos y cartas estuvieron terminados y firmados, intentóse de nuevo sacar a Carlota del Vaticano.

El cardenal Antonelli combina un ardid. No muy lejos del Vaticano se encuentra el convento de San Lorenzo. Las religiosas de esta santa casa podrían invitar a la Emperatriz que visitara el orfelinato. Se presenta, pues, la Superiora y expone su deseo, Carlota accede complacida, no sin dejar de hacer presente a la religiosa

que acepta la invitación si pueden garantizarle que no va a sufrir daño alguno. Durante el camino, la Emperatriz oculta el rostro. La visita al convento marcha al principio sin dificultad alguna; la Emperatriz habla amablemente con los huerfanitos. Pero una de las hermanas comete la temeridad de mostrar la cocina a Carlota y le invita a probar uno de los guisos que allí se cocinan. Hay en la cuchara una pequeña mancha. "¡Veneno, veneno! —grita al punto—; fortuna que lo vi a tiempo". Y cae de rodillas en medio de la cocina.

"Te doy gracias, Señor Dios de clemencia, que me has querido salvar".

Ya en esto, la desventurada dama, que está hambrienta porque casi no comió nada en más de veinticuatro horas, ve una gran olla donde hierve un trozo de carne. Y, antes que nadie pudiese impedirlo, hunde los brazos en el agua hirviente, arranca un pedazo de carne y lo engulle con avidez, mientras los brazos y la boca se le cubren de quemaduras terribles. "Así, así —exclama—, puedo al fin satisfacer el hambre, porque esto sí que no está envenenado". Pero entonces comienza a sentir el dolor de las quemaduras. Cae desmayada, gran beneficio en aquellos momentos. Se le vendan con toda solicitud las heridas y es conducida rápidamente al coche. Corren las cortinillas y los caballos echan a andar. Pero con el movimiento del coche despierta la Emperatriz de su desmayo. Arranca de un tirón las cortinillas de las ventanas.

"¡Auxilio, auxilio! —grita con voz exasperada—, me quieren llevar al patíbulo".

Mientras, se habían procurado una camisa de fuerza. Se la echaron encima y los caballos partieron al galope por entre la multitud, que movida por la curiosidad afluía a la Piazza.

El séquito de la Emperatriz se reunió en el hotel y tomó el acuerdo de enviar a Méjico uno de los médicos de la Emperatriz para enterar al Emperador de la enfermedad de su esposa. Llenos de zozobra, aguardan la llegada del Conde de Flandes y del Conde Bombelles, que ha sido avisado en Miramar.

Del 2 al 3 de octubre, la Emperatriz pasa el tiempo con aire caviloso y sombrío en sus habitaciones, en compañía solamente de la camarista, a la cual no se ha extendido aún su desconfianza. Por indicación del médico, el resto del séquito se mantiene apartado de la enferma.

La comida es su mayor preocupación. La camarista la prepara por sí misma en un infernillo de alcohol, ante los ojos de la Em-

peratriz, y aquélla ha de probar un bocado de cada plato. Tres pollos están atados a la pata de una mesa y la infeliz camarista los ha de matar, desplumar y guisar. Han traído también un gato y le dan un poco de todos los manjares antes de que los pruebe la Emperatriz.

Por lo demás, la Emperatriz se ocupa constantemente en redactar decretos, por los cuales licencia a los miembros de su séquito por traición e intento de asesinato. Del Vaticano, se trajo un vaso y cada día, acompañada de su camarista, se dirige a una distinta fuente pública de la ciudad para no morirse de sed.

El 5 de octubre, recibe una carta del papa Pío IX devolviéndole el proyecto de concordato que le entregó la Emperatriz en la primera audiencia y con palabras amables procura calmar a la exaltada dama:

"Majestad:

"Adjunto el proyecto que tuvistéis la bondad de entregarme. Me causa satisfacción que aquel vaso os haya sido de utilidad. Ruego cada día a Dios para que devuelva a Vuestra Majestad el reposo espiritual y aleje de vuestro ánimo aquellas sospechas que tanta desazón os ocasionan. Os bendigo de todo corazón.

Pío IX".

El estado de la Emperatriz es más amenazador cada vez. Casi no duerme de pura congoja de ser asesinada durmiendo. Inquieta y nerviosa habla sola, ya con violencia, ya como un murmullo. Todo el día anda de un lado para otro en la habitación. Sus facciones muestran el sello de la enfermedad: unas rosetas en las mejillas resaltando sobre la palidez de la cara, los ojos hundidos en sus cuencas, la mirada incierta y móvil. Comienza a descuidar la compostura, no puede sufrir ni que intenten arreglarle el cabello y parece ver en cada diente del peine el puñal de un asesino. De cuando en cuando, tiene momentos de pleno raciocinio y habla y obra entonces con entera razón, y la idea del veneno apenas si aparece en estos breves intervalos. La camarista, que no se ha separado un punto de su señora, está que no puede más, no alcanza a soportar tan prolongada tensión, tantas impresiones terribles a todo momento. Se busca una persona que la substituya, pero se teme poner junto a la pobre loca una mujer extraña, y aún más confiarla a una de aquellas damas del séquito que eran el blanco de sus sospechas.

El 7 de octubre, aún habla Carlota muy cuerdamente sobre Méjico, sobre su recibimiento en Roma y la simpatía que aquí todos le demostraron, así como sobre la muerte de dos conocidos mejicanos. Ambos murieron de muerte natural, pero también supone la Emperatriz (y aquí aparece ya su locura) que fueron asesinados. Por la noche, acompañada del Conde Bombelles, llegado recientemente, se dirige a la estación para aguardar a su hermano el Conde de Flandes. Profundamente conmovido, el Conde saluda a su pobre hermana. A los pocos días, estando los dos juntos en cierta ocasión, ella levantóse de pronto de la silla y dió orden de que comprasen un corazón de plata. Luego ordenó que grabasen en italiano sobre este corazón las siguientes palabras: "A la Santísima Virgen, en agradecimiento de haberme salvado la vida el 28 de septiembre, estando yo en peligro de muerte. Carlota, emperatriz de Méjico". Y lo manda a la basílica de San Pedro como exvoto. El 8 de octubre, por la tarde, la Emperatriz recibe la visita de los que fueron reyes de Nápoles, que se encuentran por aquel entonces en Roma. Le recomiendan que procure estar tranquila y que coma y beba sin temor. "Andad con cuidado que no os envenenen también a vosotros", fué la contestación de la Emperatriz.

La noche del 9 de octubre, el Conde de Flandes permanece en la habitación de su hermana, que no se acuesta un momento velando o dormitando alternativamente, casi siempre hablando como para sí misma.

Luego, el Conde logra conducir a Miramar, sin más incidentes, a su trastornada hermana. El corazón de la Humanidad, Roma, como decía Carlota, y el cerebro de la Humanidad, París, la habían rechazado; abandonada por el trono y el altar, aplastada por la responsabilidad enorme que se echó encima con el fatal consejo que diera a su marido, su razón sucumbe al peso del desengaño.

Dos años antes nada más, había salido de aquel palacio junto al Adriático, como una joven de floreciente belleza, llena de gozo y de avidez de vivir, animada por los más altos ideales; ahora regresa a él nublado el espíritu, tronchada en la flor de sus años mejores.

Pero no quiere permanecer en Miramar: "He de partir inmediatamente para Viena y Bruselas con objeto de obtener algo a favor de mi marido". Instantes de lucidez, en los cuales reconoce la peligrosa situación de Maximiliano en Méjico, alternan con otros de total ofuscación. Como, naturalmente, no se le permite salir, repetidas veces intenta huir sin sombrero ni abrigo, y muchas veces se

le tiene que impedir a la fuerza. Aguarda cada día la llegada de Maximiliano, y un día, a la hora de comer, pregunta de súbito a un criado: "¿Por qué no viene el Emperador a comer a la hora?"

La idea de que todos se han conjurado para envenenarla, no la abandona. Es un tema constante, al cual vuelve sin cesar. "Ninguna personalidad famosa ha desaparecido de muerte natural: mis padres, Palmerston, el príncipe Alberto, todos fueron eliminados por el veneno. ¿Y es Napoleón quien manda estas bandas de asesinos o el propio Maximiliano? ¿También él amenaza mi vida? ¡Ah!, si en aquella ocasión me envió a Yucatán para hacerme asesinar allí". "Pero, Majestad —le dicen los médicos—, qué estáis pensando; todo eso no son más que fantasías".

"Cierto, cierto —exclama sollozando de alegría, y se precipita al cuello del doctor alienista—. Dios sea alabado". De repente, siéntese como aligerada de un gran peso.

El 4 de noviembre, es su santo y el del Conde Bombelles. Recibe cordialmente a éste, sin acordarse siquiera de que tantas veces le ha acusado de querer envenenarla. "Mis felicitaciones más sinceras" y Carlota ofrece la mano al Conde. Goza como una niña con los regalos y las felicitaciones. Pero, por la tarde, cuando la Emperatriz con los médicos y los invitados acuden al pabellón del jardín, donde cuatro músicos se disponen, para celebrar el santo de Carlota, a ejecutar su predilecto cuarteto para instrumentos de cuerda, de súbito, la enferma se pone a temblar y cree adivinar en los músicos unos asesinos que han venido para matarla. Desde aquel punto empeora visiblemente el estado de la Emperatriz, la desconfianza crece de día en día; todas las personas del palacio son objeto de sus desatentadas sospechas, especialmente un antiguo y fiel servidor, anciano ya, porque tiene, según dice Carlota, unas ojeras oscuras en los ojos. Todos han sido contratados para "retenerla prisionera", como va afirmando la pobre enferma. En las mujeres que lavan en la fuente cerca de Mora, en los obreros de la aclle, en fin, en todo el mundo, ve los espías pagados por Maximiliano. La Emperatriz se niega a tomar ninguna clase de agua porque su marido le refirió en cierta ocasión que en Orizaba habían intentado envenenarle por este procedimiento. Arremete duramente contra el doctor Jilek, lo que obliga a éste a tratarla con gran severidad y aun con amenazas. Tampoco este procedimiento surte efecto alguno. La enferma se calma sólo en apariencia y por miedo, pero la amargura de sus observaciones y la insistencia sobre ciertos puntos demuestra que su delirio prosigue.

Resulta impracticable retenerla en cualquier ocupación reposada y seguida: pronto se cansa de cuanto emprende, sea pintar, tocar el piano o leer, y todo ello no la conduce a nada que le reporte satisfacción y que valga la pena de ser proseguido. Sólo excita verdaderamente su interés la política, que es su tema predilecto; pero es muy comprensible que no le sea muy conveniente abordar aquellos temas, por cuanto toman en seguida un matiz profético y místico, de delirio también, y en ellos representa su marido un papel central. Siempre alude a las revelaciones de San Juan, que no ha podido olvidar nunca. El siniestro grabado de Durero representando los jinetes del Apocalipsis flota día y noche ante sus ojos.

La enfermedad de Carlota no ofrece esperanza alguna; es una realidad que no puede ser ocultada por más tiempo al esposo que aguarda a la Emperatriz en Méjico, colmado el ánimo de zozobras e inquietudes. El amargo cáliz está lleno hasta el borde, y Maximiliano lo ha de vaciar hasta las heces.

Capítulo XVII

Los últimos estertores del Imperio

Las desdichas de la emperatriz Carlota impresionaron a Napoleón más profundamente de lo que se cree. Cuando aun estaba ella en París, de todas partes llegaron quejas y quejas sobre Bazaine. En el Cuerpo expedicionario, tenía el mariscal pocos amigos, y las intrigas de los generales en contra suya eran continuas. La conciencia despierta ahora en Napoleón. Quizá aquella desventurada dama, que tan rudamente tratara él en París, llevaba toda la razón y su mariscal, allá, en Méjico había malogrado con su proceder aquella empresa espinosa por sí misma. Napoleón tiene un ayudante de campo, el general de brigada De Castelnau, un gran amigo de Douay, que es quien ha facilitado a los emperadores más de una de las cartas acusadoras que llegaron de allende el mar. El monarca francés se propone enviarle a Méjico para que procure hacerse cargo de cómo andan las cosas. Asegura por carta a Bazaine que continúa gozando de su confianza y que ha de seguir siendo la cabeza responsable de la expedición, pero al mismo tiempo concede al general De Castelnau plenos poderes para revocar eventualmente las decisiones de Bazaine y aun para forzarle a tomar el camino de Francia. Ha de exponer también a Maximiliano que es un acuerdo firme la retirada de los auxilios para la próxima primavera, tratando por todos los medios de inclinarle a la abdicación del trono y procurando que el Gobierno que le suceda sea favorable a los intereses de Francia.

Castelnau llega, el 12 de octubre, a Veracruz. "Napoleón tuvo razón —declara a los mejicanos que salen a recibirle— al anunciar que las tropas sólo habían de quedar en Méjico hasta principios del 1867, pero por otros supuestos. La situación de Europa ha cambiado de tal manera, que Francia se ve obligada a concentrar todas sus fuerzas". De los Estados Unidos y de sus amenazas no dijo una palabra. París quiere velar esta presión que considera humillante.

Tras algunas breves conferencias en Veracruz, De Castelnau sigue su camino para verse cuanto antes con Bazaine y el Emperador. Maximiliano, que vuelve a sufrir de paludismo, recibió, el 18 de octubre, un telegrama de Europa, donde se le dice que la emperatriz Carlota, acompañada de unos médicos, llegó por aquel entonces a Miramar. No se le anuncia claramente la terrible verdad; sólo se menciona la llegada a Miramar del doctor Riedel, de Viena. Maximiliano pregunta a su médico de cámara si conoce el nombre de aquel doctor.

"Sí, Majestad, es el director del Manicomio de Viena", contesta Basch, sin medir la importancia de lo que decía.

Con ello queda dicho todo. La aterradora verdad conmueve terriblemente al Emperador, débil a causa de su dolencia. Ambos esposos se querían sinceramente y Maximiliano se da cuenta de que ha perdido su idolatrada compañera, su apoyo y sostén en los momentos difíciles. Carlota le instó a permanecer en Méjico, porque confiaba encontrar ayuda en París y en Roma; ahora queda sepultada toda esperanza de éxito. Hasta ahora, no decide el apenado y conmovido Emperador a seguir el consejo de Herzfeld, que cada vez con mayor insistencia le aconseja que abandone el país. En la noche del 18 de octubre, fué tomada la decisión, que se puso en conocimiento del comandante de la corbeta austríaca fondeada en Veracruz. Comienzan, pues, los preparativos del viaje y Maximiliano escribe a Bazaine que piensa dirigirse a Orizaba porque precisa a su quebrantada salud un clima más suave. Esta población está situada en el primer tercio de la gran carretera que va a Veracruz. Se comunica a la señora Iturbide que le devolverán su hijo. No hay duda, Maximiliano abandona el país.

Los acontecimientos de la Corte causan gran sorpresa en los círculos conservadores de la capital. Están al corriente de lo que sucede por los informes que procura el padre Fischer, quien ve hundirse todos sus planes para el futuro. Maximiliano ha comunicado sus intenciones al jesuíta, y éste se indigna de que no se le haya llamado a consejo.

"Es imposible que Vuestra Majestad abandone el país sin pro curar por la suerte de las legiones austríaca y belga, sin poner en orden los mil y mil asuntos que quedan pendientes, sin hacer algo en favor de sus partidarios". De nuevo la fatídica palabra. En toda ocasión salió a relucir y nunca fallaron sus efectos. Meditabundo queda el Emperador, pero la terrible impresión de la enfermedad de

la Emperatriz predomina aún. Mantiene la decisión de su viaje a Orizaba. Pero Fischer no se da tan pronto por vencido. En Orizaba piensa pasar el Emperador una temporada, no faltará ocasión para ganar su voluntad y hacerle mudar de propósito. Los ministros conservadores presentan sus dimisiones. Fischer parlamenta con ellos y les hace ver que, dado el carácter del Emperador, no han de considerar la causa como perdida aunque de momento le vean abatido. A tenor de estas razones, deciden continuar en sus puestos.

En el ínterin el Emperador va planeando un manifiesto: "Las luchas y resistencias en el país no parecen entrar en sendas de paz, hacen imposible la tan necesaria concordia; la felicidad de mi vida acaba de ser aniquilada por la grave enfermedad de mi esposa, mis fuerzas disminuyen, y, como hombre honrado y leal, pienso que no cabe prolongar un estado de cosas que sólo puede acarrear una agudización de los males de Méjico. Se nombrará una regencia que gobierne el país hasta que recaiga acuerdo en el Congreso". Pero la idea de lanzarlo a la publicidad le hace vacilar aún.

Tronchado moral y físicamente, emprende, el 20 de octubre, el viaje a Orizaba. Le oprimen el ánimo la dureza de las leyes que se aplican contra sus contrarios políticos. Es preciso que Bazaine suspenda todos los juicios sumarísimos y toda suerte de persecuciones, así como todo acto de violencia.

En una de las paradas que hicieron para pernoctar, el coche de Maximiliano se cruza con el séquito de Castelnau. El general solicita al punto una audiencia. El Emperador, no obstante, se hace excusar: su médico le ha prohibido en absoluto recibir visitas. Está decidido a la abdicación, enfermo y deprimido, y no le place recibir a un general que viene de parte de aquel hombre que le ha traicionado y abandonado. Castelnau, que viene a ser el otro "yo" de su señor, siéntese profundamente ofendido, y la consecuencia de todo ello fué una marcada aversión hacia Maximiliano, igual que la que llevaba hacia Bazaine. Decepcionado, prosigue Castelnau el camino de la capital, y, antes de partir, tiene ocasión de contemplar cómo el "tan enfermo Emperador" sube con paso ágil a su magnífico coche tirado por seis mulas blancas, que le fueron robadas al siguiente relevo.

Todos consideran como seguro el fin del Imperio y hablan ya sin ningún miramiento. En tanto, llega Castelnau a Méjico indignado por el trato despectivo de que ha sido objeto. Al cabo de un par de días de encontrarse allí, juzgaba ya muy severamente a Maximiliano y sus métodos de gobierno: "No es un *Empereur*, sino un

empireur (1); su escasa inteligencia, su debilidad de carácter, sugieren los peores augurios. Su mayor entusiasmo consiste en resultar desagradable a los franceses, y si alguien existe en el mundo que nos odie más que él, es justamente su esposa Carlota. Por otra parte, el país es capaz de disciplina, apto para ser bien gobernado; no falta más que un gobernante de veras".

Bazaine recibe al joven general de brigada con un aire de ilimitada superioridad que todo un mariscal de Francia es conveniente que adopte. Sentimientos muy dispares le agitan. No obstante, Bazaine es ante todo un soldado. No es cosa de su carácter rebelarse contra cualquier acto de su señor, aunque le parezca desacertado, turbio o hiriente. Recibió al ayudante de campo con muy buenas maneras, un poco confuso quizá, y cerró su desagrado con siete llaves en lo más profundo del alma.

Seis días después de su llegada, envía Castelnau un detallado informe: "El Emperador es un hombre del cual hay que temerlo todo. El ejército mejicano no vale gran cosa y, si Maximiliano insiste en permanecer aquí, no es difícil imaginar cuál ha de ser el final. Casi todo el país, hasta las dos carreteras principales, está en manos de Juárez, cuya fuerza y prestigio aumentan de día en día. Si Vuestra Majestad se retira de Méjico, este hombre queda dueño de la situación. No existe, pues, para Maximiliano más recurso que la abdicación. Hay que hacer esfuerzos a fin de que instaure un Gobierno presentable; de lo contrario, todo puede ser arrastrado en la caída del Imperio".

Mientras, el Emperador ha llegado a Orizaba. Allí le tenían preparado los conservadores un solemne recibimiento. El jesuíta Fischer inventa todas las combinaciones para prolongar el viaje del Emperador y amaña minuciosamente aquellas fiestas: conocía la sensibilidad de éste por las manifestaciones populares de afecto; justamente en aquellos momentos es preciso halagar su amor propio y sus deseos de popularidad, a fin de provocar aquel estado de ánimo que es el único que podía dar esperanzas de impulsarle a un cambio en su propósito.

El plan tiene éxito: cuando Maximiliano se entera del recibimiento que le preparan, ordena que quede rezagada la escolta francesa, sin la cual no hubiese llegado sano y salvo a Orizaba, y se pro-

(1) Juego de palabras en francés, completamente intraductible al español. La ingeniosa combinación tiene por base la semejanza de las palabras "Empereur" (Emperador) y "empireur" (empeorador). — N. del T.

sigue el viaje a caballo seguido sólo de su escolta personal, para hacer la entrada en la ciudad, donde los conservadores le reciben con grandes manifestaciones de júbilo. Siempre se esforzó Maximiliano en mostrarse en público lo menos posible acompañado de franceses, para no herir los sentimientos nacionales de los mejicanos. Y ahora que los franceses le abandonan en los momentos difíciles, tiene naturalmente muchas más razones para ello.

No toma consigo ni al comandante Pierron, que muestra gran odio y rivalidad hacia los nuevos consejeros del Emperador, Fischer y Herzfeld. Cuando está lejos de Méjico, intenta influir aún sobre el Emperador con sus telegramas. El buen hombre es un intrigante, ora al lado de Bazaine, ora al de Castelnau, e intenta convencer a cada uno de los dos generales de que está completamente de su parte.

Ahora, se encuentra situada en el primer plano la cuestión del futuro régimen político, pues aun el solemne recibimiento en Orizaba no consigue apartar definitivamente al Emperador de su propósito de abandonar la palestra y salir para Europa. Los preparativos del viaje van siguiendo su curso. Cajas y cajas, con los objetos de propiedad particular del Emperador y con el archivo secreto, son trasladadas a la fragata austríaca, a cuyo capitán se ordena que tome carbón y apareje la nave para salir en cualquier momento que precise.

Herzfeld anima al Emperador para que no deje de mano su proyecto; ha venido personalmente a Méjico para ayudar a su imperial amigo, de quien recibiera favores y dignidades, y a quien tiene grande afecto, para tratar de salvarle de aquellos momentos que considera de gran peligro. Encuentra la situación más amenazadora de lo que juzgaba desde Europa, y redobla sus esfuerzos ante las noticias fatales que llegan de París y de Roma. Hasta entonces, hacía caso Maximiliano de sus palabras; pero el padre Fischer quiere desembarazarse del inoportuno huésped; el jesuíta está decidido a la eliminación de Herzfeld, e insiste cerca del Emperador para que le envíe a Europa "a preparar las cosas del regreso".

El Emperador comienza de hecho a vacilar; va preguntando su opinión a todos los que le rodean. Como, por ejemplo, la de su médico de cámara, el doctor Basch, que le aconseja que no tome una decisión precipitada. Basch no conoce suficientemente al Emperador para adivinar que cada nueva demora, con el espíritu vacilante de éste y su íntimo deseo de mantenerse en el poder, constituye un peligro evidente para la decisión de retirarse del país. Se solicita el parecer hasta del director de los Museos, Bilimek; en suma,

todo el mundo ha de dar su consejo, para que una sola persona alcance a ver con claridad la situación y luego anuncie y realice un plan preciso e irrevocable: el propio Maximiliano. El padre Fischer denomina siempre la retirada del país, no sin cierto énfasis, "la huída". Son argucias que comienzan ahora a surtir su efecto. Además, no deja de pensar el Emperador cuán penoso habría de ser su regreso a la patria y va apartándose del criterio de Herzfeld. Consiente que se le reintegre a Europa; el padre Fischer sabe amañar las cosas de tal suerte, que Herzfeld y el Emperador no vuelven a verse cara a cara. Apenado pero lleno de resignación, y sin presentir siquiera quien tenía en sus manos los hilos de la intriga, emprende el fiel amigo su viaje de regreso. Desde La Habana, quiere amonestar de nuevo al Emperador y escribe a Fischer:

"Muy distinguido señor:

"Confío que estas líneas no las recibirá usted en tierra mejicana. Cada instante de retraso centuplica el peligro. Los pretextos que da el Emperador para justificar su permanencia ahí son, a todas luces, fútiles. Salgan, salgan de esa tierra que dentro de muy poco va a ser el teatro de una de las más crueles guerras civiles que jamás se hayan visto. Por todos lados se aprestan al asalto; los norteamericanos intervienen. Cueste lo que cueste, insten al Emperador. Yo le obedecí, pues me dijo que mi presencia era más perjudicial que útil. Al Emperador, no le volví a ver; no lo comprendo, caí en desgracia y no acierto a imaginar cuál haya podido ser la causa; de nada me siento culpable. Mi preocupación constante fué la seguridad y la libertad del Emperador. La Providencia ha reservado a usted el papel de completar y terminar esta obra. Salve usted a nuestro desventurado y noble Rey. Austria, Europa entera le han de quedar agradecidas. Muéstrese firme, no se deje influir por el ambiente de Méjico... Salve al Emperador, al hombre.

"Envíe a Nueva York la noticia de la partida y actúe bajo su propia responsabilidad, según exijan los intereses del Emperador.

"Présteme usted apoyo, defiéndame contra acusaciones injustas, como yo hice siempre con usted. Sepa usted que estuve a punto de ser detenido por los franceses; esto lo debo a Pierron. Adiós, amigo; cuente con la verdadera amistad de su devoto,

Herzfeld".

El padre Fischer lee la carta con una reposada sonrisa y la pone a un lado. Ha conseguido engañar a este hombre sencillo. Es de buen agüero la ausencia de Herzfeld y la mejoría en la salud del Emperador que se ha producido por aquellos días. Otro acontecimiento favorable: el 30 de octubre fué nombrado auxiliar del camarero mayor de Maximiliano y le fué confiado el despacho de todos los asuntos personales del Emperador. Pero no ha llegado aún a la meta de sus deseos. Maximiliano continúa escribiendo cartas de despedida a unos y a otros, que comienzan casi todas con estas palabras: "A punto de separarme de nuestro querido país, etc." Está ya redactado el telegrama para su madre anunciándole que, tras una despedida emocionante de su tan querido Méjico, se ha embarcado para Europa. Queda sin curso, como una nota para Bazaine respecto al transporte de las legiones belga y austríaca y a muchos otros asuntos relacionados con la partida.

Bazaine cree aún que Maximiliano abandonará el país. Pero ¿qué Gobierno puede sucederle en Méjico que responda a los deseos de Napoleón? Negociaciones con Juárez es algo que considera imposible y poco honroso. Intenta ofrecer la presidencia a diversos jefes liberales del partido de Juárez, para contrapuntarles con el jefe, pero sin resultado.

Los partidarios del Presidente obtienen un éxito militar tras otro y se van creciendo, tornándose cada vez más altaneros. La propia legión austríaca sufre una gran derrota. Desde la retirada del general Thun está abandonada a sí misma, la dirigen todos y ninguno. Los franceses no hacen ya nada y procuran ponerse a buen recaudo. Nadie les respeta ya y, aun en la propia ciudad de Méjico, comienzan a desaparecer todas las consideraciones de que gozaban antes. En uno de los teatros de allí, se representa una pieza en la cual aparecen en escena Napoleón, Maximiliano, Juárez y partidarios de unos y otros. Mientras los juaristas son aplaudidos, se lanza contra ambos emperadores y sus paladines toda guisa de denuestos e injurias y aun amenazas de muerte. Bazaine exige el inmediato cierre del teatro y la destitución del jefe de la Policía. Los funcionarios mejicanos, considerándolo como un ataque a sus derechos, reciben con indignación las exigencias de un hombre que está en trance de abandonar el país.

He aquí las consecuencias de la decisión del Emperador. De nuevo puede comprobarse el espectáculo de cómo entre la desvencijada armazón de un Imperio que se hunde, los principios, el carácter, las opiniones, todo se funde como la nieve al sol. Juramentos,

fidelidad, adhesión, incorruptibilidad, valor, ¿dónde se fueron? A miles se separan de la fracción vencida; por doquier no se ve más que un doble juego; sólo unos pocos se mantienen fieles y valerosos hasta el último instante; sólo unos pocos mantienen enhiestos el honor y la cabeza.

Desde Orizaba, Maximiliano se da muy poca cuenta de todo ello. Si el recibimiento cordial le causa vivísima alegría, el clima delicioso y la belleza del paisaje realizan el resto del milagro. El Emperador se repone visiblemente y comienza de nuevo a cobrar ánimos. Los ministros conservadores renuevan sus esfuerzos. Le recuerdan las palabras que pronunciara en la fiesta de la Independencia: que un Habsburgo no huye en el momento del peligro; le recuerdan el juramento que prestara en Miramar. ¿Qué diría el mundo, qué diría la Historia, si el Emperador no lo mantuviese? Le cuentan que va creciendo de día en día la animosidad del pueblo contra los franceses, mientras aumenta la adhesión a su egregia persona. "Si Vuestra Majestad nos abandonase —le afirman—, sería una espantosa calamidad para toda la población de Méjico".

El odio de Maximiliano contra los franceses va incrementándose. Una carta de Pierron, que le llega de la capital, lo atiza aún más: "Se me han comunicado las últimas disposiciones del emperador Napoleón. Prescriben categóricamente la prohibición para los funcionarios franceses de prestar cualquier ayuda, sea de la suerte que sea, a Vuestra Majestad. Parece que se desea ardientemente alejar a Vuestra Majestad, forzaros a la abdicación, y con esta base negociar con los Estados Unidos. Ciertamente, se deja comprender también que no retrocederán ante una medida extrema, que insinúan".

No hay duda, los franceses, que le han dejado en el mal paso, y de los cuales ya nada quiere saber, osan ahora amenazarle si no se inclina a sus deseos. Maximiliano les mostrará ahora que él sabe mandar solo. El estado de ánimo del Emperador ha mejorado, recorre los bellos alrededores de Orizaba, colgada al cuello su caja de herborización, interesado por animales y plantas, y se frecuenta mucho con el embajador inglés, que le anima a no lanzar el fusil en el trigal. Pues, ahora que los franceses salen del país, las cosas son muy distintas.

Inglaterra comienza a ganar una influencia preponderante sobre el Emperador y ello constituye un hecho que no puede reportar sino ventajas a esta monarquía de Centroamérica. El embajador inglés llega a escribir una carta privada al padre Fischer, en la que califica

la abdicación de paso precipitado e innecesario. Es algo así como traer agua a aquel molino; presuroso, acude al Emperador y le muestra la carta del representante inglés. Maximiliano decide aplazar su salida de Orizaba para dentro de unos días. El padre Fischer lo interpreta como una señal favorable, se frota las manos de placer, quiere ganar la partida y ha de lograrlo.

Pierron llega en su auxilio con una falsa noticia. Escribe que el embajador de Austria ha recibido el encargo de comunicar a Maximiliano que se le prohibirá la entrada en su país mientras pretenda mantener su derecho a una eventual sucesión en el trono de Austria. La comunicación no ha tenido lugar, pero Maximiliano no abriga duda alguna de que hay algo de verdad en el fondo de aquel rumor. Y ello aumenta el desagrado que experimenta cuando piensa en la probabilidad de reintegrarse a su patria de origen. Si los deseos del padre Fischer no han obtenido ya un éxito total, tiene en gran parte su fundamento en las nuevas que han llegado al Emperador sobre este personaje, muy a propósito para hacerle entrar en dudas. Especialmente por lo que atañe a sus supuestos éxitos en Roma, que han resultado pura farsa. Vacila aún el Emperador entre si ha de partir o ha de quedarse, cuando he aquí que, de golpe, le salen al padre Fischer dos aliados poderosos.

Los generales Márquez y Miramón, conservadores de pura cepa y en otros tiempos, cuando Maximiliano trataba de gobernar con los liberales, enviados a Europa con el pretexto de unas misiones diplomáticas, ahora, de nuevo los conservadores en el poder, han regresado de Europa. No están muy enterados de la verdadera situación actual de Méjico, pero se esfuerzan en convencer al Emperador de que no salga del país, sin duda porque ven en ello el interés del partido.

Todos los franceses han sido apartados de la vecindad del Emperador, por cuanto casi todos los que le rodean son apasionadamente antifranceses. El mando de la legión austríaca ha ido a parar a manos del valeroso coronel Von Kodolitsch, quien se propone obtener que todo aquel cuerpo de austríacos se ponga voluntariamente al lado del Emperador. Pero entre la tropa existe una agitación que puede dar mucho juego. Una comisión de soldados quiere presentarse al Emperador para pedirle la disolución del cuerpo. Una carta de un oficial superior muestra cómo juzgaban en la legión el estado de cosas: "El Emperador se encuentra en Orizaba rodeado de verdaderos aventureros y pícaros; por otra parte, completamente en manos del partido clerical, al cual pertenecen los generales Márquez y Miramón,

que le adulan de continuo con engañadoras esperanzas. El emperador vacila, no sabe qué partido tomar; desafiando a los franceses, de quienes está ahora distanciado, decide un día volver a Méjico, mientras a la mañana siguiente se propone embarcar cuanto antes; todo viene a aumentar la confusión que reina aquí; según mi opinión, en el mejor de los casos la caída del Imperio puede ser demorada, pero no en manera alguna evitada; pues el Emperador está en malos términos con todos los partidos".

Como expediente postrero escoge Maximiliano la salida característica de los temperamentos vacilantes cuando vienen a dar con la necesidad de tomar una resolución trascendental. Antes de su abdicación, quiere oír el parecer de un "Consejo". Con este objeto invita el 18 de noviembre a Bazaine y a todos los ministros y consejeros de Estado, para que se reúnan en Orizaba en una conferencia donde ha de decidirse el futuro régimen del Estado. Bazaine no comparece, y sólo unos veintitrés consejeros conservadores se ven por Orizaba. Maximiliano saluda a la Asamblea por escrito, explica los motivos de su resolución de abdicar, pero expresa al final que está dispuesto, si lo exigiese el interés de Méjico, a sacrificarse por la patria. Pasa por alto, no obstante, la actitud de la población, que es de una indiferencia manifiesta. A lo mejor, ha de quitarse él antes el sombrero para recibir el saludo de un par de desarrapados que encuentra en su camino.

Se reúne la Asamblea y, de los veintitrés representantes, once votan por una pura y simple abdicación. Pero Maximiliano no es capaz de abandonar la corona. Herzfeld cayó en desgracia porque era partidario de la vuelta a Europa; Fischer, que era partidario de permanecer en el país, ha ido ganando favor y Maximiliano no hace más que oír, con placer infinito, de los doce consejeros restantes lisonjas, promesas y afirmaciones engañadoras.

En el embajador austríaco, el Barón Von Lago, no encuentra apoyo alguno. Este hombre, que conoce el estado de las relaciones entre los dos hermanos, envía siempre informes sombríos a la corte de Austria: que el Emperador es inepto en lo físico y en lo moral, incapaz de resoluciones firmes, entregado en los momentos críticos a cazar mariposas. En una de sus cartas, se extiende sobre las maquinaciones de Eloin referentes a la sucesión del trono de Austria. Sabe muy bien cuánta sensibilidad existe en Viena sobre este particular. Además, este embajador da muestras de un miedo personal que raya en lo pintoresco. Siente que el suelo quema bajo sus pies, y no le

anima otra idea que ver cómo podrá salvar su persona del hundimiento de aquel edificio. Maximiliano está aún en el país, pero Lago aconseja ya a su ministro que le substituya para enviar a Méjico un hombre más del agrado de Juárez.

En tales gentes, no puede aconsejarse Maximiliano. En este punto decisivo llega una carta de Gutiérrez de Estrada desde París.

"¿Qué general —escribe desde la seguridad de Europa— abandona el mando de sus tropas a la hora de la batalla por razones privadas, sean de la naturaleza que sean? La Emperatriz dejó su salud en la empresa, como lo hubiese hecho de buen grado con la vida; todo el mundo siéntese lleno de unánime admiración y aplaudiría sin reservas a Vuestra Majestad si supiese mostrar idéntico espíritu de sacrificio. Quizá Dios le bendeciría con una resonante victoria y acaso, sanada la Emperatriz por la satisfacción, podría volver a vuestro lado. Si a pesar de todo fracasa la empresa, entonces podríais tener, Sire, la convicción de haber empleado todos los recursos humanos y de haber sabido guardar sin mancha vuestro honor personal y el de vuestro linaje".

La apelación a su honor, el recuerdo de la Emperatriz, es algo diabólicamente apto para mover el ánimo de Maximiliano. Sus efectos no fallan, procuran el golpe decisivo. Aun en la mañana del 28 de noviembre, se envían comunicaciones de despido a los embajadores de Méjico en Europa, y en la tarde del mismo día toma ya el definitivo acuerdo de resistir y quedarse en el país. Escribe notas para la proclama que piensa dirigir al país: "Entregar el poder a manos extrañas sería una traición, una huída; es cosa que no puede hacer un Habsburgo; por lo tanto, proclama la reunión de un congreso en plena libertad. Luego formula las condiciones "bajo las cuales decide quedarse". Ante todo hay que liberarse del dogal de los franceses. Ha de organizarse un ejército, hay que procurarse dinero. Pero no derramar más sangre. ¡Como si los conservadores u otros cualesquiera estuvieran en disposición de cumplir tales "condiciones"! Repite el mismo juego de antaño.

También para la aceptación de la corona fijó Maximiliano unas condiciones; si se cumplieron o no, vale lo mismo. Maximiliano se declara dispuesto a cualquier sacrificio, en verdad, y en su irrefrenable idealismo afirma que, en caso de que la nación opte por la forma republicana, acudirá para desear las mayores felicidades al nuevo presidente en calidad de primer ciudadano de la nación. Declara el Emperador en una proclama, que hace depender su permanencia

en el país del voto del Congreso nacional. "Esto es lo más amargo —opina el Barón Von Lago— y no muy digno de un rey; no está bien que se sitúe en el mismo plano que los súbditos". Pero el acuerdo está tomado ya y el Destino va siguiendo su curso.

Bazaine se alegra de que el joven ayudante De Castelnau, que ha querido también meter baza en Méjico, para, como acaba de enterarse, hablar mal del Mariscal en París, no haya podido obtener ni tan sólo que Maximiliano saliese de Méjico. Y decide acabar con la expedición. "El Emperador me comunica —transmite a París— que puede sostenerse con sus propios medios; nuestro papel ha llegado a su fin; no nos queda sino retirarnos lo más pronto posible. Hemos de abandonar a Méjico cuanto antes".

En unión del general De Castelnau envía una nota a Maximiliano declarando que no consideran posible que el Imperio pueda sostenerse por sus propias fuerzas. Pero el Emperador siente demasiada animosidad contra los franceses. No les considera ya para nada, está prisionero de los ministros mejicanos y del padre Fischer, los cuales celebran en Orizaba su señalada victoria con un champaña íntimo.

En Nueva York causa satisfacción que Maximiliano se retire y los Estados Unidos nombran inmediatamente un enviado para que trate con Juárez de la constitución del nuevo régimen. En Veracruz se entera el diplomático en cuestión de lo que a última hora ha resuelto el Emperador, y regresa en el acto a su país. La actitud de los Estados Unidos respecto a Maximiliano es peor que nunca, pero entre tanto el padre Fischer no cesa en sus intentos para persuadirle de que si enviara una embajada especial al Presidente yanqui tal vez hallarían base para un acuerdo.

El general Castelnau anuncia telegráficamente a París la decisión de Maximiliano. Los conceptos del informe que sigue al telegrama muestran bien a las claras la cólera que despertaron en el ayudante imperial la negativa a recibirle y la última decisión de Maximiliano. Napoleón III se indigna también sobre manera y, el 13 de diciembre, cablegrafía a Castelnau que se repatrie inmediatamente a todos los franceses y aun a las legiones austríaca y belga, si se muestran dispuestas a ello. Así rompe Napoleón el Tratado de Miramar y arranca a Maximiliano, a quien desposeyera ya de los mejores consejeros franceses y de las rentas de las aduanas, las tropas extranjeras que luchaban en su favor.

La misma orden es transmitida a Bazaine. La consecuencia es que desaparecieron toda suerte de miramientos para con el Empera-

dor. El material de guerra que no pueda transportarse a Francia, se ordena que sea destruído antes que entregado al Emperador. Los franceses hubiesen preferido la salida de Maximiliano con ellos, porque de esta guisa Napoleón hubiese quedado a cubierto del reproche de haberle abandonado en el mal paso. Los mejicanos ya no obedecen para nada a los franceses. En los puertos los derechos de aduana se pagan a éstos y a los mejicanos. Son disueltas las legiones belga y austríaca.

En este punto, el general Castelnau y Dano, el embajador francés, intentan una gestión personal para convencer a Maximiliano de que abandone el país. La gestión se realiza, pero el Emperador se mantiene firme. Decide regresar a la capital, pero no al palacio, del cual sus objetos particulares han sido desalojados ya. Se le hace insoportable la idea de que un día se le obligue a salir por una puerta al tiempo que el Presidente penetre por otra.

Los conservadores no sueltan a Maximiliano de sus garras. El general Márquez sale desde la capital a su encuentro con una columna de mil hombres. El Emperador se aloja en una modesta casa de campo, de un emigrado suizo, no lejos de Chapultepec. Bazaine se presenta ante él. En palabras graves que dejan traslucir no obstante una compasión sincera, expone el Mariscal a los ojos del Emperador el hecho de que, según las órdenes de Napoleón, la retirada de todas las tropas es ya completamente inevitable. "Retiraos, pues, a tiempo, Majestad".

Maximiliano confiesa que tal vez los conservadores le traicionan, pero que no puede decidir sin tener de ello una certeza absoluta. El defecto fundamental de Maximiliano estriba en aconsejarse de otras personas, para hacer al fin lo que se ajusta a los deseos de su corazón. En realidad, los conservadores le son tan antipáticos como le han sido siempre. Las ideas liberales permanecen vivas en él. Es lo que saben muy bien los conservadores, pero le necesitan, pues sin el Emperador han perdido la partida.

Ahora han de intentar apoderarse realmente de los prometidos resortes del poder; de otro modo, de bien poco les serviría la persona del Emperador. Los partidarios de los generales Miramón, Márquez y Mejía se agrupan en torno de sus jefes respectivos. Así se forman tres grupos que hiperbólicamente reciben el nombre de cuerpos de ejército. Tres enérgicos oficiales de la legión austríaca constituyen un regimiento. De esta guisa existe sobre el papel un ejército de 30.000 hombres, que, según tal manera de evaluar, es inferior en muy poco

a las fuerzas juaristas. Y es por lo que se puede andar diciendo a Maximiliano que su Imperio descansa sobre sus propias fuerzas. Pero no se goza Maximiliano en este "triunfo". La fiebre le priva de tomar parte en los consejos, y la idea de su esposa, presa de la locura, le atormenta sin descanso. En esto, cierto día, el 12 de enero de 1867, llega un telegrama de Viena anunciando que la emperatriz Carlota se halla enteramente restablecida, física y moralmente. El Emperador es presa de una indecible alegría ante la venturosa nueva, pero al cabo de pocos días es desmentida por entero y la desilusión que todo ello engendrara castiga aún más los nervios de Maximiliano.

El plan de una asamblea nacional es utópico, todo el mundo, lo sabe, pero Maximiliano se aferra a esa idea, y, finalmente, para darle gusto, se convoca una "Junta", formada únicamente por los ministros y algunos notables del partido conservador. Una pura comedia. De treinta y tres diputados presentes, dieciséis, entre ellos el padre Fischer, votan a favor de que el Emperador no salga del país. Ocho se abstienen de votar. A Maximiliano se le comunica que la "Junta" acaba de acordar su permanencia en Méjico. Gozoso y sin formular condición alguna, acoge el Emperador esta "decisión". Esta vez Bazaine asiste a la Asamblea y sale de ella de mal talante, enojado consigo mismo, por haber aceptado tomar parte en tan amañado y grosero embuste. Además, había representado en aquella reunión, tan auténticamente antifrancesa, un lamentable papel.

El Emperador continúa prisionero de los conservadores, que apartan de él a toda persona de la cual sospechen que puede inducirle a la abdicación. Por eso alejan también al embajador austríaco Lago, porque saben con qué gusto saldrá él mismo de Méjico. Como por la actitud de Bazaine durante la asamblea se percatan de manera clara que el Mariscal constituye un peligro para sus planes, se ponen a la obra con todas sus fuerzas para envenenar las relaciones de éste con el Emperador. Una vez más advierte Bazaine la peligrosa actividad de aquel partido, que conduce a Maximiliano a una era desventurada:

"Hasta el último instante, Sire, estoy dispuesto a obrar atendiendo a las súplicas de Vuestra Majestad, inclinado en todo momento a concertar mis afanes con vuestros deseos".

Aquella misma noche, recibe Bazaine su propia carta con una nota adjunta del padre Fischer comunicándole, por encargo del Emperador, que no podía permitirse que nadie hablase de sus ministros en parecidos conceptos. Para el caso que Bazaine no se retractase

de sus palabras, el Emperador estaba dispuesto a no mantener relaciones de ninguna clase con el Mariscal.

El plan de los conservadores prevaleció al fin. El padre Fischer desempeñó con éxito su diabólico papel, el último obstáculo ha sido superado. Maximiliano no es ahora sino una pelota en manos de Márquez, Fischer y camaradas.

Mientras, el cuerpo expedicionario francés ha terminado de reunirse. En acuerdo secreto con los juaristas, se han ido concentrando casi sin rozamientos de ninguna clase 26.000 hombres de tropas francesas, y la mayoría de los austríacos y los belgas se disponen al abandono definitivo del país.

El 5 de febrero de 1867, sale el mariscal Bazaine de la capital a la cabeza de sus tropas. El Emperador, sin embargo, le deniega la audiencia de despedida. Escondido tras una cortina, contempla la salida de las tropas y dice, como aliviado de un peso, a los suyos: "Al fin, soy libre". Pero se indigna con el arzobispo que acompaña al Mariscal hasta las puertas de la ciudad, como si fuese "su capellán de Cámara". Aquel elevado personaje eclesiástico se siente desde entonces dueño de sí mismo. Presiente la tempestad que va a estallar dentro de poco. Aquel mismo día, renuncia a sus dignidades y se pone en seguridad.

Los generales conservadores, con Miramón a la cabeza, están convencidos, entre tanto, de que nada podría fortalecer más la decisión del Emperador de permanecer en Méjico que un éxito militar. Juárez se ha instalado ya, con todo su aparato gubernamental, en Zacatecas, una población muy cercana a la capital. Sus generales van avanzando concéntricamente sobre ésta, desde todas direcciones. Méndez, Mejía y Márquez, con los restos de las fuerzas conservadoras, luchan encarnizadamente contra ellos. Ya en esto, Miramón, con activos alistamientos, ha conseguido aumentar sus tropas hasta unos cuatro mil hombres y con ellas quiere intentar un osado golpe de mano sobre Zacatecas, para ver de apoderarse de la persona del Presidente y ocasionar con ello una derrota decisiva a los republicanos. Consigue realmente, mediante una hábil marcha forzada, sorprender del todo la ciudad y su guarnición. Las gentes y el ejército huyen en confuso desorden y por un pelo no cae Juárez en manos de la caballería imperial, muy fatigada por otra parte.

La nueva del éxito de Miramón eleva hasta los astros las esperanzas de Maximiliano. Aquel intento de captura del Presidente, que casi obtuvo buen resultado, determinó una orden del Emperador

disponiendo que, en caso de éxito en lo futuro, Juárez fuese juzgado, pero que la sentencia no podía cumplirse sin su autorización. Ahora vuelve a escribir a sus parientes de Viena en tono de superioridad, aunque no precisa hacerlo con su madre, a quien sedujeron siempre los informes hiperbólicos del Emperador referente a la verdadera situación de Méjico.

"No puedo por menos de aprobar del todo —escribe la archiduquesa Sofía— que hayas permanecido en Méjico, pues así has evitado la sensación de haber sido echado, y ya que tanto amor, adhesión y comprensión, así como la angustia de la anarquía que iba a reinar tras de ti, te han retenido en tu nuevo país, he de alegrarme de ello y desear que las personalidades de Méjico hagan posible tu permanencia ahí y tu defensa".

El archiduque Carlos Luis escribe aquel mismo día una carta a Maximiliano: "Que hayas solicitado la opinión de la nación sobre tu permanencia me parece un acierto. Mientras sea humanamente posible, has de perseverar en tu sitio y no abandonar el país. La adhesión que en todos los ámbitos has encontrado ha de serte un eficaz lenitivo en tu desgracia".

Una alusión, las últimas palabras, a la enfermedad de Carlota. Francisco José está tras esta carta. Hace escribir a sus familiares lo que opinaba en aquellos momentos.

Ahora se vengan de los insistentes esfuerzos de Maximiliano para dar a sus parientes de Austria una idea engañosa de la situación en Méjico, haciendo surgir constantemente ante sus ojos la visión de un Imperio grande y venturoso. De todos aquellos consejos y cartas no se desprende más que un desconocimiento infinito de las circunstancias reales en Méjico; nunca el maternal corazón de la archiduquesa Sofía pudo aquilatar las cosas en su realidad.

El júbilo por la victoria de Zacatecas fué harto breve. El general juarista Escobedo, a quien había arriesgadamente rebasado Miramón en su avance, ataca ahora por su parte, y también de sorpresa, al general del Emperador, el 1 de febrero de 1867. Y son los soldados de Miramón los que corren ahora en fuga desatinada. Miles de bajas y la caja imperial capturada por los juaristas, constituyen el triste resultado. Juárez ha dictado órdenes para que se proceda con toda crueldad contra los imperiales, con el fin bien manifiesto de impresionar a éstos con el terror e inclinarlos a la retractación. Escobedo manda fusilar, según la ley marcial, a más de cien hombres. El propio hermano de Miramón es muerto a tiros, a la luz de una

vela, y después de atarle a una silla, pues, por haber resultado en la batalla con las piernas destrozadas, no podía tenerse en pie. Aquella calculada crueldad no dejó de surtir sus efectos. Con penas y trabajos consigue Miramón concentrar los restos de sus tropas en Querétaro. También Márquez ha sido derrotado y Mejía está enfermo.

Estas nuevas arrojan a Maximiliano de sus cielos y una gran depresión se apodera de su ánimo. No se ha cumplido ninguna de las promesas que se le hicieron: dinero no se ve por parte alguna, y de la Asamblea nacional, ni una palabra. ¿Dónde quedan aquellas cosas de que hablara el padre Fischer en Orizaba con tan melosas palabras? Maximiliano ha sabido también algo del banquete en que el padre Fischer echó mano tan copiosamente del champaña que al día siguiente no pudo acompañar al Emperador en el viaje de regreso. Con todo ello, comienza a descender la influencia de Fischer: su hora ha llegado, como la de todos sus antecesores.

Maximiliano habla ya sin ninguna reserva con el presidente del Consejo de ministros de lo desesperado de la situación. ¡Y pide que le oriente! Es como hacer al lobo pastor. Ahora es el propio Maximiliano quien han de decidir; ya no puede hacerlo en su lugar ni un bienintencionado amigo, ni, mucho menos aún, un hombre de partido que tiene sus especiales intereses. El Consejo de ministros se da cuenta ya de que el Imperio no puede subsistir. Los conservadores sólo se preocupan de asegurar los intereses del partido y de la clerecía, y proponen a Maximiliano que trate de obtener en negociaciones directas con Juárez una amnistía general para los partidarios del Imperio y seguridades para sus bienes. Pero esto sólo puede obtenerse si el Emperador logra dar la sensación de representar una fuerza con la que sea decoroso entrar en negociaciones. Para este fin se aconseja a Maximiliano que se fortifique en una ciudad especialmente fiel al Imperio, en Querétaro, y se ponga allí a la cabeza de los generales fieles y del mayor número posible de tropas, dando fin con su mando a las diferentes fracciones y presentándose de esta guisa como un negociador digno de respeto.

Nuevamente se le aconseja que monte a caballo y salga a campaña para demostrar sus dotes de capitán y hacer patente que, donde fracasara Bazaine y nadie supo cómo salir del atolladero, él alcanzaba a dominar la situación. El cálculo sobre las tendencias románticas y el delirio de grandezas del Emperador obtuvo buen resultado. Maximiliano se decide, ciertamente con encontrados sentimientos, a salir para Querétaro, llevando en su corazón el deseo de encontrar a últi-

ma hora un arreglo con el enemigo. Para los conservadores, que ven ahora ya contados los días de su dominio, la permanencia del Emperador es una cuestión de vida o muerte. Sólo tratan de salvar lo que sea posible, y para ello les es forzoso que el Emperador les cubra la retirada. En la capital, así arguyen, los europeos conseguirían en poco tiempo mover el ánimo de Maximiliano a dejar el país. ¡Pronto! ¡Es preciso que el Emperador abandone su palacio! Con cautela se le va diciendo que las tropas extranjeras, ahora que él es un monarca auténticamente mejicano, han de ser pospuestas a las mejicanas de cepa, a las nacionales; que tal tendencia sería en el país bien recibida por todos. Maximiliano transige con un vago sentimiento de juego de azar, una sensación como si, en cierto momento, pudiese aún acontecer un milagro que procurase a todo aquel cúmulo de desdichas una tendencia favorable y finalmente una salida feliz.

En los últimos momentos, el 13 de febrero, llega un parte de Bazaine, quien se encuentra en la costa terminando el embarque: "Aun puedo tender la mano a Vuestra Majestad y asegurarle un feliz regreso a Europa. Dentro de pocos días ya no será posible". El despacho llega demasiado tarde, el embajador francés no puede entregarlo ya. Aquel mismo día, el Emperador había salido secretamente de la capital.

Ya en esto, fueron embarcados los últimos soldados del cuerpo expedicionario francés y lo que quedaba de las legiones extranjeras. El mariscal Bazaine fué el último en abandonar el suelo mejicano. Aunque siempre obró según le mandaban y, del primer día al último, no fué más que un ejecutor de las órdenes de su señor, de momento el emperador Napoleón parece ceder a las intrigas de los generales Douay, Castelnau, etc. Necesita alguien que sirva de cabeza de turco para desviar el descontento de la población francesa hacia él mismo y su esposa. En lo profundo de su ser, empero, sabe muy bien qué disciplinado militar es Bazaine y se propone volverlo a encumbrar en la primera ocasión a lugares de brillo y responsabilidad.

Napoleón se ve al fin en el trance de una ruptura total con Maximiliano ante todo el mundo. El embajador mejicano en París es retirado, y en lo sucesivo ningún diplomático mejicano ha de pisar más tierra francesa ni utilizar un barco francés. Napoleón III intenta en la apertura de las Cámaras echar un tenue velo sobre aquel fracaso tan evidente.

"La desgraciada confluencia de diferentes circunstancias adversas ha destruído en ciernes el renacer de un imperio milenario. La

idea fundamental fué la regeneración de aquel pueblo y a la vez el plan de obtener una inmensas posibilidades futuras al comercio y a la industria de Francia. Un día alcanzó mi ánimo el convencimiento de que los sacrificios exigidos sobrepasaban la cuantía de los intereses que nos requería allende el océano, y fué entonces cuando, al punto y por propio impulso, decidí la repatriación de nuestros soldados de Méjico".

Pero aquellas palabras estaban destinadas a cubrir también la verdad efectiva, o sea, que las fundamentales razones de aquella retirada fueron la presión de los Estados Unidos y el temor a complicaciones bélicas en Europa. El nombre del emperador Maximiliano no asomó para nada en aquel discurso...

Capítulo XVIII

La catástrofe

El Imperio ya no gobierna, en verdad, más que en cuatro ciudades: Méjico, Puebla, Veracruz y Querétaro. Los generales Miramón y Mejía, como también Méndez, se han retirado a Querétaro, con un conjunto de 9.000 soldados de tropas imperiales, muy mezcladas ciertamente.

Méjico es defendida por unos cuantos europeos rezagados y por algunos miles de mejicanos de las más diversas procedencias. Los juaristas, con una fuerza de unos 26.000 hombres, marchan en tres columnas sobre las fuerzas imperiales reunidas en Querétaro, sin preocuparse para nada de Méjico, la capital. Están muy bien informados de lo que pasa en el cuartel general del Emperador y parten de la base, evidentemente exacta, de que, luego de una victoria sobre el grueso del ejército de Maximiliano, la capital y las fuerzas imperiales dispersas por el país se rendirán al punto por sí mismas. En calidad combativa también son muy dispares las fuerzas de los republicanos, y cabe contar por ambas partes con hazañas militares inesperadas.

Los conservadores encargan al general Márquez, como su hombre de confianza, el cometido de conducir a Querétaro al Emperador. Escasez de dinero dificulta por un momento la partida, que tiene lugar al fin el 13 de febrero. También la Emperatriz emprendió en día 13 su viaje a Europa. Aun para los espíritus menos supersticiosos, un curioso juego del azar. 1.500 hombres, entre ellos algunos europeos, acompañan al Emperador. Entre éstos, se destaca el príncipe Félix de Salm-Salm, un personaje muy dado a pendencias y duelos, expulsado, por deudas, del ejército alemán y convertido más tarde en uno de tantos aventureros americanos. Una amazona, bella y joven, muy amiga también de aventuras, se había casado con él. Maximiliano ha seguido, en general, el consejo de tener pocos europeos a su alrededor, pero siente una alegría al descubrir que el valiente príncipe de Salm-Salm ha encontrado manera de acompañarle.

Durante la marcha, tienen lugar frecuentes escaramuzas. En estos momentos de lucha el Emperador se dirige siempre a los puntos amenazados, porque sabe que nada alienta tanto a los soldados como ver que el jefe comparte con ellos el peligro. Maximiliano se juega la vida siempre que se presenta ocasión; su vivo sentido del honor y su caballerosidad innata lo empujan siempre a los lugares de primera línea.

El 19 de febrero, llega el Emperador a Querétaro, que es una ciudad de unos 40.000 habitantes extendida en un valle atravesado por un río y rodeado de una corona de pequeños altozanos. Sólo la parte oriental, con el convento de la Cruz, una especie de ciudadela con casas a manera de fortaleza, está construída sobre una de aquellas colinas. A oriente se levanta solitario el cerro de la Campana. Esta ciudad es una verdadera trampa para un ejército demasiado débil que no puede dominar los numerosos cerros sin fortificar que en un amplio perímetro la circundan. Pero no fueron razones militares, sino consideraciones políticas las que decidieron la elección de esta ciudad. Había sido siempre un baluarte de los conservadores.

Se les tenía preparado un grandioso recibimiento. Rebullir de multitudes, formaciones militares, discursos de bienvenida, nada faltó. Los generales Miramón y Mejía, que a pesar de sus retiradas gozan de gran prestigio militar, saludan efusivamente al Emperador. Todo ello no deja de producir sus efectos. Maximiliano siéntese lleno de entusiasmo y de emoción. La vibración popular, los himnos entonados por miles de voces, los desfiles de tropas y las tempestades de aplausos le conmueven profundamente. El júbilo es sincero, nada es allí comedia. Pero luego viene el amargo desengaño. Falta dinero para los sueldos de aquellas buenas gentes.

Y aún más: la desunión, las rivalidades entre generales. Allí vemos al valiente y honrado Miramón, un día presidente de la República, joven de unos treinta y seis años, militar de gran renombre, pero, en realidad, con escasos dotes de estratega; luego Mejía, que siviera durante veinticinco años la causa conservadora con ejemplar fidelidad, valiente y sencillo, pero, como buen indio, cruel. Márquez, el arquetipo del director de partido mejicano, pocos escrúpulos, astucia reflexiva, insincero, intrigante. Finalmente, el enérgico y esforzado Méndez, no del todo exento de crueldad, mas por otra parte honrado, modesto y un convencido soldado conservador.

Estos, con Maximiliano, constituyen los cinco personajes del drama que va a representarse en Querétaro. No hay manera de situar

aquellos generales unos a las órdenes de otros. Maximiliano, bajo su personal mando supremo, los sitúa unos junto a otros. Y otorga justamente el único cargo destacado, el de jefe del Consejo militar que el Emperador preside, al más dudoso de todos, al general Márquez.

Entre los oficiales subalternos que Maximiliano trajo consigo, sobresale el coronel López, un oficial de aire completamente europeo, de bien torneada figura, facciones agradablemente dibujadas y refinadas maneras, impecable y elegante en su cabalgar. Pertenece al Cuarto militar de Maximiliano desde 1864; a la llegada del Emperador fué de los que se encontraban en el accidente de la diligencia y supo en seguida captarse la gracia de éste, aunque no la de sus compañeros, de los cuales no era muy querido.

El 24 de febrero de 1867, convoca Maximiliano un consejo deliberante de altos oficiales. Es medida que suele tomarse cuando falta el generalísimo o éste vacila y no da muestra de energía. Ya Federico el Grande nos enseña que, cuando varias personas se reúnen para "deliberar", la mayoría, o sea los necios y los inferiores adquieren ventaja.

Miramón formula el único plan acertado: con las tropas concentradas en Querétaro, superiores en número a cualquiera de las columnas enemigas, atacar a éstas sucesivamente antes de que puedan reunirse. Márquez, al contrario, opina que conviene permitir la reunión de las columnas enemigas, para atacarlas luego, reforzados los imperiales por las fuerzas europeas que subirán de Méjico, y destruir aquéllas de un solo golpe. Maximiliano habría escuchado quizá el consejo de Miramón, pero su secreta esperanza de concertar directamente la paz con Juárez, con la consiguiente realización de su ideal de inteligencia y concordia entre los partidos, paraliza su iniciativa: Para este fin es más adecuada la propuesta de Márquez.

El Emperador encarga a un agente que se ponga en relación con Juárez. El Presidente está, empero, firmemente decidido a despejar la situación únicamente por la espada. Su intención es retener a Maximiliano hasta que las columnas de su ejército se hayan reunido y ninguna de ellas pueda ya ser atacada separadamente por los imperiales. Por su parte, el Emperador continúa con la idea del Congreso, que desde tanto tiempo se ha revelado una manifiesta utopía. La asfixiante escasez de dinero le obliga a dirigir demandas urgentes a los ministros en Méjico. Les ordena que vendan los caballos, los coches, etc., lo más rápido que puedan, para que, cuando menos, se pueda pagar la servidumbre. Un empréstito obligatorio sobre la

población de Querétaro será empleado únicamente en procurar dinero a las tropas.

Mientras, los generales juaristas Escobedo y Corona se van acercando a la ciudad. El primero es comandante general del ejército mejicano y abriga en secreto la ambición de ser un día elevado a la presidencia. Tiene unos cuarenta años, y con su gran barba negra presenta un aspecto sombrío y severo. Este general, como los otros jefes, ha recibido la orden de proceder sin miramientos, es decir, con crueldad, respecto a los partidarios del Emperador, para quitar a las gentes el gusto de ponerse del lado de éste.

Aun podría precipitarse Maximiliano sobre una de aquellas columnas y deshacerla; pero, mientras, expuesto a toda la dureza de la vida guerrera, con su Cuartel general en la colina llamada cerro de la Campana, durmiendo al aire libre envuelto en una manta y durante el día inspeccionando y organizando sin descanso las tropas, vacila aún en tomar la decisión que le lleve a una rápida acción liberadora y pierde lastimosamente el tiempo soñando en comprensión y armonía. Su innata bondad, que constituye la base de su carácter, no puede alcanzar a comprender, a pesar de tan fatales experiencias como lleva sufridas, que el odio de los partidos, en todas partes y de una manera especial en Méjico, es una fuerza ciega, irracional.

Así, pues, Escobedo y Corona tienen tiempo para reunirse ante Querétaro y sitiar la ciudad con unos 25.000 hombres. Tropas y generales, están muy mezclados y son de diversas procedencias: un general fué antes el cochero de un potentado; otro, mozo de mulas. La infantería lleva, a lo más y como todo vestido, una camisa, unos pantalones de algodón y unas abarcas en los pies. Las municiones escasean. Aquellas fuerzas apenas si alcanzan para coronar las circundantes alturas con una línea muy poco compacta de soldados. A retaguardia faltan las necesarias reservas. Los ataques de los sitiados tienen, pues, probabilidades de éxito. El cerco de las tropas de asedio puede ser fácilmente atravesado. Para arrancar a los sitiados cualquier veleidad de comunicarse con el mundo exterior, los juaristas cuelgan sin piedad de un árbol a cualquiera que sorprendan atravesando las líneas. En los lugares de paso para dirigirse a Méjico, se ve a menudo infelices soldados imperiales con el cráneo machacado y colgados de un lazo por los pies. Esta visión deja aterrados a los partidarios del Emperador.

Ya en esto, el Emperador traslada su Cuartel general al convento de la Cruz. Un ataque de Escobedo, durante el cual el Príncipe

de Salm-Salm se bate con bravura inaudita y logra arrebatar por sus propias manos armas al enemigo, es rechazado con sangrientas pérdidas. En lugar de emprender inmediatamente un contraataque, que hubiera puesto en gran apuro al enemigo, monta Maximiliano a caballo y cabalga por las primeras líneas y se embriaga con las exclamaciones de "¡Viva el Emperador!" de las tropas. La propuesta de Salm-Salm para que vuelvan al ataque ha de ser objeto de una nueva deliberación. Va pasando el tiempo. Va faltando dinero, asistencia médica, forrajes, y las reservas de municiones se funden de manera alarmante.

La nueva reunión de los jefes, celebrada el 20 de marzo, tomó un acuerdo de gran trascendencia. El general Márquez, jefe del Consejo militar, comienza a sentirse incómodo en la ciudad sitiada. Ya que no viene ninguna ayuda de la capital y que los regimientos europeos no llegan, expone al Emperador que considera a los ministros de Méjico unas "viejas charlatanas" y que lo que allí hace falta es un general enérgico y avisado que establezca el orden y se afane en procurar al ejército de Querétaro, tan poco atendido hasta entonces, una rápida ayuda financiera y militar. Márquez consigue que apoyen su idea los generales Mejía y Miramón, prometiéndoles unos refuerzos que él mismo traerá de Méjico. Al Emperador le dice que solamente la institución de un poder dictatorial y el nombramiento de un general de su confianza para presidente del Consejo de ministros, que naturalmente habría de ser él, podrían constituir una base para dar a última hora una tendencia favorable a las cosas.

El Consejo militar decide que sea enviado el general Márquez con mil soldados de caballería a la capital. Éste llevaría la consigna de restablecer el orden, para luego, con la guarnición de Méjico y todas las fuerzas que pudiese reunir, atacar por la espalda a los asediantes de Querétaro. La propuesta interpretaba exactamente los deseos del Emperador; lleno de júbilo le concede su aprobación, nombra a Márquez lugarteniente del Imperio, le otorga plenos poderes; hace dimitir a la mayor parte de los ministros y le confía la formación de un nuevo Gabinete. En suma: entrega casi del todo la dirección de los negocios públicos al general, que antaño, cuando el Emperador llegó a Méjico, por temor a su ambición y a su espíritu de pendencia, fué enviado a Tierra Santa y a Constantinopla para alejarle del país. En tan poco tiempo, supo Márquez captarse de nuevo la absoluta confianza del Emperador. El general ha ponderado todas las probabilidades, incluso la que Maximiliano muera o caiga

prisionero. Para este caso obtiene del Emperador que se le nombre regente y así la eventualidad de tales desgracias puede dejarle frío. Maximiliano ya no es más que una pieza en el juego de este aventurero político. El Emperador entrega a su general en jefe algunas líneas aclaratorias para el padre Fischer: "Márquez va a Méjico, para proteger y amparar a mis verdaderos amigos. ¡Que Dios vaya con él! Aquí, pese a todas las contrariedades, estamos contentos y con buen ánimo y nos enojamos con las viejas pelucas de Méjico que de puro angustiosas y acobardadas casi rozan la traición. Adiós, espero que no tardaremos en vernos".

En el ínterin el Emperador ha ido sabiendo de muchas astucias y manejos del padre y, entre otras cosas, que el buen religioso tiene una bonita colección de hijos; pero todo esto ya le resulta indiferente. De buena gana lo querría ahora junto a sí, porque ya está sobradamente acostumbrado a verse rodeado de gente dudosa.

Márquez sale de Querétaro a la cabeza de 1.200 jinetes de los mejores del ejército imperial, mientras la guarnición ocupa al enemigo con un ataque en un sentido opuesto. No tarda en llegar felizmente a Méjico. En el tiempo que sigue, mientras los sitiados han ido quedando reducidos a unos 7.000 hombres, el ejército de los sitiadores alcanza los 40.000. En una proporción de más de uno a cinco el resultado, si no viene ayuda, no es muy dudoso. Pero Maximiliano cuenta aún con una esperanza, a la que se agarra desesperadamente: la vuelta del general Márquez con grandes refuerzos. Esta perspectiva alimenta sus ilusiones para el tiempo venidero y le mantiene en buen temple; no obstante, su estado de salud va empeorando visiblemente a consecuencia de las fatigas, de los esfuerzos y de la alimentación cada día más precaria.

Mientras, en Europa va creciendo la preocupación por la persona del Emperador. El príncipe Metternich, por encargo de la corte de Viena, pide a Napoleón seguridades efectivas. El Emperador de los franceses le contesta: "Es natural que yo hubiese ofrecido todas las garantías si el Emperador hubiese abandonado a Méjico con mis tropas, pero luego de la repatriación de éstas ya no puedo hacer gran cosa en su favor. Además, Maximiliano apartóse de la capital y se puso a la cabeza de sus columnas y ha de sufrir, por lo tanto, las inevitables consecuencias de su proceder. Esto tiene, sin duda, su grandeza; pero implica peligros, de los cuales no me es dado protegerle".

Repetidamente ruega Metternich a Napoleón que no olvide el amparo de un hombre, cuya defensa prometiera tantas veces por es-

crito, ya que ahora, cuando se encuentra envuelto en innúmeros peligros, sería el momento de demostrar la sinceridad de las palabras. Nada obtiene. Napoleón ya no dispone de fuerza alguna en América. También el embajador austríaco en Washington recibe el encargo de rogar al Gobierno de los Estados Unidos unas gestiones cerca de Juárez con objeto de que sea respetada, cuando menos, la persona del emperador Maximiliano. En los Estados Unidos, aquella actitud, testimonio de valor personal, ha despertado simpatía, y se llevan a cabo las deseadas gestiones; pero Juárez se muestra celoso en la defensa de su independencia frente a la Unión Norteamerican y da una respuesta cortés pero evasiva.

El 24 de marzo, los juaristas desencadenaron de nuevo un gran ataque contra la ciudad de Querétaro, que fué de nuevo rechazado con gran heroísmo, pero la guarnición consumió demasiadas municiones y experimentó grandes pérdidas, y ello mermó considerablemente el resultado de la victoria.

El general Méndez que está en abierta pugna con Miramón, acucia al Príncipe de Salm-Salm para que intente llevar al ánimo del Emperador el convencimiento de cuán forzoso es salir de Querétaro, donde sólo van a perder el honor y la vida. Salm-Salm es más optimista y procura inspirar al Emperador, cuyo inseparable compañero es ahora, nuevos ánimos y nuevas energías. Además de Salm-Salm, es ahora gran amigo del Emperador el coronel López, y muy a menudo se le ve acompañado de este único jefe en sus numerosas correrías por las líneas de fuego. Las tropas, que no tienen la costumbre de ver con frecuencia a los altos jefes entre sus filas, sienten verdadera emoción ante el proceder imperial, especialmente cuando comprueban que se interesa de verdad por cuanto les atañe: por si han recibido puntualmente el sueldo o si la comida estaba en buenas condiciones. La adhesión personal de los soldados a su jefe supremo va creciendo de día en día y donde le ven venir, resuenan al punto las exclamaciones de "¡Viva el Emperador!", en tal forma, que los generales prohiben este grito, porque sirve de guía a los juaristas para descubrir la presencia de Maximiliano.

Cuando, el 30 de marzo, el Emperador reúne los jefes, oficiales y tropa, para repartir las medallas concedidas a los más valientes, de súbito se aparta de las filas Miramón, el general más antiguo por los servicios prestados, se dirige al Emperador y en nombre del ejército le pone sobre el pecho la misma condecoración que él concede a los más valientes, ya que a su parecer la merece más que

cualquier otro. La breve escena conmueve en lo más hondo a Maximiliano y le hace olvidar de momento en absoluto tantos miles de afanes y cuidados y aun la propia gravedad de la situación, tan preñada de amenazas.

El primero de abril emprenden los sitiados un golpe de mano para mejorar en algunos puntos su sistema defensivo, pero fracasan totalmente y han de retirarse con grandes pérdidas. El cruel proceder del enemigo, que mata sin piedad a los prisioneros y luego lanza los cadáveres al río para que bajen flotando en las aguas hasta la ciudad, tiene unos efectos deprimentes y desmoralizadores entre los sitiados. Lleno de creciente zozobra, aguarda Maximiliano el regreso de Márquez.

El día señalado para llegar con los refuerzos ha pasado ya con mucho, y, no sólo no aparece, sino que nada se sabe de él. Maximiliano comienza a dudar de la fidelidad de Márquez. Los víveres y las municiones son cada vez más escasos.

A pesar de tantas angustias, celébrase con gran solemnidad, el 10 de abril, el aniversario de la recepción de los representantes mejicanos en Miramar y la aceptación de la corona. Tres años han transcurrido desde aquella fecha, y ninguno de los que andaban entonces afirmando su adhesión al Emperador está ahora a su lado. El ejército del país, que por mediación de aquellos diputados, con tanta vehemencia le suplicaba su venida a Méjico y su ascensión al trono, le tiene ahora sitiado, a él y a un puñado de partidarios de un partido sin fuerza, en una pequeña ciudad. El mariscal de Napoleón y sus tropas en quienes tanto confiara, han desaparecido como por ensalmo de aquel escenario, y los Emperadores franceses, tan grandes amigos suyos antaño, le dejan de su mano. ¡Y la Emperatriz, su esposa, perdió la razón! ¿Son éstos, los resultados de tres años de afanes y esfuerzos continuos, siempre animados de los más elevados propósitos? Aun los bellos discursos pronunciados aquellos días no pueden desvanecer las sombrías imágenes que le acosan.

El Príncipe de Salm-Salm es el último consejero del Emperador; su creciente intimidad con éste la notan todos en Querétaro. Es en verdad un aventurero, pero un hombre valiente y fiel, y, por otra parte, de inteligencia no muy profunda, causa, sin duda, de que no perciba la gravedad de la situación. Los generales mejicanos tienen opiniones diferentes, contrapuestas en ciertos puntos. Especialmente Miramón y Méndez. Éste sostiene que Miramón traiciona también al Emperador y que sus consejos conducen a la catástrofe. Lo último es cierto, pero sin que la traición aparezca en nada.

"Mande Vuestra Majestad detener a Miramón —aconseja Méndez—, salga con Mejía y conmigo a los montes de Sierra Gorda y conquistemos de nuevo la libertad de movimiento. Si no es así, estad cierto que aquí todos seremos fusilados". Maximiliano no toma en serio la propuesta: "Usted ve las cosas muy negras, Méndez, créame, no está perdido todo aún; su plan se parece más de lo que conviene a una huída".

Maximiliano no quiere ceder sino a condición de delegar el poder en un Congreso. Defiende esta preconcebida opinión de una manera encarnizada. Así fué con la aceptación de la corona, con las condiciones de ayuda por parte de las naciones navales, con el concordato, con la confianza en Napoleón. Ahora le toca el turno al Congreso nacional. "La gente es apática, lenta, difícil de mover, pero yo soy más tenaz y más difícil aún de apartar de mis planes".

Maximiliano quiere que Salm-Salm vaya a la capital para ver qué sucede allí. Las cosas no pueden continuar de aquella suerte, la guarnición de Querétaro no come ya más que carne de caballo y mulo, y apenas si existen municiones. Márquez ha sido quizá detenido, y los refuerzos luchan por rescatarle. Salm-Salm intenta romper el cerco, el 17 de abril, pero esta vez sin resultado. El enemigo es demasiado poderoso. Salm-Salm se ve forzado al abandono de su plan. El Emperador se decepciona, pero, en el fondo, confía en que un día conseguirá romper el cerco. Cada vez pone más confianza en el Príncipe de Salm-Salm. Este es su compañero en el Cuartel general y es nombrado ayudante de campo.

Las cosas habían llegado a un punto crítico. En Viena, en el seno de la familia imperial, reinaba, a excepción de algunos breves momentos, un incomprensible y total descuido. En una carta de ocho páginas, con fecha 10 de abril de 1867, el archiduque Carlos Luis escribe al emperador de Méjico, en el tono con que se escribe a un hermano a quien sólo hace unas semanas que se ha visto: le habla de la salud de la emperatriz Isabel, de diversiones, del Burgtheater, de los paseos en el Prater, de mil cosas del mismo estilo, como si Maximiliano, cómodamente instalado en un hotel de lujo, le interesase estar al corriente de las novedades cotidianas de Viena. No obstante, en las últimas páginas, antes de las fórmulas de despedida, se pueden leer un par de palabras conmovedoras de manera especial si se considera la realidad de los hechos:

"¡Cuánto pienso en ti! ¡Que Dios te proteja, no te desampare y te ilumine en todo momento; que te otorgue el don de conservar tu Imperio y que te mantenga a ti mismo sano y salvo!"

Todo ello sin que aparezca que el autor de la carta presiente la terrible situación del hermano.

En Querétaro van creciendo las privaciones; el propio Emperador come un pan que le procuran cada día las monjas de un convento vecino, que emplean para fabricarlo la harina destinada a las hostias. Entre las tropas no tardan en aparecer síntomas de verdadero desaliento. Un buen número de oficiales, bajo la dirección de un general, piden a Mejía entrar en negociaciones con el enemigo para la capitulación. Son detenidos al punto estos protestatarios y han de tomarse medidas para evitar que, agravándose la situación de día en día, se extienda el movimiento. A la larga, los numerosos medios utilizados por el Emperador, como concesiones de cruces, otorgamiento del nombre de un oficial a determinados cuerpos de ejército y distinciones de índole parecida no sirven de gran cosa. Sea como fuere, la mayor parte de la guarnición muéstrase en toda ocasión valiente y fiel, y, si llegan los refuerzos de Méjico, según la opinión de Maximiliano, todo puede salvarse aún.

Márquez no es en absoluto el traidor que se supone, sino que ha tenido la intención de libertad primero a Puebla, y luego, reforzado con la guarnición de ésta, marchar a romper el cerco de Querétaro. Avanza con demasiada lentitud hacia la ciudad y, durante este tiempo, el general juarista Porfirio Díaz emprende un asalto general y Puebla cae y su guarnición se rinde sin condiciones. Libre ya el ejército juarista para atacar donde quiera, arremete contra Márquez, que paga caro su retraso, y las tropas que éste manda, desmoralizadas por las nuevas de los desastres de Puebla, se dispersan y huyen a la desbandada hasta refugiarse en Méjico. La derrota causa gran impresión en todo Méjico; ya no se habla de romper el cerco de Querétaro; en la capital todos dan la causa del Emperador por absolutamente perdida. Maximiliano se entera del desastre el 22 de abril, pero de momento silencia la nueva.

Aquel mismo día se presenta un parlamentario de los republicanos. Exige la capitulación y declara que se concede libre paso al Emperador. Pero que no puede garantizarse la seguridad de sus partidarios y en ello no quiere consentir Maximiliano en modo alguno. Prosigue la lucha. Una vez más el esforzado ánimo de los imperiales y su entusiasmo encendido por la actitud llena de altivez del Emperador determinan un nuevo intento para salir de la trampa en que están encerrados. El 27 de abril, desencadenan una fuerte ofensiva, la ruptura completa de una línea enemiga, veintiún cañones y muchas banderas

y prisioneros, son el resultado obtenido. Con pena consigue Escobedo, echando mano de todas las reservas y tras unas horas de verdadera angustia, organizar un nuevo frente, pero aquella victoria quedó inaprovechada, por más que la situación del ejército republicano fuera durante un tiempo altamente crítica. Miramón juzga que aun habría posibilidad de atravesar el cerco, si existiese para ello un verdadero y decidido propósito. En tales acciones de guerra Maximiliano se ha expuesto bravamente a los mayores peligros, y sólo con grandes trabajos han podido obtener los suyos apartarle un tanto de las zonas amenazadas. Como cada momento aparece con mayor claridad que los supuestos de Miramón no son exactos, se intenta convencer al Emperador de que tal vez tendría más probabilidad de pasar él solo las líneas protegido por una simple escolta, que no todo el grueso de los sitiados en un ataque de gran envergadura. Pero Maximiliano rechaza el plan de acuerdo con su honor militar, que le manda resistir entre sus fieles.

En aquel momento, Maximiliano no tiene un claro concepto de la gravedad de la situación. Los víveres y las municiones se están acabando; no hay que confiar en refuerzos en mucho tiempo; su estado de salud empeora cada vez más; su estado de ánimo es de día en día más triste y agobiado. El Emperador está deshecho de tan largo batallar; sus nervios no pueden soportar más tantos esfuerzos; anhela el fin, anhela reposo y paz. Y como no ve la salida, su mejor deseo es una piadosa bala. En los primeros días de mayo eso se adivina con claridad: el Emperador busca la muerte. Se pasa horas enteras en aquellos lugares donde sabe que hubo más bajas; sigue sin descanso las líneas avanzadas con una perfecta indiferencia, sin escuchar los avisos de Salm-Salm.

"Si caigo —era su parecer—, no aguarda a la ciudad y a sus habitantes un destino tan triste como si los abandono. Mi felicidad doméstica ha sido destruída, en la patria no me esperan más que sinsabores y desengaños. Cansado de la lucha del vivir, no me quedan ya ni ambiciones, ni esperanzas". La situación en la ciudad es cada vez peor. El enemigo ha cortado las conducciones de agua, la población arrastra una vida miserable; por falta de dinero, de alimentos, de cualquier suerte de asistencia, vacila la fidelidad de aquella guarnición, reducida sólo a unos 5.000 hombres.

Entre tanto, el coronel López ha substituído al Príncipe Salm-Salm como consejero. El nuevo privado sabe despertar en el Emperador la confianza que una inteligencia con los republicanos y con

Juárez es algo que podría aún obtenerse. López distingue claramente que las cosas no pueden continuar ni un momento más en aquella forma. Y tiene a todos, y por lo tanto a él también, por perdidos, si en los últimos instantes no logra hallarse una solución pacífica.

Según parece, había recibido algunas indicaciones del campo republicano. Los generales conservadores contemplan con desconfianza la creciente intimidad de Maximiliano con López, y especialmente el plan que parece tener el Emperador de entregarle el mando superior del ejército. Nunca les ha sido simpático aquel hombre y temen que les traicione para salvar al Emperador y salvarse él mismo. Se dirigen, pues, a Maximiliano y le hacen presente, que en cierta ocasión, en el año 1847, fué expulsado López del Ejército por desobediencia, y que es una personalidad tenida por turbia y sospechosa. Si López pensara al principio obtener el perdón para todos, y vino a topar con una rotunda negativa a sus pretensiones, ahora, luego de lo acaecido, no se cree obligado a guardar consideración alguna a los demás. Sólo pretende ya salvar su persona y la de Maximiliano, que fué su bienhechor en todo momento.

Los generales convencen al Emperador de que intente otra salida, y escogen para ello el día 10 de mayo. Pero López hace presente al Monarca la inminencia de un acuerdo, el Emperador decide diferir el ataque y fija para el 14 el Consejo militar que ha de resolver en última instancia. El 13 por la tarde se dirige López, a espaldas de Maximiliano, al campo enemigo y comienza allí unas negociaciones. Un día después, el Consejo militar de Querétaro señala que el ataque ha de comenzar a medianoche entre el 14 y el 15. Se han llevado ya a cabo todos los preparativos. Hacia las once de la noche se presenta López al Emperador y permanece largo rato con él en animada conversación. Maximiliano concede al coronel una medalla del valor y le ruega una bala liberadora para él en caso de que no logre escapar del cautiverio. López le expone que existen todas las probabilidades de obtener un acuerdo moderado que ponga a salvo el honor tanto del Emperador y de su ejército, como de la ciudad y sus habitantes. En general es un cuadro optimista en exceso; pero López ha de presentarlo así a los ojos del Emperador, para decidirle a que aplace para la noche siguiente el proyectado ataque.

Poco después de su entrevista con el Emperador, dirigióse López secretamente al campamento de Escobedo. Fué acogido como el día anterior y conducido a presencia del Comandante general. Éste, ya en la primera entrevista, pudo ver corroborada por las palabras de

López la desesperada situación de los imperiales, que conocía sobradamente por las manifestaciones de los fugitivos. Y de estos datos dedujo, naturalmente, la actitud a tomar. Implacable, exige una rendición sin condiciones y aun amenaza al propio López, si no se pone inmediatamente al lado de los republicanos y les entrega el convento de la Cruz, cuya guarnición manda. Pera el caso de que López acceda a a tales pretensiones, le prometen seguridad y libertad para él y facilidades al Emperador para ponerse a salvo. Escobedo considera que si Maximiliano cae en manos de Juárez no significaría para éste más que una perplejidad y cree que el Presidente le quedaría agradecido si dejaba escapar bajo mano al Emperador. López acepta en principio la propuesta. En favor de los generales conservadores que le calumniaron y desacreditaron no está dispuesto a dar un solo paso. Escobedo le deja comprender que ha de encargarse de apartar al Emperador oportunamente, al cual no se pondría ningún obstáculo para dirigirse donde le pluguiese, aunque no podía prometer nada en concreto. Bien entendido de que López entregaría a los republicanos cuanto estuviese en su mano.

El coronel acepta el pacto y se dirige al convento de la Cruz, donde tenía su Cuartel general, para comenzar los preparativos relativos al caso. Da la orden de que sean retiradas las guardias y los cañones en las encrucijadas y caminos. Mientras, Escobedo dispone se prepare con gran sigilo la ocupación del convento de la Cruz y de la ciudad a las dos de la madrugada. En el intervalo regresa López al Cuartel general de Escobedo para ponerse, con los jefes republicanos, a la cabeza de las columnas de avance.

Cuando alcanzan las líneas imperiales, López se da a conocer a los guardias que quedaban aún; éstos rinden las armas y son detenidos inmediatamente. Todos los destacamentos de vigilancia fueron sorprendidos de tal manera, en forma que los juaristas ocuparon el Cuartel general de los imperiales sin disparar un solo tiro.

Entre tanto, el Emperador, que después de la entrevista con López no se acuesta hasta la una de la madrugada, de puro excitado no puede en manera alguna conciliar el sueño. A las dos y media se ve atacado de una tan fuerte descomposición de vientre que es preciso despertar al doctor Basch para que le atienda. El médico permanece con el Emperador cerca de una hora, hasta que éste cae en un breve sopor.

Ya en esto, a las cuatro y media de la madrugada, después de haber dado entrada a las tropas enemigas en el Cuartel general del

Emperador, irrumpe López en el dormitorio del Príncipe de Salm-Salm y le grita con voz alterada y rostro descompuesto: "Aprisa, salvad al Emperador, el enemigo ocupa el convento de la Cruz". Y sin más cierra la puerta de golpe y huye. El secretario privado del Emperador, Blasio, recibe un aviso igual de uno de los conjurados de López. Al punto acude a donde está Maximiliano y le expone la situación. Aplanado y pálido por la mala noche, pero relativamente sereno, se levanta el Emperador, se viste y se ciñe la espada. Mientras Maximiliano baja la escalera, se le acerca el Príncipe Salm-Salm y agarrándole con fuerza, en su excitación, el brazo izquierdo, le dice: "¡Majestad, hemos llegado al instante decisivo: el enemigo está aquí!"

Cuando el Emperador, con sus cuatro acompañantes, traspone el portal de la casa, de pronto, unos soldados juaristas le cierran el camino. Aparecen entonces López y un general liberal, y señalando a los hombres que salían de la casa dicen: "Son simples ciudadanos y pueden pasar".

Así se cumple la promesa dada a López de facilitar la fuga al Emperador. Pero las ideas de Maximiliano no van en sentido de su propia seguridad, sino antes en la del destino que aguarda a sus generales Miramón y Mejía, a quienes manda buscar al punto para comunicarles que él se dirige al cerro de la Campana, que acudan allí sin pérdida de tiempo con las más fuerzas que puedan. Con ello no había contado López. Maximiliano rehusa también el ofrecimiento de procurarle un escondrijo seguro. En el momento del peligro no quiere esconderse.

Cuanto más grave tórnase la situación, más crece la figura del Emperador. Su sentido del honor, su noble altivez, dictan en todo momento sus actos. Llenos de admiración, pero también de tristes presentimientos, acuden sus fieles al cerro de la Campana.

En la ciudad reina entre tanto una confusión indescriptible; los republicanos penetran en todas partes y las tropas imperiales se rinden o se pasan al enemigo. De pronto suenan todas las campanas de la ciudad, muestras de júbilo de los juaristas, en el puro aire matinal de un clarísimo día. Por todas partes resuenan a coro el himno burlesco *Mamá Carlota*, dedicado a la Emperatriz. A los ojos de Maximiliano asoman las lágrimas. Mientras, los oficiales y jinetes del ejército imperial se van agrupando en el cerro de la Campana alrededor del Monarca. Miramón, en su intento de prestar resistencia, fué herido en el rostro, y yace en el lecho refugiado en la casa de un amigo. Mejía comparece en el cerro. De todas partes ven avanzar ya grupos

de enemigos contra los imperiales establecidos en lo alto de la colina. Maximiliano pregunta a Mejía si existe alguna posibilidad de abrirse paso. El general hace con la mano un gesto de desaliento: "Ninguna, señor". "Salm —dice el Emperador volviéndose a su fiel ayudante—, que una bala me traiga la ventura que no hallo". Pero Salm no obedece y ni el enemigo dispara ya. Otra vez pregunta el Emperador a Mejía si puede intentar un ataque, y de nuevo es negativa la contestación del valeroso indio.

Rápidamente manda el Emperador quemar dos fajos de papeles importantes, entre éstos una solicitud de la nobleza húngara, dirigida a Maximiliano, después de la desventura de Königgratz, rogándole que vuelva a Europa y tome de las manos de su incapaz hermano las riendas del poder. Luego ordena izar la bandera blanca en lo alto del cerro de la Campana y manda decir a Escobedo que está dispuesto a rendirse. En el ínterin, el altozano ha sido cercado estrechamente por las fuerzas enemigas. En la ciudad comienza a brillar el fuego. Apoyado en su espada aguarda Miximiliano serenamente la llegada de un general enemigo que se acerca a la cabeza de sus oficiales. Cortésmente se cuadra Echegaray ante el Emperador: "¡Majestad, sois mi prisionero"! Maximiliano hace un gesto negativo: "Ya no soy emperador; mi acta de abdicación está en poder del Consejo de Estado". Sereno y altivo, rodeado por un enjambre de oficiales republicanos e imperiales, cabalga Maximiliano hacia el comandante general Escobedo, que justamente viene a su encuentro con un numeroso y lucido séquito. Sus oficiales rodean al Emperador. Juntos se dirigen al cerro de la Campana, donde descabalgan. Maximiliano se desciñe la espada y la entrega a Escobedo, quien, luego de una breve vacilación y visiblemente confuso, la pasa a manos de sus ayudantes.

En este instante, Escobedo invita al Emperador a penetrar en una tienda que ha sido montada al momento, donde los dos hombres quedan unos instantes frente a frente, sin decirse nada. Maximiliano aguarda que Escobedo tome la palabra. Como que no sucede así, el Emperador comienza a hablar con voz profunda y firme:

"En mayo, abdiqué ya, rogando que por mi causa no se vertiera más sangre. Si ahora se considera preciso, que se tome mi vida. En caso contrario, ruego que se me deje salir de Méjico y se me acompañe a un puerto cualquiera donde pueda embarcar. Tratad bien a mis hombres, que en los tiempos más difíciles se han mostrado valerosos y fieles".

Escobedo responde evasivamente: "Trasladaré fielmente sus de-

seos a mi Gobierno; pero he de aguardar la decisión de éste, y, por lo tanto, he de dispensar a usted y a todos sus oficiales y secuaces el trato de prisioneros de guerra". Ya en esto aléjase Escobedo, no sin haber dado al general Riva Palacio la orden de conducir al Emperador al convento de la Cruz, lo que realiza, dando pruebas de tacto por un camino excusado. Allí, al descender Maximiliano de su caballo, lo regala al general como reconocimiento por su delicado proceder.

Así cayó Querétaro tras una valerosa defensa de setenta y un días, y así fueron hechos prisioneros el Emperador y todos sus fieles. En toda la ciudad ondean ahora las banderas enemigas.

Capítulo XIX

Último paso de Maximiliano

Llegado al convento de la Cruz, por un momento domina el dolor a Maximiliano. Abraza llorando a su fiel médico de cámara, el doctor Basch. No tarda, empero, en dominarse: "Cuando menos, no se vertió mucha sangre". Pero las emociones sufridas han castigado fuertemente la salud del Emperador. Se acuesta, pero halla poco reposo, pues constantemente, movidos de curiosidad, vienen a verle oficiales juaristas. Al cabo de dos días, Maximiliano y los suyos son trasladados, del Convento de la Cruz, al llamado de las Teresitas. Las estancias que ocupan se encuentran completamente vacías y desnudas, y a la llegada de los nuevos huéspedes han de ser provistas de las instalaciones más rudimentarias y esenciales.

La población de Querétaro se muestra muy reservada ante los nuevos dueños. El Emperador ha sabido despertar en todos los ciudadanos de Querétaro, a pesar de los sufrimientos experimentados durante el sitio, unas vivas simpatías, engendradas sin duda por la sugestión de su persona, por su nobleza de ánimo y por su porte verdaderamente principesco, simpatías que se mantienen hasta en los momentos de mayor desgracia. Desde la conquista de la ciudad por los juaristas, numerosas damas sólo visten de negro. En la ocupación del Cuartel general fueron robados una gran parte de los efectos del Emperador, especialmente ropa blanca y piezas de vestir. El Monarca, desprovisto de dinero, ha de suplicar a Escobedo que le facilite víveres. Cuando supiéronse en la ciudad estas circunstancias, son muchas las damas que envían diariamente al Emperador los platos más exquisitos y le equipan ricamente en ropas y de todo lo necesario; hasta tal punto, que Maximiliano hace notar, bromeando, que nunca en su vida había tenido tan buena ropa como en el cautiverio. Las vendedoras de los mercados obsequian al Emperador, en los primeros días de su prisión, con las más escogidas frutas y hortalizas. Un comerciante alemán le procura todo el dinero que le hace falta.

El consolador estado moral que tales emocionantes testimonios de afecto popular despertaban fueron interrumpidos por una calamidad nueva. Escobedo dispone que todos los oficiales del Imperio se presenten en el plazo de veinticuatro horas; de lo contrario serán fusilados donde se les descubra. A pesar de ello permanece escondido el general Méndez, pero se le descubre y es fusilado sobre el terreno. Le quisieron matar por la espalda, como a los traidores; pero, en el último instante, volvióse de súbito, para morir como un soldado valiente, fija la vista en el enemigo. ¡El primero de los imperiales que fué pasado por las armas!

Una triste noticia para todos los demás. Pero Méndez, en sus buenos tiempos, había mandado fusilar a dos conspicuos personajes republicanos, obedeciendo al desatentado decreto imperial, y era, por lo tanto, explicable en cierta manera que se procediese en su caso con especial dureza.

Los que rodeaban al Emperador querían ocultarle la noticia, pero los juaristas se encargaron de comunicársela. Aquel mismo día, el 19 de mayo de 1867, llegó de San Luis de Potosí a Querétaro la princesa Agnés Salm-Salm, esposa del ayudante de campo. La valiente y activa dama se había entrevistado en Potosí con el presidente Juárez y enterada de la nueva de la prisión del Emperador y de su marido, púsose al punto en camino hacia la ciudad recién conquistada. Tenía la reputación esta dama, de saber penetrar en todos los lugares, aun los más altos, y de llevar los asuntos a buen término, a lo que no eran ajenos, sin duda, su nombre y su belleza. Consiguió, pues, alcanzar una entrevista con Escobedo y obtuvo permiso para visitar a su marido y al Emperador.

El comandante general se encuentra respecto a su egregio prisionero en una difícil situación. Si procede contra el Emperador de una manera cruel y sin miramientos echa sobre sus espaldas ante todo el mundo una pesada responsabilidad; si se muestra compasivo, puede perder el afecto de su pueblo y las perspectivas a la presidencia, que es una ambición que abriga en secreto. Rodeado de una camarilla militar ávida de la sangre del Emperador, opta avisadamente por dejar toda la responsabilidad de la suerte de Maximiliano a Juárez, y él, por su parte, se limita a cumplir con penosa escrupulosidad los mandatos del Gobierno republicano.

Los primeros días, incluso estuvo Escobedo en la prisión y visitó al Emperador durante breves instantes. Maximiliano obtuvo licencia para devolverle la visita. En coche descubierto, sin guardia alguno,

acompañado solamente de los príncipes de Salm-Salm, se dirige a una hacienda donde habita Escobedo, en los aledaños de la ciudad.

Maximiliano penetra en la estancia de Escobedo: "¡Buenos días, general! Me tomo la libertad de suplicar a usted que nos conceda el permiso necesario para que los oficiales y las tropas europeas, y yo mismo, podamos abandonar el país. Por mi parte me obligo a una abdicación oficial y a la promesa solemne de no inmiscuirme jamás en los asuntos interiores de Méjico. Además, suplico también encarecidamente benevolencia y perdón por parte del Gobierno republicano hacia los antiguos defensores del Imperio".

Escobedo le escucha en silencio. Había recibido órdenes muy severas. Sin ofrecer al Emperador ni una silla, contesta breve y reservado: "Presentaré sus peticiones al presidente Juárez, porque él es el llamado a decidir. Me despido de ustedes".

Así terminó la entrevista, y Maximiliano tomó de nuevo el camino de su prisión. Juárez contesta negativamente a la súplica de Maximiliano y aparece plenamente decidido a descargar todo el peso de la venganza del vencedor sobre aquel hombre que le obligó a refugiarse en las más apartadas regiones de su país. Por mandato del Presidente, la guardia que permitía al Emperador recibir visitas, recibió órdenes más severas. La presente morada del Emperador no permitía una vigilancia muy estricta, y por esta causa fué trasladado al convento de los Capuchinos, donde en aquella sazón no disponían de local para alojarle.

El comandante de aquella cárcel, un encarnizado enemigo del Emperador, le hace pasar la noche en la cripta funeraria del convento, entre las sepulturas. La estancia allí es tanto más terrible cuanto que en aquel lugar recibe Maximiliano noticias tales, provenientes de la residencia de Juárez, que hacen desvanecer casi por entero sus esperanzas. Más tarde se traslada a Maximiliano, Miramón y Mejía a unas celdas contiguas, cuyas puertas quedan abiertas. Frente a cada una hay un centinela vigilando. La celda del Emperador, de seis pasos de larga y cuatro de ancha, con un suelo de baldosas rojas, contiene una cama de campaña, a cuya cabecera cuelga un crucifijo, y una mesa de caoba con dos candelabros de plata. Otra mesa y algunas sillas completan el ajuar. El crucifijo y los candelabros de plata son un mal augurio, porque en Méjico suelen ponerse estos objetos en las celdas de los condenados a muerte.

Mientras, el presidente Juárez había ordenado la instrucción de un juicio sumarísimo contra el Emperador y los generales Miramón

y Mejía. Esta orden empeoraba la situación. Los tres prisioneros fueron considerados desde aquel momento como malhechores, y para los delitos de que se les acusaba no era valedera sino la ley que dictara el presidente Juárez en 25 de enero de 1862. Esta ley no prohibe solamente a los mejicanos, bajo pena de muerte, el prestar auxilio a cualquier intervención extranjera, sino que también amenaza con la muerte a los extranjeros que procedan de alguna manera contra la independencia del país.

En aquellos días, lucha en el interior de Maximiliano el natural instinto de conservación con el deseo de salvaguardar su honor. Aun confía Maximiliano que Juárez no llegará a los últimos extremos. Le pide que le conceda un plazo para llamar un defensor de Méjico y para poner en orden sus asuntos particulares. Por telegrama solicita también del "señor Presidente" una entrevista personal, para conversar con él especialmente sobre los destinos de Méjico, y se declara dispuesto, a pesar de su dolencia, a emprender el camino hacia donde Juárez se encuentre. Consiente Juárez en concederle el deseado plazo, pero se niega a cualquier entrevista y le hace comunicar fríamente por Escobedo que cuanto quiera decir lo podrá manifestar en el curso del proceso.

Para el indio Juárez, significa un gran triunfo que el orgulloso descendiente de uno de los más antiguos e ilustres linajes reales de Europa, entre cuyos antepasados se cuenta el vencedor del Imperio de los aztecas, Carlos V, haya de solicitar humildemente una entrevista con él, un hombre descendiente de aquella raza vilipendiada y esclavizada. Incluso desde este punto de vista no hay que aguardar clemencia. Un encuentro con el Emperador constituiría para Juárez una fuente de situaciones violentas, ya que está profundamente decidido a no tener piedad alguna con su egregio prisionero. Ha de demostrar ante el mundo qué terribles consecuencias acarrea la intromisión en los asuntos interiores de Méjico a los que a tanto se atreven.

Maximiliano manda llamar a los embajadores de Austria y de Prusia, que hasta entonces se habían mantenido en una actitud pasiva, para que vengan a Querétaro, con el fin de cambiar impresiones sobre lo que podía hacerse para salvarle. En las cortes de Europa reina una gran emoción ante la noticia de que Maximiliano está preso y su vida en peligro. Todas acuden presurosas al Gobierno de los Estados Unidos para que intervenga. Pero todo ello se gestiona por vía diplomática, con tanta lentitud y tantos rozamientos que llega demasiado tarde. Del extranjero tampoco puede provenirle a Maximiliano ninguna esperanza.

El Emperador piensa entonces en el remedio extremo y más arriesgado, en la huída. Salm ha intentado diferentes veces emplear toda su sugestión para convencerle. Y al fin lo consigue a condición de que Miramón y Mejía entren también en el plan de fuga. Esta actitud obedece a un noble estímulo, pero hace su propia huída mucho más difícil, porque con las medidas que actualmente se han tomado toda la atención se concentra en la persona del Emperador. Salm había logrado ya sobornar mediante dinero a oficiales y guardias.

En Maximiliano germina una nueva esperanza de vivir; piensa tras una huída afortunada pasar por Londres y dirigirse sin tardanza a Miramar, donde escribiría la historia de su reinado: considera también la contingencia de viajes a Nápoles, a Grecia y a Turquía, para distanciarse de las violencias en la corte de Austria. Mientras va construyendo estos castillos en el aire, se acuerda de que había escrito a los embajadores en Méjico para que viniesen a Querétaro. ¿Qué dirían estos señores si llegaran y se encontrasen con que el Emperador había huído? El sentido excesivamente fino del honor no le deja en reposo; tal vez los embajadores encontrarán una manera de salvarle sin que haya de recurrir a la huída. Quizá sea preferible no meterse en semejante aventura; no sería un espectáculo en verdad muy brillante la persecución de un Emperador de Méjico y que lo capturasen de nuevo. También le hace dudar su aspecto personal. La barba rubia y partida, única en todo Méjico y conocida por todos, le traicionaría sin duda, aunque se la arrollara, como le aconsejan, alrededor del cuello. Cortársela tampoco le parece plausible porque luego, ya en libertad, le sería penoso aparecer lampiño. Estas y parecidas consideraciones daban vueltas en la cabeza del Emperador.

La huída ha de ser llevada a cabo el 3 de junio por la noche. Cuanto más se avecina la hora, tanto más crece la preocupación en el vacilante ánimo del Emperador. En esto llega un telegrama que dice que los defensores y los enviados de Prusia y Austria han salido ya de la capital. La noticia fué de efectos decisivos. Maximiliano se queda. Manda venir a Salm: "Es forzoso aplazar la fuga. No dependerá de unos días más o menos".

"Pero, Majestad —replica Salm—, todo está preparado, los guardias sobornados. Una buena ocasión no vuelve nunca".

Maximiliano persiste en su negativa. Salm sale de su entrevista desesperado. Piensa que al Gobierno republicano no le habría resultado desagradable no verse, a causa de la fuga del Emperador, en el

trance de pronunciar y ejecutar la sentencia. Sea como fuere, desaprovecharon el instante favorable.

El 3 de junio, llegaron a Querétaro el embajador de Prusia y los defensores. Recibieron permiso para visitar al Emperador. Los defensores se percataron al punto de que un proceso en aquellas circunstancias sólo podía conducir a una sentencia de muerte. Decidieron, pues, acudir a Juárez para implorar gracia. Más luego se anunció la llegada a Querétaro del embajador de Austria, Lago, y del de Italia, el marqués Curtopassi. A pesar de la contumacia del Emperador, intentan de nuevo sus partidarios, con los príncipes de Salm-Salm a la cabeza, buscar la manera de preparar la fuga. Para ello se proponen comprar a los dos coroneles que mandan la gurdia mediante fuertes sumas de dinero. Pero el dinero contante falta y el tiempo apremia, pues la primera sesión del consejo de guerra está señalada para el 12 de junio. Los dos oficiales consistieron, o fingieron consentir, es harto difícil saberlo exactamente, en comenzar unas negociaciones en aquel sentido. Maximiliano les ofreció letras de cambio, pero los coroneles exigieron el aval de los embajadores europeos. El Emperador lo pide a Lago. Éste, ahora como siempre, únicamente preocupado de su adorado "yo", rehusa alegando que la fuga no puede dar ningún resultado y que los coroneles realizaban un doble juego y con aquella exigencia no se proponían otra cosa que comprometerle a él y a todos sus colegas. Lago y los demás embajadores vacilaban entre una obligación de honor y el riesgo en que se verían envueltos: tan pronto firmaban el aval, como rompían en mil trozos el papel con su firma.

¡Qué distinto proceder el de la Princesa Salm-Salm! Una mujer decidida y heroica, dispuesta a llevar a cabo en favor de Maximiliano cuanto cupiese. Estaba segura de uno de los coroneles, pero del otro, Palacio, no acababa de fiarse, por más que parecía también un admirador de la belleza de la dama.

"Acompáñeme usted a casa", le dijo a éste, en cierta ocasión. Así lo hizo el militar y ella lo condujo directamente a su dormitorio.

"Déme usted su palabra de honor, coronel, de que a nadie contará cuanto oiga y suceda aquí". Vacilando le tiende el hombre su mano derecha.

"Coronel, le ofrezco cien mil pesos si participa en nuestro plan de liberación". Palacio calla, sorprendido, pero la princesa prosigue: "¿No es suficiente esta suma? Aquí estoy yo para lo que falte". Y la bella princesa comenzó a desnudarse. Conturbado hasta lo más hondo Palacio se dirige a la puerta. Está cerrada.

"Abra usted en seguida, Princesa —exclama—, mi honor está doblemente en juego". La Princesa, semidesnuda, no se mueve.

"Si no abre usted la puerta inmediatamente —ruge el coronel—, me precipito por la ventana a la calle".

"Cálmese —añade entonces la Princesa, abriendo la puerta—; sin embargo, no olvide la palabra de honor que antes me diera".

Palacio huye de aquella casa. Mal andan las cosas con el plan de fuga. Maximiliano, que esta vez estaba lleno de esperanzas, se decepciona amargamente. La noche del 14 de junio, Palacio se presenta a Escobedo y le descubre toda la conjura. El resultado fué la expulsión de Querétaro de los embajadores y de la Princesa Salm-Salm. Juárez envía una nota a los Estados Unidos en la cual se exponen las razones porque el Emperador no puede ser tratado como un prisionero de guerra y por las cuales ha de ser duramente castigado aquel instigador, tras la retirada de los franceses, de una guerra civil sin finalidad, perfectamente inútil.

La primera sesión del consejo de guerra se celebra el día 12; se escoge como local el teatro de la ciudad; en el escenario el tribunal y los acusados; en la platea y los palcos, espectadores y curiosos. La última escena del drama imperial se representa literalmente en un teatro. Es demasiado para el Emperador:

"En ningún caso apareceré sobre el tablado, me resistiré hasta el último aliento. Por otra parte, estoy enfermo y casi no me puedo tener".

Tras muchas vacilaciones decide al fin Escobedo que el Emperador no aparezca en la escena. Miramón y Mejía, empero, han de obedecer la orden. El puro carácter militar de aquel tribunal ya sugiere lo que va a resultar de todo ello. Un oficial de Estado Mayor y seis jóvenes capitanes van a juzgar a un emperador, a un antiguo presidente de la República y a un prestigioso general vencedor en innúmeras batallas. Maximiliano ha sido sometido previamente a un minucioso interrogatorio. La acusación consta de trece puntos:

"Ante todo ha sido usted el instrumento principal de la intervención francesa y con ello dañado gravemente la paz, la libertad y la independencia de Méjico, apoderándose por la fuerza de la soberanía en el país y disponiendo, contra todo derecho, de la vida y los bienes de sus habitantes. Con su bárbaro decreto quitó usted la vida a numerosos mejicanos y aun, luego de la retirada de los franceses, prosiguió usted la guerra civil, causando con ello indecibles males a la nación".

"Me niego en absoluto —replica Maximiliano—, a responder a

estos cargos; se trata ahora de altas cuestiones de política, y nunca puede ser un tribunal militar el llamado a decidir sobre ellas".

Así terminó la infructuosa diligencia.

La condena de Maximiliano sólo es ya un acto de política general, de trascendencia altísima, ante la cual la persona del Emperador pesa para Juárez menos que una pluma. El Presidente teme más que nada los reproches de sus connacionales si se muestra indulgente con el Emperador. Aun salvado éste, podría regresar y reanudar el intento de recobrar la perdida corona, como hiciera antaño Iturbide. En el campo enemigo, se conocía muy bien la versatilidad y el incorregible romanticismo del ánimo del Emperador y de qué suerte aquella derrota ardería siempre en su corazón, apasionado del honor, como una herida incurable. Juárez recuerda muy bien la porfiada tenacidad con que Maximiliano negóse en todo momento al abandono del país, y, dado el carácter del Emperador, es forzoso prevenir todas las posibilidades. Las promesas, que con tanta energía ofrece ahora, en otras circunstancias pueden ser declaradas fruto de la violencia.

La condena del Monarca ofrece además al orgulloso indio una ocasión excepcional para dar simbólicamente con el puño en el rostro a todos los soberanos europeos y al propio principio monárquico, que tuvo la osadía de querer intervenir en los destinos de Méjico. Así, pues, la muerte del Emperador había de resultar fatal e irrevocablemente de la farsa del Consejo de guerra.

Con una sonrisa de superioridad acoge Juárez la declaración del embajador de Prusia, quien de acuerdo con los de otros Estados europeos, quizá también con los Estados Unidos, declara que todas las potencias garantizarán la independencia y libertad de Méjico si se pone en libertad a Maximiliano. Juárez se goza ahora en la humillación de Europa. Ni el propio Garibaldi, que en un entusiasta manifiesto felicitara a la nación mejicana por su gloriosa lucha en pro de la libertad y que en este momento suplica también perdón para Maximiliano, le causa la menor impresión.

Ahora es la hermosa Princesa de Salm-Salm quien viene de Querétaro a San Luis de Potosí, cae de rodillas a los pies de Juárez y le implora llorando la vida del Emperador. Por un momento parece emocionarse Juárez ante una tan inquebrantable fidelidad, pero su rostro vuelve a cobrar dureza en seguida:

"Me duele infinito, señora, ver a usted de rodillas a mis pies; pero, aunque viese en su lugar a todos los reyes y reinas de Europa, no podría otorgaros esa vida. No soy yo quien se la arranca, son mi

pueblo y la Ley, y si yo no cumpliese su voluntad, el pueblo tomaría de propia mano su vida y la mía por añadidura".

Estas palabras, que fueron dichas para que las oyese todo el mundo, intentan cargar la responsabilidad de verter aquella noble sangre, no sin subrayar con altanería la impotencia de todos los monarcas de Europa, en un conjunto, en un algo impersonal, imposible de asir: en el pueblo.

Igual éxito estaba reservado a una comisión de doscientas damas. Ni las imploraciones desgarradoras de la señora Miramón, que había venido con sus hijos pequeños a pedir la vida de su esposo, consiguieron ablandar a Juárez. El corazón de aquel descendiente de los aztecas permanece duro: de su parte no vendrá la salvación.

Maximiliano ya no se hace ilusión alguna. Si ha de perder la vida, por lo menos que todo el mundo tenga ocasión de ver que un Habsburgo sabe morir erguido y valiente. Aquel innato sentido del honor que alcanzaba en Maximiliano la perfección extrema adquiere en sus postreros días una grandeza clásica. En todo momento, hasta cuando observa desde su celda los preparativos de los verdugos, piensa en los otros, en los valientes que lucharon a su favor, que no se apartaron de su lado y que sufren ahora por su causa. "Haga usted cuanto pueda, ofrezca cuanto sea posible —escribe al Barón Lago— para salvar a los oficiales y soldados austríacos que quedan aún en Méjico y para reintegrarlos a Europa".

Apenas había escrito estas líneas cuando le traen la falsa noticia de que su esposa había muerto en Miramar. Con mano temblorosa pone a la carta para Lago del 15 de junio la siguiente postdata: "Acabo de enterarme que mi pobre esposa ha sucumbido a sus sufrimientos y, por lo tanto, que ha quedado libre de ellos. Esta noticia, por mucho que haya desgarrado mi corazón, en los presentes momentos me procura, por otra parte, un consuelo indecible. Sólo me queda en la Tierra un deseo: que mi cuerpo descanse junto al de mi esposa, y es el encargo que le hago a usted, querido Barón, como representante que es de Austria".

Mientras, se ha reunido el tribunal militar. Tres votos a muerte y tres a extrañamiento perpetuo. Tuvo que decidir el joven oficial de Estado Mayor que presidía. Con desenvoltura, tranquilamente dijo: "¡A muerte!"

Así fué el triste desenlace de aquel proceso. No existe posibilidad alguna de huir. El embajador de Prusia vuelve a Querétaro, lleno de pesadumbre y de compasión hacia el desdichado Monarca.

El Emperador soporta con entereza sus últimos días a pesar de la enfermedad que le consume. La noticia de la muerte de su esposa es tenida por dudosa, y por esta razón, entre las diversas cartas de despedida que deja, hay una dirigida a su mujer, para el caso de que se encuentre con vida y logre recuperar sus facultades mentales: "Tantos afanes, tantos golpes inesperados del Destino han devastado mis esperanzas; hoy la muerte constituye para mí una liberación venturosa. Muero gloriosamente como soldado; vencido, ciertamente; pero no como un rey sin honor. Si tus sufrimientos se te hacen insoportables y Dios te llama pronto donde yo estaré, he de bendecir la mano del Señor que a tan duras pruebas nos condujo. ¡Adiós, Carlota, adiós! Tu pobre,

Maximiliano.

El Emperador conoce la sentencia del tribunal militar y se ocupa de su postrera morada:

"Mis últimos deseos se ocupan solamente de mi cuerpo, que va a ser presto liberado de sus dolores, y de los amigos que sobrevivirán. Deseo que mis despojos sean entregados al doctor Basch para que los traslade a Veracruz. Es mi voluntad que este traslado se realice sin pompa ni ostentación alguna y que en el buque que haya de transportarme a Europa no tenga lugar ceremonia de ninguna clase. Aguardo la muerte con calma; que alrededor de mi féretro haya calma también. Si no se confirma el fallecimiento de mi esposa, que reciba mi cadáver sepultura provisional en cualquier parte hasta que pueda reunirse con la Emperatriz en la muerte".

Un oficial de vigilancia penetra en la celda. "Oiga —le dice Maximiliano—, encargue que usen buenas armas para mi ejecución. Que no me tiren a la cabeza, pero que procuren acertar bien al corazón. Pues no acomoda a un emperador revolverse por el suelo en las convulsiones de la muerte".

El médico de cámara, el doctor Basch, está día y noche junto a Maximiliano. Contempla con un dolor profundo y silencioso aquel "muerto viviente" preparándose para su inevitable final. Los pocos objetos que el Emperador posee aún son repartidos entre sus amigos y parientes. Se fija el día 16 de julio para el cumplimiento de la sentencia. A las once, aparece un general acompañado de un coronel y de un pelotón de soldados y lee al Emperador, así como también a Mejía y a Miramón, la sentencia de muerte. A las tres de la tarde, ha de tener lugar la ejecución. Transcurren las últimas horas entre las pos-

treras disposiciones y pláticas del Emperador con el sacerdote y los dos defensores. Los condenados han confesado y comulgado. El Emperador está perfectamente sereno. Solamente un gesto que le era característico, el pasarse la mano por la barba, revela con su frecuencia, mayor que de ordinario, la tensión de los nervios de aquel hombre.

En el campanario dan las tres. Nadie acude en busca de los sentenciados, por más que afuera se nota movimiento y se oyen voces de mando. Y un cuarto de hora tras otro van discurriendo en una espera cruel. Al fin, hacia las cuatro, aparece el coronel Palacio llevando en la mano un telegrama procedente de San Luis. Un rayo de esperanza ilumina el pálido rostro del Emperador: sólo puede ser el indulto: es un aplazamiento de tres días, la única gracia que se ha podido arrancar a Juárez. Un terrible desencanto se apodera del Emperador; encuentra penoso el aplazamiento; si, sea como sea, aquello ha de acontecer, que lo inevitable acontezca rápidamente. No obstante, de nuevo se enciende en su interior una débil esperanza. Tal vez los días, las horas quizá, que van a venir puedan traer buenas nuevas. Mientras, Maximiliano va alimentando en su corazón la llamita de la esperanza, Salm-Salm le considera salvado ya, y aun el coronel Palacio y otros republicanos consideran aquel aplazamiento como el primer paso hacia el indulto.

El embajador de Prusia, como decano del Cuerpo diplomático acreditado en Méjico lleva a cabo el último esfuerzo.

"Señor Presidente —telegrafía a Juárez—: Los condenados que creen llegado el momento de la ejecución, moralmente puede decirse que murieron ya. Se lo ruego con el mayor interés de que soy capaz: no los haga morir por segunda vez. Le conjuro en nombre de la Humanidad y de los sentimientos cristianos que salve la vida de estos condenados a muerte y le repito una vez más que estoy cierto de que mi soberano, Su Majestad el Rey de Prusia, y todos los monarcas de Europa, unidos por lazos de sangre con el príncipe condenado, o sea, su hermano el Emperador de Austria, su prima la Reina de la Gran Bretaña, su cuñado el Rey de Bélgica, su prima la Reina de España, así como los reyes de Italia y de Suecia, estoy certísimo de que todos estos soberanos se pondrán fácilmente de acuerdo para prestar a Vuestra Excelencia, señor Benito Juárez, todas las garantías que precisen a fin de que ninguno de esos condenados pueda volver a pisar jamás tierra mejicana".

Unas razones muy bien intencionadas; pero sin duda carece de penetración psicológica poner ante los ojos de Juárez que un solo

gesto suyo es bastante para precipitar de la vida a la muerte, pese a todos los monarcas del Viejo Mundo, al "primo de Europa".

Si la demora de tres días parece la expresión de vacilaciones del Presidente, sin duda poco después volvió a endurecerse su ánimo. El telegrama del embajador de Prusia fortaleció aún más su deseo de dar una lección a toda Europa.

Maximiliano envió también un telegrama a Juárez: "Suplico con el mayor interés el indulto de los generales Mejía y Miramón; deseo ser la única víctima". Pcro la nobleza de ánimo del Emperador no impresiona a Juárez. Todas las cartas y telegramas son contestados negativamente. Las esperanzas se desvanecen, el Emperador se prepara para morir. La conciencia de no haber querido sino el bien, y la consideración, repetida en sus memorias, de que cuando menos no se le puede negar la mejor voluntad y una perfecta buena fe en todos los actos, le fortalecen en aquellos momentos amargos y le procuran fuerzas para resistir heróicamente un tan aciago destino. La noticia de la muerte de la Emperatriz fué, al fin, desmentida. Maximiliano decide dirigir unas cordiales palabras al encargado del palacio en Miramar, rogándole que persevere con fidelidad y honradez al lado de su pobre esposa. Finalmente, recomienda a su imperial familia de Viena las viudas de sus dos compañeros de sufrimientos y envía una postrera amonestación a Juárez: "Sea mi sangre la última que se derrame. Impulsad, señor Presidente, el espíritu de concordia para que este desgraciado país recupere la paz y el reposo". El general Escobedo, al cual en cierta ocasión Mejía salvara la vida, se acuerda de ello y le promete interponer toda su influencia para salvarla. Mejía no va a la zaga del Emperador en cuanto a grandeza de alma. Aunque por aquellos días su joven esposa, a quien adora, acaba de hacerle el presente de un hijo, declara el general que sólo aceptaría el indulto en caso de que se salvasen también el Emperador y Miramón. Cuando Escobedo le manifiesta que en esta forma no se encuentra en condiciones de poder intentar nada, exclama Mejía: "Bien, que se me fusile con Su Majestad".

La noche antes de la ejecución —el Emperador se había acostado ya— aparece Escobedo para despedirse de él. Se llama a Maximiliano, y éste habla unos minutos con el general, le entrega un retrato con dedicatoria de su propia mano, y le recomienda que en todo momento se aplique con afán al bienestar y prosperidad de Méjico.

Y así llega la mañana del 19 de junio de 1867. Fulgurante se levanta el sol, un cielo azul se comba sobre la anchura del valle.

Hasta las tres de la mañana, el Emperador ha dormido tranquilamente, sin pesadillas; a esta hora se levanta y el padre Soria dice una misa para él y para sus compañeros. Profundamente conmovidos, contemplan los pocos partidarios del Emperador allí presentes a los tres condenados a muerte, que hincan la rodilla en tierra en el divino momento de la elevación y se aprestan a recibir la Sagrada Hostia llenos de recogimiento. Los que presencian la escena no logran contener los sollozos y es Maximiliano quien trata de calmarles recordándoles la obligada remisión de los designios inexcrutables de Dios. Después de la misa se saca el Emperador su anillo nupcial y lo entrega al doctor Basch juntamente con unos rosarios y un escapulario, que en cierta ocasión recibiera del padre Soria, su confesor. Basch se encarga de entregar aquellos objetos a la archiduquesa Sofía con los últimos saludos de su hijo. La pequeña medalla de la Virgen, que un día le entregara la emperatriz Eugenia para que le diera suerte, la destina a la emperatriz del Brasil.

Hasta el último momento, piensa el Emperador en los que le rodean. En aquellos momentos se dirige a la celda de los dos generales: "Señores. ¿estáis dispuestos? Por mi parte, a punto". Maximiliano les abraza efusivamente. "Pronto nos veremos en el Más Allá". Miramón se muestra entero y tranquilo, como el Emperador; pero Mejía, acobardado por su dolencia y por el pensamiento en su joven esposa, apenas puede tenerse en pie.

El Emperador, en traje negro de paisano, desciende la escalera, se detiene en el último peldaño, contempla la naturaleza en derredor suyo y exclama: "Qué día tan magnífico; siempre había deseado morir un día de sol brillante".

Luego subieron a los coches que les habían de conducir al lugar de la ejecución, el cerro de la Campana. Es el mismo lugar donde el Emperador cayera prisionero. Una fuerte columna de caballería e infantería acompaña a los coches; inmediatamente después sigue el piquete de ejecución. Un silencio sepulcral reina por donde pasa la triste comitiva. Todas las puertas y ventanas están cerradas en Querétaro como señal de luto: la poca gente que circula por las calles va vestida de negro y muestra un rostro contristado. Hay mujeres que lloran, viendo a la joven esposa de Mejía, con el pequeño en los brazos y desnudo el pecho, correr como una loca tras la comitiva, con gritos de desesperación y, antes que las bayonetas de los soldados la puedan retener, agarrarse al coche donde conducen a su marido.

Erguido sube Maximiliano los cien pasos de cuesta hasta alcan-

zar la cumbre; seguido va a su lado Miramón; sólo Mejía, poco dueño ya de sus actos, ha de ser casi arrastrado. En lo alto se encuentran las tropas formadas en tres alas, la cuarta se encuentra frente a un pequeño muro de piedra. Allí se conduce a los condenados y les colocan de cara a la ciudad de Querétaro, que se distingue en el fondo iluminada por la tranquila luz del sol.

A las tropas, que en aquel momento no parecen muy seguras, se lee una orden terminante y enérgica anunciando que será fusilado en el acto con aquellos condenados cualquiera que se atreva a mover un dedo en favor del Emperador. Los escasos espectadores contemplan la escena compungidos y en silencio. Maximiliano mira en derredor suyo como buscando algún amigo. Su lugar ha sido señalado entre los dos generales.

El Emperador se dirige a Miramón: "General: un valiente ha de ser honrado por su rey, aun ante la muerte; permítame que le ceda el sitio de honor". Con estas palabras le obliga a pasar al centro, Y luego a Mejía: "General, lo que no es recompensado en la Tierra, lo será sin duda en el Cielo".

Aparecen los hombres del piquete de ejecución. El oficial que ha de mandar el fuego balbucea, seguramente movido por una angustia interior, algunas palabras dirigidas a Maximiliano, que suenan como una disculpa. Maximiliano le da las gracias por su conmiseración: "Usted es soldado y ha de obedecer". Ya en esto, reparte entre los soldados que han de ejecutarle una onza de oro a cada uno, rogándoles que procuren apuntar bien. Vuelve a su sitio, se enjuga el sudor de la frente, da el pañuelo y el sombrero a su fiel criado Tudös, para que los entregue a su madre y a sus hermanos en la patria. Luego alza la voz. Horrorizados escuchan los presentes el sonido claro y comprensible de las palabras en español: "A todos perdono y suplico que se me perdone; es mi mayor deseo que la sangre que va a derramarse pueda redundar en bien del país, ¡viva Méjico! ¡viva la inde! . . ."

El oficial inclina el sable levantado, suenan siete tiros y el emperador Maximiliano cae a tierra con el rostro hacia adelante, murmurando en voz baja la palabra "hombre", atravesado por cinco tiros. Un ligero temblor revela que aún le queda vida. El oficial que diera la orden de fuego se dirige al cuerpo del caído, señala en silencio con la punta del sable el lugar del corazón.

Un soldado que le sigue dispara en el lugar señalado, en forma que las ropas del desventurado Monarca se encienden un momento. La muerte es instantánea.

Después de Maximiliano toca el turno a Miramón, quien, erguido también y con voz segura y potente, rechaza todo reproche de haber traicionado al país y da vivas a Méjico y al Emperador. Mejía sólo consigue exclamar débilmente: "¡Viva Méjico!, ¡viva el Emperador!" y también para este valiente llega el último instante. Así murieron el Emperador y sus dos fieles paladines. Amigos y enemigos tuvieron que descubrirse ante la manera de morir de este Habsburgo; sólo elevados y llenos de bondad fueron siempre sus propósitos. Los errores los pagó con la vida. En la segura lejanía, los que le habían impulsado, contemplaban el desenlace del drama.

A los pocos días, Juárez visitó en Querétaro el embalsamado cadáver del Emperador. La dureza y la tenacidad del indio habían vencido sobre el ánimo sensible del Emperador llevado siempre en alas de la ambición y arrebolado de ideal. El éxito estuvo de lado del Presidente. La simpatía, la piedad y aun la admiración de todos los corazones, del lado del Emperador que tan virilmente supo enfrentarse con la muerte.

Poco le importaba todo ello a Juárez. Era entonces el dueño absoluto de su país y continuaría siéndolo.

. . . .

Mientras tanto, en Europa, al tiempo que el destino de Maximiliano llegaba a su final realización, parece volver la calma tras los acaecimientos bélicos del 1866. En París, se vive aún en el vértigo de la grandeza imperial, celébranse esplendorosas fiestas y reina la embriaguez del brillante éxito de la exposición del 1867, que Napoleón había mandado celebrar con objeto que tan magnífica manifestación de vitalidad, el centro de interés de todos, ocultase un poco los fracasos de la política exterior. París vuelve a ser el centro de Europa, o tal vez del mundo; miles y miles emprenden el camino de la ciudad del Sena. Numerosos príncipes de Europa, aun el zar de Rusia y el monarca Prusiano, visitan a París como huéspedes de Napoleón, y no deja sin duda de impresionarles la hábil exhibición de todas las riquezas del mundo que llevan a cabo más de 52.000 expositores, mostrando sus tesoros en los quioscos y pabellones levantados en el Campo de Marte.

Ciertamente, los placeres y diversiones no fueron echadas en olvido. *La Gran Duquesa de Gerolstein*, la famosa opereta de Offenbach, trastornaba la cabeza a todo el mundo; los bailes de Strauss invitaban a la danza; en todas las embajadas, y aun en la de Austria, se celebraron fiestas brillantísimas en las cuales podían verse las más encumbradas personalidades de todo el mundo. Sabíase ya que el

emperador Maximiliano estaba prisionero, pero Méjico queda tan lejos y los goces de aquellas fiestas tan cerca ... No llega a tomarse en serio la gravedad de la situación y, como en los Estados Unidos, se trata aquí todo aquel asunto con una cierta negligencia. Aun, el 17 de junio, declara el subsecretario norteamericano Seward, en una cena en la embajada de Austria, refiriéndose a Maximiliano: "Su vida está casi tan segura como la de ustedes y la mía".

No se opina en París de muy diferente manera. Se aguarda una solución satisfactoria, pero no dejan de existir ciertos temores. Las aldeas a lo Potemkin de la Gran Exposición pueden engañar al mundo sobre la debilidad del Imperio francés, pero no logran traer reposo a la atormentada conciencia de Napoleón. El 11 de junio, el Zar abandona a París y el 14 el rey de Prusia. La pareja imperial francesa siéntese atormentada aquellos días por sombríos presentimientos. Gravita sobre ellos el peso de no haber podido auxiliar a Maximiliano. No atina Napoleón qué podrían hacer y ofrece al ministro de Negocios Extranjeros de Austria que cuenten con él si alguna posibilidad se presenta de llevar a cabo la ayuda al Emperador prisionero.

El 30 de junio, se proponen los emperadores franceses repartir solemnemente, en presencia de todas las altas personalidades que se encontraban aún en París, los premios a los expositores. La noche anterior llegó la noticia telegráfica: "¡El emperador Maximiliano, fusilado!" La emperatriz Eugenia se estaba vistiendo para la fiesta cuando recibió la nueva. Horrorizada, próxima a desmayarse, se precipita en la habitación de su marido. ¿Se ha de suspender el reparto de premios? ¿O con el corazón destrozado fingir que nada se sabe? Existe la posibilidad aún de que no sea cierto. Los emperadores deciden celebrar la fiesta. Mientras la Emperatriz, con un perfecto dominio de sí misma, reparte las medallas de oro y de plata con una amable sonrisa en los labios, le persigue la idea de aquel muerto, de cuyo terrible destino ella se siente culpable. Con ánimo, sin flaquear, cumple su cometido hasta el final. Pero, al volver de las Tullerías le faltan las fuerzas. La conducen al lecho sin sentido. A la mañana siguiente, ya no es posible ocultar la verdad. De todas partes llegan confirmaciones de la terrible nueva. En medio de aquel torbellino de fiestas, de pronto París se viste de luto. De repente, ven todos, aun los más desprovistos de juicio, a dónde condujo la aventura de Méjico. Miles de soldados franceses dejaron allí sus vidas. Cientos de millones fueron dilapidados y el protegido de Napoleón, cruelmente sacrificado. Los incautos subscriptores parisinos del empréstito mejicano perdieron su

dinero, pero Gutiérrez, Hidalgo y compañeros sin duda habían vendido las respectivas participaciones mucho tiempo ha. En un cerrar de ojos, se apagó todo aquel bullicio, fueron suspendidas todas las fiestas, los huéspedes extranjeros abandonaron la ciudad. Se dirigen implacables censuras a Napoleón. Thiers le llama el único y verdadero causante de aquel crimen. "Nunca más —exclama— podrá librarse de semejante maldición. Este fusilamiento le aparta el aprecio de los franceses".

En Inglaterra, corre de boca en boca el juego de palabras de que el *archduke* (el archiduque) había sido el *archdupe* (el gran engañado) de Napoleón. El Emperador ha de contar con un resultado político muy grave, el apartamiento de Austria en unos momentos en que Francia se ve amenazada por Prusia.

En Viena, la conmoción terrible no sólo se manifiesta en la Corte imperial, donde la archiduquesa Sofía no logra rehacerse de la pena de saber a su hijo ajusticiado, sino también entre el pueblo, donde Maximiliano era especialmente querido. Cuantos advirtieron los riesgos de aquella aventura recuerdan ahora lo que dijeron antaño, y aun aquellos que corearon al emperador de Méjico pretenden haber previsto también el desenlace. Los emperadores franceses envían un telegrama de pésame y anuncian el deseo de una visita personal. El emperador Francisco José, quien soporta la desgracia con mayor serenidad que los demás representa el criterio de que las razones de Estado han de prevalecer sobre los sentimientos personales y contesta que recibiría gustoso a Napoleón y Eugenia. Sólo la madre de Maximiliano no puede ahogar su dolor: "En estos momentos no estoy en situación de recibir a los emperadores de Francia".

Napoleón y Eugenia temen ser objeto en Viena de manifestaciones hostiles. Así pues, escogen Salzburgo como lugar de reunión, y ésta tuvo lugar un hermoso día de sol brillante, justamente la fiesta del cumpleaños de Francisco José. Todo el mundo se ocupó entonces de la primera entrevista de las dos más bellas emperatrices de Europa, y muchos discuten con pasión a cuál de las dos, parangonando una con otra, correspondería la palma de la belleza. Napoleón y Francisco José en los primeros momentos departen de Maximiliano y de la desdicha de su muerte, pero no tardan los asuntos políticos en arrinconar aquellos penosos recuerdos. Se habla de Alemania, de Oriente, de mil cosas importantes ...

Mientras la *Novara*, el mismo buque que condujera a Méjico una altiva pareja llena de ilusiones, devuelve a la patria los restos de Maximiliano, cubiertos con la bandera roja y blanca de guerra ...

Capítulo XX

Tinieblas mentales

Una desventurada sueña febrilmente en Miramar:

Maximiliano es ahora señor de la Tierra, soberano del Mundo. Ante él todos se inclinan, aun "él", el Envenenador, allí, en la Babel de París.

"Pero hacia él, hacia él. ¿Cómo? ¿Por qué no? ¡Dejádme ir hacia él! ¿No hay ningún buque? Iré a pie.

"Max me ha querido envenenar porque no le he dado un heredero del trono. ¡Oh, Max tan querido, tan querido!, por ti escribiré, trabajaré, me moriré, presidiré los consejos de Estado; aunque quieren matarnos.

"Hoy es un domingo magnífico y claro. He de escribir a mamá Sofía.¿ Desde tanto tiempo ninguna carta de Max? ¿Ni un telegrama? Es preciso enterarse.

"Me siento hoy algo cansada y nerviosa; por otra parte, todo va bien. ¡Que delicioso el piano, qué interesante este libro! ¿Qué tiene la gente? Parecen asustadizos y con un aire singular. ¿Quieren ocultarme algo?"

Alrcdedor de la enferma reina una evidente desesperación. Caballeros y damas no saben tratar con una loca. ¿Pero está loca? A días, y a veces durante semanas, aparece normal. De pronto, empero:

"¡Agua no! ¡Que no me traigan agua! El mar entero está envenenado. ¿Por qué sabe, pues, tan amargo, tan salobre? La historia de los santos. Sí, cuán interesante este milagro. ¿O antes la corona de Grecia? Ya lo sabéis, en América hay santos griegos. Queríamos un Concordato. Ya existe ahora, sí, sí, al fin. Un triunfo, un triunfo, para darle rabia.

"Eso se ha de escribir a la buena de la tía Grünne. Hemos de ir donde está Max a decírselo. Allí, en el jardín, van pasando; pero Juárez los acecha desde una reja. ¿Acaso los jinetes de Durero me prestarían sus caballos? Sí, la Peste, tal vez, o la Muerte. ¡Max, Max, ayúdame!

"¿Dónde está la señora Del Barrio? Quizá me la han envenenado. Que venga en seguida. Hombres, hombres por todas partes. Enemigos, envenenadores, pícaros, Napoleones verdaderos. No coman nada, todo está envenenado. Uno enflaquece, no queda más que hueso y piel . . ."

Un coronel se presenta ante el emperador Francisco José en Viena, como venido de Bruselas de parte de la Reina. María Enriqueta invita a su infeliz cuñada a que vaya con ella; quiere cuidarla, devolverle la salud si es posible. El Emperador reflexiona; una verdadera perplejidad; pero desaparecería aquel terrible momento. Lejos, lejos; substraer a la enferma de los círculos imperiales. Verdaderamente Carlota es de la familia de ella. Francisco José da su consentimiento.

En agosto del 1867, la trasladan al palacio de Tervueren, en Bélgica. Está en un momento feliz, todo marcha suavemente. La llegada es excelente, pero luego comienza a sentirse mal allí. A poco vuelve a sosegarse. Realmente, Maximiliano murió, pero ello no sabe nada, a pesar de encontrarse lúcida más de las tres cuartas partes del tiempo. De pronto ordena llorando que avisen a la Reina, se precipita a sus pies:

"Sentí que me agarraban por el brazo, querían llevarme a Miramar por la fuerza. ¡No, no; nunca, nunca! Aquí hay tranquilidad. ¡Qué bien comíamos con Maximiliano cada día en la mesa! Hoy, vino demasiado tarde ya se había sentado y de pronto cayó sobre el plato como un muñeco. ¡Qué guapo es Max con los uniformes de nuestro gran Imperio! Otra cosa que en la pobre Europa.

"¿Estoy loca, señores míos, o estoy cuerda?, ¿enferma o sana? ¡Sana, sana! Leo, como. Por todas partes un gran reposo, tan necesario luego de tantas miserias. ¡Gracias, María Enriqueta! ¿No es verdad que todo va bien? Una se siente alegre y de buen humor; hasta toleraría un cachete".

El 20 de enero de 1868, entre el tañido de campanas, fueron depositados los despojos mortales de Maximiliano en la cripta de los Capuchinos. ¿Ha de comunicarse a Carlota? ¿No se le ha de decir? Pero, ¿a una enferma así? ¿Está enferma aún? Desde hace unas semanas parece enteramente normal, cada día toca en el piano las dulces notas del *Ave María* de Gounod. No obstante, una vez, cuando la melodía alcanzaba su tono más alto, comenzó a partir las teclas en mil pedazos y no pudo volver a tocar. Cosa singular. Fué a causa de un pequeño recuerdo. Ahora todo vuelve a marchar perfectamente, incluso se le permite la Sagrada Comunión. Se le debe decir, pues. El arzobispo podría hacerlo y hallar el tono oportuno:

"Majestad, el emperador Max ha pasado a más feliz vida. Cayó con honor y ahora se encuentra junto al trono del Altísimo. Murió heroicamente".

Le mira como encantada. Y se arroja llorando al cuello de María Enriqueta. Quiere hacer las paces con el Cielo, quiere confesarse, sobre todo confesarse.

En plena noche manda llamar de nuevo a la Reina. No, no puede confesar. "¿Cómo andan las cosas con Max? Que por lo menos mañana no venga demasiado tarde a la mesa. ¿Duerme ahora? ¿Por qué no se acuesta aquí en la cama? ¡Ah, está enfermo, y qué bello!"

"Cálmate, hija mía".

Se calma realmente. ¿En plena salud? Así se había soñado, pero ya se ve que no. María Enriqueta no abandona la esperanza. Quizá esté mejor de lo que se cree cuando el choque nervioso haya pasado. Gracias a Dios se le ha dicho y no se ha excitado mucho; lo ha soportado bastante bien, quizá demasiado bien. A veces llora, quiere ponerse de luto riguroso y se ríe luego de todas aquellas galas negras. A veces se tranquiliza, se la ve más serena, visita a menudo a la tía Grünne, la amiga de sus años infantiles. Ultimamente, en la mesa apareció la idea de la vieja amiga: "¿Le quiso envenenar las viandas, o ver sólo los efectos del veneno? Ya se lo han dicho: es una envenenadora pagada por "él". Pero estamos al acecho y sabemos a lo que viene.

"Hoy es el aniversario de la aceptación de la corona. Max estaba muerto, pero hoy vive. Gobierna y ha mandado fusilar a Juárez; allí yace el indio furioso, ¿no se lo habían dicho siempre?

"Este plato siniestro con la mancha de veneno en el borde, o tierra con él. ¡Puf! el vino del vaso es sangre pura. ¡Ah, cómo vibra el espejo! ¡Por Dios, todos estamos cubiertos de sangre! ¡Un atentado, nos quieren matar!

"Sí, sí, aquel hombre en jirones de Saint-Cloud o de Chapultepec. Sí, allá lejos, el aire balsámico, los cedros magníficos, el brillar del sol sobre las montañas nevadas".

Torna otra vez a cierto reposo; escribe cartas naturales, llenas de cordura. No hay ninguna palabra confusa. Todo muy objetivo y discreto en marzo de 1867. Luego vuelve a ser deshilvanado todo lo que escribe; se hiere con la pluma. Ahora tiene un grueso lápiz azul. Basta de escribir, se ha de trabajar, vencer, montar a caballo, no huir nunca. Gobernar es vocación y deber, algo odioso y bello.

Hasta entonces, María Enriqueta dispuso algunas veces que viniese al palacio de Laeken, pero actualmente ya no resulta posible la

estancia en el palacio. El espíritu divaga en las tinieblas, apenas si un rayo de luz se abre camino. A cada momento hay que temer un acto violento. En mayo de 1869, regresa definitivamente al palacio de Tervueren, rodeada de médicos y enfermeras. Allí fué a visitarla el rey de Bélgica, su hermano. La visita es anunciada. No quiere saber nada, huye a todo correr hacia lo más apartado del parque, seguida de médicos y criados. No quiere ver a nadie, a nadie. Todos traen veneno, como la sal y el pan en los platos envenenados.

Trabajosamente, y a pesar de su resistencia, fué conducida a su habitación. Cuelga allí en la pared un retrato de Maximiliano. También un paisaje y una escena de guerra. Sobre el escritorio una gran regla de madera. La empuña y con ella desgarra el paisaje, rompe la lámpara, lanza al suelo el cuadro de guerra. Pero, ante el retrato de Maximiliano, se inclina en una profunda y perfecta reverencia, como en la Corte. Todo lo demás está hecho añicos.

"Pero Majestad, de todas las emperatrices que conozco sois la única que hace cosas semejantes".

Al punto se tranquiliza, adquiere de nuevo dignidad y buena compostura:

Pasa el rumor de la tempestad —la guerra francoprusiana del año setenta— cerca los muros de Tervueren; pero no tarda en alejarse de allí. No se entera de nada. "Guerra, sí; también la hubo en Méjico una vez, pero todo pasó ya. Ahora se vive, se reina aquí tranquilamente, en paz, y todo es tan bello en derredor, hasta este pobre jarro". ¡Zas! Lo lanza al suelo y se quiebra en mil pedazos. "¡Qué agradable vibración!"

Discurren unos años tras otros, y llega el 3 de marzo de 1879. Vive ahora en el primer piso del palacio, cuyas ventanas están protegidas con telas metálicas. Bajo el balcón, un local para lavar y conservar la ropa. El encargado del palacio no está allí, una fiesta de carnaval lo tiene alejado, pero hace un tiempo frío y húmedo y la ropa no quiere secarse, el hornillo en que se calientan las planchas está encendido en exceso. Cuando terminó la tarea, el hornillo continuó quemando, se propagó el fuego al entarimado y todo va ardiendo. El fuego va subiendo; son las cinco y media de la mañana, y como las ventanas están abiertas atiza el voraz elemento y toda la obra de madera es pronto una llama en la pequeña habitación. Los postigos de las ventanas arden, el fuego sale al exterior, prende por la casa en ventanas y puertas, en los techos de madera. Los criados dan el toque de fuego; la señora Mareau, una dama de la Corte, se levanta co-

rriendo, sin vestirse, sólo envuelta en un impermeable, y se dirige, entre el humo que aumenta por momentos, a la habitación de la enferma.

Carlota está despierta, con los ojos llorosos, muy asustada y con aire desconfiado. "Y, no obstante, cómo calienta; un resplandor; fuego, qué hermosura las llamas, cómo serpentean, tan cerca. ¡Cómo cruje y resplandece! ¿Qué queréis? Dejadme estar. ¿Fuera de la cama? Qué bello; dejadme, pues. No, sin medias ni zapatos. Quiero quedarme, ¿me entendéis?, quedarme aquí. ¡Cómo suben, cómo se alargan! ¡Qué sensación de majestad! Me postro de rodillas ante vosotras; me inclino a vosotras, como es debido. ¿Qué hacéis? Casi me causáis daño. Mira cómo el color rojo va subiendo por la cortina. ¿Cómo? ¿Qué es esto? A la fuerza, por la violencia, me matan; ¿queréis arrastrarme con vosotras?

"No puede ser —exclama—, no puede ser".

"Pero vos misma, Majestad, ordenásteis ser trasladada a otro paraje".

"Sí, esto ya es distinto; hay que arroparse". Pero no quiere en manera alguna ponerse los zapatos.

Mientras, el fuego va penetrando más y más cerca, las llamas lamen los muros de la estancia, su hálito es cada vez más ardiente. El humo se espesa, no deja respirar; llega corriendo uno de los médicos; es preciso obrar con rapidez. Con fuerza suave la envolvieron en un blanco lienzo, a pesar de su resistencia, y por la escalera, que ardía ya, la transportaron al jardín. Desde este lugar se veía el ala izquierda del palacio que llameaba hacia el cielo como gigantesca lámpara. "¡Ah qué magnífico", dijo, llena de maravilla. "¡Qué cosa tan grandiosa, tan grandiosa, es la llama!"

Quiere permanecer allá, quiere verlo todo, pero el médico insiste. Y ahora, de golpe, comienza a comprender: el palacio, todos sus objetos, los retratos, todo destruído; los asesinos, los envenenadores le prendieron fuego. "¡Oh, Dios mío, auxilio, ayuda! ¡Maximiliano están aún en el palacio! ¡Le oigo! ¡Es tan bellamente rojo en lo alto, tan flamígero, tan ardiente todo!

"¿Qué pretendéis, pues? ¿Dónde me queréis llevar? ¿A este oscuro y miserable pabellón del jardín? Al palacio quiero que me lleven, como conviene a una Emperatriz, a Max, que está vestido ya y me aguarda en el salón del trono, y no aquí, este miserable ajuar, este pequeño agujero, estos muebles repugnantes".

Empuña un cepillo que había sobre una cómoda y lo lanza a la

ventana, derriba una mesa con todo lo de encima y un sillón, y lo destroza todo a los pocos segundos de estar sola.

"¡Cómo me atáis! ¿qué estáis haciendo? El vestido es demasiado justo, no me puedo mover. Justo y suave era el traje de la coronación; éste no me sienta, no puedo más. ¡María Enriqueta, María Enriqueta; ven, corre!"

La Reina acude. Viene del palacio, que ha sido pasto de las llamas.

Poco a poco se va calmando la enferma. Afortunadamente, no pregunta por los retratos, las cartas, los objetos de arte, por las cosas de Méjico, recuerdos sagrados, por todos sus vestidos, por toda su ropa. Quemado todo, en pavesas, todo, hasta sus ropas de diario. Lo más rico, no obstante, estaba guardado en Bruselas. Otros quizá se alegrarán un día de ello.

Se ha tranquilizado bastante, han podido quitarle la camisa de fuerza. Pasea reposadamente por el parque, con María Enriqueta, no lejos del humeante y encendido palacio. De pronto se para allí un faetón abierto. Desde hace años no ha querido subir a ningún coche cerrado y aun para los abiertos siente una gran repugnancia. Con grandes esfuerzos y empleando la astucia se consigue hacerla subir; con decisión rápida, María Enriqueta, so pretexto de que no se enfríe, la ata fuertemente por la cintura con un *plaid* a los barrotes del coche. La reina de los belgas acucia con gran prisa sus jacas de Hungría camino de Laeken.

El camino pasa por unos cuarteles recién construídos. Los soldados hacen el saludo militar a la Reina. La enferma quiere imitar aquel gesto y no se aparta la mano de la frente en todo el camino. Todo ello es una arriesgada aventura; pero, al fin llegan a Laeken. Ya en el palacio mira como admirada en derredor suyo y va repitiendo: "¡Ah, magnífico; encontraremos aquí de seguro muchos recuerdos!"

El Rey hace mucho tiempo que no ha visto a su desventurada hermana. Constituye para él un cuadro donde no puede poner los ojos. No es posible, pues, que ella permanezca en Laeken. Es necesario escoger lo más rápidamente posible un nuevo destino, por ejemplo, el palacio Bouchout, un edificio cuadrado del siglo XII, con una torre en cada ángulo y orillando en tres de sus lados por un estanque. Se instalan allá, también con María Enriqueta; de lo contrario sería difícil empresa o casi imposible sin violencias. De mala gana se acostumbra ella a la nueva morada. Algunas veces, en los momentos lúcidos, se siente realmente Emperatriz. Erguida y orgullosa ofrece la

mano a César, y, a poco, aparece encogida y pequeña, miserable como una pordiosera. Sus ojos se hunden, cobran un extraño fulgor; a su antigua belleza se superpone una expresión extraviada. Aunque no ha mucho pasaba semanas enteras sin decir palabra, en Bouchout tornóse la enferma más comunicativa; consiente en dormir acompañada de otra persona en su habitación e incluso llega a comer en la mesa con damas y caballeros de su séquito. Sin duda murmura entre dientes sobre los asesinos y envenenadores que se sientan a derecha e izquierda.

A veces toca con María Enriqueta a cuatro manos piezas de música difícil. El envejecer es algo que la enfurece: si descubre un cabello blanco, se lo arranca al punto con violencia. Con él se arranca también un mechón de cabellos negros. Y así, una gran parte de su cabeza llega a quedar sin cabello.

"Hazte cortar corto el pelo —le aconseja María Enriqueta— y así no te saldrá blanco".

Cuesta gran esfuerzo evitar que durante su *toilette* se haga algún daño. Está siempre activa; apenas si descansa un momento, unas veces entregada a la música, otras trabajando con el pincel sobre la tela. Con acierto, a veces, y tan bien, por lo menos, como muchos otros que están o se consideran sanos. Borda ornamentos de iglesia, labra encajes, si bien es cierto, sin embargo, que a menudo rasga el trabajo que le costara meses de labor. Pero así ha de ser. Así acontece en estos casos. Estados mentales muy diversos van alternando. Reposada y afable más de una vez, emperatriz por entero, triste suavemente, comprensiva.

"Si, amigo, no hagan caso de ello; cuando se pierde la razón, se envejece uno, amigo mío; se imbeciliza uno, se vuelve furioso. Esta pobre loca vive aún, está usted en presencia de una persona en plenas tinieblas mentales.

"¡Y las insensateces de estos libros! Hay que rasgarlos; los platos, al suelo. ¿Por qué estos cuadros cuelgan de tan alto? ¡Zas! ya están más bajos ahora.

"¿No es cierto que estoy aún bella? Sí, la belleza es inmortal, seduce a todos los hombres, especialmente cuando se es emperatriz. ¿No es cierto que sientan bien los encajes? ¡Cómo resplandece el brillante en la mano, en la bella mano prócer, pálida como la cera!"

Habla consigo misma. "¿Verdad que estoy alegre? ¡Ja, ja, ja! Me han puesto unas bellas cintas en el vestido y en los zapatos. ¿Quieren ustedes jugar a las cartas? Sí, pero para ganar, para ganar; perder ya hemos perdido bastante.

"¿O no jugamos? ¿Qué es eso? Alguien ha de perder cuando se juega. Quiero jugar ganando. ¡Ah, ah, ah, señores míos; son ustedes muy poco cultos...! ¿Saben por ventura hablar francés, inglés, alemán, italiano o español? Como allí en el reino de Sajonia.

"Si, señores míos, se ha tenido un esposo, emperador o rey, se ha jugado una gran partida, sí, y entonces, señores míos, vino la locura. Este canalla, este gran Napoleón, el poderoso soberano que muera, que muera.

"¿Qué hace tanto rato María Enriqueta? Ya no se la ve. Día tras día, mes tras mes, año tras año, no se la ve nunca.

"¿Cómo? ¡Qué rumor ante la puerta! ¿Una guerra? ¿Aquí, aquí, en Méjico? ¿Una guerra de todos contra todos? !Ay, cómo truena, cómo cruje y centellea! ¡Una guerra mundial! ¡Ah! Max vence, ahora el Norte y el Sur, América y Europa, todo es un imperio único. Y él, él será aniquilado, su ciudad se hundirá en el mar.

"¿Qué ayuda nos trae? ¿Qué es eso? Dura ya tanto tiempo. Y todo no es más que un sueño, un sueño confuso, sangriento, bello, sin fin.

"Rompen las olas en el palacio, pero los muros son gruesos y resisten, las rechazan, no pueden entrar; una guerra mundial no logra interrumpir el reposo de una pobre emperatriz enferma, no debe interrumpirlo.

"Pasa de largo, es continuada por otros medios; y una sigue viviendo, canosa, pequeña, encorvada. Pero poseo aún dos grandes ojos extraviados. Siempre un tanto orgullosa y coqueta, en seda negra, con un vestido que termina en punta por la espalda. Ciertamente, aparezco más vieja, más que cuando me casé. Pero no mucho, unos setenta años tan sólo. A mi alrededor muchos han muerto, a María Enriqueta no la veo desde hace un cuarto de siglo. ¿Todos hemos de morir? *¡Miserere mei Deus!*

"¡Ah! ¿qué es esto? ¡Todo está tan negro! ¿Quién apagó la luz? La oscuridad pesa tanto en el corazón. ¡Max, Max! No, ahora, ahora, tan ligero, tan brillante; suenan voces de ángeles. ¡Ah!, y exclama: "¡Viva el Emperador!, ¡viva Car-lot...!

. . . .

Noticia de Prensa:

"Meysse, 19 de enero de 1927. Hoy, por la mañana, a las siete, falleció en el palacio de Bouchout, Su Majestad la emperatriz viuda

Carlota de Méjico, nacida princesa de Bélgica, a los ochenta y siete años de edad. Sobrevivió cerca de sesenta años a su marido, que fué fusilado en 1867, en Querétaro, por sentencia de un consejo de guerra. La Emperatriz, desde poco antes de morir el Emperador, sufría enajenación mental. La egregia difunta será inhumada en Laeken, en la cripta del castillo, junto a la tumba donde descansa la Reina, su madre".

En el sepulcro de la iglesia de los Capuchinos, aguarda aún Maximiliano que su último deseo se vea cumplido.

FIN

Precio
de esta
edición

AÑO